

Perderás tu cordura con...

SANCTUM



MADELEINE ROUX



Dan, Abby y Jordan siguen traumatados por el verano que compartieron en Brookline. Mientras intentan seguir adelante, hay alguien que está decidido a mantener el terror vivo, y les envía fotos inquietantes de una vieja feria, estilo circense. Además, Dan recibe una lista de coordenadas que señalan casas antiguas en las cercanías del asilo, y está convencido de que la única forma de terminar con esa pesadilla es regresando al Colegio Preparatorio New Hampshire para seguir las pistas. Pero cuando él y sus amigos vuelven con la excusa de pasar un fin de semana como potenciales estudiantes, descubren que las fotos no solo son reales, sino que en el campus se está celebrando la feria, luego de muchos años sin llevarse a cabo, coincidentemente con Halloween.

Mientras los chicos escapan de sus anfitriones para visitar los lugares que figuran en la lista, descubren un secreto mucho más oscuro de lo que habían imaginado. El alcance de la violencia y el misterio supera todas las expectativas. La trama criminal crece con cada pista seguida. La sangre, también.

En esta excitante secuela de *Asylum* podrás encontrar fotos *vintage* de ferias y circos, que te ayudarán a experimentar la historia de estos tres jóvenes que viven enredados entre el pasado, el presente y las alucinaciones. ¿Qué es Sanctum? Una trama que te llevará al borde de la desesperación. Y de la locura...



Madeleine Roux

Sanctum

Asylum-2

ePub r1.0

Titivillus 22.07.2017

Madeleine Roux, 2014

Traducción: María Nazareth Ferreira Alves

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para mi familia, que nunca deja de asombrarme con su fe, apoyo y amor.

Si existen mejores personas en el mundo, no las conozco.

M. R.



SANCTUM

MADELEINE ROUX







PRÓLOGO

Era una fantasía de luces, sonidos y olores; tiendas de campaña a rayas torcidas de colores, y risas que estallaban como disparos de cañón por los caminos sinuosos. Las curiosidades acechaban detrás de cada rincón. Un hombre escupía llamas desde un podio. El aroma de las masas fritas y las palomitas de maíz flotaba en el aire, pesado, tentador hasta volverse desagradable. Y en la última de todas las carpas, había un hombre con una larga barba; un hombre que no prometía riquezas ni curiosidades, ni tampoco la posibilidad de vislumbrar el futuro. No. El hombre de la última carpa prometía lo único que el pequeño niño quería más que nada.

Control.

CAPÍTULO

1

Chicos, no van a creer esto, tipeó Dan, mientras sacudía la cabeza frente a la pantalla de la computadora . ¿Un «experto en manipulación de la memoria»? ¿Realmente existe eso? Como sea, solo vean el video y ¡díganme lo que piensan!

Dejó el cursor sobre la última frase; sonaba tan desesperado... Pero no importaba, porque estaba comenzando a sentirse desesperado. No había recibido respuesta a los últimos tres mensajes que les había enviado y ni siquiera estaba seguro de que Abby y Jordan todavía estuvieran leyéndolos.

Hizo clic en enviar.

Se inclinó hacia atrás, giró el cuello y escuchó cómo tronaba su espalda al acomodarse. Entonces cerró la computadora, tal vez demasiado bruscamente, se puso de pie y la guardó en su mochila, entre papeles sueltos y carpetas. El timbre sonó justo cuando terminó de acomodar sus cosas. Entonces salió de la biblioteca hacia el pasillo.

Los estudiantes que estaban en el corredor avanzaban en una larga columna. Divisó a algunos de sus compañeros de la clase de Cálculo que lo saludaron con las manos, mientras se acercaba a los lockers. Missy, una chica que tenía cabello castaño y la nariz salpicada de pecas, había decorado la puerta de su casillero con más o menos todos los *stickers* y postales de la serie *Doctor Who* que pudo conseguir. Un chico alto y desgarbado llamado Tariq estaba sacando libros del suyo, al lado del de Missy y, junto a él, estaba el chico más bajo del último año, Beckett.

—Hola, Dan —lo saludó Missy—. Te extrañamos durante el almuerzo. ¿Dónde te habías escondido?

—Oh, estaba en la biblioteca —respondió—. Tenía que terminar un trabajo para la clase de Literatura Avanzada.

—Sí que tienen que trabajar mucho para esa asignatura —dijo Beckett—. Me alegro de haberme quedado en la clase normal.

—Así que, Dan, estábamos hablando de *Macbeth* cuando llegaste. ¿Tienes pensado ir?

—Escuché que la escenografía es increíble —comentó Tariq.

—Ni siquiera sabía que estábamos haciendo *Macbeth* —dijo Dan—. ¿Es algo que están organizando los del club de teatro?

—Sí, y Annie participa... Solo por eso ya vale la pena ir —dijo Beckett, dirigiendo a los muchachos una sonrisa traviesa, que Dan apenas devolvió, y entonces el grupo se puso en marcha por el pasillo. No podía recordar a qué clases debían dirigirse los demás pero, a pesar de que no había estado haciendo ningún trabajo en la biblioteca, sí tenía que ir a la clase de Literatura Avanzada en el primer piso. No era su asignatura preferida, pero Abby había leído la mayoría de los libros del programa de estudios y había prometido ponerlo al tanto en algún momento. Eso ayudaba bastante.

—Deberíamos ir a verla —dijo Tariq. Llevaba un suéter tres tallas más grande y

pantalones ajustados. El atuendo lo hacía verse como un muñeco cabezón—. Y, Dan, deberías acompañarnos. Puedo conseguir entradas gratis. Conozco al jefe de los técnicos.

—No lo sé. En realidad nunca me ha gustado *Macbeth*. Roza demasiado de cerca a las personas con TOC como yo —respondió Dan con tono imperturbable, y comenzó a fregar frenéticamente una mancha invisible en su manga.

Missy y Tariq lo observaron sin comprender.

—Ya saben —dijo, riendo sin convicción—. ¿«Lejos de mí esta horrible mancha»?

—Ah, ¿eso es de la obra? —preguntó Tariq.

—Sí, es... es una de las frases más famosas —dijo Dan, con el ceño fruncido. Abby y Jordan lo hubiesen entendido. ¿No era obligatorio leer *Macbeth* para la escuela?—. Como sea, nos vemos luego.

Se separó del grupo y se dirigió hacia arriba por la escalera. Tomó su teléfono y envió un mensaje rápido a Jordan y a Abby:

Nadie entiende mi sentido del humor aquí. ¡Socorro!

Veinte minutos después, estaba sentado en clase, aburrido. Jordan todavía no había respondido y Abby le había enviado un «JaJaJa» poco entusiasta.

¿Qué estaba sucediendo? ¿A dónde se habían ido sus amigos? No era que estuvieran demasiado ocupados... La semana anterior, Jordan le había contado en el chat de Facebook lo tremendamente aburridas que eran sus horas de escuela. Había dicho que nada le resultaba un desafío después de las clases que había tomado en el curso del Colegio Preparatorio New Hampshire.

Dan lo entendía pero, a decir verdad, las clases eran lo último que recordaba de su verano en New Hampshire. Lo que no podía olvidar era lo que había sucedido en su residencia, Brookline: un antiguo asilo dirigido por un hombre perverso llamado Daniel Crawford.

Cuando no estaba pensando en ese pequeño detalle, pensaba en Jordan y Abby. Al principio, cuando regresaron de la universidad, recibía constantemente mensajes de texto y correos electrónicos de ambos, pero ahora casi no hablaban. Missy, Tariq y Beckett eran agradables, pero Jordan y Abby eran diferentes. Jordan sabía cómo molestarlo, pero siempre en tono amistoso. Los hacía reír a los tres. Y si se pasaba un poco de la raya, allí estaba Abby para llamarle la atención y restablecer la paz. En realidad, ella era el eje que mantenía unido al grupo, un grupo que, para él, valía la pena conservar.

Entonces, ¿por qué ahora sus amigos lo ignoraban?

Miró el reloj y gimió. Aún quedaban dos horas hasta el final del día. Faltaban 120 minutos para poder correr a casa y conectarse a Internet para ver si sus amigos querían chatear.

Suspiró y se hundió más en su asiento, mientras guardaba su celular a regañadientes.

Era extraño pensar que un lugar tan peligroso como Brookline los había unido y la vida normal los estaba separando.



Sobre un plato, junto a su computadora, había un panecillo con mantequilla de maní a medio comer. A sus pies, el libro de texto de Historia Avanzada juntaba hojas caídas. En general, el aire fresco de otoño lo ayudaba a concentrarse, pero en lugar de hacer su tarea, como debería, estaba ocupado examinando el archivo que había armado acerca de Brookline. Después del curso de verano, Dan se había asegurado de ordenar las notas que había tomado, las investigaciones hechas, las fotografías recolectadas... y había convertido todo en un archivo organizado.

Lo examinaba más de lo que debía. Incluso con todos esos documentos originales, aún faltaba gran parte de la historia del director. Tras descubrir que realmente podía estar emparentado con Crawford a través de sus padres biológicos, que ese hombre espantoso podía ser su tío abuelo y su tocayo, Dan sintió que eso era un agujero en su historia personal, un misterio que realmente necesitaba resolver.

Sin embargo, en ese momento, el archivo era solo una manera de distraerse y pasar el tiempo mientras esperaba que Jordan y Abby se conectaran. ¿Cómo era esa frase que a su papá siempre le gustaba decir? *Apresúrate y espera...*

—¿Puedo ser más patético? —murmuró, pasándose ambas manos por el cabello oscuro y revuelto.

—Yo creo que eres maravilloso, cariño.

Claro. En el futuro, sería mejor mantener los comentarios pesimistas en silencio. Levantó la mirada para ver a su madre, Sandy, de pie en el porche, sonriéndole. Tenía en sus manos una humeante taza de chocolate que esperaba que fuese para él.

—¿Trabajando duro? —preguntó Sandy, señalando con la cabeza el libro de texto olvidado en el suelo, a sus pies.

—Ya casi he terminado —respondió, encogiéndose de hombros, y tomó la taza de chocolate ahuecando las manos que había cubierto con las mangas de su suéter—. Creo que tengo permitido tomar un descanso de vez en cuando.

—Es cierto —dijo ella, ofreciéndole una sonrisa a modo de disculpa—. Es solo que... bien, hace unos meses parecías tan entusiasmado por solicitar el ingreso a la Universidad de Pennsylvania con el programa de decisión anticipada, pero ya estamos en octubre y la fecha límite se está acercando rápidamente.

—Tengo tiempo de sobra —respondió, de manera poco convincente.

—Tal vez tengas tiempo suficiente para escribir el ensayo, pero ¿no crees que a los responsables de los Ingresos les resultará extraño que hayas dejado todos tus cursos y actividades extracurriculares durante tu último año de escuela?

¿No podrías conseguir una pasantía o una práctica profesional? Aunque solo fuera un día durante los fines de semana, creo que marcaría una gran diferencia. Y quizá deberías visitar otras universidades también, ¿sabes? El programa de decisión anticipada no es la mejor opción para todo el mundo.

—No necesito más actividades extracurriculares mientras mantenga mis buenas calificaciones. Y, además, haber asistido al CPNH se verá genial en mis solicitudes de ingreso.

Sandy frunció su pálido ceño y un viento helado le revolvió el cabello que le llegaba a los hombros, mientras apartaba la mirada de Dan y la fijaba en los árboles que bordeaban el porche. Se abrazó a sí misma y negó con la cabeza.

Así era como reaccionaba siempre que surgía el tema del CPNH; a diferencia de Jordan y Abby, que habían podido acomodar la verdad en el relato que contaron a sus padres sobre Brookline, los padres de Dan sabían más o menos la historia completa. Habían estado allí cuando la policía lo interrogó, habían escuchado mientras describía cómo lo habían atacado, cómo lo habían sujetado contra el suelo... El simple hecho de mencionar ese lugar en su presencia era como susurrar una palabrota.

—Pero, seguro —dijo Dan, soplando el chocolate caliente—, podría buscar una práctica profesional o algo así. No hay problema.

El rostro de Sandy se relajó y dejó caer los brazos a los costados de su cuerpo.

—¿Lo harás? Eso sería increíble...

Dan asintió y hasta abrió una nueva ventana en el buscador de su computadora, escribió «pasantía de guardián de zoológico» en Google y giró ligeramente la computadora en dirección opuesta a su madre.

—Gracias por el chocolate —agregó.

—De nada —Sandy le revolvió el cabello y él respiró aliviado—. No has salido mucho últimamente. ¿Missy no cumple años dentro de poco? Recuerdo que fuiste a su fiesta de Halloween el año pasado.

—Probablemente —dijo Dan, encogiéndose de hombros.

—¿O tus otros... tus otros amigos? —se le trabó la lengua en la palabra *amigos*—. ¿Abby era su nombre? ¿Y el muchacho?

Siempre hacía eso, preguntaba por Abby como si no recordara exactamente cuál era su nombre. Era como si no pudiera creer o aceptar que había tenido una especie de novia. A decir verdad, a veces ni él mismo podía creerlo.

—Sí —dijo, con un gruñido evasivo—. Están ocupados, ya sabes... con la escuela, el trabajo y esas cosas.

Excelente actuación, Dan. Tu Oscar te llegará por correo.

—¿Trabajo? Entonces, ¿ellos tienen un empleo?

—Qué sutil, mamá —murmuró—. Sé captar las indirectas...

—Estoy segura de que sí, cariño. Oh, antes de que me olvide: llegó el correo.

Había algo para ti...

Eso era inusual. Él nunca recibía cartas. Sandy buscó entre los diferentes sobres que había guardado en el bolsillo de su chaqueta y dejó caer uno en el regazo de Dan. Parecía como si alguien hubiera metido la carta en la lavadora y después la hubiera arrastrado por la tierra. Se fijó en el remitente y sintió una puntada fría en el estómago.

Sandy permaneció allí.

—Seguramente se trata de correo basura —dijo él, restándole importancia, mientras arrojaba el sobre encima de sus libros. Su madre se dio por aludida y sonrió de mala gana antes de irse. Dan casi no escuchó cerrarse la puerta cuando Sandy volvió a entrar en la casa.

Se lanzó sobre la carta.

Lydia & Newton Sheridan

¿Sheridan? ¿Como Félix Sheridan? ¿Como su antiguo compañero de dormitorio, el que intentó matarlo durante el verano, ya sea porque se volvió loco o porque estaba, cómo decirlo, poseído? Cuando cerraba los ojos, Dan todavía podía ver la sonrisa maníaca de Félix. Poseído o no, el chico definitivamente había creído que era la reencarnación del Escultor.

Las manos le temblaban al abrir el sobre. *Quizá sea solo una disculpa*, pensó. Era absolutamente posible que los padres de Félix quisieran ponerse en contacto con él para decirle cuánto sentían todos los problemas que su hijo le había causado.

Dan respiró profundamente y se aseguró de estar solo. Por la ventana entreabierta podía escuchar a Sandy lavando los platos en la cocina.

Querido Daniel:

Probablemente te sorprenda saber de mí y esperaba poder evitar el envío de esta carta, pero se ha vuelto evidente que es la única opción.

Realmente no tengo derecho a pedirte esto pero, por favor, llámame tan pronto como recibas estas líneas. Si no te pones en contacto... bien, no puedo decir que te culparía.

603-555-2212

Por favor, llámame.

*Atentamente,
Lydia Sheridan*

CAPÍTULO

2

Dan no podía decidir si arrojar el papel a la basura o llamar inmediatamente.

Todavía podía escuchar el suave tintineo que su madre producía al lavar y secar los platos. Leyó nuevamente la carta, golpeando el papel contra sus nudillos mientras consideraba sus opciones.

Por un lado, sería perfectamente feliz de olvidar a Félix por completo. Por otro lado...

Por otro lado, sería una mentira si dijera que no sentía curiosidad acerca de cómo se encontraba su antiguo compañero de cuarto. Habían quedado tantas cosas pendientes. El frío que sentía en su estómago se negaba a desaparecer.

Félix probablemente necesita tu ayuda. Tú también necesitaste ayuda. ¿Realmente sería justo decir que una persona es un caso perdido?

Miró hacia la ventana, a su derecha. Su madre estaba tarareando y la música flotaba suavemente hacia donde él estaba sentado. Unas pocas hojas cayeron del arce que dominaba el porche. Sin importar cuántas veces Paul cortara sus ramas, el árbol seguía intentando alcanzar la casa. Pero eso no detenía a su padre.

Dan tomó su celular y marcó el número de Lydia Sheridan antes de poder pensar en una excusa para no hacerlo.

Sonó y sonó, y por un momento estuvo seguro de que ella no respondería.

Casi esperaba que no lo hiciera.

—¿Hola?

—Hola, ¿Lydia? Quiero decir, ¿señora Sheridan? —su propia voz le sonaba aguda y extraña.

—Soy yo... ¿Quién habla? No reconozco este número.

Tenía la misma voz suave de Félix, pero la de ella era una versión más relajada y femenina de la que Dan todavía recordaba.

—Soy Dan Crawford. Me envió una carta pidiéndome que me contactara con usted. Así que... Bien, me estoy contactando.

Se hizo un silencio que le pareció eterno. Finalmente, pudo escuchar a la mujer respirando de forma entrecortada del otro lado.

—Gracias —dijo, y parecía estar al borde de las lágrimas—. Es solo... Ya no sabemos qué hacer. Parecía estar recuperándose. Los médicos que lo están tratando realmente pensaron que estaba mejorando. Pero ahora es como si se hubiera topado con una pared. Todo lo que hace es preguntar por ti, día tras día: Daniel Crawford, Daniel Crawford.

La noticia era sumamente inquietante.

—Lamento escucharlo, pero no estoy seguro de lo que quiere que haga al respecto —le respondió. Podía sonar frío, pero ¿qué se suponía que debía hacer? Él no era médico—.

Ya se le pasará. Apuesto a que solo es cuestión de tiempo.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Lydia.

Dan levantó la cabeza de golpe, sorprendido por la repentina frialdad en la voz de la mujer.

—¿Se te ha pasado? —Lydia suspiró—. Lo siento. Yo... No estoy durmiendo bien. Es solo que estoy tan preocupada por él. Realmente odio pedirte esto...

—¿Pero? —instó Dan, aunque no necesitaba preguntar. Estaba seguro de lo que le iba a pedir.

—Si solo pudieras ir a Morthwaite. Verlo. Ver... No lo sé. A esta altura, te lo estoy suplicando, ¿entiendes? Suplicando. Solo deseo que se recupere. Quiero que esto termine —Dan podía escuchar las lágrimas entrecortándole la voz nuevamente—. Para él no ha terminado, Dan. ¿Para ti sí?

Tuvo deseos de reír. ¿Si sentía que hubiese terminado? No, para nada. Los sueños persistían, tan aterradores como siempre y, a menudo, contaban con el propio director como protagonista. No había terminado y, por más retorcido que sonara, Dan sintió un poco de alivio al saber que no era el único que se sentía así.

—Podría no funcionar —respondió lentamente—. Podría hacerlo empeorar. Sabe eso, ¿no?

No quiero cargar con esa responsabilidad. No puedo cargar con esa responsabilidad.

Ya se sentía suficientemente culpable por haber arrastrado a Abby y a Jordan al desastre de Brookline. Al menos con Félix había podido convencerse de que estaba libre de culpa, que esa hipócrita profesora Reyes prácticamente había admitido haber conducido a Félix al sótano, donde su mente... bien, donde su mente había *permanecido*, al parecer.

—¿Pero irás? —la señora Sheridan sonaba tan feliz. Tan esperanzada—. Oh, gracias, por favor, yo solo... Gracias.

—Entonces, ¿adónde voy exactamente? —preguntó, con un nudo de terror ahogado en el estómago—. ¿Y cómo llego hasta allí?

CAPÍTULO

3

El sábado siguiente, Dan se encontró sentado en el asiento del acompañante del Toyota Prius gris oscuro de Lydia Sheridan. Era una mujer alta y esbelta, y se encorvaba sobre el volante, aferrándose a él. Sus rizos castaños compactos se le escapaban de un broche mariposa de carey que luchaba por sujetarlos.

Usaba unos lentes con armazón delgado que se deslizaban hacia abajo por la empinada pendiente de su nariz.

—¿Estás seguro de que tus padres están de acuerdo con esto? —le había preguntado cuando él se había acercado a su auto esa tarde.

—Sí, claro —había respondido Dan, mientras esperaba que ella quitara la traba de la puerta del acompañante—. Es solo que están remodelando la casa y hay camiones por todas partes. No se puede estacionar en la entrada, por el momento. Pero estaban felices de saber que voy a visitar a Félix.

Después de estas incómodas formalidades, intercambiadas en el estacionamiento de un McDonald's, Dan se había subido al automóvil y el viaje había transcurrido en silencio desde entonces.

No era que no estuviera ansioso por saber exactamente en qué se estaba metiendo; simplemente no podía armarse del valor necesario para preguntar.

En lugar de eso, se quedó mirando su celular, leyendo las respuestas de Abby y Jordan a un mensaje que les había enviado esa mañana, poniéndolos al tanto de que iba a visitar a Félix. Eso demostraba que al menos todavía leían los mensajes que les enviaba. Pero en ese momento, Dan deseaba haber recibido sus respuestas más temprano, *antes* de estar atrapado en el auto de otra persona.

Lipcott, Jordan

para mí, avaldez

Así que, leí tu mensaje y pensé «¿Estás seguro de ir?». Y eso fue antes de que mi mamá me trajera el correo. Alguien me envió una fotografía, Dan. Abby también recibió una. Parece una broma de mal gusto. Circos y atracciones de feria y esas tonterías. Te envió adjunta la foto, pero no tenía remitente. ¿Qué demonios está sucediendo?

—J

PD: Espera a ver la parte de atrás, buuá.

[Descargar archivo adjunto 2/2]

Y la respuesta de Abby resultó incluso más sorprendente...

Valdez, Abby

para mí, jlipcott

He estado intentando proseguir con mi vida, Dan, pero yo también recibí una fotografía por correo. Realmente, realmente, no quiero quedarme en el pasado, pero... no

sé. ¿Tú recibiste alguna foto? Parece extraño que solo Jordan y yo las recibiéramos. Esto me está asustando. Es como si alguien nos acosara. Ten cuidado, ¿sí? Avísanos cómo te va con Félix así no me preocupo tanto. ¿Por qué no nos dejan simplemente seguir adelante con nuestras vidas?

Abby

[Descargar archivo adjunto 2/2]

Estaba muy bien querer *seguir adelante*, pero para Dan ese era un concepto tan abstracto, una frase sin un significado real. ¿Cómo hacía para olvidarse de que había estado atado a una camilla y que casi lo habían matado? ¿Cómo podía olvidar que tras lograr liberarse fue *él mismo* quien casi se convirtió en asesino? ¿Cómo alguien podía seguir adelante después de algo así? El hecho de que Abby usara la palabra *simplemente* le resultaba demasiado cruel.

Simplemente decidir seguir adelante. *Simplemente* decidir olvidar.

Simplemente dejar de tener pesadillas. Como si fuera tan fácil como desempacar una bolsa con compras y guardar la leche y el jugo en el refrigerador.

Dan tocó los links de los dos archivos adjuntos y esperó a que la red se activara y descargara las imágenes. Su pie se sacudía con ansiedad mientras veía cómo las fotos en blanco y negro iban llenando la pantalla, primero la de Jordan y después la de Abby.

Entrecerró los ojos y las miró desde diferentes ángulos. Parecía que podían haber sido tomadas el mismo día y en el mismo lugar, incluso estaban rotas de tal manera que parecían haber sido parte de una única foto. Cuando revisó los dorsos de las imágenes más de cerca, comprendió por qué Jordan estaba tan asustado.

Había palabras escritas en tinta negra en la parte de atrás de cada una. La de Jordan decía: *Es*, y la de Abby: *el fin*.

Es el fin.

Dan levantó la vista y miró hacia fuera, y luego se concentró en la madre de Félix. La mujer no notó su mirada esquiva. *¿Por qué ellos recibieron fotos y yo no? Si se trata de una advertencia, ¿por qué me dejarían afuera?*

Eso es algo bueno, se recordó a sí mismo con ironía. *Nadie debería querer recibir una nota que diga «Es el fin».*

Aunque era anaranjado y rojo en lugar de verde, el terreno densamente arbolado le disparó un recuerdo. Casi podía oler el desodorante ambiental barato del taxi que lo había llevado por primera vez a la Universidad de New Hampshire.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó, levantando la vista del celular.

—Media hora —respondió la señora Sheridan—. Tal vez cuarenta minutos.

La rodilla de Dan rebotaba; ya habían estado viajando por una hora.

Aparentemente, la única forma de llegar a la Clínica Morthwaite era atravesando kilómetros y kilómetros de bosque, lejos de todas las arterias principales.

Recibió un mensaje de texto de su madre.

Espero que te estés divirtiendo con Missy y Tariq. Por favor, sé responsable ¡y llama si necesitas que te busquemos después de la fiesta esta noche! Te quiero.

Finalmente, se hizo un claro entre los árboles, y Dan se apoyó contra la ventana mirando hacia afuera, mientras recorrían una subida pronunciada que los llevaba a un terreno abierto, rodeado por un cerco con una reja. Había esperado encontrarse con una clínica moderna y alegre, pero Morthwaite parecía la hermana gemela de Brookline. Al menos el lugar estaba más limpio, aunque nadie se había tomado la molestia de podar las enredaderas que cubrían la fachada de piedra. Alto y gris, el edificio estaba situado sobre la colina como un centinela cansado, e incluso desde esa distancia, Dan podía distinguir las rejas que protegían las ventanas.

La señora Sheridan detuvo el Prius en la entrada y un guardia de seguridad les pidió sus identificaciones. El hombre fornido, con el rostro cubierto de granos, escudriñó la licencia de conducir de Dan con los ojos entrecerrados, mirando por turnos su rostro y su licencia con desconfianza, hasta que finalmente llamó al edificio principal para confirmar que tenían una cita.

—Todo parece estar en orden. Aquí tienen sus credenciales de visitantes —dijo el guardia, y prácticamente arrojó por la ventana las identificaciones—. Que tengan un buen día.

Dan guardó su licencia y sujetó la credencial de visitante a su abrigo. El auto avanzó lentamente por el camino de grava y se detuvo bajo el alero de piedra que rodeaba la entrada a la clínica. Limpió las palmas de sus manos húmedas en sus *jeans* y miró a la señora Sheridan.

—Entonces, aquí estamos —murmuró.

—Si necesitas un momento...

—No —respondió él—. Terminemos con esto de una vez.

La grava crujió debajo de sus zapatos cuando descendió del auto y se dirigió hacia el edificio. Se estremeció, invadido por la misma sensación perturbadora que había tenido cuando entró por primera vez en Brookline. No podía creer que ese lugar fuera un verdadero hospital psiquiátrico en funcionamiento, donde la gente iba a recibir tratamiento e incluso, en algunos casos, a permanecer por largas estadías. Quizás el verano anterior él mismo había estado a solo un desmayo de terminar en un lugar así. Se metió la mano en el bolsillo de sus *jeans* y la cerró alrededor de la forma familiar de su frasco de píldoras. Lo sentía como un ancla, una protección. Estaba viendo a un terapeuta y tomaba sus medicamentos; no había razón alguna para que no pudiera llevar una vida normal.

¿Por qué Félix no podía hacer lo mismo?

Claro. Normal. Porque tener pesadillas todas las noches y obsesionarte con tu tío abuelo es absolutamente normal. ¡Y más aún! Tus amigos están recibiendo amenazas por correo.

Mientras caminaba hacia la entrada principal, echó un vistazo a las ventanas de la planta baja. Un rostro lo observaba, pálido y desnudo, y por un instante podría haber jurado que era el director Crawford, con su sonrisa petulante y todo. Pero al dar un paso más, se dio cuenta de que solo se trataba de un dócil anciano.



Una enfermera con pulcros pantalones azules de uniforme y un suéter tejido con punto grueso lo recibió al cruzar la puerta. Allí había otra serie de rejas, más pequeñas, y la mujer le pidió que vaciara sus bolsillos y pasara por un detector de metales. Él le entregó la billetera, las llaves y la botella de agua, y luego le dio rápidamente sus medicamentos, esperando que no le preguntara acerca de ellos. La enfermera solo tomó sus cosas y las puso en una bolsa de plástico que luego etiquetó.

—Te devolveremos todo cuando termines —le dijo.

Otra ola de temor lo invadió, más fuerte que la anterior. Sin sus cosas, se sentía más como un paciente que como un visitante. Pero la enfermera sonrió y le indicó que pasara a través de la reja. Les conversó cordialmente mientras lo conducía por los pasillos iluminados con luces brillantes.

—Esperaré aquí en la recepción —dijo la señora Sheridan—. Ve tú.

Dan se detuvo.

—¿Está segura? Él probablemente quiera verla.

Ella encogió sus pequeños hombros y sin mirarlo respondió:

—No, ya me ha visto bastante. Solo quiere verte a ti, creo.

—¿Tú eres por quien Félix pide constantemente? —la enfermera frunció el ceño y lo observó más de cerca. Su credencial decía «Grace».

—Sí, soy yo. Nos conocimos en un curso de verano.

—Estaba tanto mejor —indicó Grace con un suspiro. Dieron vuelta en una esquina y dejaron atrás la recepción y a la señora Sheridan—. Nadie viene a verlo a excepción de sus padres y algún maestro de vez en cuando. Estoy segura de que se alegrará de ver a un amigo. Su habitación está por aquí. Tú eres Daniel, ¿no? Habla de ti todo el tiempo.

—Dan —la corrigió instintivamente—, pero... sí. ¿Habla de mí? Eso es... impresionante. ¿Qué dice?

La enfermera era un poco más baja que él y tenía que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Se apoyó contra el marco de la puerta y soltó una risita.

—Todas cosas buenas. Que siempre fuiste muy amable con él y que eres uno de los mejores amigos que ha tenido.

Él se sonrojó. Casi nunca pensaba en Félix últimamente, y cuando lo hacía, no eran pensamientos agradables. Caminó despacio con las manos aún sudadas, escondidas en sus bolsillos. Quizá debería haberlo visitado antes, haberse *preocupado* más.

Grace tosió delicadamente, señalando la puerta con la cabeza.

—¿Listo para entrar?

—Seguro...

—Existen algunas reglas, por supuesto —dijo, sacando su llave maestra—. No debes tocar al paciente ni aceptar nada que te dé para llevarte de aquí.

Estaremos observando, claro, en caso de que se agite o se altere. Necesito confirmación verbal de que entiendes estas reglas.

—Las entiendo —dijo Dan.

Se le hizo un nudo en la garganta. La última vez que había visto a Félix cara a cara había sido en una sala de operaciones, y había habido un bistori entre ellos. La puerta emitió un suave pitido cuando la enfermera acercó su llave maestra a la cerradura electrónica. Un silbido, un chasquido, y la pesada puerta blanca se abrió. Entraron a una pequeña antesala con unas pocas sillas plásticas y un panel de vidrio que daba a la habitación contigua del paciente.

Allí estaba él, sentado tras el panel de observación, vestido con unos pantalones a rayas azules finas. Tenía las manos cruzadas sobre su regazo, que estaba cubierto con una manta a cuadros. Mantenía la mirada perdida hacia la ventana enrejada.

Este no era el mismo chico organizado y rígido que recordaba; parecía haberse encogido, y ahora era solo el delicado cascarón del atleta musculoso en el que se había convertido durante el verano. Todos los kilos que había aumentado con su estricta dieta y su régimen de ejercicio ahora parecían pesarle, y todo su cuerpo se encorvaba hacia el suelo.

La enfermera habilitó otra puerta electrónica para que pudiera pasar al cuarto de Félix. Dan sintió el susurro de la puerta al cerrarse cuando estuvo dentro. Parecía como si todo el aire se hubiera escapado de la habitación, dejándolos en una caja fría y herméticamente sellada.

Félix ni siquiera se volvió cuando lo escuchó entrar, pero Dan vio el esbozo de una sonrisa en la comisura de sus labios.

—Hola, Daniel Crawford —dijo con calma—. Te he estado esperando.

CAPÍTULO

4

Una silla vacía aguardaba cerca de donde estaba sentado Félix. No era exactamente una celda acolchada, pero Dan tampoco lo consideraría un lugar para vivir. Un aroma antiséptico impregnaba la habitación, que olía como todos los baños de escuela en los que él había estado alguna vez. El único objeto que denotaba algo de personalidad era la manta que cubría el regazo del chico, todo lo demás era blanco o azul pálido.

—Hola —respondió Dan, dirigiéndose con nerviosismo hacia la silla. Se sentó, sin dejar de moverse—. Tu... eh... tu mamá me envió una carta. Dijo que querías verme. O quizá *querer* es una palabra demasiado fuerte. Lo que dijo fue que preguntabas por mí.

Félix giró para observarlo. No tenía más sus lentes, solo la nariz fina y empinada de su madre. ¿Sus ojos siempre habían sido tan grandes y con una mirada tan penetrante? Dan podía ver su propio rostro reflejado, brillando en ellos.

El chico se retorció, como encogiéndose de hombros.

—Ya no uso gafas. Verás, el marco puede romperse y utilizarse para lastimarse a uno mismo. Ahora tengo lentes de contacto en su lugar.

Dan asintió tomándose las manos y obligándose a dejarlas sobre su pierna.

—Personalmente —continuó Félix—, creo que cortarse la carótida con un pedazo de plástico sería un método ordinario e ineficiente de matarse, pero me dicen que ya ha sucedido, así que... —se tocó el rostro, debajo de su ojo derecho—. La seguridad es lo principal.

—Estoy convencido de que saben lo que hacen.

—No te ves bien, Daniel —observó impassible—. ¿Tienes dificultades para conciliar el sueño?

—Pesadillas —explicó. No veía razón alguna para no decirle la verdad. Félix no estaba lidiando bien con las secuelas de Brookline y él tampoco, sin importar cuánto tratara de fingir que sí—. Pero apuesto que ya lo sabías.

Félix asintió, desviando su mirada hacia la ventana una vez más.

—Lo sé, lo sé... Las pesadillas son lo que más me hace daño. Sueño con todas las esculturas que me quedaban por hacer y, a pesar de que cuando tengo control sobre mi mente sé que ese no era yo en realidad, esos fracasos aún me atormentan. Pero estoy seguro de que me entiendes. Tú también eres especial, como yo. Ves cosas que no deberías poder ver. Sabes cosas que no deberías poder saber. Como los recuerdos de otras personas... —hizo una pausa, alisando con las manos la manta sobre sus piernas—. Los médicos de este lugar hacen lo que pueden. Los impulsos violentos han desaparecido. Pero los sueños, el fuego en mi mente, no desaparecerán jamás. Una brillante estrella abrasadora... arde cuando mis ojos están abiertos y cuando están cerrados.

Arde en este preciso momento cuando observo tu rostro.

—¿Disculpa? Me perdí por un momento. ¿Sabes qué? No importa. En realidad, no sé

qué decirte. Creí que una vez que abandonara ese lugar la pesadilla terminaría para siempre.

Una carcajada repentina casi hizo caer a Dan de su silla. No había imaginado que Félix reiría, y mucho menos de manera tan repentina. Luego, guardó silencio, frunciendo los labios.

—Eso fue muy ingenuo de tu parte —agregó.

—Supongo que sí —admitió—. De todas formas, hay cosas peores que ser ingenuo.

Félix se inclinó hacia adelante, indicándole que hiciera lo mismo. Dan sintió un fuerte aroma a jabón al acercarse. El chico sonrió y se le arrugaron las esquinas de los ojos. Rio nuevamente, casi con alegría, como si tuviera un secreto esperando escapar de esa sonrisa llena de dientes.

—¿Las hay?

—¿Qué quieres decir? —susurró Dan. Miró por encima del hombro del chico hacia el panel de observación. Félix soltó otra carcajada chillona, entrecerró los ojos y luego los cerró, apretándolos con fuerza—. Quizá no debería haber venido.

—Está... Ya está bien. Yo... La estrella está ardiendo pero yo... Sí, puedo resistir el tiempo suficiente —dijo, y se acercó aún más, unos centímetros más y su mentón tocaría el hombro de Dan, quien estaba tan cautivado que casi no sintió el objeto que cayó sobre su pierna—. No dejes que lo vean. Cúbrela con tu mano —susurró—. Así. Así, muy bien. No dejes que te lo quiten. Si te lo quitan, nunca encontrarás tu camino y eso me traerá problemas. Tantos problemas. Más fuego.

—¿Qué es? —presionó la mano sobre... ¿una tarjeta?, ¿una carta?

—Síguelas, Daniel. Ya verás. ¡Ya verás! —se balanceó hacia atrás en su silla, cubriéndose el rostro con ambas manos. Un grito que no pudo contener del todo escapó de sus labios—. Perdóname, Dan. Lo que te hicimos... Espantoso.

Terrible. No sé si puede deshacerse.

—¿Qué? ¿Estás bien? ¿Te duele algo? —miró frenéticamente a su alrededor y, justo como esperaba, oyó el sonido de la cerradura de la puerta. Ya venía la enfermera—. ¡Creo que necesitamos ayuda aquí dentro!

—Síguelas —sollozó por entre sus dedos—. ¡Sigue, Daniel! —cada palabra sonaba como si lo estuvieran torturando para que hablara—. ¡Está bien tener miedo! —gritó—. Yo tengo miedo todo el tiempo.

La enfermera entró rápidamente detrás de Dan y le empujó el hombro.

—Debes irte ahora —dijo, poniéndose de rodillas frente a Félix—. Por favor —insistió, mientras entraba un celador para acompañarlo afuera—. Es hora de que te vayas.

Se puso de pie, aturdido, y se alejó, viendo cómo Grace intentaba calmar al frenético

Félix, quien le arañaba los hombros, empujándose hacia arriba hasta poder ver a Dan nuevamente.

—¡Sigue, Daniel! ¡Sigue! Tengo que despertar ahora. ¡Despierta, Félix!
¡Despierta!

Los gritos del chico resonaron en su cabeza y lo persiguieron hasta el pasillo.

Un enfermero lo guio por el edificio y él lo siguió desanimado, tocando cuidadosamente la nota que Félix le había dado. La pasó rápidamente al bolsillo de su abrigo justo en el momento en que llegaron a la recepción. La señora Sheridan se levantó de un sofá bajo y gastado. Dan no dijo una palabra, pero las comisuras de los labios de la mujer comenzaron a temblar.

—¿Crees que haya ayudado? —preguntó suavemente.

—No lo sé, tal vez —respondió. La mentira lo hizo sonrojar—. No, no creo que haya ayudado. Lo siento.

La mujer asintió y le puso su mano temblorosa sobre el hombro.

—Gracias por intentarlo.

Sin decir otra palabra, se volvió y lo condujo hacia la reja de seguridad. Dan tomó la bolsa con sus objetos personales, todavía confundido.

La enfermera Grace apareció justo cuando llegaron a la puerta. Llevó aparte a la señora Sheridan y le habló en susurros. Dan aprovechó la oportunidad para echar un vistazo a la tarjeta que Félix le había dado.

Se volvió hacia la pared, lleno de entusiasmo y miedo, mientras metía la mano en el bolsillo y sacaba la nota.

No, no era una nota; era una foto impresa en cartulina gruesa. Unos rostros en blanco y negro lo observaban con la mirada vacía: dos niños frente a una tienda de circo a rayas. Ahora estaba seguro: las fotos que Abby y Jordan habían recibido estaban relacionadas. La fotografía que tenía en sus manos era la pieza que faltaba.

—¿Qué demonios es esto? —murmuró.

Dio vuelta la tarjeta y encontró hileras de números escritos apresuradamente en el dorso. La voz del chico resonaba en su cabeza.

Síguelas, Daniel. Ya verás. ¡Ya verás!

—¿Seguir qué? —dijo en voz alta—. ¿Y adónde?

Bajo los números encontró parte de una frase: *te no es*. Imaginó esta foto alineada entre las de Abby y Jordan y se dio cuenta de que ahora el mensaje estaba completo. Félix debió haberles enviado las fotos, entonces. O quizá tuvo algo de ayuda.

Se le erizó la piel al descifrar la frase completa.

Este no es el fin.



CAPÍTULO

5

Dan se quedó mirando a sus amigos que, en dos ventanas pixeladas, parpadeaban frente a sus cámaras web, momentáneamente mudos. Abby se acomodó un mechón de cabello negro detrás de la oreja, mostrando brevemente su muñeca cubierta con manchas de tinta y pintura.

—Pobre Félix —murmuró. Había medio segundo de diferencia entre el movimiento de su boca y la llegada del sonido. En una conversación normal, el efecto sería cómico—. Estaba segura de que estaría al menos un poco mejor.

—De ninguna manera —interrumpió Jordan, sacudiendo su cabeza llena de rizos desgreñados. Se quitó sus lentes sofisticados y los limpió en su camisa—. No esperaba nada de ese chico. Trató de matarnos, Abby. ¿Y ahora nos manda estas fotografías? Honestamente, casi prefería cuando solo decían «Es el fin».

—Creo que todavía lo atormenta lo que hizo. Ya escuchaste lo que dijo Dan Félix quería que lo perdonara. Incluso si todavía es... Incluso si no está mejor, parece que una parte de él sí se arrepiente —ella bostezó y se inclinó hacia la cámara, lo suficiente para que se notaran sus ojeras—. Puedes ser cínico si quieres, Jordan, pero tú tampoco estás durmiendo bien.

—Nop, pero mis calificaciones en Cálculo son impresionantes. ¿Quién hubiera dicho que el insomnio podía ser tan bueno para la ética profesional? —repuso él y forzó una carcajada—. Escucha, Dan, estoy mirando estos números como me pediste, pero no te prometo mucho. Me da la impresión de que Félix ha perdido completamente la cabeza. Probablemente, lo mejor sea olvidar que alguna vez lo conocimos y seguir adelante. Podemos quemar estas fotografías y no volver a pensar en él nunca más.

—Tú no lo viste —repuso Dan—. No fue solo insistente... Estaba... casi poseído.

Lo que te hicimos... Espantoso. Terrible. No sé si puede deshacerse...

A Dan se le hizo un nudo helado en el estómago. ¿Qué era lo que Félix no sabía si podía deshacerse?

—No es una palabra que me agrada asociar a ese chico raro —murmuró Jordan. La cámara fue invadida por su cabello, mientras bajaba la vista hacia su regazo. Dan pudo escuchar el sonido de un bolígrafo sobre papel—. Por Dios, necesito dormir. Estos estúpidos números se están convirtiendo en una masa amorfa —dijo con un suspiro—. Sin embargo, les juro que el patrón me resulta familiar. Es como si tuviera la respuesta en la punta de la lengua...

Increíblemente frustrante.

—Puedes hacerlo, Jordan —dijo Abby, espabilándose en su ventana—. Si alguien puede descifrarlo, eres tú.

—No lo sé —respondió. Sonaba exhausto.

—Empecemos desde el principio —sugirió Dan—. Dijiste que probablemente se

trataba de algún tipo de código, ¿no? Estamos hablando de Félix, es un lunático, claro, pero es inteligente. Un genio. Tenemos que suponer que me lo dio sabiendo que era algo que podríamos descifrar.

—Ya ni siquiera estoy seguro de que sea un código —dijo Jordan—. Están en grupos, pero son tan pocos. La forma en que están repartidos parece intencional, pero...

Dan había dado por hecho que Jordan sabría qué hacer con los números.

Ese chico podía resolver un sudoku avanzado con los ojos cerrados o lucirse en una prueba de Cálculo del tipo de las que a él lo ponían nervioso. Si Jordan no podía resolver este acertijo, se quedarían sin nada.

—¿Pero qué? —insistió Abby. Entrecerró los ojos frente a la cámara. Dan les había enviado por correo electrónico una copia de los números que estaban en el dorso de la fotografía, junto con la imagen del frente.

—Pero no sé. A veces estas cosas son desquiciadamente complicadas. No como *A es igual a uno, B es igual a dos* —explicó—. Quizá no pueda resolverse solo con estos números. Podríamos necesitar una clave para decodificarlos...

—¿Oyeron eso? —susurró Abby de pronto, mirando por encima de su hombro hacia un rincón oscuro más allá de su cuarto.

—¿Oír qué? —preguntó Jordan distraído.

—Esa voz —ella abrió muy grandes los ojos y se hundió en su silla—. ¿De verdad no la oyeron? —susurró.

Dan se acercó más a la pantalla de la computadora, con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Oír qué, Abby? Es decir, ¿estás *bien*? No oí nada. ¿Y tú, Jordan?

—No...

Ella giró rápidamente la cabeza a un lado.

—¡Ahí está otra vez!

Dan estaba comenzando a inquietarse. Lo único que escuchaba era el golpeteo impaciente del bolígrafo de Jordan sobre su escritorio.

—De verdad no escuché nada, Abs.

Parpadeó con fuerza, temblando un poco en la ventana de la pantalla de Dan.

—Sonaba como... No importa.

—¿Cómo qué? —insistió él.

—No, es estúpido —dijo ella, suspirando—. Olvídenlo.

—Abby, ¿como qué sonaba?

Ella desvió la mirada de la cámara.

—Mi tía. Lucy.

Los tres permanecieron en silencio por un momento. Cuatro meses antes, cuando se habían conocido, Dan hubiera intentado hacer una broma para llenar el silencio. Pero escuchar voces ya no era motivo de risa para ellos, no después del verano que habían compartido, y Abby no era la clase de chica que se asustaba con facilidad.

—¿Ya te había pasado esto?

—Una o dos veces —respondió ella, mirando hacia su regazo—. Más que eso, tal vez. Desde que nos fuimos... no sé. A veces simplemente la oigo.

Susurrando.

—Eso no es... —comenzó a decir Dan, con un nudo en el estómago.

—¡Lo tengo!

Tanto Abby como Dan se sorprendieron por el repentino grito de Jordan.

—Lo tengo —exclamó nuevamente—. Es decir, no lo *tengo*, pero creo que sé lo que hay que hacer.

Dan no estaba listo para dejar atrás la posibilidad de que Abby pudiera estar teniendo alucinaciones de voces misteriosas. Este sería, probablemente, el momento en el que un novio de verdad le daría un abrazo o al menos se sentaría con ella hasta que se calmara. *Estúpida distancia. Estúpida cámara web.*

—Adelante —dijo Dan, apartando la mirada de Abby—, dinos lo que tenemos que hacer.

—Félix te pidió que las siguieras, ¿no? —explicó Jordan, hablando rápidamente, entusiasmado. *Tip-tap-tip-tap*. Hacía tanto ruido al tipear que Dan casi no podía escuchar su voz—. No lo entendí al principio debido a lo que falta. Observen las fotos nuevamente, las tres: la mía, después la tuya, Dan, y luego la de Abby.

Dan tomó la foto de su escritorio y la sujetó frente al monitor, comparándola con las que habían recibido sus amigos. Formaban una escena completa: la amplia tienda de un circo ambulante y un extraño grupo de personas, posando en una escena vacía. ¿Qué tenía que ver todo eso con el código?

—¿Lo ven? —exclamó Jordan—. Ahí, detrás de la carpa y la Rueda de la Fortuna. ¿Lo ven?

—¿Ver qué? —dijo Abby sin emoción—. Una mancha borrosa y, no sé, ¿un tejado quizá? No puedo distinguirlo...

Dan ya había estudiado las imágenes en detalle una docena de veces, más o menos, desde que había vuelto a casa, pero intentó analizar la escena desde una nueva perspectiva. Abby tenía razón, parecía haber un tejado, un tejado alto e inclinado.

—¿Un campanario?

—Nop —respondió Jordan—. Aquí. Miren la foto que les estoy enviando.

La ventana de los mensajes debajo de los videos parpadeó y Dan desplazó el cursor para ver lo que Jordan había encontrado. Era casi imposible describir la sensación de excitación y temor que lo invadió de pronto, como un golpe al estómago. Sentía que podía ahogarse con su próxima inhalación.

Inclinado, blanco con molduras oscuras, cayéndose a pedazos...

—Brookline —susurró con los ojos a pocos centímetros de la pantalla—. Eso es el campus. Esa feria... está en el jardín, frente al salón comedor Wilfurd.

—Me resultaba familiar, así que busqué en el sitio web de la universidad y ¡voilà! Es difícil verlo con esta resolución, pero definitivamente es Brookline —explicó Jordan.

—Buen ojo —dijo Abby.

—Gracias, muchas gracias. Estaré aquí toda la semana.

—Ok —dijo Dan, inclinándose hacia atrás en su silla. Se metió la uña del dedo pulgar en la boca y comenzó a mordisquearla, mientras sus ojos iban de la fotografía a color que estaba en su pantalla a la foto en blanco y negro sobre su escritorio—. Ok, así que eso es Brookline. Eso es el campus. ¿Qué son los números entonces?

—Son coordenadas —dijo Jordan, su voz iba acompañada por el sonido entrecortado de sus dedos tipeando rápido—. No tienen sentido sin las indicaciones cardinales, pero busqué las coordenadas de Camford y están cerca. Muy cerca. Si colocan las letras correctas verán lo que quiero decir.

—Espera, ve más despacio, no todos podemos ser genios incomprensidos —bromeó Dan.

—No, ¡ya veo lo que quiere decir! —Abby sonaba tan interesada y entusiasmada como Jordan. Dan no podía compartir su entusiasmo, no todavía.

—Así —dijo Jordan y un nuevo mensaje apareció en la pantalla.

43°12'24"N 71°32'17"O

—¡Oh, por Dios! Olvídate de lo de incomprensido, eres un genio a secas.

—Y eso no es todo. Con coordenadas tan precisas como estas podemos obtener su localización exacta. Denme cinco minutos en Google Maps y les daré una lista de direcciones.

Así que, al menos la primera parte del misterio estaba resuelta.

Coordenadas. *Este no es el fin*. Era obvio que el chico les había dado un mapa.

—¿Dan? ¿Qué sucede? —preguntó Abby. Lo observó desde la pantalla con preocupación—. Te quedaste callado.

—Solo estoy pensando.

—Como siempre —repuso ella riendo—. Vamos, cuéntanos.

—No es un pensamiento feliz —advirtió.

—¿Un pensamiento feliz? Dan, todos estamos sin dormir y tan estresados últimamente que he olvidado cómo sería tener un pensamiento feliz. Entre estas fotografías y el último año de escuela, estoy a un paso de internarme en un manicomio —tosió y arrugó el rostro antes de decir en un tono agudo—: Lo siento, creo que no elegí la mejor expresión.

—Pero no es un mal pie, en realidad.

—Oh, no, aquí vamos —dijo Jordan.

—Es solo... Félix dijo «seguir», y fue... no lo sé. Un pedido de ayuda, creo. Yo estaba seguro de que alejarse de Brookline le haría bien, nos ayudaría a todos, pero no fue así, ¿o sí? Todavía estamos hechos un desastre y me pregunto si la única forma de avanzar es volver. «Este no es el fin», eso dicen las fotos, ¿no?

Bueno, tal vez no haya terminado.

—Me preocupaba que dijeras eso —respondió ella, frunciendo los labios. Su piel, cenicienta por la falta de sueño, no combinaba en absoluto con los alegres cuadros que decoraban la pared que se veía detrás de su silueta.

—Pero no te sorprende —agregó Jordan. Abby le lanzó una mirada de advertencia—. ¿Qué? Es demasiado tarde para preocuparnos por los sentimientos y esas estupideces. Mientras tanto, ya terminé con las coordenadas. El mapa dice que la primera dirección es en la calle Ellis, número 1020. La segunda es Virgil 1311. Luego tenemos Blake 922 y, por último Concord 3019. Y, oh sorpresa, todas se encuentran a muy poca distancia de la universidad.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Dan, intentando disimular su entusiasmo—. ¿Nos olvidamos del día de hoy y esperamos que todo esto desaparezca? ¿O elegimos la puerta número dos?

—Y cuando dices la puerta número dos te refieres a volver al lugar donde casi nos matan —dijo Abby—. No lo sé, Dan. ¿Qué crees, que simplemente regresaremos al campus como si nada, con una lista de direcciones, y decimos:

«Disculpe, señor, ¿usted sabe por qué nuestro psicótico pseudoamigo nos envió aquí?». —respiró hondo—. No te ofendas, simplemente no te entiendo.

Por una vez, Jordan no tenía nada sarcástico que agregar. Evidentemente, también estaba esperando la respuesta de Dan. Pero él ya había pensado en todo. En realidad, había sido Sandy quien le había dado la idea, ella le había sugerido que visitara otras universidades.

—¿Qué opinan de un fin de semana como potenciales estudiantes?



En el sueño, Dan podía sentir el calor de las llamas que salían a bocanadas frente a su rostro. Comenzó a sudar y esquivó el fuego justo en el momento en que surgía de la boca del artista. Entonces, se volvió para lanzarle una mirada furiosa, ¿acaso no veía que estaba ahí? Pero el hombre se reía, mientras se limpiaba el combustible de los labios y se golpeaba el muslo con la mano. Toda la feria comenzó a inclinarse ligeramente y el suelo se movía debajo de sus pies. *Así debe sentirse estar borracho*, pensó, deambulando sin rumbo entre las tiendas a rayas.

No, no sin rumbo... Algo estaba guiando su camino. No sabía hacia dónde estaba yendo, solo sabía que debía llegar ahí. Respuestas. Respuestas a preguntas que solo ahora tenía el valor de hacer. ¿Qué pasaría si lograba que su familia hiciera cualquier cosa que él quisiese? ¿Y si el control mental no fuera magia, sino ciencia?

Se estaba acercando; apenas podía mantenerse erguido mientras dejaba atrás las últimas tiendas y se aproximaba al maltrecho escenario. En su mano sudorosa, sostenía un pequeño pedazo de papel grueso. «Una entrada». Un viejo decrepito lo esperaba sobre el escenario, paciente, atento. No parecía gran cosa, en realidad, pero las apariencias podían ser engañosas...

Un timbre estridente penetró la visión y, en un abrir y cerrar de ojos, el sueño se esfumó.

Se sentó bruscamente en la cama y se mareó al instante. El sonido sobrevivió al sueño, y se apresuró a tratar de encontrar su celular sobre la mesita de noche. En el proceso, tumbó el frasco de un antihistamínico que había dejado abierto después de tomar una pastilla para dormir.

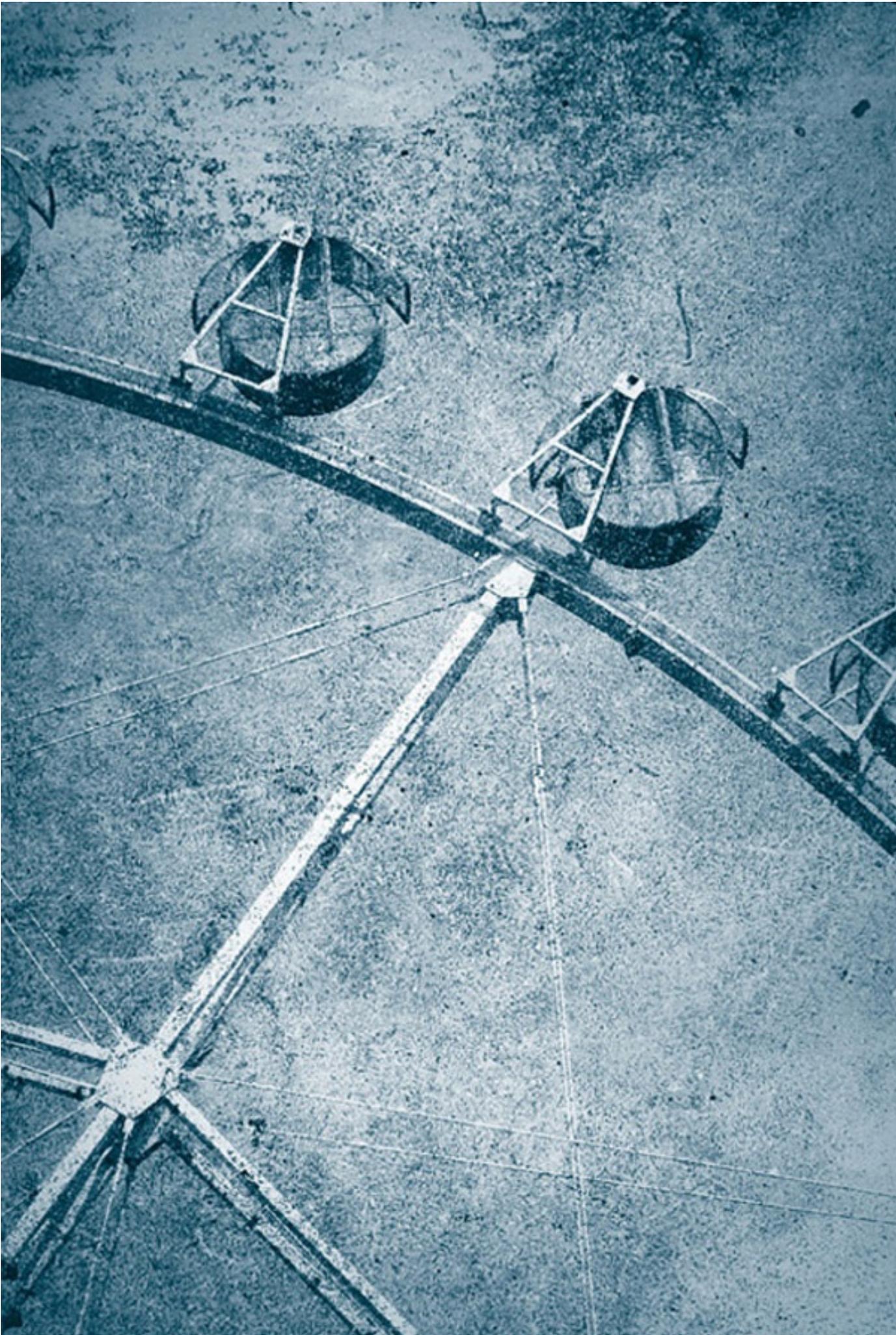
Somnoliento, halló el teléfono junto al frasco volcado. Se acostó sobre su espalda y acercó la pantalla a su rostro.

Missy le había enviado un mensaje de texto.

Ojalá hubieras podido venir a la fiesta. ¡Todos t extrañamos!

Dan gruñó y dejó el teléfono sobre la mesita nuevamente. Debería haberle enviado un mensaje para desearle un feliz cumpleaños, al menos, pero lo había olvidado. Como estaba demasiado cansado para responder, se cubrió la cabeza con la manta e intentó volver a dormir.

Un único pensamiento lo mantenía despierto y, por una vez, no era malo: pronto no tendría que preocuparse por Missy y Tariq. Por fin vería a Abby y a Jordan, sus verdaderos amigos.



CAPÍTULO

6

La fría llovizna le aplastó el cabello y Dan lo separó y lo peinó con sus dedos otra vez. Se movió nerviosamente en la acera, mientras tamborileaba los dedos sobre sus piernas dentro de los bolsillos de sus pantalones. Los autos pasaban y llenaban el aire con el siseo de los neumáticos sobre el pavimento mojado.

Finalmente, un autobús frenó con un rechinar, y Dan pudo ver el rostro radiante de Abby que lo observaba desde adentro.

La saludó con la mano y se acomodó el pesado bolso con la computadora que llevaba colgado del hombro. Ya había revisado tres veces si tenía todos sus medicamentos, pero ahora volvió a verificar el bolso, casi como un tic nervioso.

Al igual que cuando llegaron por primera vez al CPNH, Jordan y Abby habían tomado el mismo autobús. El olor del gasoil flotó hacia Dan, mezclándose con el aroma terroso de la lluvia sobre el pavimento. Se apretó más la chaqueta y golpeó los pies contra el suelo para entrar en calor. Estaba terminando octubre, y hacía un poco más de frío aquí que en su ciudad.

Minúsculos filamentos de lluvia se aferraban a los fríos árboles, bancos y grietas de la acera. A unos metros de la parada de autobús, los negocios locales habían colocado calabazas talladas y luces parpadeantes color púrpura, como decoración de Halloween.

La neblina que bajaba lentamente desde el campus, ubicado en la cima de la colina, envolvía la ciudad en un resplandor blanquecino.

—Hola. Por fin llegaron —los saludó. Abby fue la primera en bajar del autobús y Dan se acercó rápidamente para ayudarla con sus maletas. Llevaba puesto un abrigo marino amarillo brillante con un ramillete de plumas de pavo real prendido en la solapa y un gorro tejido, tipo boina. En algún momento desde la última vez que la había visto, se había teñido un gran mechón de pelo de color azul eléctrico. Se abrazaron y él la besó suavemente en la mejilla.

—Me alegra verte otra vez —dijo ella, sonrojándose—. Ven, busquemos las cosas de Jordan.

Ella se dio vuelta para ayudar a Jordan, quien lucía su habitual atuendo oscuro y elegante: una chaqueta de cuero y *jeans* ajustados, con calcetines de lana que apenas sobresalían por encima de sus botas gastadas.

Dan había olvidado lo trágicamente fuera de moda que se sentía frente a ellos. También notó trozos de papel borrador que asomaban de los bolsillos de su chaqueta.

—No estuvieron jugando al ahorcado, ¿o sí? —preguntó.

—¿Esto? —Jordan sacó uno de los trozos de papel—. Solo estábamos pasando el rato.

Por lo que Dan podía ver, «solo pasando el rato» significaba cientos de hileras de cálculos matemáticos. Se preguntó cómo sería el interior de la mente genial de Jordan. Tomaron sus maletas y esperaron a que se despejara la calle; entonces cruzaron hacia el

camino pavimentado y sinuoso que conducía cuesta arriba, a la universidad.

—¿Qué tal estuvo el viaje? —preguntó Dan, caminando tan cerca de Abby como era posible sin hacerla tropezar—. Ha estado lloviendo así desde el momento en que bajé del avión.

—Jordan no dejó de hablar de su anfitrión —respondió ella—. Lo buscó en Facebook. Muy rico. Muy atlético. Y muy sensual, con S de *sexy*.

—Y probablemente muy heterosexual, con D de desilusión —agregó Jordan.

—No creo que vayamos a verlo mucho, de todas maneras. Tenemos una misión — intentó decirlo a la ligera, como si fuera un chiste gracioso, pero ninguno rio—. Además, probablemente los anfitriones no tengan tiempo para unos pobres estudiantes de secundaria como nosotros.

—Sí —Jordan sacudió su cabello rizado y miró a Abby de reojo—. Esperemos que no le presten demasiada atención a la pandilla de *Scooby-Doo* que se escabulle para resolver misterios.

—No recordaba que esta colina fuera tan empinada —comentó ella resoplando—. Cielos, este lugar debe ser *helado* durante el invierno.

Con cada paso que daban cuesta arriba, Dan sentía que le costaba más respirar y su estado de ánimo se volvía cada vez más sombrío. Una cosa era hablar sobre volver a ese lugar, y otra muy diferente era estar ahí, *otra vez*.

Félix, poseído o inspirado por el Escultor, había intentado matarlos. Dan había visto un cadáver de verdad.

Pero, a pesar de la ansiedad que le producía ese lugar, era como si alguien hubiera escondido algo magnético dentro de su pecho: sentía que algo lo atraía hacia ahí, hacia los secretos que aún quedaban por descubrir.

Un zumbido en su bolsillo lo distrajo de sus pensamientos. Sacó su teléfono y encontró un nuevo mensaje de texto de Sandy.

¡Hola! ¿Llegaste bien a lo de Jordan? Solo reportándome. ¡Que te diviertas!

Se mordió el interior de la mejilla, con el dedo frente a la pantalla listo para responder con un mensaje impreciso pero tranquilizador.

—¿A lo de Jordan? —el propio Jordan estaba mirando el teléfono por encima de su hombro, mientras él escribía una respuesta rápida—. ¿Qué les dijiste a tus padres sobre este fin de semana?

—No toda la verdad, técnicamente hablando —no se había sentido bien mintiéndole a su madre, pero tampoco le había costado mucho—. Le comenté que ibas a visitar la Universidad de Georgetown este fin de semana y le dije que iría contigo. Y luego *tal vez* haya cambiado mi pasaje usando la tarjeta de crédito que tengo para emergencias.

—Al menos esta vez no soy yo quien está ocultando su paradero —dijo Jordan con una sonrisa irónica—. Estoy seguro de que la pasaremos genial en *Georgetown*. Pero en serio, Dan, avísame si necesitas ayuda para pagar la tarjeta de crédito.

—Deberías haberles dicho la verdad —dijo Abby.

—Entonces no estaría aquí hablando con ustedes. Mis padres no quieren que tenga nada que ver con este lugar.

Y quizá tengan razón.

Llegaron a la cima de la colina y Dan se detuvo abruptamente, estupefacto, como si alguien lo hubiera golpeado en el estómago, dejándolo sin el poco aliento que le quedaba.

—¿Qué de...? —no pudo terminar la frase.

Son iguales, pensó, y se quedó aturdido, mirando el mar de tiendas dispuestas en el jardín central del campus. *Son como las de mi sueño*. O, en realidad, como las del sueño del director. Y lo que era más inquietante: como la de las misteriosas fotografías.

Sacó su foto del bolsillo de su abrigo y la levantó para que todos pudieran verla. Jordan y Abby hicieron lo mismo, para completar la escena.

—¿Qué es más fuerte que un *déjà vu*? —susurró Jordan.

—Sea lo que sea esto —respondió Abby.

Las tiendas solo se veían a través de los espacios entre los edificios de ladrillo; desde donde estaban, podían reconocer las anchas rayas de color naranja, púrpura y negro. Dan casi esperaba sentir el olor a combustible quemado; casi esperaba ver al hombre que escupía fuego y al que estaba sobre el escenario... Sin embargo, todo lo que podía oler era el lodo pegado a sus zapatos y el hedor de una carne, imposible de identificar, cocinándose, que parecía venir del comedor, como siempre.

Dan guardó la foto nuevamente en el bolsillo de su chaqueta.

—No sabía que habría una feria —dijo Abby—. ¿Creen que sea para los potenciales estudiantes?

—No decía nada al respecto en el folleto que enviaron —señaló Jordan, conduciéndolos hacia el campus. Árboles muy altos se alzaban a ambos lados del camino y sus hojas otoñales brillaban con humedad—. Parece algo importante como para no mencionarlo, ¿no creen?

Dan no tenía forma de saberlo, no se había molestado en leer el folleto.

Decía que era para potenciales estudiantes, no para personas simulando serlo.

—Al menos es un veinte por ciento menos aterrador que en las imágenes —murmuró Jordan—. ¿Alguien puede explicarme por qué todas las fotos antiguas parecen haber usado el filtro *Macabro* en Instagram?

—No parecen haber instalado juegos mecánicos —observó Abby, mirando en

dirección a la feria con los ojos entrecerrados.

—Tienes razón —Jordan se encogió de hombros—. No veo una Rueda de la Fortuna... Es un poco tonto armar una feria sin juegos mecánicos. De todas maneras, deberíamos echarle un vistazo. Quién sabe, podría aparecer una pista muy importante, ¿no, Dan?

—Si tenemos tiempo —respondió, ignorando el sarcasmo de su amigo—. Y solo después de haber visitado todas las direcciones. Tal vez ni siquiera podamos llegar a todas, o debemos separarnos —fue entonces que se dio cuenta de que ninguno de sus amigos le respondía y ambos estaban mirando fijamente el suelo—. No estoy tratando de ser un aguafiestas —les aseguró—. Pero fue para *eso* que vinimos.

—*Vinimos* para descubrir por qué tenemos pesadillas y escuchamos voces. *Vinimos* para darle fin a este tema y seguir adelante con nuestras vidas —Jordan cerró su chaqueta para resguardarse del viento mientras caminaban—. Eso puede incluir o no la búsqueda del tesoro de Félix, Dan. Tienes que abrir tu mente a la posibilidad de que quizás el chico simplemente está chiflado y esas casas no tienen nada más aterrador en ellas que republicanos.

—¿Piensas que eligió todas estas direcciones al azar solo para divertirse? No lo creo —insistió Dan, intentando ser razonable—. Creo que lo que haya... *poseído* a Félix... le dio estas coordenadas. Están conectadas. Puedo *sentirlo*.

—¿Ah, sí? ¿Se están activando tus poderes de Súper Director?

—Jordan, no es gracioso —Abby lo codeó suavemente.

—Tienes razón. Maldición. Lo siento, es solo... estar de vuelta en este lugar... sabía que sería extraño, pero no *tan* extraño. Este cuento de la feria tampoco ayuda.

Dan no podía culparlo. Los tres permanecieron en silencio mientras avanzaban por el sendero que serpenteaba entre los edificios académicos y las fraternidades. El edificio de la oficina de ingresos, donde se suponía que se encontrarían con sus anfitriones, estaba al otro extremo del campus y tenía su propia entrada para los autos de los padres que habían llevado a sus hijos. Al parecer, Dan, Jordan y Abby eran los únicos estudiantes que habían ido en autobús.

El camino los llevó cerca de un pequeño cementerio cercado. Dan no le había prestado demasiada atención durante el verano, dado que no era más que una pequeña parcela de césped bien cuidado, con lápidas colocadas al azar, sin seguir ningún tipo de línea o patrón. Algunas eran tan antiguas que no eran más que un par de escombros. Pero ahora, un destello rojo en una de las lápidas le llamó la atención. Al principio creyó que solo era un arreglo floral corriente, pero cuando miró más de cerca, notó que se trataba de una corona fúnebre de rosas rojas con más o menos la forma de una calavera.



Una fina capa de neblina se deslizaba entre las lápidas.

—Qué elección más extraña —murmuró, pensando en voz alta.

Jordan siguió su mirada.

—Sí, qué buen gusto. Por Dios. ¿Por qué no le pusieron una flecha luminosa que dijera: ¡Oigan, miren! ¡Un tipo muerto!?

Abby se detuvo para observar la corona y Dan chocó ligeramente contra su espalda.

—Oh, lo siento —dijo ella, distraídamente—. Solo estaba pensando que se ve casi como una *ofrenda*.

—¿Eh? —exclamaron Jordan y Dan al mismo tiempo.

—¿Para el Día de los Muertos? —supuso Abby. Se acercó a la cerca del cementerio y se inclinó hacia adelante para estudiar la corona—. Una *ofrenda*.

—Decirlo una y otra vez no nos explica qué es —señaló Jordan.

—Claro —ella puso los ojos en blanco por un momento y señaló las flores que estaban sobre la lápida—. Básicamente son como las flores que se llevan a las tumbas de los seres queridos. En general, se utilizan caléndulas, pero las calaveras también son una parte importante del Día de los Muertos, así que, ¿quizás alguien las combinó? Nunca había visto un diseño como este.

—Quizás él la dejó —dijo Jordan, señalando con la cabeza más adelante, donde había un universitario acurrucado contra la cerca del cementerio. Su cabeza descansaba sobre una botella de ron vacía. Alguien había cubierto su rostro con marcador.

—Cielos. Al parecer, alguien tuvo la mejor o la peor noche de su vida —comentó Dan.

—Puj. Novatadas. No entiendo esas tonterías —interrumpió Jordan. Su maleta fue dejando angostas marcas mojadas sobre el camino a medida que continuaron avanzando hacia el salón Wilfurd, dejando atrás al chico de la fraternidad—. ¿Por qué les pagaría a un grupo de atletas llenos de esteroides para que sean mis amigos solo para que me emborrachen, me dibujen todo el rostro y me dejen en un *cementerio*? ¿Qué sentido tiene?

Llegaron al salón Wilfurd justo a tiempo, una llovizna comenzó a caer y la neblina que Dan recordaba del verano se estaba elevando rápidamente. Otros potenciales estudiantes estaban congregados fuera, sobre la hierba, arreados a un lado y a otro por estudiantes de la universidad que vestían camisetas de color naranja brillante.

—No lo sé —dijo Dan—. Pero entiendo el atractivo de pertenecer a una fraternidad. Todos queremos sentir que somos parte de algo.

—Seguro, pero ¿qué sentido tiene si debes pagar para pertenecer? —resopló Jordan.

—Deberíamos apresurarnos —dijo Abby—. Parece que casi todos ya dejaron sus cosas dentro.

—Sip, tenemos que pasar inadvertidos —dijo Dan, siguiendo a sus amigos hacia la masa amorfa de estudiantes de secundaria que entraban al salón Wilfurd a los empujones. A Dan se le hizo un nudo en el estómago cuando notó la cantidad de personal que había allí para vigilarlos.

Sujetó su bolso con más fuerza, observando con desconfianza y hasta con irritación a los otros estudiantes de secundaria que parloteaban a su alrededor.

Durante el verano, hacer nuevos amigos había sido una de sus máximas prioridades; ahora, quería hacer todo lo posible por evitarlo.

CAPÍTULO

7

—**N**o te preocupes por tu amiga.

—¿Eh? —Dan no había notado que estaba mirando fijamente a Abby, pero lo estaba haciendo. Ella caminaba cerca de su anfitriona, y ambas reían como si se hubieran conocido desde hacía mucho más que diez minutos. Abby tenía ese don con la gente. Él se esforzó por escuchar de qué se estaban riendo—. Oh, no estaba preocupado.

—¿En serio? —su anfitrión, Micah, arqueó una ceja tupida y oscura y le dio una palmada en el hombro—. Porque te ves bastante nervioso a mi parecer.

—Estamos, eh, saliendo o algo así, eso es todo —explicó Dan, quien junto a los otros potenciales estudiantes, llamados simplemente *potenciales* por los universitarios, se dirigían a través del sector académico hacia las residencias.

Emparejados con sus anfitriones, la mayoría de los estudiantes estaban ocupados intentando conocer a quienes serían sus compañeros de campus por los siguientes días, en especial Abby.

—Hola —dijo Dan, saludándola con la mano. Unos pasos más adelante, ella sonrió y le devolvió un saludo rápido con los dedos.

—¿Quién es ese? —escuchó que preguntaba la anfitriona de Abby.

Ella respondió en voz demasiado baja como para escucharla.

—Creo que tu chica está ocupada —comentó Micah—. No te preocupes, puedes reencontrarte con ella más tarde. ¿Van a la misma escuela?

—No en realidad —dijo Dan—. Es decir, no, no vamos a la misma escuela. De hecho, nos conocimos aquí, durante el curso de verano.

—¿En serio? Eso es genial. Entonces, ¿se quedaron con ganas de saber más de la Universidad de New Hampshire? ¿Tenían que volver? —rió por lo bajo y hasta su risa parecía tener acento sureño.

Dan casi podía adivinar que estaba exagerando su acento en un intento por sonar gracioso o algo así, aunque el chico no parecía ser del tipo irónico, hasta donde él podía observar.

—También conocimos a Jordan aquí —explicó Dan, señalando a su amigo, casi como queriendo atraerlo a la conversación. Pero este no parecía demasiado entusiasmado con su anfitrión, Cal, a pesar de su atractivo físico previamente aceptado. No ayudaba que Cal fuera el único que hablaba—. Los tres nos volvimos como inseparables —agregó, sin poder disimular el orgullo que sentía.

—¿Tienen ansias de postularse? No quiero ser entrometido, pero cuando trabajas en la oficina de ingresos, es inevitable —comentó su anfitrión al pasar por las fraternidades.

Dan se preguntó a cuál de ellas le faltaría un postulante. Luego volvió a prestarle atención; no estaba seguro de si se estaba burlando de él o no.

¿Quién decía «ansias» en serio? Bueno, supuso que quizá Micah lo decía, con sus lentes modernos y geniales, y una barba de candado que se frotaba cada vez que hablaba.

—Tal vez. Me gusta sobre todo la historia y la psicología. ¿Conoces a Jung?

Sí, él. Pero tengo algunos otros intereses. Todavía tengo que analizar si esta universidad es la mejor para mí.

—Deberías hablar con la profesora Reyes del Departamento de Psicología. Dirige un seminario para estudiantes de último año en el viejo asilo del campus, pero la tengo justo antes de eso en mi clase de Psicología II. Mañana puedo preguntarle si te dejaría participar de alguna de sus lecciones —le ofreció Micah.

Dan intentó pensar en algo que decir, pero se quedó en blanco.

—El manicomio se llama Brookline —continuó su anfitrión—, pero seguramente leíste al respecto durante el verano.

—Sí —respondió Dan—. He escuchado sobre él.

—Maldición —hizo sonar sus dedos para llamar la atención de otro anfitrión que caminaba junto a él, un chico bajo con cabello pelirrojo desaliñado—. Ya tenemos rezagados. Busca a esa *potencial* antes de que los de la fraternidad se la coman viva.

El chico pelirrojo le hizo caso sin dudarlo, se separó del grupo y trotó hacia la joven que estaba inmersa en una conversación con un pequeño grupo de chicos de fraternidad reunidos junto a la acera.

—No queremos que se alejen —explicó Micah jovialmente—. Y menos si es para ir a una fiesta en una fraternidad. Allí se descontrolan fácilmente. Nos hemos quejado al respecto con el nuevo decano, incluso presentamos una petición formal. Creo que este año algunas fraternidades van a perder su acta constitutiva.

—¿Quiénes son los que se quejaron? —preguntó Dan, observando los jardines de las casas de las fraternidades. Algunos estaban cubiertos de basura.

—Gente sensata —respondió Micah sin dudar—. Si asistieras a esta universidad sabrías a qué me refiero.

—Seguramente —respondió. Apuntó con el pulgar hacia atrás, al sector de donde venían—. Vimos a un chico desmayado cerca de unas lápidas. No se veía muy bien.

—Los imbéciles de Sig Tau no tienen cultura alcohólica. Disculpa mi exabrupto. No me caen bien esos tipos. Se la pasan haciendo reuniones descontroladas y algún chico siempre termina en coma alcohólico. Es una maldita vergüenza. Como dije, vamos a asegurarnos de que se marchen este año —Micah hizo señas al mismo chico pelirrojo que había ido a buscar a la *potencial* rezagada. Sin aliento, el chico corrió hasta donde estaban, mientras seguían su recorrido por el campus—. Mi amigo Dan me dice que hay un postulante de Sig Tau desmayado cerca del cementerio. Haz que alguien vaya a ver cómo está, ¿sí?

—Claro —respondió, con entusiasmo—. En cuanto...

—No, Jimmy. Ahora. Hay *potenciales* por todas partes. Tenemos que dar el ejemplo. No queremos que piensen que solo somos un par de estúpidos borrachos.

Jimmy asintió con tanta fuerza que Dan pensó que se rompería el cuello.

—Guau —exclamó Dan, viendo cómo Jimmy se dirigía hacia el final del grupo—. ¿Eres el jefe de los anfitriones o algo así?

—¿Quién? ¿Yo? —Micah rio, echando hacia atrás la cabeza—. No, no... Nos gusta mantener todo en orden, eso es todo.

A Dan le dio la impresión de que hacían más que eso, pero quería desaparecer, pasar inadvertido, así que asintió cortésmente y mantuvo la mirada fija al frente.

—¡Hola! —Abby se quedó atrás para caminar al lado de Dan y llevó a su anfitriona con ella—. Ella es Lara. Lara, él es Dan. Lara me estaba contando acerca de una instalación artística en la que está trabajando y que será su proyecto para el semestre.

—Ah, genial —Dan estiró el brazo por delante de Abby para saludar a la chica. Esta era de estatura baja, le llegaba a los hombros a Abby, y llevaba su cabello negro brillante en una melena corta y severa, que se balanceaba a un lado y al otro—. Encantado de conocerte, Lara.

—En serio, no puedo esperar a ver su instalación —continuó Abby entusiasmada—. Es una obra de técnica mixta con estatuas, música y modelos vivos. ¡Mañana me va a llevar a verla!

—*En realidad*, es una crítica autodestructiva de las máscaras que usamos como personas de color para erradicar nuestro patrimonio cultural y volvernos blancos —explicó Lara con una voz monótona.

La chica era una maestra del humor inexpresivo o estaba hablando sumamente en serio. Quizá todos los estudiantes universitarios simplemente hablaban otro idioma.

—Eso suena... complejo —comentó Dan.

—*Complejo*. No la incites —dijo Micah entre dientes—. Hablará hasta por los codos acerca del dadaísmo, el futurismo y esas cosas incomprensibles.

—A pesar de lo que tu rústica educación sureña te haya enseñado, la ignorancia no es atractiva. Muy por el contrario, en realidad —dijo Lara con tono amenazador—. *Muy*.

—Cielos. ¿Será que hay un poco de tensión? —opinó Jordan, metiéndose de repente entre Abby y Dan y apoyando sus codos sobre los hombros de sus amigos—. ¿Relación fallida?

—Preferiría no hablar al respecto —dijo Micah en tono seco—. Entonces, como te decía... Si quieres participar de alguna clase en particular, Dan, avísame y yo me encargaré.

—Es muy amable de tu parte, gracias —respondió Dan, sacándose de encima el codo de Jordan.

—Espero que no estén demasiado hambrientos —agregó Micah—. Tenemos una pequeña charla introductoria planeada antes de comer. La haremos en la residencia Erickson, pero supongo que ya saben dónde queda porque estuvieron ahí durante el curso de verano.

—En realidad, nos quedamos en Brookline —dijo Dan, mientras cruzaban la última calle que separaba la hilera de fraternidades y hermandades femeninas del conjunto principal de residencias.

Micah lo miró extrañado, y él se dio cuenta de que un momento antes había dado a entender que sabía poco y nada acerca de Brookline. Iba a tener que poner más atención en lo que decía.

—Tendrás que contarme al respecto. Escuché historias muy locas sobre ese lugar —dijo Micah finalmente.

Y entonces, como si lo hubieran llamado, ahí estaba.

Dan creyó que estaría preparado para ese momento, después de todo, era solo un edificio, y no tenía motivo alguno para entrar. Las direcciones que Félix les había dado eran todas fuera del campus. Pero no importaba. Se quedó mirando la fachada blanca descascarada y las columnas combadas que luchaban por sostener el techo, y se estremeció. Por otra parte, también tenía ese magnético en el pecho, que lo atraía no solo hacia la universidad, sino hacia Brookline. En su interior una voz maliciosa le susurró: «Bienvenido a casa, Daniel».



CAPÍTULO

8

Dentro de la renovada residencia Erickson, Dan finalmente sintió que cesaba la perturbadora influencia de Brookline. Los voluntarios los guiaron al segundo piso, donde un conjunto de sofás con demasiado relleno habían sido colocados a lo largo de las paredes, formando una U. Algunos estudiantes desaparecieron por el pasillo, llevando grandes pilas de equipaje a una habitación, para clasificarlo y dividirlo por anfitrión y residencia más tarde.

Dan se sentó entre Abby y Jordan, que se quitaron los abrigos y bufandas, con el rostro enrojecido y sudando por el repentino aumento de temperatura.

Hacía mucho calor en la espaciosa sala común atiborrada de personas y muebles.

—Mi anfitrión parece agradable —susurró Dan.

—El mío es aceptable —respondió Jordan—. No es muy brillante y suena a *clásico chico blanco protestante*^[1] pero puedo aceptarlo.

—Lara es genial —dijo Abby, y como para probarlo, la saludó con la mano.

Todos los estudiantes voluntarios se encontraban de pie cerca de la arcada que llevaba al pasillo. Había un elevador del lado derecho de la sala y ventanas a lo largo de la pared que estaba detrás de donde se ubicaban los *potenciales*.

Dan sintió frío cuando uno de los anfitriones abrió una puerta que daba al exterior. Cal, el anfitrión de Jordan, comenzó a sacar carpetas color naranja de unas cajas y las repartió a las diferentes filas.

—¿No crees que Lara es un poco... *frígida*? —preguntó Jordan—. Tiene una onda muy de *robot, tipo A*.

—Se toma en serio el arte, Jordan —murmuró Abby—. No tiene nada de malo.

—Encuentren sus carpetas, por favor —pidió Cal—. Todas están etiquetadas.

—Al menos a ustedes les tocaron anfitriones con los que tienen cosas en común. No me pregunten por qué me tocó Cal, pues no tengo la más remota idea —susurró Jordan—. Estudia *Economía*.

—La economía usa la matemática —sugirió Dan—. ¿No?

—Quizá para la mayoría de la gente. Tengo la impresión de que Cal solo quiere aprender cómo manejar un fideicomiso.

—¿Cómo sabes eso? —susurró Abby—. Yo digo que le des una oportunidad.

—No lo haré. Está usando zapatos náuticos. *Puaj*. Zapatos náuticos y no está ni cerca de un estúpido barco. Justifica eso, Capitana Tolerancia.

—¿De qué estás...? ¿Sabes qué? Olvídalo.

Ella le dio una de las carpetas color naranja, y luego Dan tomó la suya antes de pasar las que quedaban a la próxima persona. Cuando la abrió, encontró un extenso programa

con eventos a los que no pensaba asistir. Abby había estado en lo correcto: la «Feria del Campus» para los *potenciales* ocupaba el primer lugar de la lista en letras grandes.

—Si tienen una emergencia —decía Cal al frente de la sala—, encontrarán los números telefónicos del campus en su carpeta. Cualquier teléfono del campus los comunicará fácilmente con el conmutador principal marcando 555...

Siguió hablando un largo rato acerca de las medidas de seguridad y las políticas del campus, pero Dan había dejado de prestar atención. Un pequeño codo puntiagudo le estaba golpeando las costillas insistentemente.

—*Auch*. ¿Qué?

—Allí —murmuró Abby, señalando discretamente con la cabeza a un chico que estaba en la misma fila que ellos. Este miró fijamente a Dan a través de una cortina de greñas negras—. Ha estado observándote desde que entramos.

—¿Y? Quizá solo le cueste socializar —Dan sabía al respecto. Él mismo no podía decir que hubiera superado su etapa de nerd tímido—. ¿O tengo algo en el rostro?

—Dan, no es gracioso. Es... *raro*. Creo que ni siquiera ha parpadeado en los últimos cinco minutos.

—Tiene razón —siseó Jordan, metiéndose en la conversación tan de golpe que Dan saltó un poco en su asiento—. Tiene los ojos vidriosos.

—También es anfitrión —señaló ella—. Está usando una de las camisetas de los voluntarios.

—Lo afirmo en este preciso momento: está drogado —opinó Jordan.

Con cuidado, Dan giró la cabeza otra vez hacia al chico, que parecía no estar *respirando*, de lo quieto que estaba. Y tuvo que admitir que su mirada lo hacía sentir incómodo. No cabía la menor duda de que, a menos que estuviera observando aves por la ventana detrás de él, lo estaba mirando fijamente, sin parpadear.

—Quizá tienes razón, está drogado o algo. De todas formas, no estamos aquí para preocuparnos por esas tonterías, o de tu problema con los estúpidos zapatos de Cal...

—Oye —dijo Jordan.

—Así que no nos dispersemos —concluyó Dan. No quería mirar más al chico que lo observaba. Entre eso y el frío que sentía en la nuca, su nuevo hogar de fin de semana estaba comenzando a darle escalofríos. *Y se supone que esta es una de las mejores residencias*.

—Espero poder verlos en la feria —continuó Cal, dirigiéndoles una sonrisa digna de un fideicomisario—. La estamos relanzando este año y tienen la suerte de estar aquí para conocerla. Generalmente, Asuntos Estudiantiles solo organiza algo mediocre que incluye ir a pedir dulces durante el fin de semana.

—Los voluntarios y profesores de la universidad realmente se esmeraron —dijo Micah a todos los presentes—. Comida, entretenimiento, no falta nada.

Algunos chicos del Departamento de Danza se ofrecieron para hacer actos de acrobacias, y el Club de Esgrima hará una demostración. Esperamos que todos puedan venir con sus anfitriones, no habíamos tenido nada como esto en el campus desde... bien, definitivamente no desde que yo asisto a esta universidad, así que quién sabe.

—¿Alguna pregunta? —Cal no demostró demasiado interés en las aclaraciones de Micah.

Jordan, que ya parecía aburrido, había sacado un trozo de papel con un sudoku y lo estaba resolviendo sobre su pierna.

—Bueno. Entonces, si buscan a sus anfitriones nuevamente, podemos ayudarlos a elegir a qué clases les gustaría asistir y asegurarnos de que encuentren su equipaje y su habitación —Cal les hizo señas para que se acercaran y se reunieran con sus anfitriones. Dan se puso de pie y se estiró, viendo cómo Abby se dirigía hacia donde estaba Lara.

Sobre la chimenea que estaba a su izquierda había una fotografía gigante en blanco y negro de un hombre que, irónicamente, estaba de pie exactamente en el mismo lugar donde ahora se encontraba la fotografía. El sujeto se parecía un poco a Cal, pensó, *la misma sonrisa de privilegio y el cabello informalmente peinado*.

—¿Daniel Crawford?

Dan se sobresaltó y sintió una ráfaga de aliento frío y húmedo sobre un lado de su cuello. Volviéndose, encontró al voluntario de cabello negro que lo había estado observando. Estaba tan cerca de su hombro que casi lo tocaba. Su aliento olía a emparedado viejo de atún.

—¿Puedo... puedo ayudarte? —tartamudeó, descubriendo que al dar un paso hacia atrás el chico lo seguía. Dan notó que sus ojos no se veían simplemente vidriosos sino *vacíos*.

—Daniel Crawford —esta vez no era una pregunta.

—Eh, sí, ese soy yo. ¿Qué sucede?

—Daniel Crawford... Daniel Crawford... —el anfitrión repetía su nombre, cada vez más alto, con un tono de histeria y pánico que hacía que su voz sonara más y más aguda —. Daniel Crawford. DANIEL CRAWFORD.

Dan trastabilló hacia atrás, chocando con un sofá y cayendo sobre él tan violentamente que le repiquetearon los dientes.

—Dios, ¿qué demonios está sucediendo??

El resto de los presentes escuchó el alboroto y, de repente, tenían público.

Dan se deslizó hacia atrás hundiéndose más en el sofá, convencido de que el chico raro

iba a comenzar a trepar por encima de él.

—Daniel Crawford... Daniel Crawford... Este no es el fin. Daniel Crawford, este no es el fin, no aún...

—¡Basta! ¡DEJA DE DECIR ESO! —Dan tenía la esperanza de que sus propios gritos ahogaran los del otro chico. Por un segundo, así fue.

Permaneció callado, le sonrió de forma triste, extraña y dijo suavemente:

—Este no es el fin, Daniel Crawford. El tiempo se acaba, Daniel y este no es el fin. Vete, sal de aquí ahora, ve, ve... —se sujetó la cabeza, haciendo una mueca.

Por encima de todo el ruido Dan escuchó la voz de Cal desde el otro lado de la sala y el chasquido de sus dedos...

—¡Oye! —gritaba—. ¡Oye! ¡Doug! ¡Despábílate! ¡Despierta!

Entonces, como en cámara lenta, vio que el chico daba unos pasos, se trepaba al sofá, abría la ventana con el hombro, quitaba el mosquitero de un golpe y se arrojaba al frío vacío.

CAPÍTULO

9

Dan se quedó paralizado. Sabía en algún lugar de su mente que debía ayudar, pero ninguna parte de su cuerpo le respondía cuando intentaba moverse.

Alguien gritó, tal vez Abby, y entonces volvió en sí. El chico de cabello negro no había logrado pasar completamente por la ventana y todavía podían verse un brazo y medio zapato enganchados en el alféizar.

Con un gruñido, Dan se levantó, saltó sobre los sofás y sujetó lo que todavía se veía del anfitrión. Jaló hacia atrás con todo su peso. Ambos cayeron estrepitosamente en el suelo y, en el tiempo que le llevó a Dan volver a respirar, Cal y Lara estaban a su lado, ayudándolo.

Una mano se cerró sobre el brazo derecho de Dan y lo apretó. Él se estremeció violentamente.

—¡Soy yo! ¡Solo soy yo! —Abby estaba ahí, a su lado, preocupada—. ¿Qué sucedió? ¿Por qué te estaba gritando?

—¡Retrocedan! —rugió Cal, poniéndose de pie y apartando a los curiosos a los empujones—. ¡Déjenlo respirar! Denos un poco de espacio... Por Dios, Doug.

Micah apareció y ayudó a Lara a levantar al chico, que no se resistió, flojo como una muñeca de trapo. Lo arrastraron hacia la puerta.

Cal iba arreando *potenciales* fuera del camino a medida que avanzaban. Los otros anfitriones intentaron mantener el orden lo mejor que pudieron, pero en cuanto se cerró la puerta, estalló el bullicio.

—¿Qué demonios? —Jordan se acercó corriendo, pálido y con una mirada de espanto—. ¿Realmente trató de arrojarse por la ventana?

—Creo... creo que sí —Dan se pasó la mano por la cara; sentía el sudor frío en su frente y nariz, y su cuerpo temblaba—. Repetía mi nombre. No lo entiendo.

Nunca lo había visto antes, no sé cómo supo quién era...

—¿Estás bien? —Abby se inclinó y le acarició suavemente la rodilla—. Chicos, esto es terrible. No hemos estado aquí más de quince minutos y...

—No es como si Dan hubiera *hecho algo* —interrumpió Jordan—. Pero tienes razón. Probablemente fue un error, volver aquí. Dan, ¿qué opinas?

¿Abandonamos? Puedo llamar a mis padres. Tendré que dar algunas explicaciones, pero probablemente te dejen quedar si Abby viene también.

Negó con la cabeza. Quería irse, pero sabía que esa no era una opción. No creía que fuera cierto, pero de todas formas pregunto:

—¿Y si fue una broma?

—¿Una broma? —Abby se puso de pie de repente y alzó las manos—. Dan, abre los ojos.

—¿Qué? No sé qué decirte... Mantengamos la calma. Acabamos de llegar.

Nuestros anfitriones ayudaron a trasladar al chico, ¿no? Más tarde le preguntaré a Micah qué sucedió y obtendremos algunas respuestas —la miró fijamente, suplicando en silencio. No podía hacer esto solo, aun si quisiera. Y no quería. Necesitaba que sus amigos estuvieran ahí—. La gente nos está observando —dijo, respirando profundo—. Tenemos que decidir ahora: nos quedamos o nos vamos.

Abby se mordió el labio inferior frenéticamente, mientras enrollaba un mechón de pelo oscuro en su dedo. Miró a Jordan, quien todavía tenía el papel con el sudoku en la mano.

—Al menos quisiera ver a Lucy —dijo ella—. Aunque sea quiero hacer eso. No sé cuándo podré volver hasta aquí desde Nueva York.

—Y yo quisiera ver qué hay en esas direcciones —agregó Jordan—. No muero de ganas de volver a Richmond y al confinamiento parental, así que supongo que nos quedamos.

Dan respiró aliviado y se puso de pie con dificultad. Los anfitriones que quedaban juntaron a los *potenciales* y se prepararon para llevarlos al salón comedor para el almuerzo. Dan se preguntó cuándo vería nuevamente a Micah.

—Quedémonos con los demás —dijo. Quería mirar a la ventana que seguía abierta, pero se obligó a no hacerlo—. Podemos discutir cómo empezar durante el almuerzo.

—Tendremos que encontrar algún modo de escabullirnos —susurró Abby, mientras se reunían con los demás—. Lucy no vive muy lejos de aquí, pero me da la sensación de que nuestros anfitriones deben vigilarnos constantemente.

—Si logramos llegar a su casa tal vez pueda decirnos algo acerca de algunas de las direcciones que nos dio Félix —sugirió Jordan.

Es mucho pedir, pensó Dan, teniendo en cuenta la fragilidad de Lucy la última vez que la habían visto. Dejaron la sala y se dirigieron al pasillo, siguiendo a los estudiantes y anfitriones hacia la escalera que se encontraba al otro lado del corredor.

—Creo que eso depende de Abby —opinó Dan, lanzándole una mirada rápida—. Ella puede determinar si su tía está en condiciones para hablar acerca de eso.

—Gracias, yo... Tienes razón. Denme tiempo para considerarlo.

Cuando salieron, Dan levantó el cuello de su abrigo, temblando.

—Solo digo que ha vivido aquí toda la vida más o menos, ¿no? —dijo Jordan. Intentó alisar el sudoku con las palmas de sus manos, pero desistió y lo guardó en el bolsillo de sus *jeans*—. Puede haber escuchado rumores o... no sé. Solo me parece que es la mayor especialista en Brookline que tenemos en este momento.

—Y recientemente perdió a su marido y le restregaron toda su infancia traumática en la cara, así que probablemente no quiera hablar de Brookline en absoluto —replicó Abby con vehemencia—. Por Dios, Jordan, quiero resolver esto tanto como tú, pero no a costa

de la tranquilidad mental de mi tía.

Aunque deseaba interrogar a la mujer, Dan apoyaba a Abby en esto; después de todo, la habían internado en Brookline contra su voluntad cuando era una niña, el director Crawford le había hecho una lobotomía y después había escapado de ahí solo para perder a su esposo, Sal, a manos de Félix. O del Escultor. *Ambos*, decidió Dan.

—Está bien, está bien —dijo Jordan entre dientes, alzando las manos—. Olviden que lo mencioné.

—Jordan y yo podríamos investigar las primeras direcciones, mientras tú vas a visitarla —sugirió Dan, con lo que esperaba que fuera un tono calmado y diplomático—. O quizá podríamos preguntar por ahí qué está pasando con la excavación de Brookline.

—Disculpen.

La conversación se extinguió cuando Lara se acercó a ellos corriendo, ligeramente sin aliento y con el cabello alborotado. Dan desconfió de ella inmediatamente, pero trató de frenar ese impulso; probablemente solo estaba verificando que él estuviera bien, dado que un chico le había gritado y gritado y después había intentado saltar por la ventana justo frente a él.

—Dijiste que tu nombre es Daniel, ¿no? —le preguntó, quitándose el pelo de la cara.

—No, Dan. Es Dan.

Los demás anfitriones y potenciales siguieron adelante sin ellos, atravesando el terreno embarrado que estaba delante de la residencia, camino al salón comedor. Algunos se volvieron para observar a Dan con curiosidad, pero la mayoría parecía querer alejarse lo más posible, y eso a él le parecía bien.

—Me pidieron que me asegurara de que estuvieras bien. ¿Necesitas llamar a tus padres? ¿Vas a quedarte?

Se encogió de hombros con frialdad.

—Estoy bien, supongo. El chico... ¿está bien?

—¿Doug? —Lara frunció el ceño, negando ligeramente con la cabeza—. Es estudiante de primer año. No lo veo muy seguido, es un poco solitario. Los estudiantes sufrimos mucho estrés en esta época del año, con los exámenes trimestrales y todo eso. Sus padres llegarán pronto para asegurarse de que reciba los cuidados que necesita.

—Nunca antes lo había visto —dijo Dan. No tenía la *intención* de sonar a la defensiva, pero ¿cómo podía no sentirse un poco juzgado?—. Ni siquiera sé cómo supo mi nombre.

Abby tosió de forma melodramática y él decidió no decir mucho más a menos que Lara realmente insistiera.

Pero la chica lo sorprendió:

—Eso es bastante simple —explicó—. No hay que ser de la NASA para saberlo, ¿eh?

—señaló la carpeta naranja que él tenía debajo del brazo. La etiqueta blanca que estaba en el frente casi brillaba: «DANIEL CRAWFORD»—. Tu nombre está aquí y cualquiera puede verlo.

—Sí, así es —dijo con una risa nerviosa. Eso podía ser suficiente explicación para Lara, pero de ninguna manera lo era para él. Doug había estado mirándolo mucho antes de que repartieran las carpetas. Y ¿por qué había dicho «Este no es el fin», igual que en el dorso de sus fotos?—. Espero que se recupere pronto.

—No es el primer estudiante en volverse un poco loco por los exámenes —agregó ella, y comenzó a caminar hacia el salón comedor, adonde iba el resto del grupo—. Recuerdo mi primer año como si fuera ayer: muchas horas de sueño perdidas, momentos de pánico y hasta delirios por la falta de descanso.

Llegué a perder mechones de pelo por mi primer examen final. Mis padres estaban empecinados en que estudiara para hacer el ingreso a Medicina y la presión era considerable. Entonces cambié mi área de estudio de Biología a Bellas Artes. Seguramente pueden imaginarse cómo transcurrió esa conversación. Pero cambiemos de tema, ¿se supone que debo estar convenciéndolos de que la universidad de New Hampshire es genial todo el tiempo! —apretó los dientes para formar algo que se parecía a una sonrisa, quitándose el cabello de la cara—. Como sea, vamos a almorzar. Nos encantaría que nos acompañaran.

—¿Nos? —preguntó Abby.

—A mí y a Micah. Tal vez también venga Cal. Creo que aún está ayudando a Doug y contactando a sus padres. Habla bastante, así que seguramente pasará la próxima hora, más o menos, tranquilizándolos.

La suave llovizna se convirtió en una lluvia constante y los cuatro aceleraron el paso. Mojado y helado hasta los huesos, Dan se alegró de llegar al alero blanco en el exterior del salón comedor. Se encogió para entrar en calor.

Brookline estaba a su derecha, muy cerca. Miró hacia arriba a las filas y filas de ventanas que parecían observar todo como ojos vacíos. El personal de mantenimiento había podado desganadamente la maleza que crecía a lo largo del borde de la entrada, lo que daba la impresión de que el edificio había sido abandonado y estaba desmoronándose nuevamente. Tanto hablar del trabajo de excavación...

Las nubes oscuras que cubrían el cielo se desplazaron hasta que un solitario rayo iluminó el piso superior de Brookline. El mismo piso donde él había tenido que defenderse de un hombre con una palanca, seguro de que iba a morir. Por la forma en que la luz golpeaba las ventanas, le pareció ver que un rostro pálido con huecos irregulares en lugar de ojos lo observaba desde el interior.

Es solo una ilusión óptica, Dan, no seas tonto.

—Oye —dijo Abby, tocándole la espalda—. Entremos. No pienses en ese lugar.

Es inofensivo ahora.

Ni siquiera pudo mirarlo a los ojos al decirlo. Dan sabía que ella no creía en sus propias palabras en absoluto. Él tampoco.

CAPÍTULO

10

Dan empujó un trozo triangular de los macarrones con queso gratinado alrededor de su plato. Frente a él, Lara engullía una enorme ensalada. Entre bocado y bocado, le contaba más acerca de su instalación artística a Abby.

—Está dedicada a mis padres —explicó— y se centra en mi herencia coreanaestadounidense, pero como dije, también es una crítica. Mis padres estaban obsesionados con ser como las otras familias blancas de los suburbios.

Necesitaban la 4x4 más moderna, el televisor más sofisticado...

—No tiene nada de malo tener un lindo televisor —opinó Cal. Se estiró, bostezó, y se sentó con una pierna a cada lado del banco de la larga mesa donde estaban ubicados. Con un movimiento distraído de sus dedos, señaló a uno de los *potenciales* que pasaba con su comida—. Siete —dijo. Señaló nuevamente, sin ninguna sutileza, a la siguiente persona que pasó caminando—. Casi seis. Olvídenlo, no había visto la nariz. Cinco. *Ese* es un tres con suerte.

Abby observaba la porción de pastel que había separado para comer de postre, aunque ni siquiera había probado el trozo de tocino que tenía en su plato.

—¿Está calificando a las chicas por *puntos*? —preguntó, horrorizada.

—Chicas no —dijo Micah, mientras cortaba su comida.

—Tal vez todavía tengas posibilidades —susurró Dan, pero su broma no divirtió a Jordan en lo más mínimo.

—No me hagas vomitar —respondió en voz baja.

Cal aparentemente tenía muy buen oído, porque giró para mirar de frente a Jordan y rio entre dientes:

—Cálmate. Es una broma. Además, no gimotees, eres un ocho firme.

Dan estiró el brazo para frenar a Jordan, que se acababa de levantar, y lo sentó de un tirón, sujetándole el codo con fuerza.

—No lo hagas. Intenta provocarte.

—¿Ah, sí? —respondió Jordan en tono burlón—. Pues, lo está logrando. ¿Un ocho? ¡Ja!

—Si van a ser así de aburridos, no quiero que vengan a la fiesta esta noche —dijo Cal, inspeccionando sus uñas.

Más lejos, sobre el mismo banco, un voluntario de baja estatura levantó la cabeza y saludó a Cal con la mano.

—¿Hay una fiesta esta noche? —balbuceó de la emoción. Era el polo opuesto de Cal: bajo y fornido, con cabello rubio y crespo, y llevaba lentes gruesos.

—Sí, Henderson, y no estás ni siquiera un poco invitado —le respondió con desprecio.

Dan nunca había visto a nadie con dientes tan blancos como los de Cal, y el bronceado dorado y parejo de su piel solo los hacía verse más deslumbrantes.

Su apariencia era la que Dan asociaba con el típico californiano.

—¿Es *necesario*, Cal? —espetó Lara, tomando su plato y retirándose hacia donde estaban las ensaladas.

—Creí que los universitarios eran geniales —le susurró Jordan a Dan con tono amargado—. ¿Se supone que debemos admirarlos?

Micah se había vuelto para darle un manotazo rápido a Cal, convenciéndolo de que al menos dejara de poner puntaje a los estudiantes que pasaban.

—Mira el lado positivo —dijo Abby, inclinándose hacia Dan para que ambos pudieran escucharla—. Solo son nuestros anfitriones. Pronto se olvidarán de nosotros y podremos escabullirnos.

—Creí que Lara te caía bien —señaló Dan.

—Así es, pero eso no significa que también tenga que pasar tiempo con Cal.

¿Crees que notarán si no vamos a la fiesta?

—Para nada —susurró Jordan. Los tres estaban sentados en fila; la bandeja de Lara, momentáneamente abandonada, estaba frente a ellos sobre la larga mesa blanca—. Esto no es una excursión escolar. Se supone que tenemos que experimentar la vida universitaria, ¿no? Estoy seguro de que podemos marcharnos por nuestra cuenta si es lo que queremos.

—Tienes razón —decidió Dan—, pero debemos tener cuidado de no llamar demasiado la atención. Creo que deberíamos al menos pasar por la fiesta y después irnos.

—¿Sobre qué están susurrando por aquí?

De una forma ridícula, los tres se pusieron firmes de golpe al mismo tiempo, dando la impresión opuesta a la de inocencia que intentaban transmitir. Dan se obligó a sonreír, mientras Micah apoyaba los codos sobre la mesa y se peinaba la barba de candado castaña con los dedos.

—No era mi intención interrumpirlos —agregó cordialmente—. Parecen aliados inseparables ustedes tres.

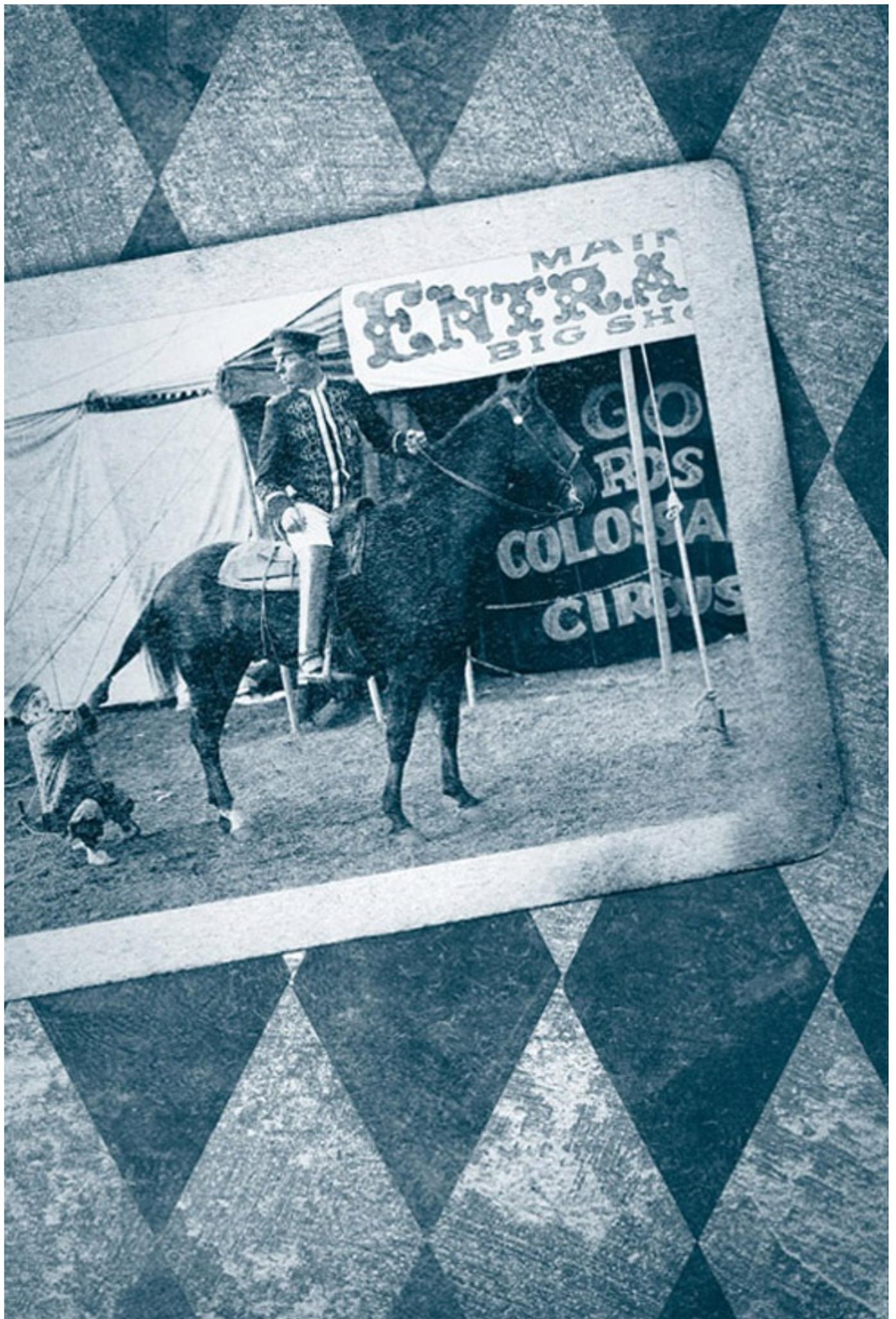
No se equivoca.

—Estábamos hablando sobre la fiesta que mencionó Cal —dijo Abby abruptamente—. Suena increíble.

—Uf —Micah se quitó los lentes y se pasó ambas manos por la cara—. Siento mucho todo esto. No es muy... académico. No íbamos a decir nada... en realidad, no es un evento apto para *potenciales*. Es posible que se sirvan bebidas para adultos, ¿me comprenden?

—Por supuesto —dijo Jordan sin emoción.

Dan recordó que su amigo había llevado licor a escondidas a su habitación durante todo el verano y tuvo que reprimir los deseos de reír.





Lara regresó, y ella y Micah intercambiaron una mirada extraña. Quizá Jordan tenía razón... realmente parecía que había un pasado triste entre ellos.

Entonces, ¿por qué compartían la misma mesa?

—Bueno, solo decía, si no quieren venir a la fiesta hay otras actividades planeadas —dijo Micah—. Y mañana está la feria. Van a ser abejitas muy ocupadas este fin de semana.

—¿Qué pasa con esa feria? —Dan no pensó antes de decirlo y la pregunta terminó sonando un poco brusca. Intentó hablar con un tono más suave—. Es decir, parece inusual, especialmente para una universidad. ¿Es por Halloween o solo para los *potenciales*?

—Por todo eso, supongo —respondió, limpiando los lentes con su camisa—. Es una antigua tradición de la universidad que no se había llevado a cabo desde... desde... caray, no lo sé, en realidad. Creo que ¿desde algún momento de los años veinte, tal vez? Quizás antes que eso. Una vieja carreta solía pasar por la ciudad y montaban la feria. Adivinos, fenómenos, ese tipo de cosas.

Como esto, miren.

Se metió debajo de la mesa y revolvió su bolso. Reapareció con dos fotografías que alisó frente a ellos. Una era de un hombre sobre un caballo, y había un payaso que estaba tirando de la cola del animal. La otra foto mostraba a un hombre, que podría haber sido el presentador del circo, sentado alegremente sobre el regazo de una mujer del doble de su tamaño.

—Nos pasamos un día buscando cosas antiguas en la biblioteca cuando estábamos organizando la feria. La ciudad de Camford intentó expulsarlos, pero la universidad les permitió quedarse, así que comenzaron a montar sus tiendas en el campus todos los años. Supongo que Asuntos Estudiantiles creyó que sería divertido restaurar la tradición.

—¿Los años veinte? —preguntó Dan—. ¿1920? —lanzó una mirada a Abby y a Jordan, asegurándose de que estaban escuchando.

—Sí —respondió Micah, entrecerrando los ojos—. ¿Por qué? ¿Te gustan mucho las ferias o algo así?

—Solo... me interesa la historia local —Dan sintió un fuerte codazo de Abby en las costillas. Ya se estaba volviendo una sensación familiar—. Definitivamente vamos a tener que ver la feria con nuestros propios ojos.

—Dios, no gracias. Los llamaré más tarde —era Cal. Sentado frente a Jordan, había sacado su celular y observaba cómo vibraba y sonaba en su mano. Con la otra mano se quitó de los ojos un mechón de flequillo castaño rojizo y después guardó el teléfono—. Es de la oficina del consejero. Probablemente se trate de Doug. Pobrecito.

—¿Cómo está? —preguntó Abby.

Después de tragar un bocado de espinaca, Cal se dio ligeros toques en la boca con una servilleta, la dobló formando un cuadrado perfecto, la colocó sobre su regazo y dijo:

—Es un buen chico. Creo que solo se encuentra bajo presión. Las calificaciones pueden hacer perder la cabeza a cualquiera. Pero estará bien una vez que vea a sus padres. Y la universidad se toma este tipo de cosas muy en serio. Se asegurarán de mantenerlo a salvo hasta poder enviarlo a casa —Cal gesticulaba mucho con las manos al hablar y un gran anillo de graduación brillaba en su dedo del medio.

—¿Dijo...? —ella se aclaró la garganta y habló más fuerte y claro—. ¿Descubrieron algo sobre por qué pudo haber actuado de esa extraña manera con Dan?

—Ni idea —respondió Cal con indiferencia, y volvió a su ensalada—. Aunque fue bastante horripilante, ¿no? ¡Daniel Crawford! Daniel Craaaawford... —dijo extendiendo los brazos como un zombi. Resopló y negó con la cabeza, riéndose de su propio chiste. Entonces se quedó unos segundos en silencio, frunciendo el ceño y levantando la mirada de su comida—. Oye... ¿Crawford?

¿Dan Crawford? ¿Cómo Daniel Crawford, el antiguo director de Brookline?

Dan sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Ningún parentesco —dijo, con tono ahogado.

—Qué bueno, qué bueno. El tipo era todo un personaje —comentó, riendo y tomando más espinaca con el tenedor.

—¿Quién es? —preguntó Lara, distraídamente.

—Sí, dinos por favor —dijo Jordan con tono estridente—. ¿Quién es?

—Un genio que dirigió el antiguo manicomio de Brookline durante sus días de gloria. Tenía algunas ideas bastante radicales, pero trabajaba con algunos de los delincuentes más psicóticos del país, así que hay que darle crédito por el esfuerzo —esta vez, cuando Cal rio, Dan sintió deseos de golpearlo—. Aprendí todo sobre él durante el seminario de este semestre. La profesora Reyes nos hizo escribir como diez ensayos acerca del tipo. Demasiado, pero mejor que hacer lo mismo de siempre, supongo.

—No debes ni deberías darle *crédito*.

Increíble. La profesora Reyes enseñaba a sus estudiantes que el director era una especie de genio incomprendido. Dan sentía el rostro acalorado y las sienes comenzaron a sudarle. Vio que Abby se ponía rígida de miedo junto a él.

—¿Disculpa? —Cal dejó su tenedor.

Dan sintió que le temblaba la pierna.

—¿Sabías que basaba sus experimentos en la eugenesia y el excepcionalismo? No se puede hacer la vista gorda solo porque trabajaba con delincuentes psicóticos. Eso no es excusa.

—Creo que hay que reconocer que existe un área gris en este caso... —comenzó a decir Cal, pero no pudo terminar.

—¿Qué sabes al respecto? —interrumpió Dan, golpeando su mano sobre la mesa.

—Probablemente más que tú. Y, no te ofendas, pero no me voy a sentar aquí a discutir con un *potencial*.

—¿Quién necesita un poco de aire? —exclamó de pronto Micah, y se puso de pie golpeando su bandeja, que casi cae de la mesa. La sujetó justo a tiempo—. Debería mostrarle a Dan dónde va a quedarse durante el fin de semana.

Ustedes dos deberían hacer lo mismo.

—Sí —dijo Cal encogiéndose de hombros—. Sí, como sea. Nos vemos.

Dan se puso de pie, pero antes se volvió hacia sus amigos. Mientras Cal estaba concentrado en su comida, Jordan movió los labios diciendo «estudia Economía» silenciosamente, y luego «zapatos náuticos».

—Les enviaré un mensaje más tarde —dijo Dan rápidamente.

—No me gusta que nos separemos —susurró Abby, un poco desesperada.

—Nos volveremos a encontrar en cuanto terminemos con esto. Lo prometo.

Afuera, seguía cayendo la misma lluvia ligera y Micah sacó un paraguas tan grande que podría haber servido como tienda de respaldo para la feria. Dan mantuvo su mirada apartada de Brookline mientras dejaban el salón comedor, temiendo que solo hablar del director hubiera sido suficiente para despertar su presencia, como una leyenda urbana. ¿A quién engañaba? Si las pesadillas eran un indicio, el hombre nunca se había marchado en realidad.

—Ignora a Cal —dijo Micah, caminando junto a él—. Solo estaba fanfarroneando. Probablemente intentaba impresionar a tu amigo.

—¿Mi...? —frunció el ceño—. ¿Te refieres a Jordan? Cielos, espero que no. Se merece a alguien mucho mejor.

—Oh —Micah rio, quizá comprendiendo—. Estoy seguro de que tu amigo podrá defenderse solo entonces.

—Si Cal es tan cretino, ¿por qué eres su amigo?

—Es una buena pregunta —respondió, encogiéndose de hombros.

Recorrieron el sendero pavimentado que serpenteaba por el jardín.

Brookline se alzaba amenazador a sus espaldas. Micah cortó camino por la hierba mojada, llevándolos de vuelta a Erickson. Sostuvo su identificación plástica frente al sensor que estaba en el exterior de la puerta y esta se abrió, permitiéndoles el ingreso.

—Tienes una identificación temporal en tu carpeta —explicó Micah—. Solo funciona en algunos de los edificios, pero avísame si quieres ver el gimnasio o algo por el estilo.

Dan lo siguió hacia los elevadores que estaban en el vestíbulo de la residencia. El

chico se volvió para mirarlo y parecía que tenía algo importante que decirle.

—Escucha, Cal no siempre es un mal tipo —explicó—. Fue una de las primeras personas que conocí cuando llegué. Nos hicimos amigos rápidamente durante nuestro primer año y hasta fuimos compañeros de cuarto en segundo, pero la gente cambia. Quiero decir... —se cruzó de brazos y se apoyó sobre la pared alfombrada del elevador mientras subían al segundo piso—. Si uno de tus amigos cambiara, ¿lo abandonarías?

Dan no tenía una respuesta. No era como si Jordan o Abby pudieran volverse tan nauseabundamente insípidos como Cal, que había repetido como un loro lo que la profesora Reyes le había dicho sin cuestionarlo. Hizo una mueca. La profesora Reyes. Sabía que iba a tener que enfrentarla tarde o temprano.

—Y, no es mi intención meterme en tus asuntos —continuó Micah, impidiendo que él respondiera lo que ahora suponía que había sido una pregunta retórica—, pero ¿cómo sabes tanto acerca de Brookline solo por haberte quedado ahí? La mayoría de los *potenciales* llegan y no saben nada acerca de la universidad, pero tú parece ser una especie de experto.

Las puertas del elevador se abrieron, dándole a Dan un momento para pensar una respuesta ingeniosa. Después de que ese chico le gritara en la cara y casi se lanzara por la ventana, no tenía exactamente muchos *deseos* de hacerse amigo de nadie en el campus.

—Yo no soy como la mayoría de los chicos —dijo. Siguió a Micah fuera del elevador, a través de la sala común (no la misma que antes, por suerte) y hacia el pasillo. Doblaron a la derecha y se detuvieron frente a una puerta que decía 312—. Quiero decir que además de haberme quedado en Brookline este verano, también he estado esperando el momento de ir a la universidad desde que tengo memoria. Me tomé la búsqueda muy en serio.

—¿Como yo, entonces? —Micah sonrió torciendo la boca y abrió la puerta. La habitación era una caja de zapatos, pequeña pero muy ordenada. Ya había un colchón inflable instalado junto a la ventana. Su anfitrión caminó distraídamente en esa dirección—. No veía la hora de largarme de la escuela.

Pueblo chico. Mentes cerradas. Familia dispersa. Buenas personas, seguro, pero yo necesitaba un cambio.

—Sé lo que se siente —asintió Dan distraídamente.

Se oyó un golpe suave en la puerta. Micah fue a ver quién era y Dan escuchó que otro anfitrión dejaba su equipaje. Aprovechó ese momento para dar un vistazo a la habitación, divisó dos guitarras acústicas en un rincón, un escritorio con la computadora más grande que había visto en su vida y paredes cubiertas de posters de películas de ciencia ficción. Sobre la cómoda, había una fila de trofeos de artes marciales bajo un enorme mapa de Luisiana. Dan se inclinó hacia adelante, acercándose al mapa, para observar el círculo dibujado con marcador rojo alrededor de una ciudad.

—Cata... Cata... —no podía pronunciar la palabra.

—¿Catahoula?

—¡Salud! —exclamó con una sonrisa burlona—. ¿Es tu hogar?

Micah dejó la maleta de Dan junto al colchón inflable, se estiró y asintió.

—Por un tiempo lo fue, después Shreveport y Baton Rouge.

Dan recorrió el cuarto y notó otros pequeños detalles: el cuadro de honor encima de la computadora de Micah, menciones honoríficas de los departamentos de Ciencias Biológicas y Filosofía, algunas fotos de quienes supuso que eran familiares, y toda una hilera de estatuillas en miniatura de personajes de *Star Wars* bajo su monitor. Una fila de marcos colgaban cerca de sus logros académicos, con fotos en blanco y negro de una antigua casa de hacienda con un gran roble sobre la derecha y lo que parecía ser un arroyo en la parte de atrás. En el siguiente marco había un clásico retrato familiar, en el que una mujer vestida con volados estaba sentada en medio de una multitud de niños bien vestidos; todos observaban fijamente la cámara con esa mirada inexpresiva y antigua.

—¿Familia? —preguntó, acercándose más a las fotos, lo que hizo caer una de las estatuillas de *Star Wars* que se apresuró a enderezar.

—Por parte de mi madre. Esa es la antigua casa de la hacienda Arnaud. Solo mi abuela vive ahí ahora, pero nunca le caí bien. El lugar se está viniendo abajo, también está embrujado. Según mi abuela, eso es un honor —rió entre dientes y se acercó adonde estaba Dan, junto al escritorio—. Mencionaste que querías estudiar Psicología, ¿me estás analizando?

—Lo siento, supongo que estoy siendo pesado —respondió, un poco avergonzado—. Lo social no es mi fuerte.

—No te preocupes, Dan, estaba bromeando. Además, a mí me pareces bastante sociable. Creo que no hablé con nadie con quien no fuera absolutamente necesario durante mi primera semana aquí —se sentó frente al escritorio, viendo como Dan volvía hacia la ventana y el colchón inflable—. Pasé un tiempo en un reformatorio por hurto y me encarrilé después de eso.

Mi tío asistió a esta universidad y fue su idea que me esforzara y solicitara el ingreso. No hubo despedidas tristes con mi familia; a nadie le importaba un demonio que me fuera, en realidad; excepto a mi tío. Cal fue una de las primeras personas que me sacó de mi caparazón. Supongo que es por eso que seguimos siendo amigos, aunque a veces sea un imbécil.

¿Reformatorio? Eso hizo reflexionar a Dan, no porque lo juzgara, sino porque le inspiraba respeto la forma en que había podido encaminar su vida después de algo así.

Miró hacia afuera. A través de la neblina que se elevaba entre los muros, pudo divisar una ventana en el edificio de enfrente, donde la silueta de un ser humano también lo contemplaba. Entrecerró los ojos, se inclinó hacia el vidrio y entonces sintió un escalofrío que le recorría la espalda; *Doug, pobre Doug* lo estaba observando.

—¿Qué demonios es...? —murmuró—. ¿Qué edificio es ese?

Micah se acercó a la ventana con dos saltos.

—Oh, maldición. Es el centro de salud. Hubiera creído que ya se habrían llevado al chico.

Dan no podía apartar la mirada, no cuando podía ver, incluso desde esa distancia, que Doug estaba gritando «DANIEL CRAWFORD» frente a la ventana. Alguien apareció por detrás del chico y se lo llevó a la fuerza. Lo último que pudo ver de él fueron sus pálidos dedos contorsionados que formaban garras y daban zarpazos en el vidrio empañado.

—¿Estás bien, Dan? —le preguntó.

Asintió. Se apoyó sobre la cómoda que estaba cerca de la ventana, enderezó los codos y se paró bien erguido. Se sintió desorientado, flaqueó y se sujetó nuevamente de la cómoda golpeando una vela. La enderezó, girándola en su mano. Era de cera roja y estaba derretida, pero lo que quedaba parecía la base de una calavera carmesí.

Cuando pudo volver a enfocar la vista, vio su propio reflejo asustado en la ventana.

—Bien. Sí... Bien.

—¿Has pensado a qué clases te gustaría asistir? Algunos de los profesores van a dar cursos especiales durante el fin de semana para que ustedes puedan ver qué tipo de discusiones y carga de trabajo podrían esperar.

Escuchándolo solo a medias, Dan sintió que su cabeza se movía hacia arriba y hacia abajo, arriba y abajo. Asintiendo... Asintiendo... Mientras el miedo en su interior se iba transformado, lentamente, pero se transformaba.

—Sí —dijo, apretando la mandíbula, resuelto—. ¿No dijiste que la profesora Reyes está dictando un seminario? A ese quiero ir.



CAPÍTULO

11

El mensaje de texto de Jordan decía: «*Se me hizo tarde. Llegaré a cenar en 5*».

Dan estaba sentado solo en una de las mesas largas y relucientes de la cafetería, con la foto que Félix le había dado, escondida bajo su bandeja. Por el rabillo del ojo, observó a Abby que dudaba frente al dispensador de cereales, dándose golpecitos suaves en el labio inferior con el dedo índice mientras decidía entre dos variedades, con azúcar o canela. Era adorable que se sintiera tan cómoda comiendo cereal para cenar, incluso esa noche, cuando otros estudiantes de secundaria estarían más preocupados por impresionar a los universitarios.

Oyó una voz suave detrás de él y hubiera creído que se trataba de Abby si no hubiera estado observándola en ese momento. Pero se dio cuenta de que, de todas maneras, la voz no podría haber sido de ella. Era demasiado grave, demasiado susurrante, demasiado monótona.

—Daniel, Daniel, sal a jugar... Sal a jugar, ¿no saldrías a jugar?, Daniel, Daniel...

Era una canción, una rima infantil.

Se volvió, rápidamente, siguiendo el sonido de la voz, y ahogó un grito furioso. En el rincón, escondido en las sombras junto a los postres, había un niño pequeño, aparentemente abandonado. Dan miró hacia todos lados, agitado. ¿Nadie más lo veía?

El niño era delgado, de unos nueve o diez años, y llevaba puesto un suéter a rayas y pantalones rotos que le quedaban demasiado cortos. La parte de arriba de su cabeza parecía abultada, casi deforme, y estaba *sangrando*.

El pequeño sujetaba algo en sus manos, lo sostenía con fuerza contra su pecho. Tenía ojos saltones, vacíos como los de Doug, como...

—¿Dan? —Abby se sentó frente a él, con el ceño fruncido—. Parece que hubieras visto un fantasma —dijo y rio, pero él casi no tenía aire para responderle.

—¿Ves... hay un niño en aquel rincón? —susurró—. ¿Hay un niño detrás de mí? Pequeño. Suéter a rayas. Pantalones raros.

—Eh, no, creo que no —dijo y agregó con indulgencia—: Déjame ver.

Ella se levantó y miró por encima del hombro de Dan por un tenso y largo rato. Volvió a sentarse y se aclaró la garganta delicadamente.

—No hay nada allí. Bueno, quizás algunas cajas vacías, pero no un niño pequeño. ¿Estás *viendo* cosas?

Sí.

—No —se limpió distraídamente el sudor de la frente—. Digo, muero de hambre. ¿Tienes hambre? *Muero* de hambre.

Echó un vistazo a la foto que había puesto debajo de la bandeja. Por Dios, el niño que había visto era igual al de la imagen.

—No voy a juzgarte —dijo Abby, tomando una cuchara—. Escucho voces, ¿recuerdas? Ninguno de nosotros goza de una salud mental óptima en este momento. Si estás viendo cosas, tienes que decirnos.

—Tú ganas. Estoy viendo cosas, ¿está bien? Había un niño pequeño detrás de mí y lo escuché cantar una canción infantil, pero que mencionaba mi nombre.

Pero no era su nombre, no en realidad. Nadie lo llamaba Daniel.

—Dios... —continuó Dan y sacudió la cabeza, agitando los diez pensamientos diferentes que luchaban por predominar allí dentro (*no debería habérselo contado; por supuesto que tenía que contárselo, etc.*)—. Este lugar es una especie de Triángulo de las Bermudas universitario.

—Oye —dijo ella, extendió su mano tibia sobre la mesa y la cerró sobre la de él. El suave apretón que le dio a su muñeca casi lo hizo olvidar dónde estaban. Por un instante, solo eran dos adolescentes normales. Novios, cenando—. Incluso si lo es, encontraremos una salida.

—Gracias, Abby, yo... Eso me hace sentir mejor. Tú me haces sentir mejor.

—Hola, chicos, abróchense los cinturones, ¡traje tarea! —Jordan llegó estallando de energía y se sentó de golpe junto a Dan, luego colocó sobre la mesa una pila de sesenta centímetros de periódicos, anuarios y libros—. Uf. Sí que pesan.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Abby, retirando su mano para poder comer el cereal.

—No podía sacarme esa maldita foto de la cabeza —explicó rápidamente, y dividió los papeles en tres pilas iguales. La lluvia había salpicado y manchado sus lentes—. Y además necesitaba una excusa para faltar a la clase de Cálculo.

Así que pensé: bien, ¿por qué no veo si puedo averiguar más acerca de la feria?

Fui a la biblioteca y convencí al chico de la recepción de que me dejara echar un vistazo en los archivos. Pensé que seguramente alguien habría escrito al respecto en los años veinte, ¿no?









Hizo una pausa para morder una manzana, y empujó su copia de las direcciones sobre la mesa. Debajo había una impresión de un mapa local con cada una de las coordenadas marcadas con círculos rojos.

—Hay mucha información sobre lo que estaba sucediendo en Camford la última vez que la feria estuvo aquí, además de datos acerca de la feria en sí misma.

—Guau —exclamó Dan—. Buen trabajo.

—Eh, no fue nada —dijo y se encogió de hombros—. Es más fácil mantenerme ocupado. Si me quedo de brazos cruzados es como que mi mente pudiera... no lo sé, implodir o algo así. Estar ocupado es mejor.

La primera carpeta de la pila de Dan estaba llena de fotografías y recortes de periódicos; tan llena, de hecho, que su costura inferior había comenzado a romperse.

Tomó el expediente con cuidado y lo abrió: una cascada de fotos antiguas se diseminó por la mesa. Miró una tras otra... Mujeres barbudas, hombres musculosos, una equilibrista, un carrusel. Vestigios fantasmales de un tiempo más feliz en Camford, antes de que fuera arruinada por el legado del director.

—Hay... eh... otra noticia también —dijo Abby.

Señaló a Dan con la cabeza, una indicación discreta que lo hizo sentir a la vez avergonzado y protegido. Eran sus amigos. Tenía que confiar en ellos.

—Tiene razón. Es... es extraño admitirlo, pero estoy comenzando a *ver* cosas.

Bueno, una sola cosa hasta ahora, así que quizá no sea nada. Puede que no vuelva a suceder.

—Epa —exclamó Jordan y apoyó la manzana a medio comer sobre la mesa—. ¿Qué clase de cosas? Eh, ¿cosa?

—Un niño pequeño —respondió. Automáticamente, recordó al niño y se estremeció—. Pero parecía... antiguo, como de otra época. Lo raro es que se veía como el que está en la foto que me dio Félix. No creo que sea una coincidencia.

—¡Cielos! Eso sí que es algo bien *M. Night Shamalamadingdon*^[2] —dijo Jordan y le dio otro mordisco a su manzana, más lentamente esta vez. Con la boca llena, agregó—: ¿Crees que pueda ser estrés? ¿O falta de sueño? ¿Estás *seguro* de que fue... de que no estabas alucinando?

—Bueno, no mucho —murmuró—. Estaba cantando una canción que decía también mi nombre, y me recordó a ese chico, Doug, y la manera en que lo repetía una y otra vez. Así que, ¿quizás estaba pensando en eso e imaginé al chico de la foto?

—Yo sigo escuchando a Lucy —confesó Abby, mordiéndose el labio. Su cabello estaba húmedo por la lluvia—. Se está poniendo peor. Es como que estar aquí... acelera algo. La escucho todo el tiempo ahora —tomó la muñeca de Dan nuevamente—. No estoy

segura de que volver aquí haya sido una buena idea. Quizá deberíamos haber olvidado todo este asunto.

—Todavía estamos a tiempo de irnos —repuso Jordan, perdiendo interés en su manzana—. Si realmente creen que no deberíamos estar aquí...

—No —dijo Dan. Miró la foto, concentrándose en el extraño y pálido niño de la imagen—. Tenemos que comenzar a rastrear esas direcciones. Esta noche.

—Ok —Jordan tomó un periódico de su pila y lo abrió, poniendo manos a la obra—. Esta noche. Antes de que nos volvamos completamente locos.

CAPÍTULO

12

Dan no podía escuchar sus propios pensamientos con el ruido sordo del bajo. Si esto era pasar tiempo con amigos en la universidad, prefería un libro, un té *chai latte* y un rincón silencioso en la biblioteca.

—¡Es como si el amplificador estuviera dentro de mi cabeza! —le gritó a Jordan en el apretado y sudado vestíbulo.

—¡Sí! —respondió también a los gritos—. ¿No es fantástico?

Bueno, sobre gustos no hay nada escrito. La policía probablemente llegaría en cualquier momento para poner fin a la fiesta. ¿Qué clase de vecinos soportarían semejante ruido?

Dan dio un giro completo, intentando localizar a Abby en el mar de cabezas que se balanceaban al ritmo de la música. El hecho de que no pudiera recordar lo que llevaba puesto no lo ayudaba. Él no se había cambiado, pero había llegado al patio de la universidad a las nueve y había encontrado que todas las demás personas de su grupo, Abby, Jordan, Micah, Lara y Cal, habían hecho algo, en mayor o menor medida, para refrescarse o cambiar por completo su apariencia.

Lara se había puesto un par de *shorts* de *jean* de cintura alta encima de pantimedias moradas. La tintura de los *shorts* parecía un arcoíris, algo que Dan señaló en un intento por conversar, solo para que ella le rebatiera que era un «*ombre*, no un arcoíris». Se las arregló para no morir congelada afuera usando un abrigo enorme y abultado encima de todo. A Dan le hacía recordar ligeramente a un exhibicionista.

Con las cabezas casi pegadas, Abby y Lara habían entablado una conversación a gran velocidad mientras todos cruzaban el campus. Las dos chicas tenían cabello oscuro, y Abby había trenzado el suyo de diez maneras diferentes y lo había recogido en una especie de explosión de estrellas. Se veía increíble y Dan había deseado estar viéndola así de arreglada en circunstancias en las que en verdad pudieran pasarla bien. En lugar de eso, estarían la noche merodeando en la oscuridad.

Jordan llevaba un par nuevo de *jeans* negros ajustados y una camiseta oscura holgada con un *Transformer* decolorado en el frente.

—Creí que solo íbamos a escabullirnos —le había susurrado Dan cuando estaban llegando a la fiesta—. ¿Por qué se arreglaron?

—Es un truco —había dicho Jordan, como si fuera lo más obvio del mundo—. ¿Sabes? ¿Un disfraz? Si viniéramos todos desaliñados, probablemente sospecharían.

—¿Desaliñado? —Dan había bajado la mirada, escudriñando su suéter y sus pantalones caqui—. ¿Así es como me veo?

—No, tú te ves bien. Siempre has logrado lucir ese estilo tuyo tan espontáneo.

—¿Qué estilo *mío*?

—Solo acepta el cumplido —había dicho su amigo con una risita ahogada. De hecho,

podía ver la risa en el aire, como una neblina blanca y esponjosa—. Tienes tu estilo y se te ve muy bien.

Ahora, en el interior de la casa que estaba fuera del campus, con gente por todas partes, luces brillantes y música a todo volumen, Dan comprendió por qué Lara traía tan poca ropa debajo de su abrigo: hacía un calor sofocante.

Aflojó el cuello de su camisa, que sentía que lo estaba ahorcando, y siguió buscando a Abby. ¿A dónde se había metido? ¿Acaso no sabía que debían irse?

Tal vez algún chico mayor y experimentado la había invitado a bailar.

Mejor ni pensarlo.

—¿Perdido? —gritó Micah, abriéndose paso a través de un mar de cuerpos que se agitaban—. ¡Toma! Te traje algo, pero es nuestro secretito.

Le dio un vaso plástico rojo, que olía a alcohol y tabaco. Dan metió la nariz en el vaso y sintió que se le cerraba la garganta.

—¿Qué es? —gritó.

—¡Whisky con Coca! No sabía qué querías, así que pensé que esto cubría todas las opciones.

—Gracias —dijo, sorbiendo lentamente y forzándose a tragar el líquido a pesar de las protestas de sus papilas gustativas. El caño de escape de una camioneta destartada debía tener mejor sabor. Examinó la fiesta buscando algo que decir—. No veo a muchos otros *potenciales* aquí.

Ninguno en realidad.

—Somos un grupo selectivo —explicó Micah, bebiendo ruidosamente su trago como si fuera agua. Luego, sostuvo el vaso plástico entre el pulgar y el índice, y apuntó hacia la muchedumbre que bailaba arremolinada—. Parece que tus amigos se están divirtiendo.

No estaba bromeando. Abby y Lara giraban una alrededor de la otra, riendo históricamente de algo que Dan solo podía adivinar. Jordan, mientras tanto, parecía estar intentando gritarle a Cal y bailar con él al mismo tiempo. Cal apoyó su mano en la cadera de Jordan y Dan no supo si beber más o correr hacia la multitud y sacar a su amigo de ahí con actitud protectora.

—No te preocupes —comentó Micah, como leyéndole la mente—. Como dije Cal no siempre es un mal chico.

—No dio una muy buena primera impresión —dijo en voz baja, pero Micah logró oírlo y se encogió de hombros.

—Para serte honesto, ha tenido un par de años difíciles. Perdió a su papá.

Fue un golpe duro. Eran muy unidos. Ese tipo de cosas pueden descolocarte por un tiempo, ¿sabes? Solo espero que se recupere pronto. Extraño tenerlo como amigo.

A Dan todavía le quemaba la garganta por ese único sorbo de alcohol.

—No sabía que su padre había muerto... Qué horrible.

—Sí, cuando éramos compañeros de cuarto —negó con la cabeza, mientras veía a Jordan y Cal alejarse de los que estaban bailando para conversar en un rincón cerca de la escalera—. Era un exalumno influyente. Lo enterraron en el cementerio del campus.

Antes de que Dan pudiera responder, un chico borracho con una casaca de fútbol americano, que venía tambaleándose, se estrelló contra Abby y Lara.

Las dos se volvieron hacia él y lo empujaron, haciéndolo retroceder. Los tres comenzaron a gritar hasta que las chicas lograron darlo vuelta y alejarlo del círculo de los que estaban bailando.

—Es fuerte —observó Micah riendo—. Tu chica, quiero decir.

—Sí —se sintió desanimado al ver que Abby se volvía nuevamente hacia Lara y seguía bailando. ¿Por qué no quería pasar tiempo con él?—. Mi chica.

—¿Algún problema? Es decir... Caray, no me cuentes si no quieres.

Dan tomó un trago rápido de su vaso y sintió que el *whisky* le quemaba la garganta. Sus padres lo asesinarían si pudieran verlo. *Lo siento, mamá y papá*, dijo para sí. Se ubicó de espaldas a la pista de baile, preocupado de que si Abby lo miraba supiera que estaba hablando de ella.

—Es solo que nunca hemos definido lo que somos en realidad. A veces, parece que todo estuviera genial, pero otras, ni siquiera siento que seamos una pareja. Y tengo miedo de que si pregunto qué somos, revienta la burbuja y no seamos nada.

—Solo pregunta, amigo —dijo Micah—. La chica no es un complicado rompecabezas. La próxima vez que tengan un momento de tranquilidad, habla con ella. Confía en mí, te sentirás mejor si sabes exactamente dónde estás parado.

—Tal vez, pero...

—¿Contando secretos?

Dan se volvió rápidamente y casi derramó la mitad del trago sobre su camisa cuando encontró a Abby justo detrás de él, con las mejillas enrojecidas y la frente brillando de sudor. Su bolsillo vibró. Sorprendido, casi dejó caer el celular al sacarlo:

Solo reportándonos, cariño. ¿Qué tal el campus? ¿Te estás comportando bien?

Mamá. ¿Cómo hacían los padres para elegir siempre los momentos más oportunos? Escribiría más tarde, decidió, cuando estuviera solo.

—Dan me estaba contando que eres una chica muy especial —respondió Micah con la destreza de un donjuán—. ¿No es así, amigo?

—Eh, sí. Sí, exactamente —tartamudeó. Trató de agradecerle con una sonrisa, pero su anfitrión no lo notó.

—¿Ves? —dijo Abby, su rostro se iluminó con una gran sonrisa y se recostó sobre el brazo de Dan, apoyando la mejilla contra su hombro—. Eso es tan... eso es muy dulce — hizo una mueca de desagrado señalando al chico de la casaca de fútbol americano que había tropezado contra ella y Lara—. Ese idiota, por otra parte, no es nada dulce. ¿Puedes creer que me llamó *princesa*?

¡Princesa! Ni siquiera me conoce. Como si fuera una especie de cumplido... —Dan nunca la había escuchado hablar tan rápido ni la había visto gesticular tanto. Ella se volvió hacia él y presionó un dedo afilado contra su esternón—. Dime que nunca me llamarás así.

—Eh... —titubeó un momento, agradecido por no haber bebido más—. ¿Khaleesi^[3]?

—Mejor —dijo ella con una sonrisa de superioridad, poniéndose ambas manos en las caderas—. Sí, eso lo acepto.

—¿Cuántos tragos bebiste? —le preguntó con cuidado. Micah los dejó, escurriéndose entre la multitud que estaba bailando, en dirección al chico de la casaca de fútbol americano.

—¿Dos... más o menos? ¿Dos o tres, quizás? —no era gracioso en realidad, especialmente porque se suponía que debían irse en cualquier momento, pero ella asomaba la lengua por un costado de la boca de la forma más ridícula...

—¡Chicos! —Dan y Abby se volvieron y encontraron a Jordan que se acercaba con tres vasos de plástico rojos, haciendo equilibrio en sus manos—. ¡Tomen!

¡Beban!

Dan olió el vaso con curiosidad.

—¿Ron? ¿Vodka?

—No, tonto, es solo refresco. Bebe más o llamaremos la atención. Los demás pronto estarán entonados y podremos desaparecer. Termina el trago que tienes, y después bebe este.

Jordan tenía razón. Todo el mundo sostenía un vaso rojo en sus manos.

Algunos incluso tenían dos. Dan divisó a Cal en el rincón bebiendo con la cabeza echada hacia atrás, como si estuviera muriendo de sed.

—Bien pensado, Jordan —dijo Abby, mirándolo desde atrás del borde de su vaso—. Muy astuto.

—Oigan, ustedes no pueden estar aquí...

Parecía que se estaba formando un cuello de botella en la puerta y dos chicas, vestidas con sudaderas iguales de una hermandad, estaban intentando entrar a la fiesta a los codazos. Ambas tuvieron que detenerse cuando Cal y Micah les bloquearon el ingreso.

—Den media vuelta —espetó Cal, apuntando por encima de las cabezas de las chicas a la noche fría y oscura—. Dije que den media vuelta. Ahora, tortugas, o llamaré a la

policía.

Tenía que ser una amenaza sin fundamento. Si la policía aparecía, encontraría a menores bebiendo y la música tan fuerte que estaba haciendo vibrar las ventanas de todas las casas vecinas.

—Cielos, no tenía idea de que esta fiesta era solo para gente VIP —murmuró Jordan.

—Deberíamos irnos ahora —dijo Abby—. Mientras están distraídos.

Dan la siguió hasta el otro extremo de la sala, rodeando la pista de baile, con cuidado para eludir a Lara, que conversaba con alguien cerca de la puerta. Sus zapatos se adherían al suelo mientras caminaban por la cocina y salían por la puerta trasera que estaba abierta, donde dos chicas estaban prácticamente pegadas una a la otra contra el marco de la puerta.

—Y eso es lo que llamamos *succionarse la cara* —dijo Jordan con un resoplido.

—No seas asqueroso —lo reprendió Abby.

—¿Qué? ¡Es verdad!

—Estás *observándolas*.

—Solo estoy intentando ser alentador —repuso él con tono triste, y luego sollozó secándose lágrimas invisibles bajo sus ojos—. Es tan... ¡Es tan hermoso! Ja. Debería sacarles una foto y mandársela a mamá y papá.

¡Sorpresa!

—Definitivamente no harás tal cosa —exclamó Abby, riéndose a carcajadas.



—¿Chicos? ¿Podemos concentrarnos, por favor? —Dan los condujo hacia un grupo de árboles a cierta distancia detrás de la casa.

Se apiñaron bajo las hojas, en la oscuridad. Dan sacó su celular y abrió la aplicación del GPS. Las coordenadas que había logrado localizar *online* ya estaban guardadas como favoritas y aparecían como triángulos rojos en la pantalla. Junto a estos, diminutas letras indicaban la distancia a la que se encontraban los diferentes destinos.

—Esta es la que está más cerca —dijo, señalando a varios metros de la fiesta—. Ojalá podamos echarle un vistazo y volver antes de que noten nuestra ausencia.

—Tengo el número del celular de Lara —les aseguró Abby—. Si tardamos demasiado, le enviaré un mensaje diciendo que uno de nosotros se sentía mal y que regresamos al campus.

—Eso está muy bien, pero la verdadera pregunta es: ¿qué pasa si alguien vive en esa dirección? No podemos simplemente irrumpir y decir *¡Hola! Creemos que su casa puede tener algo que ver con un tipo muerto y sus planes desquiciados, ¿le importa si revisamos su cocina?* —Jordan fingió una enorme sonrisa—. ¿Cuál es el plan?

—Si está habitada, tendremos que volver de día —sugirió ella—. O saltarla.

Dan levantó la vista, lejos del teléfono, considerando la pregunta de Jordan.

Permaneció con la mirada perdida en las sombras por un momento. Sus ojos se desenfocaron y se posaron en una mancha de luz plateada y brillante; los entrecerró, y observó cómo la mancha se convertía en la imagen de un niño pequeño. Era el mismo que había visto en la cena, su cabeza todavía estaba herida y sangraba, pero esta vez mantenía los brazos extendidos hacia adelante y estaba sosteniendo algo.

¿Qué sucede? ¿Qué quieres mostrarme?

—Daniel, sal a jugar, sal a jugar...

No podía ver lo que guardaba dentro de su puño cerrado y, de pronto, el niño había desaparecido y Jordan lo había tomado de los hombros y lo estaba sacudiendo.

—¡Oye! ¡Dan! Despierta. ¡Planeta Tierra llamando a Dan!

—¿Lo viste otra vez? —preguntó Abby, interpretando con exactitud su repentina palidez y el ligero temblor de sus manos. Él sujetó con más fuerza el celular.

—Estoy bien —murmuró—. Ya se fue. Deberíamos... Deberíamos ponernos en marcha.

Sin embargo, alejarse de la aparente seguridad del árbol y las luces de la fiesta, que ahora le resultaban reconfortantes, fue más difícil de lo que esperaba. Cada paso que daba hacia la oscuridad traía consigo el peligro de volver a ver ese resplandor plateado y después al niño, y tal vez la próxima vez no desaparecería.

Abby se acercó para dar un vistazo al mapa del GPS, y juntos atravesaron el jardín

trasero hacia la calle. Caminaron varios metros hacia el este y llegaron a una intersección. Un único poste de luz iluminaba el letrero con el nombre de la calle.

—Ellis —leyó Abby—. Y esa casa es el 1014. Debemos estar cerca.

—No sé si estoy entusiasmado o a punto de vomitarme encima —susurró Jordan, mientras cruzaban la calle. Hacía horas que no llovía, pero el pavimento estaba brillante y resbaladizo. Se alejaron del pálido resplandor del poste de luz y se sumergieron otra vez en la oscuridad. Era suficientemente tarde para que la mayoría de las casas estuvieran silenciosas y con las luces apagadas.

Dan caminó más rápido sin querer, casi trotando a medida que avanzaban por la calle. A unos cincuenta metros, se detuvo y observó cómo el celular de Abby iluminaba el buzón que estaba en el borde del jardín.

—Es aquí —dijo ella—. No hay autos en la entrada. No hay luces. ¿Qué opinan?







—¿Qué *pensaste* que haríamos? ¿Tocar el timbre? —dijo Jordan entre dientes—. Vamos, busquemos una ventana trasera y esperemos que no tengan un perro de ataque.

—Parece abandonada —dijo Dan.

—Y espantosa. Puaj.

Jordan tenía razón. La casa de estilo victoriano había visto mejores épocas.

La pintura se descascaraba en largas tiras, que solo se sostenían por las tablillas de madera que revestían el frente. La propiedad tenía tres plantas y se extendía hasta los límites del terreno, demasiada construcción para tan poca tierra. Alguna vez había sido verde oscura, o quizás azul.

Dan se rehusó a mirar hacia las ventanas superiores, convencido de que vería al niño pálido, sangrando y observándolo.

En cuanto pusieron un pie en el porche lateral, los tablones crujieron. El trío avanzó lentamente, cada uno intentando minimizar el ruido a medida que se acercaban a la parte trasera de la casa. Al llegar a la esquina, Jordan asomó la cabeza y echó un vistazo.

—Parece despejado —dijo—, no escucho nada ni a nadie. Esto debería ayudarnos a entrar —agregó, mientras sacaba una pequeña herramienta de su bolsillo, no una ganzúa, sino una especie de pala plana y ancha.

—¿Por qué no me sorprende? —murmuró Dan, con una sonrisa de satisfacción.

—Es buena para las ventanas. Tuve que usar esta belleza un par de veces en casa.

Metió el borde de la herramienta en el alféizar, deslizándolo hacia dentro del hueco podrido. Flexionó un par de veces el codo, la ventana se sacudió y entonces, se oyó un suave ruido seco.

—No hay alarmas. Todavía no oigo nada... —Jordan levantó la ventana algunos centímetros, esperó, y luego la empujó hasta arriba—. Después de ti.

—Eres muy amable —dijo Abby con una risita sarcástica. Al menos parecía estar completamente sobria otra vez. Dan se arrodilló y formó un apoyo con ambas manos para que ella pudiera trepar de manera segura. La ayudó a entrar y después la siguió. Cuando Jordan aterrizó junto a él, bajaron la ventana y la cerraron suavemente. Dan usó su celular para iluminar el camino.

—No enciendan las luces —les dijo—. No queremos alertar a los vecinos.

Recorrió la habitación con la luz que emitía la pantalla de su teléfono y descubrieron que estaban en una cocina que bien podría haber sido un museo de un tiempo pasado. Se estremeció al recordar el frío encerrado e intacto de los niveles inferiores de Brookline, como si nadie hubiera respirado ese aire por décadas. Todo indicaba que nadie había estado ahí en años, pero extrañamente, parecía *limpio*, o al menos organizado.

—Alguien se estuvo ocupando de este lugar —comentó, dirigiéndose hacia el

fregadero que estaba a su izquierda. Probó la llave de agua caliente y las tuberías gimieron y traquetearon antes de que saliera un fino chorro de una sustancia espesa y anaranjada. Tras un momento se volvió transparente y Dan la cerró—. Todavía hay agua corriente, así que alguien ha estado pagando las cuentas.

Las luces de los celulares de Abby y Jordan recorrieron la cocina. Había platos apilados junto al fregadero; la taza que estaba sobre la mesada todavía tenía una delgada película de té en el fondo.

—¡Miren esto! —susurró ella, con entusiasmo desde el cuarto contiguo, un comedor espacioso con una araña y un reloj de pie detenido—. Periódicos, cientos de ellos, y cartas. ¿Qué es todo esto?

Dan siguió el sonido de su voz.

—Sacos de correo —dijo Jordan, golpeando uno de ellos con la punta de su bota—. No parecen haber sido abiertos o siquiera tocados en años. Miren ese polvo.

Abby ya había comenzado a revisar las cartas sueltas que estaban apiladas sobre la mesa del comedor. Con cuidado, abrió uno de los sobres que no estaban sellados.

—Este es de 1968. Este también. Y este. Estos son del año siguiente —examinó los sobres más rápido, ligeramente sin aliento—. Parecen direcciones locales, pero hay decenas de destinatarios diferentes aquí.

—¿Quién se tomaría la molestia de recopilar esta basura? —preguntó Jordan, colocándose detrás de Abby para leer por encima de su hombro.

—Aquí también hay sacos de correo —observó Dan, pasando junto a ellos hacia el vestíbulo. Se detuvo y recogió un puñado de cartas, soplando la fina capa de polvo que las cubría—. Los mismos años. Sesenta y ocho, sesenta y nueve —mientras las revisaba, comenzó a notar un patrón, aunque fuera uno pequeño. Se guardó en el bolsillo las cartas que tenían direcciones que reconoció—. Todas están dirigidas a mujeres. Mujeres de aquí, por lo que parece. Y... oh, Dios, miren esto...

Había encontrado varias fotografías, sujetadas con un clip a un sobre de papel manila que no tenía nombre ni dirección. Eran todas de chicas (mujeres jóvenes, en realidad, parecían ser de edad universitaria) y, aunque ninguna de las fotos era exactamente comprometedoras, tenían características íntimas, hasta voyeristas, que le provocaron escalofríos.

—Parecen tan tristes —dijo Abby—. ¿Qué crees...?

Enmudeció, sorprendida por un repentino chirrido que provenía de afuera.

No solo de afuera, sino del porche y de la dirección por la que ellos habían ingresado.

Dan se agachó instintivamente; los demás hicieron lo mismo un instante después. Gateó hacia ellos a través del vestíbulo y se apiñaron contra una vitrina próxima a la ventana del comedor. Aunque estaba oscuro tanto dentro como fuera de la casa, Dan pudo

notar la diferencia, como un destello, cuando una sombra pasó frente a la ventana que estaba justo encima de ellos.

—Hay alguien aquí —susurró Jordan y luego se tapó la boca con la mano.

La sombra pasó nuevamente y se detuvo. Dan contuvo la respiración y cerró los ojos muy fuerte. No se atrevía a mirar hacia arriba.

Por la ventana, escuchó una respiración profunda y estertórea, y luego una voz femenina que cantaba, aguda y clara:

—Daniel... Daniel... Sal a jugar, Daniel...

CAPÍTULO

13

Les pareció una eternidad el tiempo que pasó entre que dejaron de oír la voz y volvieron a escuchar el chirrido, esta vez, alejándose. Ninguno de ellos se movió, paralizados en silencio.

Los minutos pasaron lentamente, pero aun así, Dan contuvo la respiración hasta que le quemaron los pulmones.

—D-díganme que ustedes también escucharon eso —susurró y levantó la cabeza solo un poco.

—Sí —respondió Jordan, pálido y con la voz aguda—. Definitivamente.

—Dan... —Abby estaba junto a él, temblando y tomándolo por la rodilla—. Tú dijiste que habías visto a un niño. Esa voz era de una niña. ¿Hay más de un fantasma?

—Por Dios —Jordan se apoyó contra un mueble—. Lo estás empeorando.

¡Cállate, cállate!

—Tenemos que salir de aquí —dijo ella—. Este no es un buen momento para que nos atrapen por entrar ilegalmente.

—Déjenme ver... —Dan se puso de rodillas y, con cuidado, se levantó hasta que la parte superior de su cabeza quedó por encima del alféizar. Como no había postes de luz cerca de la casa, se le hacía difícil determinar si había alguna silueta. Pero podía confirmar que no había nadie esperando del otro lado de la ventana ni en el área cercana, ciertamente reducida, que alcanzaba a ver—. Creo que no hay peligro —regresó con ellos y los condujo nuevamente por la cocina, hacia la ventana por la que habían entrado—. ¿Tengo que hacer algo especial o simplemente se abrirá?

Jordan se inclinó por encima de él y empujó el borde inferior de la ventana hacia arriba. Crujió como si los bordes se hubieran vuelto demasiado anchos para el marco. Presionó con más fuerza y la ventana finalmente se abrió con una sacudida.

—Diría «después de ti», pero al diablo, me voy de aquí —dijo, luego se subió a la mesada de la cocina y salió hacia la noche. Abby lo siguió, pero antes de salir giró hacia Dan y se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—¿Conoces esa sensación extraña de que alguien está observándote?

—Sí, yo también la tengo. Debemos apresurarnos —apenas terminó la frase escuchó una pisada solitaria en la planta alta, justo encima de él. Ese único golpe pesado desató un crujido que se propagó por toda la casa—. *Vete* —susurró con urgencia. Se apresuró a subir detrás de ella y salió por la ventana, ignorando la afilada astilla que le raspó el brazo. Cuando estuvo afuera, cerró la ventana y siguió a sus amigos por el porche.

No fue necesario decir nada; Jordan salió disparado. Dan logró alcanzarlo, y miró una vez hacia atrás mientras se alejaban de la casa. Sentía que algo le raspaba el estómago y se

tocó la cintura del pantalón, donde había guardado algunas de las cartas. También le latía el brazo, donde la astilla lo había lastimado. Apoyó su mano en esa zona y cuando la sacó vio que estaba cubierta de sangre.

Al llegar a la intersección, disminuyó la velocidad y buscó las cartas.

—No fue un fracaso total —dijo, recuperando el aliento—. Al menos tomé algunas de estas.

—Yo también me llevé un par —agregó Abby—. ¿Crees que alguien notará su ausencia?

Él se encogió de hombros y frunció el ceño, mientras observaba las cartas que tenía en las manos.

—No quiero ser aguafiestas —comenzó Jordan—, pero ¿qué demonios sucedió allá atrás? ¿Soy el único que piensa que Félix intentó conducirnos a una trampa?

—Estas deben ser importantes —dijo Abby, sin responderle—. Podemos leerlas y ver si mencionan a Brookline. Si no... Bien, siempre podemos intentar regresar otra noche.

Dan recordó el sonido de la pisada que sacudió la casa y se estremeció.

—Esperemos no tener que hacerlo —murmuró—. De todas formas, esa fue solo la primera dirección. Quizá lo que sea que Félix quería que encontráramos está en alguna de las coordenadas, pero no estaba seguro en cuál.

—Cielos, tantos «quizá» están empezando a volverme loco —dijo Jordan. Se dio vuelta y salió resueltamente del círculo de luz que provenía del poste bajo el cual se habían detenido.

—¡Oye! —Dan lo siguió, sujetándose el brazo lastimado.

—¡Cuidado!

Dan sintió que Abby tiraba de la manga de su suéter al mismo tiempo que veían a Jordan tambalearse de regreso aproximaba. Se sujetaba el pecho y jadeaba.

—¡Dios mío! ¡Casi me matas del susto! —gritó.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —era Micah, que se aproximaba con las manos levantadas como si se estuviera rindiendo. Dan soltó un suspiro de alivio—. No fue mi intención asustarlos, pero no estaban en la fiesta. Estuve buscándolos y buscándolos... —sus ojos se posaron en la mano con la que él se estaba tocando el brazo—. ¿Estás bien, Dan?

—Estoy bien, estábamos... —¿qué *estaban* haciendo? ¿Por qué no se había tomado la molestia de armar una historia convincente por si se daba justamente esta situación? Se le hizo un nudo en la garganta y se obligó a mirarlo a los ojos—. Solo salimos a explorar el vecindario. La fiesta estaba atestada de gente, así que decidimos tomar un poco de aire —sonrió, relajando los hombros. *Tranquilízate. Tranquilízate y convéncelo, y jamás se dará cuenta*—. Aunque creo que debemos haber tomado una ruta equivocada. No podíamos

hallar el camino de regreso.

Miró a Jordan y Abby como pidiendo confirmación. Ellos asintieron sospechosamente al unísono.

—¡Sí! —soltó Abby—. Sí, nos perdimos. La fiesta estaba... demasiado calurosa, ¿no es cierto? ¡Tanta gente en esa pequeña casita!

—Sí, a mí también me resultó un poco sofocante —dijo Micah, acomodándose los lentes—. ¿Quieren que les muestre el camino de regreso?

Creo que sería lo mejor. No estoy seguro de si puedo dejarlos deambular por la ciudad en la mitad de la noche.

—¿Dejarnos?

Jordan iba a delatarlos si seguía con esa actitud.

—Oh —Micah rio nervioso—. No, es que... Quiero decir, solo se supone que los cuidemos, eso es todo.

—Gracias por encontrarnos —dijo Dan rápidamente. Comenzó a caminar con pasos largos en dirección hacia el campus. Micah no puso objeciones, así que supuso que había escogido bien el camino—. Es increíble lo confusas que se vuelven estas calles por la noche. Apuesto que durante el día puedes ver la capilla del campus desde todas partes.

—Es una buena suposición.

—Pero seguramente tú te ubicas hasta con los ojos vendados. ¿Es extraño sentirte como en casa en otro lugar? Quiero decir que, al principio, cuando llegaste aquí debías estar tan perdido como nosotros, pero ahora conoces el lugar como la palma de tu mano, ¿verdad?

Dan podía escuchar cómo su propia voz se iba acelerando a medida que hablaba, pero no se detuvo.

—Así es —dijo Micah.

Dan se sentía obligado a decir algo, no solo porque quería probar su inocencia, sino porque no podía soportar el silencio. Este les daba poder a las sombras y a la oscuridad. Quedarse callado significaba que podían emboscarlo y usar su propio nombre para provocarlo. Sentía que el parloteo constante era una protección contra esa posibilidad, e incluso lo ayudó a relajarse un poco.

No fue sino hasta que la fiesta estuvo a la vista y Abby le dio un tirón en la manga, que se dio cuenta realmente de cuánto tiempo había estado monologando.

—Oye, lorito —dijo Jordan cuando Dan disminuyó la velocidad para caminar junto a ellos—. Eres la definición de *sospechoso*.

—¿Lo soy? Rayos, supongo que sí.

—Nadie habla tan rápido a menos que esté escondiendo algo —agregó Abby—. ¿A no

ser que en verdad estés intentando hacerte amigo? Lo que sería irónico, ya que fuiste tú quien dijo que no teníamos tiempo para eso.

—Claro. Sí. Solo pensé... —habían llegado al porche trasero. Micah parecía no querer perderlos de vista. Abby pasó junto a él con una enorme sonrisa falsa.

La cocina estaba mucho más vacía a esa altura.

—Guau —murmuró Jordan—. ¿Quién necesita un trago? —fue hasta la ponchera que estaba en la mesada y se sirvió un vaso. Cal se acercó hacia donde estaba Micah en la puerta y, mientras hablaban, se volvía constantemente para mirarlos.

—¿Solo pensaste qué? —insistió Abby.

Estaban apiñados en un rincón cerca de los tazones vacíos de papas fritas y salsa.

Sobre la mesada, tras los tazones, había una fila de velas encendidas. Dan se quedó mirando fijamente la que estaba en el extremo de la derecha: una masa informe de color rojo oscuro consumida casi por completo; todo lo que quedaba era el rastro de una barbilla y una mandíbula esculpidas.

—Solo pensé que cualquier cosa sería mejor que el silencio —respondió Dan, y rio lastimosamente de su propia explicación—. Si nos quedamos callados, podría ver a ese niño nuevamente. O escuchar voces. Estoy seguro de que suena bastante estúpido.

—No lo es —dijo Jordan en voz baja—. Entiendo lo que quieres decir.

Abby abrió la boca para responder y, a juzgar por su ceño fruncido, no iba a estar de acuerdo. Sin embargo, no tuvo oportunidad de hablar: Micah se había alejado de Cal y ahora estaba de pie junto a Jordan.

—Oigan, chicos, ¿puedo robarme a Dan un momento?

—Es todo tuyo —indicó Jordan, sonriendo con los dientes apretados.

—Gracias.

Micah no le dio oportunidad de despedirse, simplemente lo tomó del brazo y se lo llevó a la fuerza. Una multitud de estudiantes borrachos entraron haciendo bullicio, y Abby y Jordan se perdieron entre ellos.

El chico lo condujo al extremo opuesto de la cocina, hacia un rincón oscuro donde había una escalera de servicio que era demasiado angosta como para una persona. Esto no presagiaba nada bueno, ¿y si Micah los denunciaba por escaparse? Tal vez su anfitrión no era tan amigable e indulgente como parecía.

—¿Qué sucede? —preguntó Dan en tono neutral.

—No iba a mencionarlo —dijo, limpiándose sudor invisible de la frente—. Pero necesito que le adviertas a tu amigo Jordan acerca de Cal. Recién estaba hablando con él y está *recontra chupado*.

Dan movió los labios formando las palabras «recontra chupado».

—Borracho —explicó Micah—. Lo que quiero decir es que su comportamiento ha sido... eh... errático últimamente. Todo lo de su papá... Está impredecible en este momento y no siempre controla bien la bebida. Puede tener un costado cruel cuando está sobrio, ¿pero *borracho*? Mira, mi consejo puede no significar mucho para tu amigo, pero a ti sí te escuchará. No es nada grave, solo creo que lo mejor sería que los vigilemos entre todos.

—¿Es inusual que beba tanto? —preguntó Dan, sin terminar de comprender.

—Sí. Malas borracheras, malas notas y malas compañías. Es un poco apresurado decir que está «cayendo en picada», pero va camino a eso, ¿sabes?

Fue el turno de Dan de asentir.

—Es bastante común —continuó Micah, rascándose la barba de candado—. Más de lo que creerías. Aquí te sientes muy presionado a que te vaya bien, a rendir, y a veces es suficiente como para hacerte sufrir una crisis nerviosa. Y además lo de su papá... Ha tenido que soportar mucho. Cuando vi a tu amigo bailando con él esta noche, pensé que sería mejor advertirte.

—Si Cal está cayendo en picada o lo que sea, ¿cómo puede ser anfitrión de un *potencial*?

Micah rio a carcajadas, se detuvo un momento después y miró fijamente a Dan.

—Bueno, ¿recuerdas que te dije que su papá era un exalumno influyente?

—Sí...

—Su papá era el decano. Desde que murió, la administración ha andado de puntillas alrededor de Cal. Probablemente podría hacer lo que quisiera y salirse con la suya.

—Ja —Dan forzó una risa nerviosa—. Bueno... Yo, eh... Le diré a Jordan que tenga cuidado.

—Es todo lo que pido —dijo Micah, dándole una palmada en el hombro—. Gracias, amigo, tenía el presentimiento de que eras buena gente y me alegra comprobar que tenía razón.

Esa noche, después de llevar a Jordan aparte para contarle lo que Micah le había dicho de Cal, Dan regresó a su habitación y se quedó dormido sin siquiera dar un vistazo a las nuevas pistas que habían recolectado. Se sumió en un sueño pesado pero irregular, y aun inconsciente sabía que las pesadillas vendrían; podía sentir las agrupándose en los márgenes de su mente, como un banco de nubes de tormenta que crecía.

El sueño lo envolvió completamente.

Estaba de pie en la entrada de una casa desvencijada, pateando el suelo para quitarse el lodo fresco de las botas. Tenía un paraguas en la mano y lo sacudió para secarlo. Miró su reloj de bolsillo, una antigüedad bien pulida, y se sintió agobiado por el tedio que le producía esa visita. Tenía tanto que hacer. Su tiempo era tan valioso. ¿Por qué lo

malgastaba con esos cretinos y tontos?

Fue entonces que Harry entró al comedor tambaleándose. Por toda la sala, había filas y filas de sacos de correo colmados, grandes y grisáceos, como cerdas tumbadas de lado. Se acercó a uno de ellos y lo tocó con la punta del pie, lo que hizo que Harry se encogiera visiblemente. No importaba. Harry, como todos ellos, era un hombre diminuto, una cosa diminuta. Pero a las cosas pequeñas se las puede hacer crecer y él sabía que esa era su vocación.

—Cartas, cartas, ninguna para mí —decía Harry, jugando con los sacos de correo, cuidándolos como un padre afectuoso—. Nunca hay cartas para mí.

—Son todas para ti, Harry. Tú eres el protector de estas cosas. El guardián.

Eso te da poder. Tú llevas las cartas adonde deben ir. Por un tiempo, al menos, todas ellas son para ti —eso pareció calmarlo e hizo que dejara de acomodarse compulsivamente el cabello grasiento detrás de la oreja—. Pero te has portado mal otra vez, ¿no es así? Has estado husmeando, leyendo lo que no debes.

—Sí. Mal. Sí, no debo... —Harry se acomodó el cabello detrás de la oreja, otra vez y otra vez y otra.

No había nada que hacer más que suspirar y asentir.

—¿Quién es esta vez?

—Las chicas. Las chicas se escriben entre ellas, pero nunca a mí. Cartas, cartas, nunca para mí.

—Te lo dije, Harry, son para ti, aunque solo sea por un tiempo. ¿Cómo te hace sentir eso?

—Bien. Me hace sentir bien —retorcido y encorvado, se enderezó un poco.

—No estoy aquí para curarte —dijo y volvió a mirar su reloj de bolsillo. Se le había hecho tarde. Desprendió el reloj y sostuvo el tibio corazón de metal en la palma de su mano—. Así que tranquilízate. No estoy aquí para curarte... —entonces sonrió y le hizo señas a Harry para que se acercara—. Estoy aquí para liberarte.

Dan despertó empapado en sudor frío. Era solo su imaginación, obviamente.

Había estado en esa vieja casa con Abby y Jordan y ahora su mente estaba inventando historias. Micah había dejado la ventana un poquito abierta y una brisa constante se filtraba por la hendija, desagradablemente húmeda. Con las manos temblorosas, se acurrucó bajo la manta. Cuando pensó en el tono seguro y extraño de Félix, el temblor empeoró.

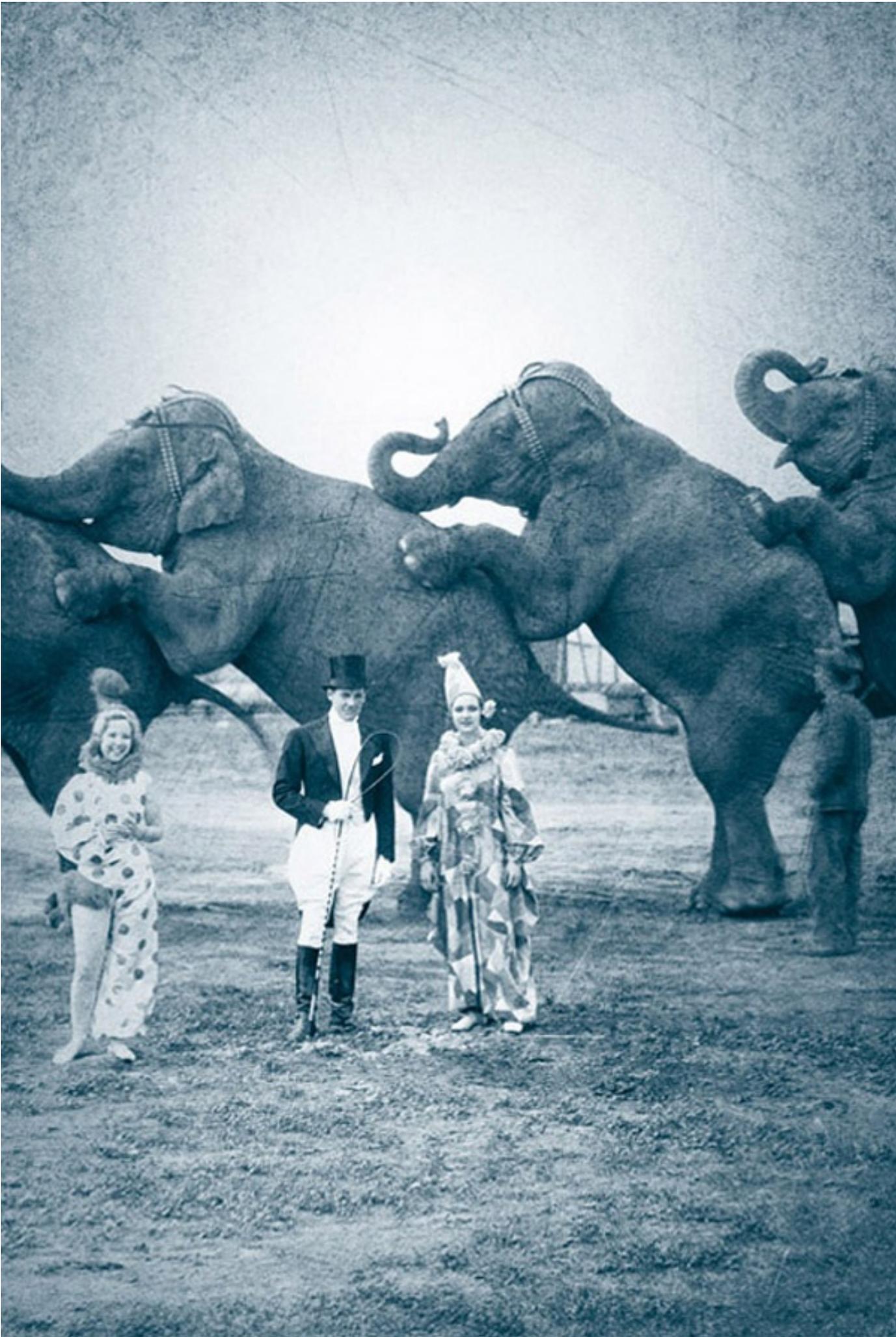
Ves cosas que no deberías poder ver. Sabes cosas que no deberías poder saber. Como los recuerdos de otras personas.

Eso no era algo, ¿o sí? El trastorno disociativo era una afección bastante difícil. Y,

quién sabe, tal vez era lo que Félix también tenía, y simplemente era un caso más grave o algo así. Pero los sueños y las visiones de Dan parecían tan reales, sobre cosas que era imposible que supiera.

A menos que fueran completamente producto de su imaginación, algo más estaba sucediendo, algo más profundo que estaba mal.

Dan no estaba seguro de qué era peor: la idea de que estaba siendo perseguido por un fantasma o *poseído* por lo que fuera, o la idea de que todo estaba en su mente.



CAPÍTULO

14

—**M**icah no tenía *obligación* de decir nada —explicaba Dan, queriendo sonar relajado, pero resultando más bien malhumorado—. Solo me alegro de que Jordan sepa que debe estar atento. ¿Qué hacían bailando juntos? No parece que siquiera le agrade Cal.

—Oh, vamos. ¿Cuándo crees que tenga la oportunidad de ser él mismo?

Entiendo por qué querría soltarse un poco. No podrá bailar con chicos en su fiesta de graduación —dijo Abby, sosteniendo una taza de café humeante con ambas manos cubiertas por mitones. Se habían detenido en el centro de estudiantes justo cuando estaba abriendo. Dan casi no podía mantenerse despierto tan temprano, pero la cafeína ayudaba.

—No había pensado en eso —admitió.

—Jordan no es un idiota, sabe que no debe encariñarse. Solo estaremos aquí tres días —dijo Abby, restándole importancia.

—Sin embargo, nuestros anfitriones parecen muy interesados en conocernos más, ¿no crees? No sé si eso es bueno o no.

—Totalmente —respondió ella—. En circunstancias normales me sentiría halagada, pero estas no son exactamente circunstancias normales.

Abby había pedido un *latte* descremado de vainilla con un *shot* extra de café y, sin saber qué elegir para él, Dan había pedido lo mismo.

Por el pequeño agujero de la tapa salía vapor con aroma a vainilla y Dan lo inhaló, usando el calor como un escudo contra el frío. La niebla se deslizaba sobre la hierba crujiente, desplegándose como una alfombra de nubes. Abby lo guio por la ruta más directa hacia la calle que conducía al este hasta su destino, evitando continuamente los caminos que atravesaban el campus.

—Bueno, yo por mi parte, estoy feliz de alejarme de Micah por un rato —respondió Dan—. Quiero decir, me alegro de que tú y yo podamos pasar algo de tiempo juntos.

Abby se detuvo e inclinó la cabeza hacia un costado. Finalmente dijo:

—Yo también. Creo que no podría haber hecho este viaje sola.

—¿Cómo estuvo el asunto de la obra artística de Lara?

—¿Su instalación de fin de curso? Es bellísima, realmente evocadora. Ella es tan talentosa, no puedo evitar sentir un poco de celos.

Cuando Abby le envió un mensaje de texto esa mañana para preguntarle si quería acompañarla a visitar a su tía Lucy, mencionó que antes iría con Lara a ver su instalación en proceso. Aparentemente, la chica hacía su mejor trabajo al amanecer. Dan no podía imaginar levantarse incluso *más temprano* después de la noche que habían pasado, pero al parecer, era el único: Micah estaba vestido y listo para marcharse cuando él se despertó. Su anfitrión se había asegurado de confirmarle su plan de almorzar juntos y a esa altura ya

sabría si Dan podría participar del seminario de la profesora Reyes o no, y también le había recordado que la feria continuaba esa noche. Cuando estuvo solo, Dan llamó a su mamá para contarle lo genial que andaba todo en Georgetown.

—Tú y Lara parecen llevarse bien. ¿Crees que seguirán en contacto después de que nos marchemos?

Estaban en las afueras del campus y los caminos pavimentados dejaban lugar a las aceras. La capilla se elevaba a su izquierda y justo detrás estaba la biblioteca.

—No lo había pensado —dijo Abby, bebiendo su café—. A veces pienso que lo mejor sería simplemente dejar este lugar lo más atrás posible.

Ahí estaba otra vez esa horrible palabra, *simplemente*.

—No entiendo cómo puedes hacer eso —dijo Dan, sin estar seguro de que seguían hablando de lo mismo, e incapaz de evitar que el dolor que sentía se notara en su voz—. Yo no puedo dejar de pensar en el verano.

Ella asintió, se acercó el café a la cara y apoyó la superficie caliente contra cada una de sus mejillas rosadas.

—Pero si pudieras dejarlo atrás, si pudieras, no sé, mágicamente olvidar y seguir adelante, ¿lo harías?

Él no tenía una respuesta inmediata.

Abby sonrió y con su hombro le tocó la manga de la chaqueta.

—Eso pensé. Las obsesiones no son sanas, Dan, sé que lo sabes. Cuando nos marchemos después de este fin de semana, ya sea que encontremos algo que nos ayude a explicar lo que nos ha estado sucediendo o no, debes intentar distanciarte un poco de todo esto. ¿Has hablado con tu terapeuta acerca de este tema? No es que sea de mi incumbencia...

—Sí, lo he hablado con ella, pero no dice mucho, solo me deja hablar, lo cual es bueno, supongo... —se detuvo porque sintió que su bolsillo vibraba. Sacó su celular y encontró un mensaje de texto.

¿Dónde están? Necesito hablar URGENTE.

—Es Jordan —dijo distraídamente, y respondió el mensaje.

Junto a la capilla del campus, yendo a visitar a Lucy.

Espérenme ahí, x favor.

—Quiere que lo esperemos. Parece urgente. ¿No te importa? —guardó su teléfono y se movió hacia donde daba el sol para calentarse.

No pasaron ni diez minutos antes de que el chico apareciera en la neblina, corriendo hacia ellos a toda velocidad. Frenó de golpe, sin aliento, y con los botones del abrigo mal

abrochados.

—¿Qué pasa? —preguntó Abby, tocándole el hombro.

—Es... Cal... —Jordan se encorvó hacia adelante, jadeando. Cuando levantó la vista, sus ojos desorbitados se detuvieron en Dan—. Tu mejor amigo no mentía. Hay algo que está mal en ese chico.

—¿Qué sucedió? —ella comenzó a masajear el hombro de Jordan con pequeños círculos.

Él se enderezó y negó con la cabeza, sin haber recuperado el aliento todavía:

—Cal estaba bastante borracho cuando regresamos al cuarto anoche. Supuse que dormiría hasta tarde, para mitigar la resaca. Pero cuando abrí mis malditos ojos estaba ahí. O sea, *justo* ahí, de pie junto a mi cama, observándome fijamente.

Eso le sonó incómodamente familiar a Dan.

—¿Te dijo algo?

—¡No! Solo estaba observándome dormir. Fue la cosa más escalofriante del mundo, y últimamente he visto cosas muy escalofriantes.

—¿Se le pasó? —preguntó Abby sin dejar de masajearle la espalda.

—No. Comencé a gritarle, a aplaudir. Nada funcionó. No sabía qué hacer.

Entré en pánico y me di vuelta, pensando que quizás estaba soñando, que lo estaba imaginando. Abrí nuevamente los ojos y miré por encima de mi hombro y él estaba en su cama. Roncando. Simplemente... roncando —se apretó el tabique de la nariz con los dedos y se apoyó sobre la mano de Abby.

—Tal vez sea sonámbulo —sugirió Dan—. No sería algo extraño.

Pero ya estaba recordando el verano con Félix, y que le había sucedido prácticamente lo mismo. Podía sentir que las manos comenzaban a sudarle a pesar del frío; quizás estaban cometiendo un grave error al permanecer allí. Su amigo podía estar en peligro... Cal podía ser un *Félix 2.0*.

—No fue sonambulismo —respondió Jordan con firmeza—. Micah incluso te advirtió acerca de él. Miren... no puedo volver a esa habitación ahora. No quiero estar a solas con él. ¿Puedo quedarme con ustedes?

—Por supuesto —respondió Abby. Le ofreció su *latte* y él bebió un poco—. Estamos yendo a la casa de Lucy. Ustedes pueden esperar fuera si no quieren entrar.

Cruzaron, dejando la capilla a sus espaldas, y siguieron a Abby a la acera. La calle estaba en una pendiente que bajaba y pasaba por una fila de casas que la universidad utilizaba como oficinas o como alojamiento para huéspedes.

—Jordan, ¿estás bien? —preguntó Abby, mientras caminaban. Dan los seguía detrás.

—Estaré bien. Solo hablemos de otra cosa. ¿Cómo está tu tía? ¿Sabe que vamos a visitarla?

—¿Honestamente? —suspiró y luego se encogió de hombros—. No tengo idea... No respondí mis llamados ni mis cartas. No estoy segura de que siquiera sepa usar una computadora, así que ni hablar de los *emails*. Solo espero que esté bien. Perder a su esposo, tener que enfrentar nuevamente su pasado... es mucho para cualquiera, y después de lo que le hicieron en el manicomio...

—¿Entonces cómo sabes si está en su casa ahora? —preguntó Jordan, bebiendo un poco más del café de Abby.

—No lo sé. Se mudó a una nueva casa al final del verano y me envió la dirección por correo. Eso fue lo último que supe de ella. Sin embargo, mi instinto me dice que no dejaría Camford. Y estamos por averiguarlo, ¿no es así?



La caminata fue más larga de lo que Dan esperaba y, para cuando llegaron a la pequeña cabaña de Lucy, estaba incómodo, sintiéndose entre sudado y helado.

Todo lo que cubría su chaqueta estaba húmedo y pegajoso, pero su rostro y sus manos estaban enrojecidos por el viento otoñal.

Jordan se limpió la nariz mientras esperaban al borde del jardín.

—No es muy buena para las tareas domésticas, ¿no? —murmuró.

Nadie había cortado el césped ni lo había preparado para el clima frío. En la mayoría de las casas los jardines estaban cubiertos con grandes pilas de hojas para proteger las plantas anuales durante los meses de nieve. Pero aquí, el césped estaba largo y enmarañado, algunas enredaderas y campanillas trepaban las paredes exteriores de la casa y algunas de las tejas del techo se habían soltado.

Aun así, un alegre hilito de humo salía por la chimenea.

—Parece que está en casa —dijo Dan, señalando hacia arriba.

—Bueno... —Abby sacudió sus mitones, temblando con ansiedad—. Quédense detrás de mí. Déjenme ver cómo reacciona frente a las visitas antes de preguntarle si pueden pasar.

—Sin presión —respondió Jordan, a quien aparentemente no le entusiasmaba para nada la idea de ingresar en esa casa desmoronada.

Las ventanas tenían los postigos cerrados. Los escalones de la entrada casi no se veían debajo de una gruesa capa de periódicos sin recoger. Todo indicaba que el lugar estaba abandonado, excepto la chimenea. Dan recordó la forma en que Lucy lo había mirado... *Acusadora. Asustada.* Como si tal vez él no fuera un monstruo pero tuviera uno en su interior que ella podía ver. Sin embargo era su deber estar ahí, por Abby.

—Aquí vamos —ella respiró profundamente, caminó con paso firme hasta la puerta y presionó el timbre con su mitón.

Dan oyó el eco del timbre en el interior de la casa, y esperaron casi un minuto hasta que sintieron pasos del otro lado de la puerta.

—Alguien viene —dijo Dan.

Sonaba como si quien estuviera dentro hubiera tenido que habilitar una docena de cerrojos y cadenas antes de que la puerta se abriera.

Lucy, muy delgada y con el cabello encrespado, pero definitivamente en casa, los saludó con un grito ahogado y luego una sonrisa.

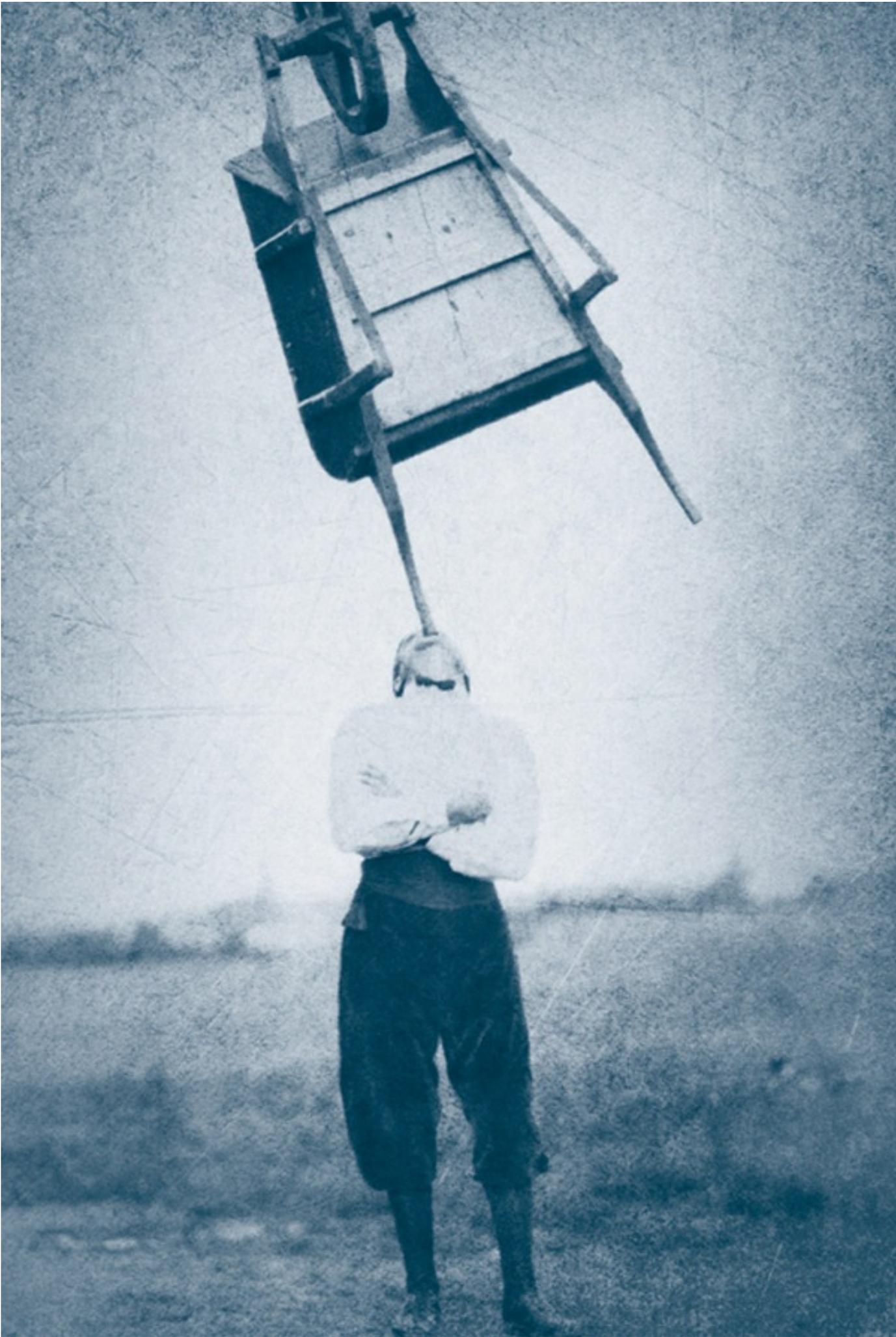
—Eres tú —dijo, con la mirada fija en Abby. Llevaba un saco deshilachado sobre un vestido tejido, pantis de lana y pantuflas—. ¿Has venido de visita?

—Eh, sí —respondió, balanceándose hacia adelante sobre las puntas de sus pies y luego hacia atrás sobre sus talones—. Sí. Eh... quería saber si te encontrabas bien. No pudimos hablar mucho después del verano y...

—Pasa —indicó la mujer y dio un gran paso hacia atrás, haciéndole señas para que entrara. Su mirada se desvió hacia Jordan y luego hacia Dan, donde permaneció por un momento—. ¿Por qué no pasan todos?

Abby avanzó sin dudar, pero ellos dos vacilaron hasta que la chica les lanzó una mirada impaciente. Con un escalofrío, Dan fue el último en cruzar el umbral y Lucy cerró la puerta detrás de él, con su docena de cerrojos.

—Pónganse cómodos —dijo la mujer, y pasó rápidamente junto a ellos hacia la cocina que estaba al final del pasillo—. Déjenme buscarles algo para comer...



—Alguien llame a la señal A&E —susurró Jordan—. Creo que estamos ante una acumuladora compulsiva para su programa.

Abby silbó suavemente.

—Es un desastre —dijo, mientras se dirigía hacia la sala de estar que estaba a la izquierda, esquivando las pilas de periódicos y trastos. Los condujo hacia un sofá, de donde tuvo que sacar varios cestos con frutas artificiales para hacer lugar.

—Creí que habías dicho que acababa de mudarse a este lugar —susurró Dan.

Se sentaron todos juntos en fila, con las manos apoyadas sobre sus regazos.

—Así es —respondió Abby—. ¿Cómo pudo haber acumulado tantas cosas en dos meses?

—¿No les pareció que actuaba de forma extraña? —preguntó Jordan, empujando con cuidado una manzana de cera que había rodado contra su pierna—. ¿Como... súper alegre de vernos?

—Sí, fue un poco... inusual. Quizás esté mejor de lo que creía.

O peor, pensó Dan pero no lo sugirió.

La mujer regresó con un plato de *Oreos* y otros bocadillos. Lo apoyó sobre la mesita que estaba frente a ellos y luego se ubicó en una silla mugrienta y con demasiado relleno que estaba del otro lado.

En las paredes colgaban torcidos unos pocos marcos con fotos viejas y en blanco y negro; la mayoría era de quienes podrían ser los padres o abuelos de Lucy. Las imágenes estaban tan desvaídas y arrugadas que las personas en ellas parecían fantasmas.

Una de las fotos le llamó mucho la atención a Dan. Era de un hombre de pie en un campo, con la cabeza echada hacia atrás, que mantenía increíblemente en equilibrio una carretilla sobre el mentón. No podía estar seguro, pero creyó que se trataba de su difunto esposo, Sal Weathers, cuando era joven. Hacía tres meses, Dan había sido quien había encontrado el cuerpo de Sal en el bosque. En ese momento, Lucy pareció culparlo a él por la muerte de su esposo.

Ahora, la mujer se sentó más en el borde de su silla y le sonrió a Abby a través de la mesa.

—¿Estás entusiasmada por graduarte? ¿Estás enviando las solicitudes de ingreso a las universidades? ¡Te esperan tantos cambios importantes!

Esta no era la Lucy frágil y tímida que Dan recordaba. No tenía mucha experiencia con personas a las que les hubieran realizado lobotomías, pero la mujer callada y un poco trastornada que había conocido el verano anterior se acercaba mucho más a la imagen que él tenía de una sobreviviente de ese procedimiento que a esta Lucy. Mientras la escuchaba bombardear con preguntas a Abby, decidió aceptar esto como un giro positivo en el curso

de los acontecimientos, en lugar de uno aterrador, especialmente para Abby. Se puso cómodo, tomó una *Oreo* y le dio un mordisco, pero sabía a pasta de cenizas.

Oyó a Jordan toser suavemente y luego vio aparecer una servilleta enrollada sobre la mesita.

—¿Qué te trae de vuelta a Camford? —indagó Lucy. Dan no pudo evitar notar que, aunque dirigía todas sus preguntas a Abby, sus ojos permanecían fijos en él. Y su rodilla comenzó a rebotar nerviosamente.

—Vinimos a visitar el campus por el fin de semana —explicó la chica.

—Escogieron un buen momento, con la feria y todo; hay tanto para ver.

—¿Irás? ¿A la feria, quiero decir?

—No, no... Recuerdo que Sal la mencionó, que su padre fue cuando era un niño, aunque... no recuerdo todo lo que dijo, solo una parte... Bueno, tampoco eso. Pero su padre fue cuando era niño, eso sí lo recuerdo.

Dan aguzó el oído cuando Lucy mencionó su memoria. Se la veía tan alerta y coherente, que tal vez sí podría ayudarlos a responder algunas de sus preguntas. Al parecer, Abby había tenido la misma idea:

—Entonces, tu memoria —dijo lentamente—, ¿está mejor? Es decir, ¿estás sobrellevando bien todo?

La mujer asintió e inclinó la cabeza hacia un lado, observándola con cariño.

—Así es. Lo estoy sobrellevando. La universidad envía estudiantes de vez en cuando para hacerme compañía, traerme provisiones, ese tipo de cosas. Todo ha sido tanto mejor desde que encontré la brillante estrella abrasadora.

Jordan tosió, más fuerte esta vez. Dan también lo había oído. Ya había repasado mentalmente su conversación con Félix unas setenta veces a esa altura. Recordaba la entonación exacta de Félix... *Brillante estrella abrasadora*.

No podía ser una coincidencia.

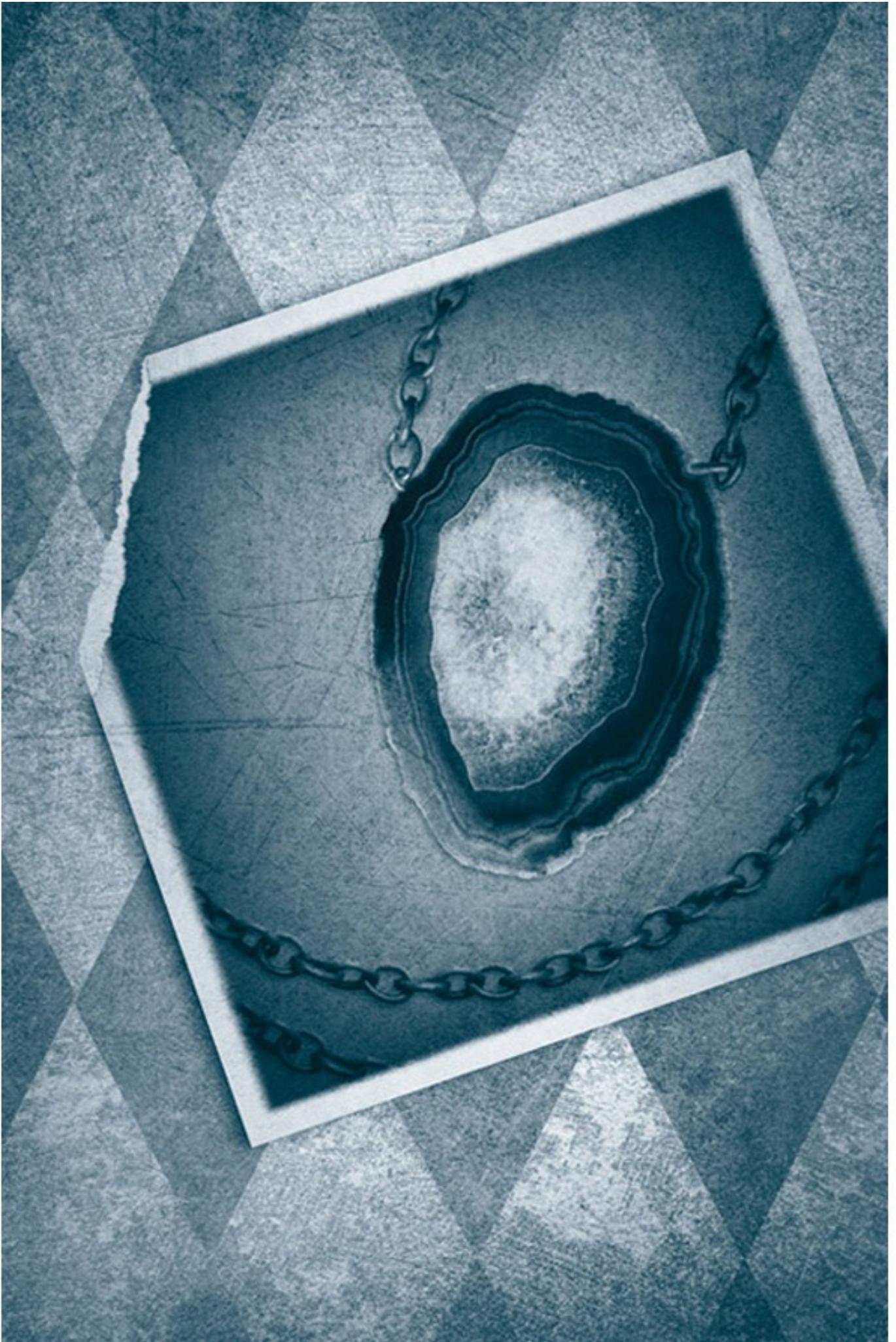
—¿La qué? —preguntó Dan, enderezándose en su asiento.

—La brillante estrella abrasadora —repitió Lucy como si nada. Se volvió para tomar una fotografía enmarcada que estaba en una mesa detrás de su silla, una que Dan no había notado al principio. Sonriendo, se la alcanzó. Era una imagen borrosa y antigua de un trozo de piedra roja, como una geoda. Colgaba de una delicada cadena—. Es hermosa —murmuró, observando atentamente a Dan—, ¿no lo crees?

—¿De dónde... sacaste esta fotografía? —Abby seguramente también había atado cabos. Se quedó mirando a su tía, sin aliento.

—Es de lo más gracioso, ¿sabes? No puedo recordarlo. Siento como si siempre hubiera estado aquí conmigo.

—Es tan bonita —dijo Abby, inclinándose a un lado para sacar su celular del bolsillo—. ¿Puedo tomarle una foto?



Dan le entregó el marco a Lucy, y ella lo sostuvo con ambas manos, exhibiéndolo orgullosa mientras la chica tomaba la foto. *Excelente idea, Abby.*

—¿Por qué la llama así? —preguntó Dan, tal vez con demasiada ansiedad—. «Brillante estrella abrasadora». Es... eh... una manera muy específica de describirla.

—Supongo que sí... —dijo y volvió a mirar la foto—. En realidad ni siquiera tiene forma de estrella, ¿no? —riendo, giró el marco hacia un lado y a otro, como si pudiera hacer que la roca de la foto capturase la luz—. Yo solo... siempre la llamé así. Tenía tanto miedo... —dejó el marco sobre la mesa y se volvió hacia Dan, quien se retorció por la intensidad de su mirada—. Tenía miedo de ti, Daniel Crawford. Miedo de tantas cosas... entonces llegó la brillante estrella abrasadora y todo mejoró. Todo se calmó.

—Oh —exclamó Dan, mirando con impotencia a Abby, quien se quedó observándolo, igual de perpleja. Él no podía mirar a Lucy a los ojos; su mirada vacía y fija lo ponía nervioso... Levantó la vista por encima del hombro de la mujer, hacia la ventana, y se sobresaltó al descubrir un rostro que lo observaba con furia desde afuera.

En realidad no era un rostro, sino una máscara. Roja y negra, como una calavera pero derretida, con la boca muy abierta en una mueca de payaso exagerada.

—¿Qué es...? —se puso de pie, señalando la ventana.

—Yo también la veo —exclamó Jordan. Pero entonces, la máscara desapareció, perdiéndose por el cerco, dejando atrás solo ramas que se agitaban.

—¡Oye! —Dan corrió hacia la puerta, con su amigo pisándole los talones.

Abrió los cerrojos a los tirones y salió raudamente, a tiempo para ver a alguien que corría a toda velocidad por el césped y la acera, para luego desaparecer del otro lado de la calle.

—Nunca lo alcanzaremos, pero no estabas imaginando cosas, definitivamente estaba ahí.

—Una máscara —exclamó Dan, tratando de recuperar el aliento—. Y una capa roja.

—¿Qué demonios sucede aquí? —se preguntó Jordan en voz alta.

Detrás de ellos, la puerta se abrió y Abby se sumó en la entrada, poniéndose los mitones. Se volvió y le dio un abrazo a su tía.

—Intentaré pasar a verte antes de irnos.

—Sé buena —dijo Lucy, aunque por la forma en que observó a Dan al decirlo, fue más un consejo para él.

—Gracias por su hospitalidad —murmuró él nervioso—. Disculpe que haya salido corriendo de esa manera.

La mujer lo despidió con la mano, parcialmente oculta tras la puerta abierta.

Luego la cerró con un suspiro, y se oyeron uno tras otro los cerrojos.

—Desearía haber podido hacerle más preguntas. Acerca de las direcciones, la foto... —comentó Dan—. ¿Dijo algo cuando salimos corriendo?

—No, se paralizó —respondió ella con tristeza—. No sé si se asustó por ustedes o por la máscara.

—¿Y qué pensamos de todo esto? —preguntó Jordan cuando llegaron a la acera y doblaron a la izquierda—. Quiero decir, Lucy no actuaba como ella misma. O tal vez sí, pero como era antes de lo que le sucedió en su niñez.

—Estoy preocupada —dijo Abby con la mirada distante y se abrazó a sí misma, frotándose los brazos con sus mitones—. ¿Cómo es posible que Félix supiera del collar de la fotografía? No tiene sentido.

—Creo que el asunto más apremiante es que nos están siguiendo tipos raros enmascarados —señaló Jordan.



—Debemos empezar por algún lado —indicó ella—. Quizá tendríamos que revisar esas cartas que encontramos para ver si mencionan eso de la brillante estrella abrasadora. Tenemos que examinar todo lo que hemos recolectado y buscar referencias a cualquier cosa remotamente similar. Es la única pista real que hay por ahora.

Dan asintió, intentando decidir si debía contarles acerca de su sueño. Sabía, por supuesto, que en este él mismo había sido el director y que había estado en la casa de la calle Ellis 1020. Lo que no sabía era si ese diálogo era real o solo un producto de su imaginación hiperactiva. Le había *parecido* real, pero ¿qué había averiguado? ¿Que el director conocía a alguien que vivía en esa casa, alguien llamado Harry? ¿Que Harry era paciente del director? Ninguno de esos datos era necesariamente relevante. Si se volvían pertinentes, entonces los mencionaría. Hasta entonces, no quería llamar la atención sobre el hecho de que soñaba *ser* el director Crawford.

—Quiero saber quién nos está siguiendo —dijo.

Jordan y Abby se detuvieron.

—Es Halloween —respondió Abby—. Puede haber sido un niño entrometido del vecindario.

—Esperen —Dan había notado algo blanco y brillante en el césped—. Creo que quien fuera que nos estaba observando dejó caer algo —trotó hasta el borde del jardín, se inclinó y encontró una postal con una fotografía, similar a la que Félix le había dado en la Clínica Morthwaite.

—¿Qué es? —murmuró ella, a su lado.

—Creo que es la feria —respondió, poniéndose de pie lentamente. Les mostró la foto mientras continuaba examinándola. Jordan se la arrancó de las manos y la dio vuelta.

—No hay nada en la parte de atrás esta vez —remarcó.

—Es solo una tienda —dijo Abby—. Esperen, hay un pequeño letrero. ¿Lo ven, ahí? En el poste que está junto a ella...

Dan tuvo que entrecerrar los ojos para leer las letras descoloridas: —«La Prisión de la Mente del Viejo Maudire - Hipnotizador Excepcional».

Una pajarera vacía colgaba junto a la entrada alta y angosta de la carpa, a través de la cual apenas se podía distinguir la silueta de un hombre, con dos pequeños agujeros oscuros donde debían estar sus ojos.

—¿Crees que la dejó caer por accidente? —preguntó Abby.

—¿Alguna de las cosas que suceden en este lugar ocurren por accidente? —contestó—. Nos entregaron las primeras fotos intencionalmente, así que debo suponer que esto también es intencional.

—Estoy de acuerdo con Dan. Anoche oímos pasos en la casa y alguien estaba

llamándolo por su nombre... alguien nos sigue. Nos está acosando —como para ilustrar lo que estaba diciendo, Jordan miró preocupado a su alrededor, prestando especial atención a los arbustos.

—Esperemos que se trate de una sola persona —agregó Dan con tono sombrío. Guardó la foto en su bolsillo y le dio unos golpecitos con los dedos por encima de la tela.

Continuaron caminando juntos por la acera, en silencio, hasta que Jordan tosió y agitó la cabeza, sacudiéndola como un perro mojado.

—Por Dios, esas galletas eran prehistóricas —dijo, le quitó el café a Dan de un tirón y bebió un gran sorbo—. Ahh. Mucho mejor.

El bolsillo de Dan vibró. Dejó que Jordan se quedara con su bebida para buscar su teléfono.

—Creo que las cartas tendrán que esperar, chicos. Es Micah —explicó, con un nudo en el estómago—. Dice que la profesora Reyes suspendió su seminario para estudiantes de último año de esta tarde. Quiere que me encuentre con ellos ahora mismo, fuera de su salón de clases.

CAPÍTULO

15

Incluso acompañado por Abby y Jordan, Dan sintió que se le ponían los pelos de punta al ver a la profesora Reyes.

—Me alegro de verte nuevamente en el campus —dijo ella, con demasiado entusiasmo.

Micah estaba a su lado, examinando un trabajo que la profesora le había devuelto durante la clase. El resto de los alumnos salían poco a poco por la puerta doble que estaba abierta a sus espaldas. Pero mientras los estudiantes pasaban, la profesora Reyes solo tenía ojos para Dan y lo observaba fijamente, mientras él intentaba mantener el contacto visual sin alterarse.

Hacia la izquierda, la ondulante hierba del patio académico estaba salpicada de estudiantes que conversaban en grupos y de empleados de mantenimiento que recogían hojas caídas. Por un espacio entre el edificio de la Oficina de Ingresos y el Centro de Relaciones Internacionales, Dan podía ver las rayas brillantes de algunas carpas de la feria.

—Después de lo que sucedió durante el verano —continuó la profesora Reyes en voz baja—, me preguntaba... Bueno, me alegro de verte otra vez. Fuiste un estudiante brillante, me resultó tan fácil enseñarte. Esperaba que visitaras la universidad fuera del curso de verano.

Llevaba la misma vestimenta oscura y dramática, las alhajas extrañas, incluyendo seis u ocho collares diferentes, y un manojito de brazaletes que decoraban sus muñecas. Dan observó sus collares casi esperando, o quizá deseando, ver uno como el de la fotografía de Lucy. Pero algunos estaban escondidos dentro de su suéter y no era apropiado pedirle que se los mostrara.

—Supongo que no pude mantenerme alejado.

—No me sorprende en lo más mínimo —dijo la profesora riendo.

Dan arqueó las cejas con curiosidad.

—Contamos con un cuerpo estudiantil prometedor y energético —aclaró ella—. Así que no es de extrañar que hayas sentido deseos de regresar. Lo semejante se atrae. Solo espero que el pequeño incidente de ayer no te haya hecho cambiar de opinión respecto de nosotros.

—¿El incidente?

—Sí... Ese pobre chico...

—Doug —dijo Micah distraídamente, sin levantar la vista de su trabajo.

—¡Sí! Ese era su nombre. Doug. Es una pena lo que sucedió.

Ella bajó la cabeza y chasqueó la lengua. Tenía puesto tanto perfume con aroma a madera y especias que hacía que a Dan le picara la nariz.

«Pequeño incidente» no parecía exactamente la manera correcta de describir que alguien había intentado arrojar por una ventana, pero él mantuvo la boca cerrada. Tenía la extraña sospecha de que la profesora Reyes intentaba molestarlo y no quería darle la satisfacción de comprobar que sus palabras estaban funcionando.

—El año entrante, mi seminario introductorio de primer año se centrará en la vida universitaria y el estrés. También estoy organizando un seminario sobre salud mental, pero los fondos para ese tipo de cosas siempre son escasos. Tendré que mantener los dedos cruzados y esperar que recibamos algunas donaciones en la feria esta noche —continuó—. Si escoges asistir a la Universidad de New Hampshire, tal vez nos veamos en el seminario introductorio. Es exactamente lo que te interesa, si mal no recuerdo: Historia de la Psicología, ¿no es así?

—Sí. Eso... es en lo que quiero concentrar mis estudios.

—No busco presionarte, por supuesto —dijo ella con una carcajada. Se acercó a Dan y con un tono conspiratorio susurró—: Pero en serio, deberías enviar una solicitud.

Él se movió, incómodo.

—Está... eh... está definitivamente en mi lista —respondió finalmente.

—¡Muy bien! —exclamó ella y se alejó un poco—. Esperaba que dijeras eso.

Un profesor que Dan no reconoció, alto y con lentes muy gruesos, pasó caminando. Le sonrió cautelosamente a la profesora Reyes y le hizo un gesto con la cabeza que ella no le devolvió.

—Bueno, es una lástima que Doug no pueda participar de la feria esta noche; era uno de nuestros mayores colaboradores. Espero que asistan a los festejos.

Requirió un gran esfuerzo organizar todo.

—No sabía que estaba tan involucrada en la feria —señaló en un tono seco.

Ella hizo un gesto con las manos abiertas, guiando la mirada de Dan hacia la hilera de carpas que bordeaban el jardín del sector académico. Había camiones de comerciantes locales que estaban descargando suministros; él reconoció los nombres de la tienda de sándwiches, la planta municipal de tratamiento de aguas residuales y una florería de Camford.

—Todos hicimos un gran esfuerzo para revivir un poco la colorida historia de la ciudad.

—Profesora —Micah levantó la mano, como si todavía estuviera en clase—. ¿Podría decirme qué dice esta nota? Marcó mi cita pero no puedo entender lo que dice.

—Hablemos en mi oficina —respondió ella, intentando alejarlo de allí.

—¡Oh, oye! Dan, espera un segundo, amigo —Micah le hizo una seña rápida para que se acercara—. Solo quería asegurarme de que todo estuviera bien después de lo de anoche.

Dan supuso que la vaguedad de su pregunta se debía a que la profesora Reyes estaba ahí.

—Sí —respondió. Ese no era el momento apropiado para mencionar el extraño comportamiento de Cal esa mañana—. Estamos bien, gracias.

—Qué alivio —dijo Micah, simulando limpiarse el sudor de la frente.

—¿Locas travesuras universitarias? —preguntó la profesora, mirando rápidamente a cada uno de los chicos.

—Solo travesuras responsables —respondió Micah—. Ya me conoce.

—¿Vamos a mi oficina, entonces? —se volvió hacia el alumno, y Dan aprovechó la oportunidad para escabullirse, arrastrando consigo a Abby y a Jordan.

—Puaj —exclamó Jordan cuando se desviaron hacia una mesa de pícnic que estaba debajo de un alto árbol desnudo. Había salido el sol y el clima estaba suficientemente cálido como para permanecer afuera—. ¿Soy el único al que la profesora le recuerda terriblemente a Dolores Umbridge? ¿Su oficina no es rosada y está llena de gatos, o sí?

—Ni te imaginas —respondió Dan, sentándose—. La clase que daba durante el verano era buena, supongo, pero cuando me estaba yendo me dijo algo, y... —la observó desaparecer hacia el interior del edificio de Psicología y Sociología con Micah—. Como sea, no confío en ella. No puedo creer que siga excavando en Brookline.

—Yo sí lo creo —dijo Jordan, resoplando—. Algunas personas no saben dejar las cosas en paz. Nosotros, por ejemplo.

—Eso no es lo mismo en absoluto —protestó Dan.

—Miren —intervino Abby, dejando caer su mochila sobre la mesa—. Tengo el mapa, los archivos que recolectó Jordan y las cartas que tomamos anoche.

Busquemos conexiones, cualquier cosa que hable de la estrella —se volvió hacia Jordan con el ceño fruncido—. ¿Se te ocurre que algo de lo que hemos visto hasta ahora pueda estar relacionado? ¿Afiches? ¿Libros? ¿Algo que tenga que ver con estrellas?

—Nada de mi parte. El cuarto de Cal está compuesto principalmente de camisetas de *rugby* y catálogos de *J. Crew* —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero puedo investigar más la próxima vez que esté allí... Algo que no me hace mucha ilusión.

—¿Qué vamos a hacer al respecto? —preguntó Dan, mientras Abby les repartía pilas de papeles para que los revisaran—. Me refiero a Cal y su afición por quedarse mirando a Jordan.

—No puedo decir nada —repuso él—. Si está poseído o algo así no quiero activar el interruptor que lo convierte en asesino.

—Yo también tengo algunas cartas de anoche —dijo Dan y las sacó del bolsillo de su abrigo. Las primeras dos no eran nada especial, eran cuentas más que nada, pero el tercer

sobre lo hizo vacilar. Su mirada se detuvo en la estampilla amarillenta y el matasellos de la esquina—. Miren esta fecha —analizó la tinta antigua con los ojos entrecerrados—. Es del último año que el director estuvo en Brookline, estoy seguro.

—Ábrela —dijo Abby ansiosamente—. O, espera, ¿es un delito abrir una carta si fue robada o nunca fue entregada?

—¿A quién le importa? —dijo Jordan—. El sello ya está roto y no creo que nadie la esté buscando. Adelante, Dan.

Cada uno se abocó a su respectiva pila. Dan echó un vistazo a la carta.

Estaba dirigida a una tal Anna Surrige de parte de Caroline Martin.

—Este sobre nunca salió de la ciudad —remarcó Dan—. Observen la dirección del remitente, creo que pasamos la calle Tamlen cuando regresábamos a la fiesta anoche.

El contenido de la carta era bastante inocente al principio: una fecha «Querida Anna», deseos de que la destinataria se encontrase bien, etcétera, etcétera. Pero el tono relajado cambió rápidamente.

—Guau —dijo Dan en voz baja—. Escuchen esto: «Mi queridísima Anna, prometí que nunca le revelaría esto a nadie, pero no puedo seguir viviendo con este silencio que me condena. Temo haber cometido un grave error, aunque lo hice de buena fe, con la esperanza de obtener un futuro mejor para mí y mi familia. Un hombre me abordó en septiembre, envuelto en una capa roja. Puedes imaginarte que al principio me sentí asustada y confundida, pero cuando me entregó un sobre y el sello de lacre, también escarlata, con la imagen de una calavera...».

—Aguarda —interrumpió Jordan, dejando caer el periódico que estaba revisando—. ¿Capa roja? ¿Calavera roja? Eso suena como nuestro espía de esta mañana.

Mi queridísima Anna,
prometí que nunca le revelarí-
a esto a nadie, pero no
puedo seguir viviendo con
este silencio que me conde-
na. Temo haber cometido un
grave error, aunque lo hice
de buena fe, con la espe-
ranza de obtener un futuro
mejor para mí y mi familia.
Un hombre me abordó en sep-
tiembre, envuelto en una
capa roja. Puedes imaginarte
que al principio me sentí
asustada y confundida,
pero cuando me entregó un
sobre y el sello de lacre,
también escarlata, con
la imagen de una calavera

—Hay más —dijo Dan, y leyó más rápido—. “Mis sospechas eran correctas. ¡Nunca debí haber comenzado a escribir ese estúpido artículo! Pero mi propia investigación apenas tocaba superficialmente la verdad. Lo que pensé que sería una simple sociedad académica de hombres y mujeres con ideas afines en busca de conocimiento y éxito resultó ser un laberinto de secretos demasiado oscuro para describirlo aquí. Para ingresar, me obligaron a poner al descubierto cada secreto escondido, cada acción de la que me arrepentía o avergonzaba. Asegurar la destrucción mutua es la clave de su poder. Pero eso, mi queridísima Anna, fue solo el comienzo. Cada semana veía más fealdad, veía cómo mis compañeros *Scarlets* eran conducidos a cuartos traseros para salir después con la mirada vacía y la boca floja. Sabía que era solo cuestión de tiempo hasta que me llevaran a mí también. Y cuando lo hicieron... podría decir que lo recuerdo con horror, pero no recuerdo nada. Te escribiré más si puedo, y deseo encarecidamente hacerlo. Quiero contártelo todo, hasta el último detalle, darte todos los nombres, pero ya me arriesgué demasiado. He estado en contacto con un hombre llamado Harry, que dice que sabe todo acerca de los *Scarlets* y sus secretos. Afirma que quiere ayudarme, y espero poder confiar en él. Sería bueno tener un aliado. Quiero publicar un artículo desenmascarando a esta gente, pero Harry cree que solo me expondría a mayor peligro. Rezo para que esta carta llegue sin percances hasta ti y para que mi traición, por insignificante que sea, nunca sea descubierta. Con cariño,

Caroline”.

Dan se quedó contemplando el papel. Observaba cómo las nítidas letras se desdibujaban hasta no ser más que gruesas líneas negras sobre la página.

Ninguno de los tres dijo nada por un rato, y entonces Dan parpadeó, dobló la carta y se la pasó a Abby para que le echara un vistazo.

—Puede que nos hayamos topado con algo sin relación con lo que estamos investigando —opinó, examinando la página—, pero creo que no debemos descartar que exista un vínculo.

—Estoy de acuerdo —dijo Jordan—. Parece más que una coincidencia: el último año del director en Brookline, el mapa de Félix que nos guio a esa casa y ahora esta carta. Nunca salió de la ciudad. Y alguien la leyó también. El sobre estaba abierto.

—Soñé acerca de esto —dijo Dan. Se encogió preventivamente ante las miradas curiosas de sus amigos—. O sea, no es que pruebe nada, pero vi al director hablando con alguien llamado Harry, casi como... asignándole una tarea. Alguien estaba siguiendo a Caroline —susurró, pero entonces se le ocurrió algo peor—. Tal vez hasta estaban robándole el correo... Ella menciona que desea escribir un artículo. Si estaba en la ciudad, quizás esté en los archivos que encontraste en la biblioteca.

—Tienes razón, no prueba nada, pero a esta altura, no creo que debamos descartarlo —dijo Abby y se quedó pensando—. Me pregunto si ese artículo estaría en el periódico local o en el de la universidad. En cualquier caso, debería haber copias de todas las

ediciones anteriores. Probablemente podamos realizar una búsqueda con su nombre y algunas palabras clave.

—Suenan como si se hubiera topado con una especie de culto —observó Dan.

Unas pocas hojas anaranjadas cayeron del árbol que estaba encima de ellos y se unieron a las pilas de papeles apoyados sobre la mesa. Jordan las quitó con impaciencia.

—¿Crees que la persona que viste en la casa de la tía Lucy forme parte del mismo culto? Estas cartas son antiguas, Dan. ¿Qué probabilidades hay de que estos *Scarlets*, o como se llamen, todavía existan? —preguntó Abby.

—La descripción se ajusta —respondió Jordan, rascándose el mentón—. Calavera, capa roja... Tal vez no se trate de un culto. Caroline dijo que se suponía que era algo académico, ¿no? Quizá sea algo como los *Skull and Bones*^[4] o los *Seven*^[5]

—Si lo es —comentó Dan lentamente—, dudo que alguien nos quiera hablar al respecto. ¿La idea de esas sociedades acaso no es permanecer secretas?

Miró a sus amigos, que se quedaron vacilando. Jordan se rascó la mejilla, que mostraba una barba incipiente, con la goma de borrar de un lápiz; mientras Abby jugaba con el cierre de su mochila.

—No comencemos a hacer preguntas sospechosas todavía. Creo que los archivos son nuestra mejor opción —dijo Abby finalmente—. Podemos pasar la tarde ahí y después ir a la feria por la noche. Allí tendremos una buena oportunidad para escabullirnos y visitar la próxima dirección. No es una buena idea que nos metamos en otra casa a plena luz del día.

—Me pregunto si lo de la brillante estrella abrasadora lo podemos buscar por medio de referencias cruzadas o *LexisNexis* o algo así —dijo Jordan pensativo, mientras se ponía de pie empujándose con la mesa—. Nunca antes lo había oído.

—Si está relacionado con esta sociedad secreta o culto, no creo que encontremos ninguna información general —respondió ella.

Cruzaron por el patio hacia los senderos. La biblioteca no estaba lejos, justo detrás de una colina baja, a unos cincuenta metros de la capilla.

Dan intentó analizar una vez más lo que había soñado, antes de olvidar por completo los detalles. El director había estado en esa casa con ese hombre, revisando los sacos de correo robado. ¿Era realmente posible que ese hombre formara parte de una sociedad secreta? No encajaba con el perfil de lo que Dan imaginaba al escuchar *Skull and Bones*. Pero ¿y el director?

Se estremeció al pensar que Daniel Crawford podía haberse unido, o peor, podía haber *creado* una sociedad secreta, extendiendo su influencia más allá de Brookline. Como Caroline había mencionado en su carta, ese tipo de sociedades tenían que ver con el poder y la influencia. Esas eran dos cosas que el director no necesitaba en absoluto.

—¿No crees, Dan?

Con un sobresalto, levantó la mirada para encontrar a sus amigos observándolo. No había escuchado ni siquiera el comienzo de la frase.

—Disculpen, ¿cuál fue la pregunta?

—Estabas absorto en tus pensamientos, ¿no es así? —Abby sonrió ligeramente al llegar a las imponentes puertas de la biblioteca. Había varios estudiantes agrupados fuera, conversando, mientras sostenían humeantes tazas de café—. ¿Qué sucede?

—Solo estaba pensando... —sus sueños definitivamente se habían vuelto vívidos, pero ¿eran pruebas o solo su imaginación?—. Sabemos que el director usaba Brookline como su paraíso personal de investigación, pero ¿y si no era solo él? ¿Y si estaba involucrado con estos *Scarlets*?

—Definitivamente tenía pasión por los mejores y los más inteligentes —coincidió Jordan.

—Esa es... una idea escalofriante —admitió Abby.

Al contrario del exterior, lleno de gente deambulando, el interior de la biblioteca estaba prácticamente vacío. Un aburrido empleado administrativo se acercó y al ver sus identificaciones de *potenciales*, les hizo señas para que pasaran por los sensores de seguridad que estaban a los lados de las puertas.

Como Jordan ya había estado allí antes, Dan y Abby lo siguieron hasta un lugar próximo a las escaleras que bajaban a la sala de archivos audiovisuales.

Se instalaron en una hilera de computadoras y dejaron sus papeles y mochilas sobre una mesita redonda.

—Eso explicaría cómo logró salirse con la suya... Quiero decir que si tenía gente influyente cuidándole las espaldas, encubriendo sus experimentos en el manicomio...

—¡Oh! —interrumpió Jordan y se sentó frente a una de las máquinas, rebotando con entusiasmo—. Eso es algo que también podemos verificar. Los manicomios debían estar sujetos a inspecciones ¿no?

—Así es —Dan era el especialista en el tema y le alegraba poder aportar algo de valor a la discusión—. Generalmente, las enfermeras presentaban informes secretos acerca de sus superiores, poniendo sobre aviso a los de afuera de lo que sucedía dentro de los hospitales. Incluso entonces, los directores hacían todo lo posible por restar importancia a las cosas horribles que sucedían allí.

—Cielos, y yo que creí que Brookline era un incidente aislado —murmuró Jordan.

—No sé si en otros lugares fue tan malo como lo fue aquí —repuso Dan—. Solo digo que si el director tenía influencia en Brookline con el decano o el presidente de la universidad, no es de extrañar que haya logrado salirse con la suya durante tanto tiempo.



—Eso es bueno —opinó Jordan, tipeando a toda velocidad—. O sea... no es bueno, obviamente, pero es otro ángulo para nuestra búsqueda. Podemos encontrar enseguida quién dirigía la universidad en el período en el que el director estuvo en Brookline, y entonces comenzar a investigar acerca de esta supuesta sociedad secreta. —Pulsó la tecla *enter* y, tras un leve silbido, la pantalla se apagó—. ¡Qué...! —golpeó el monitor con la palma de su mano—. ¡Se apagó!

—Estas máquinas son viejas —dijo Abby, dirigiéndose al siguiente teclado y comenzando a escribir—. Probablemente fue una sobrecarga. Déjame... ver... —dijo expectante, mientras pulsaba la tecla *enter* unas dieciséis veces.

—¿Qué demonios? —exclamó Jordan, golpeando el monitor de ella también—. Eso no fue una sobrecarga. Se colgó. *Control-alt-delete*, imbécil.

¡Despierta!

Pronunció la última palabra demasiado alto, y tres estudiantes se volvieron bruscamente para lanzarle una mirada asesina. Jordan se hundió en su asiento, avergonzado.

Dan se concentró en su propia computadora, pero en realidad no tenía dudas de lo que sucedería. Director Daniel Crawford y *Scarlets*. Pulsó *enter*, el cursor dejó de parpadear y, a su lado, Jordan maldijo, todo como Dan lo supuso.

—¿Qué tan difícil sería hacer que esto suceda? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Difícil —respondió su amigo y echó un vistazo alrededor de la sala de archivos audiovisuales—. Tendrías que instalar un programa en cada una de las computadoras con todas las palabras clave y combinaciones que quisieras que las bloqueen. No estoy seguro de poder programar algo así yo mismo.

—Bueno, es una molestia pero quizá solo nos retrase —dijo Abby dando una vuelta completa en su silla—. Podemos usar nuestras laptops, ¿no es así? Están limpias.

—Por supuesto, pero no podremos acceder a los archivos digitales de la universidad —repuso Jordan—. Para eso necesitaríamos tener identificaciones estudiantiles.

—Yo puedo usar mi teléfono para acceder a Internet —señaló Dan—. Todos podemos.

—Y, en cuanto a los archivos, simplemente tendremos que hacerlo de la forma tradicional —dijo Abby, se levantó de su silla y fue a buscar su mochila de la mesa redonda—. Jordan, muéstranos dónde hallaste esos periódicos.

Podemos empezar por ahí e intentar encontrar el artículo de Caroline. La carta que escribió era de octubre de 1968. Si publicó el artículo, debe haber sido poco tiempo después.

Dan asintió y siguió a Jordan al primer piso, que estaba aun más desierto y oscuro, con solo una de cada dos filas de luces encendida para conservar energía. Las estanterías de libros formaban pasillos angostos, con pequeñas áreas para sentarse a estudiar cada doce

filas más o menos. Había cubículos con computadoras a lo largo de una pequeña pared que daba a la planta baja.

Cuando llegó a la parte superior de la escalera, Jordan dobló hacia la izquierda y los condujo a través del laberinto de estanterías. Él y Abby conversaban en voz baja más adelante y Dan se quedó atrás, dejando que su mirada vagara por los estantes y los libros, que parecían desdibujarse y confundirse unos con otros. Estantería, pasillo, estantería, pasillo, una y otra vez, todos abandonados. Estantería, pasillo, estantería, niño, estantería, pasillo... Se detuvo abruptamente y retrocedió dos pequeños pasos para echar un vistazo al corredor formado por dos altas estanterías.

El niño del suéter a rayas. A Dan se le secó la boca y la lengua se le aflojó y entumeció. Sintió un cosquilleo en los labios y la adrenalina empezó a circular por su sistema, haciendo que repentinos temblores se apoderaran de todo su cuerpo. El niño en las sombras se veía descolorido, como si viviera en blanco y negro; sin embargo, sus ojos brillaban ligeramente, como brasas. Por su cabello goteaba sangre que le caía en la frente y los ojos...

Las suaves voces de Abby y Jordan se fueron apagando.

Dan parpadeó, esperando que el niño desapareciera, pero seguía ahí, mirándolo. Luego, se volvió y comenzó a caminar por el pasillo, alejándose de él, apenas visible en la oscuridad.

Sin pensarlo, Dan lo siguió. Primero aceleró el paso, pero luego decidió mantener su distancia, hasta que el niño dobló bruscamente en una esquina y él tuvo que trotar para asegurarse de no perderlo. El corazón le latía fuerte y lo invadía esa sensación de entumecimiento eufórico, a causa de la adrenalina que corría cada vez más rápido por sus venas. Dobló la esquina a toda velocidad, y gritó al estrellarse contra Jordan. Se tambaleó hacia atrás, sintiendo que le habían sacado todo el aire de los pulmones.

—¡Dan! ¿De dónde rayos saliste? Creí que estabas justo detrás de nosotros.

—Estaba —dijo, y se apresuró a pensar una excusa que no fuera *seguí a un niño fantasma*—. Solo tomé un atajo.

—Casi me matas del susto.

—¿Estás bien? Se golpearon bastante fuerte —dijo Abby y extendió su mano para tocar el pecho de Dan, donde había chocado con Jordan.

—Sí —respondió. *No estoy nada bien. Me estoy volviendo loco*—. No, no estoy bien... Es ese niño otra vez. Acabo de verlo.

Miró para todos lados, pero el niño había desaparecido nuevamente. Se volvió para ver dónde se habían detenido y divisó una empinada pared de estantes que llegaba al techo, con cientos de carpetas ordenadas en filas y etiquetadas por períodos. *Invierno 1961-Invierno 1963, Primavera 1963-Primavera 1964...*

Inmediatamente, descubrió un espacio vacío, un hueco limpio, sin polvo, donde

debería haber habido dos carpetas.

Y el niño me trajo exactamente a este lugar.

«Ves cosas que no deberías poder ver. Sabes cosas que no deberías poder saber».

Maldición, Félix, deja de tener razón acerca de mí.

—Los años en los que el director presidió Brookline —murmuró, colocando su mano en el espacio vacío—. No están. El niño me guio hasta aquí.

—Espeluznante —susurró Jordan.

—Pero no todo ha desaparecido —dijo Abby con entusiasmo. Metió el brazo en el hueco y sus uñas arañaron la superficie del estante. Gruñó suavemente mientras empujaba una carpeta delgada y polvorienta. El último tirón fue un poco brusco y la carpeta cayó del estante. Dan logró atraparla antes de que llegara a la alfombra—. Se les escapó una. Otoño 1968 —indicó, acercándose para leer el lomo—. Es algo, al menos. Esperemos que Caroline haya publicado su artículo justo después de enviar esa carta.

—Y esto también... —Jordan sacó algo del polvoriento estante y se lo entregó a Dan, que adivinó lo que era incluso antes de que sus manos se cerraran sobre la cartulina mohosa.

963

CIMITERI 1961
1963
1964

196

16 9

Una fotografía.

Pero esta era menos tranquila que las anteriores. Reconoció la pajarera de la última foto, la que dejó caer quien los había seguido hasta la casa de Lucy.

Aunque la jaula ya no estaba vacía. En esta imagen estaba el pájaro dentro, pero destrozado y sangrando, con la mirada perdida, y había plumas rojas y blancas arrancadas y esparcidas por el piso, debajo de sus garras.

CAPÍTULO

16

El celular de Dan sonó dentro de su bolsillo, y lo sorprendió tanto que dejó caer su tenedor. Este rebotó ruidosamente contra la mesa, pero eso no alcanzó para interrumpir a la anfitriona de Abby, quien estaba en medio de un monólogo acerca de su proyecto y el importante adelanto que había hecho esa tarde.

—Mi hermano terminó su curso preparatorio para ingresar en la Facultad de Medicina aquí —decía Lara—, pero ni siquiera eso fue suficiente para mis padres. Creían que debía ingresar en la Universidad de Berkeley o Princeton...

Pero la beca que le ofrecían aquí era demasiado buena como para dejarla pasar. Una beca completa.

Dan buscó a tientas su tenedor, echando un vistazo a su teléfono. Tenía un nuevo mensaje de texto. Era de Jordan, quien aparentemente creía que era necesario enviarle mensajes a pesar de encontrarse a menos de un metro de distancia.

¿Se callará algún día?

Dan sonrió con satisfacción, lanzándole una mirada a su amigo, que mantenía una expresión indiferente.

Su sonrisa no duró mucho. Podía sentir el peso de las fotografías en su bolsillo. ¿Quién podía ser tan morboso como para capturar la imagen de un pájaro muerto? Siempre que se desconcentraba y cerraba los ojos demasiado tiempo, veía el cuerpo destrozado del ave.

—Creo que este semestre aprobaré Psicología II —dijo Micah, interrumpiendo la historia de Lara. Esperó que Dan levantara la mirada para decir—: ¿Está todo bien? Hoy casi no les he visto ni el pelo a ustedes tres. No estoy seguro de que estén aprovechando al máximo su experiencia como *potenciales*...

—Conocimos la biblioteca —explicó Dan, desviando la conversación mientras hurgaba en su comida. El ruido de la cafetería aumentaba a su alrededor, un murmullo constante mezcla de risas y el sonido metálico de la vajilla—. Y el salón comedor... Paseamos bastante por el campus hoy, en realidad.

—Y Lara me llevó a ver su instalación esta mañana —agregó Abby—. Su trabajo es apasionante.

—¿Vendrán a la feria esta noche? —preguntó Cal. Se veía exhausto, con ojeras y un tono de piel enfermizo. Jordan miraba hacia cualquier parte de la cafetería para evitarlo, y Cal parecía estar haciendo lo mismo, dirigiendo cada palabra específicamente hacia Dan—. Probablemente esté llena de chicos borrachos. Quién sabe en qué líos se meterán.

—Decir eso no es una muy buena promoción, Cal —comentó Micah, riendo nuevamente—. Pero vendrán, ¿no?

—No nos la perderíamos —dijo Jordan entre dientes, intercambiando su teléfono por su libro de sudokus y desconectándose por completo de la conversación.

—Eh... y esta vez van a quedarse, ¿no? —preguntó Micah. Dan percibió cómo cambió

el tono, mientras los miraba a uno por uno.

—¿De qué estás hablando? —indagó Lara y extendió la mano por delante de Micah para alcanzar la pimienta y luego bañar su comida con ella.

—Es solo que... tuvieron una aventura lejos de la fiesta, eso es todo.

—No los culpo —opinó Cal, encogiéndose de hombros—. Esa fiesta estaba demasiado abarrotada. La feria será igual, supongo, pero al menos es al aire libre. Avísenme si necesitan algo para mantenerse calientes —con el puño cerrado extendió el pulgar e hizo un gesto como si estuviera bebiendo de él.

Dan vio cómo el rostro de Micah se iba enrojeciendo gradualmente.

—Muchos estudiantes trabajaron duro en esto, Cal —lo regañó—. Lo menos que puedes hacer es ir sobrio. Como sea, habrá mucho para hacer. Juegos y atracciones, comida, un laberinto... Los chicos de Danza y Teatro han preparado algunos *sketches*.

—Los idiotas de Asuntos Estudiantiles me hicieron repintar los letreros —dijo Lara, lanzándole una mirada sarcástica a Abby—. Al parecer, mi diseño era demasiado macabro. Filisteos...

—Asisten niños pequeños a la feria —respondió Micah—. Comprendo un poco su punto de vista.

La mirada de Dan se posó en el sudoku de Jordan, que estaba escondido debajo de su bandeja, y descubrió que ni siquiera intentaba resolverlo, simplemente pintaba los cuadrados vacíos.

Cuando terminaron de comer, siguieron a Micah y a Lara hacia la fila para desechar la basura. Cal ya se había marchado, murmurando algo acerca de la *previa*, fuera lo que fuese.

—Bueno, los voluntarios ya debemos ir —dijo Micah mientras salían de la cafetería—. Pero ustedes pueden pasar cuando quieran. Tal vez quieran llegar temprano, antes de que las filas se vuelvan muy largas.

—Allí estaremos —le aseguró Dan.

Salieron hacia el frío, cada uno poniéndose una combinación diferente de gorros, bufandas y guantes.

—Nos vemos después —dijo Lara, despidiéndose con la mano, principalmente de Abby.

—Alguien ha estado ocupado —observó Jordan, señalando con la cabeza el camino que se alejaba de la cafetería. Los senderos pavimentados que surcaban el patio estaban decorados con bolsas de papel naranja. Dentro de cada una había una pequeña vela encendida que parpadeaba y creaba largas sombras sobre los caminos. Las residencias estaban adornadas con serpentinas negras y púrpuras, y había murciélagos de plástico colgados de las columnas y los aleros.

Todos los edificios tenían algunos toques de Halloween, todos excepto Brookline. Dan golpeó los pies contra el suelo para entrar en calor. Podía sentir Brookline detrás de él. Tuvo que mirarlo, le echó un vistazo rápido por encima de su hombro y fue suficiente para que le temblaran las piernas.

—Me pregunto si deberíamos consultar a Micah o a Lara sobre los *Scarlets*.

Si es un rumor o una leyenda local, puede que sepan algo —caminaron sin prisa hacia un lado de la escalera de entrada, esquivando la marea continua de estudiantes que salían de la cafetería—. El artículo de Caroline era bastante impreciso...

Dan había sacado la copia del artículo de la carpeta *Otoño 1968*, pero ni siquiera valía la pena leerlo nuevamente. Caroline Martin debía haberlo editado después de escribir la carta, o alguien más lo había hecho. Cualquier cosa parecía posible.

Abby se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirando las luces parpadeantes de los senderos.

—Si los *Scarlets* se tomaron el trabajo de revisar todo el correo de la ciudad, estoy segura de que no deben haber dejado rastros.

—Debemos descubrir adónde fueron a parar esas carpetas acerca del director —dijo Dan. Se estremeció al pensar en el niño guiándolo por la biblioteca—. No solo por la información que contienen, sino por quién se las llevó.

Y quién dejó atrás el pájaro muerto.

—Quizá sea el misterioso programador de computadoras —sugirió Jordan—. Si las búsquedas relacionadas con el director están bloqueadas, entonces tiene sentido que esos registros también hayan desaparecido.

—Detesto señalar esto —Abby respiraba ruidosamente por el frío—, pero la profesora Reyes está organizando ese seminario en Brookline. Puede ser que alguien haya retirado los archivos. Se acercan los exámenes trimestrales, y tal vez algunos alumnos los estén utilizando para estudiar o la profesora esté haciendo copias para repartir en clase.

—Lo sé. No tenemos mucho en qué basarnos. Deberíamos continuar con el mapa de Félix, de otro modo seguimos en foja cero —propuso Dan.

Sintió una punzada de ansiedad en el pecho al ingresar en el sector académico. El jardín frente al salón comedor Wilfurd se había transformado en un festival negro y púrpura. Habían aparecido más tiendas, que llenaban los espacios vacíos entre los edificios. Estudiantes disfrazados, con olor a alcohol, pasaban rozándolos, tropezando y chillando de risa. Las familias lugareñas se mantenían unidas, alejando a los niños disfrazados de los escandalosos estudiantes universitarios.

—Guau, parece como si Tim Burton se hubiera dado un atracón de dulces y hubiera vomitado por todas partes —susurró Jordan.

—Sin duda es... extravagante —dijo Abby—. No creí que habría tanta gente.

—Intentemos pasar inadvertidos —sugirió Dan.

Lo que resultó ser más difícil de lo que parecía. Las únicas personas que no llevaban disfraces ridículos eran ellos y los demás *potenciales*, que deambulaban a través de la pesadilla tecnicolor con las bocas abiertas, maravillados con las carpas, los malabaristas ambulantes y los vendedores de algodón de azúcar.

Los juegos y los puestos de palomitas de maíz marcaban el límite de la feria, que tenía la forma casi de un círculo.

Los letreros repintados de Lara señalaban los caminos hacia el laberinto, el campus embrujado y el escenario de los malabaristas. Dan echó un vistazo por el ancho corredor que estaba a su derecha y vio un escenario bajo y rudimentario, donde algunos estudiantes vestidos con mallas hacían equilibrio unos sobre otros para formar una pirámide.

El sonido de un megáfono atravesó el aire y los tres se volvieron para ver a una mujer rubia, rellena, que gritaba desde la parte trasera de una camioneta estacionada. Los faros del vehículo estaban decorados con serpentinas rojas y había una pancarta colgada entre ambos que decía: «¡KELLY LANG PARA SENADORA ESTATAL!».

—Podríamos ir al laberinto —dijo Abby, trotando más adelante—. No parece muy grande, tal vez nos tome solo un minuto.

—¿Necesitamos boletos o algo así? —se preguntó Jordan, sin sacarle los ojos de encima a un vendedor de algodón de azúcar.

—Al parecer todo es gratis a excepción de la comida —dijo Dan. Reconoció a algunos de los *potenciales* reunidos cerca de un área cercada, donde había un juego que consistía en lanzar una bola, que al dar en el blanco, hacía caer a un profesor dentro de un tanque de agua. Afortunadamente para el pobre profesor que tiritaba encima del tanque, la mayoría de los estudiantes tenía mala puntería; Dan supuso que debía tener algo que ver con lo que fuera que hubiera en sus botellas plásticas.

—De acuerdo, vayamos al laberinto, pero no nos separemos, esas cosas siempre me marean —dijo Jordan, entrelazando sus brazos con los de Dan y Abby.

Hicieron fila fuera de la tienda más grande de la feria. Algunos estudiantes enmascarados, aunque ninguno con calaveras notó Dan, recorrían la fila emitiendo sonidos de zombi con poco entusiasmo.



MALABARISTAS

LABERINTO

TOUR

ÁREA DE COMIDAS

—¿Ya estamos asustados? —preguntó Dan, riendo por lo bajo.

—Al menos allí dentro no hará tanto frío —dijo Abby.

Cuando fueron los primeros en la fila, una chica con un disfraz convincente de mujer barbuda los condujo hacia el interior de la carpa donde, desafortunadamente, hacía tanto frío como afuera. Fardos de heno delineaban el laberinto, apilados tan arriba que ni siquiera la persona más alta podría ver por encima y hacer trampa.

—Buena suerte —dijo la mujer barbuda, y cerró la abertura de la carpa tras ellos.

Estaba oscuro, más de lo que Dan había esperado. Abby avanzó unos pasos nerviosamente, arreándolos hacia el interior.

—Ya estoy mareado —balbuceó Jordan, cuando doblaron en la primera esquina. La única iluminación provenía de arriba, de unos pocos faroles falsos sujetos a los fardos. Un olor a hierba húmeda flotaba por los angostos pasillos.

A medida que avanzaban lenta y torpemente, desparramaban la tierra y el aserrín esparcido por el suelo.

Algo pasó volando a la derecha de Dan, rozándole el hombro. Desapareció a la vuelta de la siguiente esquina antes de que pudiera verlo bien, pero lo que *sí* había logrado vislumbrar lo había puesto tenso.

Una capa roja.

—¿Qué fue eso? —susurró Abby.

—Voy a adelantarme —dijo él, separándose de sus amigos.

—Dan, no... ¡no lo hagas!

La voz de Jordan se apagó detrás de él mientras corría. Por supuesto, en cuanto dobló en la siguiente curva se encontró con una bifurcación y no sabía en qué dirección había ido la capa roja. Escuchó una risa suave que provenía del pasillo oscuro que estaba a su derecha. Sintió un hormigueo en la piel, pero siguió el sonido y avanzó con sigilo, doblando en una esquina y luego en otra.

Rápidamente se perdió. Levantó la mirada, con la esperanza de que la forma de la carpa pudiera ayudarlo a orientarse, pero había una tela negra que escondía el patrón del techo.

—¿Perdido?

Con un grito ahogado, giró y se encontró frente a frente con la misma máscara de calavera roja y negra que los había estado observando antes. Se balanceó hacia atrás sobre sus talones, sorprendido por lo cerca que se encontraba de su rostro. En un instante de pánico, intentó agarrarla, pero perdió el equilibrio cuando la figura arremetió contra él, golpeándolo en el hombro y arrojándolo al suelo.

Aturdido, trató de ponerse de pie, pero otra figura encapuchada apareció junto a él y

luego otra y una cuarta. Se arremolinaron a su alrededor, riendo, tan cerca que podía sentir la tela de sus capas rozándole el rostro. Chicas y chicos riendo... Dan no podía distinguirlos. Se acurrucó de un lado, temblando, y logró ver un destello blanco gomoso... azul. Reconoció el zapato justo antes de que lo golpeará en las costillas.

Se dobló de dolor. Conocía ese calzado.

—¿Cal? —susurró, y consiguió fuerzas para ponerse de rodillas. En el instante en que lo dijo, las capas rojas salieron corriendo y se perdieron de vista.

Sintió que una mano lo sujetaba del brazo y la miró, extrañamente desconectado de la sensación física de los dedos que lo tocaban. Era Jordan.

Dan levantó la mirada; todo flotaba en cámara lenta. Entonces su amigo jaló fuerte y él se resbaló hacia un costado y cayó nuevamente al piso. El mundo giró y luego ya no pudo sentir la mano de Jordan sobre su brazo.

La feria se oscureció, no solo las luces, sino también los colores. Todo se veía sombrío. Ya no estaba mirando hacia arriba a uno de los artistas que caminaba sobre zancos, observaba a todos desde abajo. Los adultos lo hacían sentir tan pequeño.

Churros y palomitas de maíz. Le hizo ruido el estómago, pero solo tenía algunas monedas y sabía dónde quería gastarlas.

Ya conocía el camino e ignoró las voces burlonas que lo llamaban desde los rincones oscuros entre las tiendas y los remolques.

—Daniel, sal a jugar... Sal a jugar...

Pronto, sus hermanos ya no se burlarían así. Pronto, ellos serían los que tendrían miedo. Se esconderían debajo de las mantas, no él. Se abrió paso entre la multitud, entre un bosque de piernas de adultos, de pantalones y faldas. La carpa estaba al final de la feria, apartada como algo vergonzoso, un secreto.

El hombre estaba esperando fuera con su galera gastada. Tenía una barba larga y abundante que hacía que al niño le picara el mentón solo de verla. Olía como un abuelo, a tabaco y cuero. Y cuando sonreía, su sonrisa no era amable, pero tampoco malvada.

—Bueno, miren a quién tenemos aquí —dijo el hombre, levantándose de una banqueta de metal—. ¿Trajiste tus boletos, niño?

—Sí, señor.

—Y lo que es más importante, ¿trajiste tu curiosidad joven y brillante?

—Sí, señor, así es.

—Entonces tengo esto para ti... —abrió su viejo y largo abrigo y sacó una piedra que colgaba de una cadena de plata. La piedra era roja y alargada, y resplandecía como una estrella ardiente—. Sigue la estrella con tus ojos, niño, síguela de un lado al otro. Escucha el sonido de mi voz, el único sonido en todo el mundo...

Dan sintió que el frío lo invadía. Estaba sentado en el suelo, con las piernas abiertas; la hierba mojada se le pegaba a los *jeans*.

Al menos los *Scarlets* se habían ido. Nadie estaba pateándolo. *Scarlets*.

Plural. Esto era aun peor de lo que había pensado.

—Ha vuelto.

Dan parpadeó y levantó la mirada para ver a su amigo. Extendió los brazos hacia arriba; Abby y Jordan tomaron sus manos.

—Los *Scarlets* —balbuceó—. Me acaban de... Los vi en el laberinto, y los zapatos... Eran los de Cal. No es una sola persona la que nos persigue, es... ¡todo un grupo! Me *atacaron* —se frotó la frente, todavía un poco mareado—. Pero eso no es lo peor. ¿Las pesadillas? Bueno, no aparecen cuando estoy dormido. Esa surgió de pronto. No sé qué la desencadenó esta vez.

—¿Eso te sucede mucho? —preguntó Abby, sosteniendo con fuerza su brazo.

—Honestamente, no lo sé. Estoy comenzando a preguntarme si ese pequeño niño fantasma es eso, como un sueño despierto. Excepto que esta vez estaba en un lugar completamente diferente. Y yo no era yo.

—¿Qué quieres decir con que viste los zapatos de Cal? ¿Viste a Cal usándolos? ¿Estaba en el laberinto? —Jordan lo ayudó a levantarse de la hierba. Estaban junto a la salida del laberinto. Dan no podía recordar haber sido cargado hasta ahí.

—Cuatro *Scarlets*... Todos llevaban las máscaras y las capas, que no eran suficientemente largas. Vi esos náuticos que odias tanto.

—¿Estás seguro? —insistió Abby, sujetándolo del otro lado—. Más de una persona podría tener calzado como ese.

—No, eran los suyos. Los reconocí.

—Quédate aquí. Te buscaré algo para tomar. Parece que lo necesitas —dijo su amigo. Luego, atravesó las filas de estudiantes que esperaban para las atracciones y la comida; su cabello oscuro y rizado desapareció tras una cortina de abrigo y gorros invernales.

Abby intentó reconfortarlo frotándole el brazo.

—Estoy bien —insistió y sonrió solo por ella—. En serio.

Ella se sobresaltó y sacó el teléfono de su bolsillo:

—Es Jordan. No llevó dinero. ¿Estarás bien? Solo iré corriendo a llevarle unos billetes.

—Ve. Ya estoy bien —le aseguró Dan.

Abby le lanzó una sonrisa rápida, pero notó que él no la registró, y sus labios se inclinaron escépticamente hacia abajo.

Dan estaba de pie en un lugar cada vez más lleno, a medida que estudiantes, profesores y lugareños se adentraban en la feria. Hacia su derecha había una fila de vendedores de comida. Todos eran de Camford y exhibían orgullosos sus letreros, donde anunciaban que sus productos habían sido donados y que lo recaudado sería para el seminario de salud mental que la profesora Reyes había mencionado. Intentó encontrar a sus amigos entre las filas para comprar sidra sin alcohol y chocolate caliente, pero no pudo. Sí divisó, sin embargo, una extraña tienda detrás de los vendedores de comida. Estaba apartada, escondida bajo la sombra de un enorme árbol sin hojas.

Él ya no iba a ninguna parte sin las fotos que había recopilado y ahora metió la mano en su bolsillo para buscarlas. Seleccionó la que mostraba la carpa y la pajarera vacía.

Son iguales.

Es una tontería, pensó, pero esa carpa parecía huir del resto de la feria, como algo diferente. Una anomalía. Sus pies lo llevaron hacia allá. Pasó entre la fila para los *hotdogs* y las palomitas de maíz, y se sumergió en un repentino mar de silencio.

Una sombra se avecinaba por su izquierda, más cerca de lo que hubiera querido. Dan se encogió y levantó la mirada. Un rostro blanco, agrietado, lo miraba con furia. Un payaso. Su maquillaje se había puesto amarillo y enfermizo alrededor de sus ojos, y su boca ensanchada parecía una sonrisa sangrienta.

—Hola —murmuró Dan, apartando al payaso de su camino con el hombro.

—¿Vas a ver al extraño hipnotizador, muchacho? —le preguntó con voz ronca. Olía a cigarrillos. Antes de que pudiera responder, un sucio guante blanco se apoyó sobre su pecho, y le dejó una tira de boletos arrugados. Dan la tomó, aturdido, pues no tenía otra opción en realidad.

—Seis por cinco centavos, un precio insuperable —el payaso rio inclinando la cabeza hacia atrás, y casi pierde su peluca naranja enmarañada—. Si te gustan ese tipo de cosas... ¿A mí? No. No me gusta que nadie meta mano en esta —dijo, golpeando con un dedo su propia cabeza. Luego, se apartó del camino de Dan, tosiendo sobre su guante manchado.

Él abrió la mano que sostenía la tira de boletos y la desenroscó, mientras caminaba sobre la hierba mojada. Los viejos boletos se veían como si hubieran estado en la mano sudorosa del payaso durante años. El papel estaba resquebrajado en los bordes, y enormes letras mayúsculas en el frente anunciaban:

«Dr. Maudire - Hipnotizador Excepcional».

La lista de logros del doctor llenaba el dorso de los boletos. Aparentemente, curaba el insomnio, las fobias e incluso los deseos carnales.

Nada de eso le interesaba a Dan. Salvo que el letrero que estaba fuera de la tienda, la pajarera y, bueno, *todo* era igual a la fotografía. Comparó la escena con la foto nuevamente y frunció el ceño. Era idéntica. Tenía que tratarse de algún tipo de broma.

O alguien quiere que estés aquí.

Ya habían decidido que el enmascarado que los había estado observando no dejó caer la foto por accidente. Y, de cualquier manera, Dan iba a entrar a esa carpa.

Podía sentir el mismo magnetismo inexplicable que lo atraía hacia ella, la misma fuerza de atracción que lo había guiado por las viejas oficinas de Brookline ese verano, por la sala de operaciones y las habitaciones de los pacientes...

Guardó la foto en el bolsillo trasero de sus *jeans* y respiró profundamente, mientras veía cómo la cortina que servía de entrada a la tienda se agitaba. Dos ojos oscuros lo observaron desde adentro y después desaparecieron.

Alguien lo estaba esperando.

Seis por cinco centavos, un precio insuperable.

Dan miró hacia la feria, que ahora parecía estar a kilómetros de distancia, de inmediato se volvió con sus boletos y entró corriendo.

CAPÍTULO

17

El interior de la tienda olía a especias y madera quemada. Había otra jaula en un rincón, también vacía. Grandes cintas de tela colgaban del centro de la carpa, sujetas a cuerdas y postes, para formar corredores y escondites angostos. Las velas, dispuestas sobre altos candelabros, escupían cera púrpura a medida que ardían.

—Eh... ¿hola? —exclamó Dan. Se asomó alrededor de algunas de las paredes de tela, agitándolas para quitarlas del camino. Movié una cortina negra y gruesa, y retrocedió de golpe al encontrarse cara a cara con un anciano que llevaba un ave sobre el hombro. El pájaro, rojo y blanco, tenía un solo ojo.

Conozco ese pájaro, ¿cómo es posible que esté vivo?

—Supuse que aparecerías por aquí —dijo el hombre, acomodándose la galera raída. Sonrió y sus dientes estaban tan gastados que eran casi translúcidos, como pequeños trozos irregulares de ágata que colgaban de alvéolos flojos.

El olor a especias era avasallador y hacía que a Dan le picara la nariz. Dio un paso hacia atrás y luego extendió la mano con los boletos hacia el hombre, como defendiéndose.

—¿Y qué quieres que haga con eso? —dijo él riendo, y el pájaro imitó el sonido—. No se puede volver a hacer lo que ya está hecho, hijo.

—No entiendo lo que quiere decir —repuso, alejándose más—. ¿Cómo sabía que vendría?

Los ojos del hipnotizador brillaron con la luz de las velas y volvió a reír.

—No eres tan inteligente, hijo, pero puedo ver el parecido. Está ahí, si entornas bien los ojos... —y eso hizo, lo observó de arriba abajo, antes de tirar de las solapas de su propio traje.

—Se refiere a Daniel Crawford —no tenía sentido actuar como un inocente. Si el anciano quería hacerse el misterioso, tal vez un poco de información directa lo ayudaría a ser claro—. Pero eso no es posible. No puede haber visto a Daniel Crawford y ahora a mí. No ha envejecido desde el sueño...

El hipnotizador le mostró nuevamente las encías al sonreír, luego buscó en su abrigo y sacó una vieja cigarrera y un paquete de fósforos. Se puso un cigarro entre los labios y chasqueó los dedos para encender un fósforo.

—¿Nunca miras el cielo? Ya sabes, ¿las nubes?

—Claro —dijo Dan lentamente.

—Puede ser que veas una nube pasar y pienses que es el vivo retrato de un conejito. Yo podría mirar la misma nube y ver un murciélago o un oso. Y otros podrían mirarla y no ver nada.

Maudire, si es que era él, soltó una bocanada de humo alrededor del cigarro e instó al

pájaro a bajar de su hombro y meterse en la jaula. El ave avanzó dando saltitos, gritando: *¡Turco, turco!*

—Miras una vieja carpa andrajosa —continuó— y algunas sombras vacías y ves al viejo Maudire. Eso te hace especial, ¿no es cierto? ¡Ja! Eso te hace único.

Dan abanicó la mano para apartar de su rostro un hilo de humo:

—Entonces, ¿qué? —frunció el ceño—. ¿Quiere decir que estoy teniendo una alucinación? Pero puedo verlo. Puedo olerlo...

—Ves lo que ves, hijo —se encogió de hombros—. No me corresponde a mí juzgarlo —levantó la tira de boletos que Dan había llevado. Pero él no podía recordar habérsela entregado—. Pagaste mucho por esto, así que recibirás algo a cambio. Como no puedes volver a hacer lo que ya está hecho, te daré algo completamente nuevo —sonrió con satisfacción alrededor del cigarro encendido y miró fijamente a su pájaro—. No puedes volver a hacer lo que ya está hecho, pero sí puedes deshacerlo. No es fácil, pero puedes.

—¿Deshacer qué? —Dan se oyó levantando la voz con vehemencia—. ¿De qué está hablando?



—Todo tendrá sentido cuando llegue el momento... Cada cerradura tiene su llave, ¿mmm? Y cada prisión también. La prisión de la mente, ese sí que es un lugar del que es difícil escapar, pero también tiene una llave. Estás atrapado dentro de tu propia cabeza, hijo, pero hay una salida. Algunos la llaman llave; otros, palabra clave y otros, mecanismo de seguridad. No importa cómo lo llames, solo importa que la encuentres.

—¿Actuó igual con Daniel Crawford? —preguntó entre dientes, pensando que no podía tomar en serio ni una palabra de ese hombre—. ¿También le dio mil vueltas cuando vino a verlo?

—No, definitivamente no —respondió Maudire con seriedad. Tiró el cigarro al suelo y lo apagó con su bota. Entonces, se sentó en una banqueta, apoyó las palmas de las manos sobre sus rodillas y suspiró profundamente—. No, fui directo al grano con ese pequeño granuja. Directo al grano. El peor error de mi vida.

Su mirada, vacía y atormentada, se elevó desde el suelo hasta Dan, quien por un instante estuvo seguro de que los ojos del hipnotizador se estaban llenando de sangre.

—Eso es todo lo que obtienes por cinco centavos, hijo —concluyó—. Los cinco centavos mejor gastados de tu vida.

—No pagué por los boletos —repuso Dan, retrocediendo lentamente hacia la salida.

El hipnotizador rio, mostrando nuevamente sus dientes amarillos.

—Oh, sí que lo hiciste. Pagaste, ¿no es así? Sé que lo hiciste.

CAPÍTULO

18

Dan salió de la tienda tambaleándose hacia el frío exterior, con la nariz aún impregnada del aroma a especias y humo.

Maldición, Abby y Jordan deben estar súper preocupados.

Fue corriendo hacia donde estaban los vendedores de comida y encontró la feria más atestada que antes. Entre la multitud, divisó a sus amigos que estaban de pie en un pequeño claro, cerca del puesto de palomitas de maíz.

—¡Chicos! —gritó, corriendo hacia ellos—. Lo siento. Yo... eh... vi una atracción que me interesaba. No fue mi intención desaparecer —el payaso que le había dado los boletos pasó caminando despacio, mirándolos con expresión burlona—. Cielos, podrían haber suavizado el maquillaje de ese tipo... Es de mal gusto.

—Dan, no puedes seguir alejándote así, estábamos volviéndonos locos —protestó Abby, negando con la cabeza—. Te mandé cinco mensajes de texto.

No se le había ocurrido revisar su teléfono y se dio cuenta de que ni siquiera lo había sentido vibrar en su bolsillo. Cuando lo examinó ahora, vio los mensajes y se encogió en su abrigo.

—De verdad, no quise preocuparlos. Es solo que había una tienda, la que está allá, y se ve exactamente igual a la de la foto.

Abby estaba intentando darle una botella de agua, pero se quedó inmóvil, viendo cómo Dan sacaba la foto y la levantaba para que ellos la compararan por sí mismos.

—Dan... —Jordan se aclaró la garganta—. Eso es un árbol.

Él parpadeó con fuerza, analizando nuevamente la fotografía y... ¿la carpa?

El árbol. Jordan tenía razón. No había nada allí, solo un pedazo de césped donde la tienda de Maudire *debería* haber estado.

—No es posible —insistió—. Estuve ahí. Estuve dentro de ella. ¡Hablé con el hipnotizador, el doctor Maudire! Se los juro, no lo estoy inventando. Estuvo hablándome sobre una palabra clave o mecanismo de seguridad o algo así. No entendí ni la mitad de lo que dijo.

—Bebe esto, Dan —respondió Abby, dándole el agua—. Estás desorientado, tal vez deshidratado.

—Antes nos dijo que estaba teniendo alucinaciones —señaló Jordan—. Parece que está empeorando.

—No dije alucinaciones... —pero la ausencia de la tienda de Maudire estaba clarísima. Todas las protestas del mundo no cambiarían lo que podía comprobar perfectamente con sus propios ojos—. No inventaría algo así.

—No creo que lo estés inventando —respondió ella con seriedad—. Te creo Dan. Lo que de alguna manera me asusta aún más.

—No quiero interrumpirlos —dijo Jordan en voz baja, dándoles codazos a ambos—, pero nos encontraron. Pongamos cara de que la estamos pasando mejor que nunca, antes de que a tu amigo Micah le dé un ataque.

Dan siguió su mirada y vio a Micah entre la multitud, saludándolos con todo el brazo.

—No nos quedemos mucho tiempo hablando con él. Tenemos que escabullirnos para revisar las direcciones que nos faltan.

—Si no te sientes bien...

—Estoy bien, Abby, lo prometo. De todas maneras, quiero preguntarle si ha visto a Cal. Por ahora, finjamos no saber nada. Quiero ver cómo reacciona.

Abby los condujo hacia una de las mesas de voluntarios, donde había estudiantes que repartían pequeños mapas de la feria y respondían preguntas.

Algunos de ellos guiaban los *tours* a pie del campus embrujado y las calles circundantes. Micah les indicó con un gesto que se acercaran a su extremo de la mesa, un pequeño centro de mando montado próximo a los vendedores de comida. Cal se abrió paso entre la multitud hacia ellos, ya sin la capa roja y la máscara, aunque eso no probaba nada. Lara estaba con él y habían traído vasos de sidra.

A Dan le tomó un momento poner una sonrisa falsa. Evitó los ojos de Cal, y miró fijamente los zapatos que había visto solo minutos antes.

—Gracias —dijo Abby, sonriéndole alegremente a Lara—. Hace muchísimo frío aquí fuera.

—Lo último que necesitamos es que algún *potencial* caiga muerto por congelamiento —murmuró Cal.

Dan esperaba que su ira no se notara demasiado en su rostro.

—Cal está de malhumor porque lo convencí de venir —explicó Lara. Llevaba una de las camisetas naranjas de los voluntarios por encima de otra de manga larga con textura de *waffle*. Su cabello oscuro se asomaba por debajo de un gorro rosa tejido con punto grueso y con orejas de gato.

—Entonces, ¿qué onda con este *tour* embrujado? —preguntó Abby, para entablar una conversación con Lara.

Cal se dio vuelta para hablar con unos estudiantes de último año que también esperaban el *tour* y, al hacerlo, golpeó a Jordan con la enorme mochila que llevaba. Esta estaba tan llena que el cierre se estaba abriendo.

Dan bebió su sidra. Estaba aguada y tenía un sabor extraño.

—Es bastante genial en realidad... —decía Lara.

Pero Dan no estaba escuchando.

—Sal a jugar, ¿no saldrías a jugar?, Daniel, Daniel...

Dio una vuelta completa, lentamente, pero no pudo encontrar de dónde provenía la voz. Era el suave susurro de la niña, que volvía a llamarlo.

—Daniel... Daniel...

Ahora venía de la dirección opuesta. Giró hacia el otro lado, pero tan rápido que chocó contra Abby. Su vaso de sidra voló de sus manos y salpicó la mochila de Cal.

—¡Lo siento mucho! —gritó ella, precipitándose hacia adelante. Lara corrió a la mesa de los voluntarios y regresó con una pila de servilletas. Cal ya estaba de rodillas frente a su mochila, aunque sin limpiarla, pues sus guantes de cuero se veían caros.

Abby tomó las servilletas y comenzó a darle ligeros toques.

—Fue un accidente.

Su mano chocó contra el cierre que estaba a punto de reventar y la mochila finalmente cedió, abriéndose en dos. El borde de una gran carpeta blanca se deslizó hacia afuera. Dan notó que tenía un 19 en el lomo, justo antes de que salieran volando papeles en todas direcciones y se esparcieran por el suelo como hojas caídas de los árboles.

Abby lanzó un grito de sorpresa y comenzó a recoger los papeles, algunos de los cuales estaban siendo arrastrados por el viento. Ella y Cal juntaron todo.

Dan vio cómo Abby se los entregaba avergonzadamente.

—Lo siento, no fue mi intención causar semejante desastre.

Cal levantó la mochila y la cubrió con sus brazos, en actitud protectora.

—Olvídalo —dijo—. Yo la limpiaré.

Mientras se alejaba con paso airado, sosteniendo la mochila manchada contra su pecho, como si fuera un bebé, Dan llevó a sus amigos aparte.

—¿Vieron eso, no? Esa carpeta... Era una de las que faltaban. *Él* las tiene.

—¿Y además te estaba siguiendo en el laberinto? —Jordan soltó una risa sombría—. ¿Qué crees que trame?

—Si está poseído como Félix, podría estar haciéndolo sin ningún motivo —dijo Abby con desesperación.

—Sea como sea, al parecer, todos los caminos conducen directo hacia él —reconoció Dan—. Tenemos que conseguir esas carpetas y ver qué hay en ellas.

—Eso puede resultar más fácil de lo que crees —agregó Abby con una sonrisa pícaro. Abrió el borde de su abrigo para revelar una docena de papeles escondidos.

—Me gusta mucho esta veta cleptomaniaca tuya —dijo su amigo, riendo.

—¿Realmente creyeron que había derramado mi vaso sobre él por accidente? —preguntó ella—. Esperaba encontrar una capa, pero no tuve suerte.

—¡Oigan! ¿Quieren venir al próximo *tour*? ¡Hay lugar! —era Lara, que regresaba con un nuevo vaso de sidra para Abby—. ¿Qué dicen?

—¡Suena genial! —dijo ella, caminando lentamente hacia Lara. Entonces se volvió para mirar a sus amigos. Empujó los papeles robados hacia Jordan—. Mantengámonos al final del grupo —susurró—. En cuanto veamos la oportunidad, nos escapamos.

CAPÍTULO

19

—¿Alguien más le resulta extraño que *no* estén hablando de Brookline? — preguntó Jordan.

La guía del *tour*, siguiendo los senderos iluminados del campus, los llevó a una de las paradas, frente a una casa ubicada cerca de la capilla. Todos abrazaban sus vasos de sidra, intentando entrar en calor.

—El *tour* recién comienza —susurró Abby—. Dales un respiro.

—Igualmente...

—No se puede decir nada negativo acerca de la universidad, ¿recuerdan? —observó Dan—. Si empiezan a hablar de Brookline, los chicos van a Googlearlo o a hacer preguntas y eso sería como abrir una gigantesca caja de Pandora.

Apuesto que el *tour* es apto para todo público.

—Pónganse delante de mí —dijo Jordan. Tenía en una mano los papeles de los archivos obtenidos de forma ilícita por Abby y en la otra, su teléfono, que usaba para iluminarlos—. Quiero ver qué valía tanto la pena robar de la biblioteca. Despiértenme si el *tour* se pone interesante.

Dan y Abby se movieron para ocultarlo del grupo. Micah y Lara estaban junto a la guía, y susurraban entre ellos, aparentemente discutían, a juzgar por las expresiones de sus rostros.

—Esta casa perteneció a uno de los antiguos presidentes de la universidad —explicó la guía. Era bajita y fornida, con una figura atlética y cabello rubio largo y rizado. Detrás de ella, una casa victoriana blanca y bien conservada prácticamente resplandecía por la cantidad de velas encendidas en su interior—. El presidente Amos Van der Holt era muy querido por los estudiantes, pero murió siendo joven y en circunstancias misteriosas. Se dice que los 22 de noviembre, fecha en que murió, todavía puede verse su sombra en las ventanas. Y siempre tiene una pipa, igual a la que él fumaba.

Abby resopló. Comparado con las cosas que habían visto durante los últimos meses, un fantasma que fumaba una pipa sería casi una visión placentera.

El *tour* avanzó varios metros, luego dobló a la derecha, siguió hasta la siguiente esquina y giró nuevamente a la derecha. Las casas en ese lugar se veían familiares. Cada pocos pasos los pies de Jordan chocaban contra los de Dan, mientras revisaba los papeles, con la cabeza inclinada hacia abajo.

—Chicos, estamos en la calle Ellis —señaló Dan—. La casa que visitamos anoche está justo allí.

—Ok, ahora *sí* estoy asustado —murmuró Jordan, bajando los papeles—. Bien hecho *tour*, me atrapaste. ¿Y si paran en esa casa?

—Entonces escuchamos —dijo Abby, sosteniendo el vaso de sidra justo debajo de su mentón. Dan podía oler el vapor con aroma a canela que subía por su rostro—. Y después

buscamos la manera de separarnos del grupo e ir a las otras casas. Se nos está agotando el tiempo.

Como era de esperar, el grupo se detuvo justo frente a la familiar entrada pavimentada que llevaba a la casa.

La guía señaló la propiedad con el pulgar por encima de su hombro y echó un vistazo a las fichas que tenía en la otra mano.

—Esta casa ha estado vacía por casi veinte años, pero alguna vez fue el hogar de los Cartwright y su hijo Harry. Harry trabajó como jefe de la oficina de correos de Camford durante seis años, hasta 1971, cuando fue obligado a renunciar. Se convirtió en sospechoso de la desaparición de varias mujeres de la ciudad...

Dan apretó su vaso tan fuerte, que el material plástico crujió. Conocía ese nombre de sus sueños; de hecho, había hablado con Harry Cartwright. *No, el director habló con él, no yo.*

—Encontramos la carta de Caroline en esa casa y ella menciona expresamente haber conocido a un hombre llamado Harry —susurró Abby, pálida incluso en la escasa luz que los bañaba—. ¿Creen que puede haber sido una de las chicas desaparecidas?

—Apostaría a que sí —dijo Jordan—. Si la sociedad secreta se enteró acerca de su artículo y las cartas que estaba enviando, hubieran querido que desapareciera. Miren esto... —discretamente sostuvo los papeles a la altura de su cintura, iluminando la primera página con su teléfono. Señaló la foto muy deteriorada, casi indescifrable, de una granja—. Los periódicos de la universidad tenían artículos sobre esas desapariciones.

—Bueno, si miramos el lado bueno, quizás estos papeles estaban en la mochila de Cal porque los necesitaba para el *tour*, para prepararlo —comentó Abby—. Después de todo, él ayudó a organizar la feria.

—Me cuesta mucho creerlo —dijo Dan entre dientes.

Varios *potenciales* se amontonaron alrededor de la guía.

—¿Alguna vez encontraron a las personas desaparecidas? —preguntó uno.

—¿Podemos entrar? —gritó otro.

La guía intentó no hacer caso a las preguntas con una sonrisa, pero se veía un poco exasperada. Micah y Lara continuaban muy concentrados en su discusión como para ser de mucha ayuda.

—Vamos —dijo Abby—. Es nuestra oportunidad... Mientras están ocupados.

Con todas las miradas puestas en la casa de los Cartwright, Dan la siguió.

Retrocedieron lentamente hasta separarse del grupo y ella los condujo rápidamente hacia un sector aislado de arbustos, en el jardín de una casa vecina. Dan suspiró aliviado, por haber logrado escapar sin que nadie lo notara.

—¿Están alejándose otra vez?

—Maldición —dijo Jordan entre dientes. Hizo un gesto de dolor al divisar a Micah por encima de los bordes descuidados de los arbustos y escondió los papeles dentro de su abrigo—. ¿Cómo nos deshacemos de él?



—No lo hacemos —respondió Dan. Y luego se dirigió a Micah—: ¡Hola! ¿Qué está pasando?

—No mucho. Supongo que a Lara no le gustó la forma en que estaba mirando a Melissa, la guía, así que tuvimos un pequeño... desacuerdo. Supuse que lo mejor era darnos un poco de espacio, ¿saben?

—Entonces, tú y Lara... ¿están juntos? —preguntó Dan.

—Solíamos estarlo en primer año. Pero es algo celosa... ya saben a qué me refiero.

Jordan comenzó a jalar de la manga de Dan con insistencia, sin duda para darle a entender que deberían inventar alguna excusa y marcharse. Pero él intuía que no podrían deshacerse de Micah tan fácilmente. Ya habían levantado sospechas demasiadas veces y ahora tendrían que aceptarlo.

—Hoy estuvimos en la biblioteca y encontramos algunos recortes de periódicos viejos acerca de la ciudad que eran bastante escalofrantes —improvisó Dan—. El *tour* no es lo que esperábamos, sin ánimo de ofender, así que pensamos que podíamos visitar algunas casas *realmente* embrujadas.

Abby le lanzó una mirada de incredulidad. Obviamente, tampoco estaba de acuerdo con su plan.

—Es la época, supongo... ¿Qué casa tenían en mente?

—Hay una que no está muy lejos —Dan sacó su teléfono y pulsó la aplicación del GPS—. Déjame buscar cómo llegar.

—¿Y cómo saben que esa casa está embrujada? —preguntó Micah.

—Eh... hallamos un artículo que hablaba sobre esas mujeres desaparecidas en los años sesenta, y una de ellas vivía cerca de aquí —esta vez fue Abby quien improvisó. Le temblaba la voz, pero el chico asintió, creyendo su mentira, al parecer—. Espeluznante, ¿no?

—Puede no estar vacía —respondió—. Pero podemos echar un vistazo. Solo les pido que no griten, ¿ok? Si Lara se da cuenta de que nos fuimos, va a matarme.

—Mira —dijo Dan, mostrándole el mapa de Google—. Queremos llegar aquí.

¿Conoces la calle?

—¿Virgil? Sí. La sala de cine alternativo está en esa dirección —Micah se rascó el mentón, entrecerrando los ojos para mirar el mapa—. He ido a algunas fiestas por ahí. Podemos cortar camino por el callejón que está en la calle Butler y ahorrarnos uno o dos minutos de caminata.

—¡Perfecto! —exclamó Dan, apenas moderando su falso entusiasmo—. ¡Vamos!

El viento comenzó a soplar más fuerte mientras avanzaban detrás de Micah por la calle

Ellis, hacia un pequeño pasaje oscuro y angosto ubicado entre dos viviendas.

Un árbol esquelético había logrado crecer a la fuerza en el callejón. Sus ramas golpeaban contra los aleros de las casas, mientras los cuatro chicos caminaban de prisa.

Dan echó un vistazo hacia atrás para asegurarse de que nadie del grupo los hubiera visto irse, pero deseó no haberlo hecho: el pálido niño con el suéter a rayas estaba ahí, mirándolos, y aunque no dejó que sus ojos se detuvieran en él, podía jurar que le estaba sonriendo.

El callejón los llevó a una acera erosionada. Los árboles eran más tupidos en esa zona y bloqueaban casi por completo la escasa luz de los faroles. Micah giró hacia la izquierda y caminó rápidamente hacia una intersección vacía.

Quienes recorrían el vecindario pidiendo dulces hacía tiempo que se habían ido a sus casas, y las pocas familias que quedaban casi no les prestaban atención, porque estaban demasiado obsesionadas con sus bolsas llenas de dulces. Quedaban algunas calabazas en las entradas, que resplandecían con sus velas chisporroteantes.

—Ya casi llegamos —dijo Micah, mientras cruzaban la intersección. Se levantó el cuello del abrigo, para protegerse del viento—. ¿Todavía tienen ganas de hacer esto?

—Fue mi idea, ¿no? —Dan lo alcanzó y caminó junto a él. Vio una casa de color verde menta al otro lado de la calle con una enorme estatua de cobre en el jardín—. ¿Deduzco que esa es la sala de cine alternativo?

—¿Cómo adivinaste? —dijo Micah riendo—. Parece que no hay autos en la entrada. Crucemos aquí.



Dan se frenó solo un segundo o dos antes de cruzar, para esperar a sus amigos. Y no lo sorprendió el ceño fruncido que Abby tenía para él.

—¿Y qué quieres hacer si encontramos algo? —le susurró ella, con la mirada fija en Micah.

—No lo sé —desgraciadamente, era la verdad—. No pensé en eso.

—¡No sabemos si Micah es uno de ellos! ¡Pudo haber estado al lado de Cal en ese laberinto!

—Él no es así. Creo que podríamos confiar en él. Nos advirtió acerca de Cal, ¿recuerdan? —y había encubierto a Dan en la fiesta, haciéndolo quedar bien con Abby. No era soberbio como Cal, ni tampoco la clase de persona que se vería envuelta en una sociedad secreta—. A veces, hay que adaptarse. Esto es adaptarse.

—Que conste que pienso que no es una buena idea —respondió ella secamente.

—Entendido...

—Y que estás siendo un poco ingenuo al confiar en alguien de este campus.

—Ya nos vio —murmuró Dan—. Simplemente no lo pondremos al tanto de lo que estamos buscando.

—¿Vienen o qué? —Micah les hizo señas desde la acera. Detrás de él, una casa de dos plantas desmoronada los esperaba en las sombras. Marrón y sombría, se veía como una casita de jengibre que se había mojado. El techo estaba hundido. Los números blancos que indicaban la dirección cerca de la puerta colgaban torcidos. Uno de ellos se había soltado y estaba al revés, pendía solo del tornillo inferior.

—Definitivamente se ve embrujada —comentó Jordan, haciendo una mueca—. ¿En serio vamos a entrar ahí?

—Sip —respondió Dan.

—¿Es demasiado tarde para sacar boleto de regreso en el tren a Nilocoentroenesacasa?

—Correcto.

—Entonces, ¿ahora qué? —preguntó Micah, volviéndose hacia ellos—. ¿Trajeron una tabla ouija?

Este era el momento de la verdad, decidió Dan. Respiró profundo y ordenó sus pensamientos.

Si su anfitrión decía que no, si regresaba al campus y los denunciaba por ingresar ilegalmente a una propiedad o peor, si llamaba a la policía, entonces su fin de semana terminaría mal y abruptamente.

—Ahora, vamos a forzar la entrada y echar un vistazo dentro.

Los ojos de Micah se entrecerraron peligrosamente y por un instante Dan estuvo

seguro de que estaban en aprietos. Micah se frotó la barba y lanzó una mirada rápida a Jordan y luego a Abby.

—Ya te dije... Estuve en problemas antes. No quiero volver a estarlo, Dan.

—¿Crees que alguien esté viviendo aquí? No hay autos, ni luces encendidas.

Prácticamente se está cayendo a pedazos. Solo queremos echar un vistazo dentro.

—Ok. Si alguien nos ve entrar, llama a la policía y, como mínimo, pierdo mi empleo en la oficina de ingresos —frunció el ceño, dirigiendo su mirada hacia la casa—. Pero por otra parte, supongo que no los conduje hasta aquí pensando que solo íbamos a admirar el paisaje.

—Esa es la actitud —exclamó Jordan con ironía—. ¿Podemos salir de la acera entonces? No estamos siendo muy discretos —dijo, y sin esperar a que los demás estuvieran de acuerdo, comenzó a avanzar por la entrada para autos, manteniéndose en el borde del pavimento invadido por el césped descuidado.

Esa calle, en general, se veía más deteriorada que las anteriores, con pocos hogares alegres y más casas victorianas viejas y desmoronadas, que no tenían calabazas *ni* luces. Nada allí resultaba acogedor. Incluso con el calor de la sidra, que todavía le corría por las venas, y el reconfortante aroma de hojas quemadas que flotaba en el aire, Dan no podía despojarse de la sensación de que lo que estuviera mal con esa casa se había propagado, envenenando más que sus propios listones derruidos.

Se dirigieron en fila hasta la cochera. Junto a ella había una cerca de alambre. Era una de esas que se podía abrir simplemente pasando la mano para el otro lado y moviendo el pasador, y que sirve para mantener a niños pequeños y perros adentro.

Jordan movió el pasador y la reja se abrió con un chillido agudo.

—Esa puerta corrediza no parece cerrada —susurró, sosteniendo la reja para que los demás pasaran—. Voy a probar; si no, tendremos que usar una ventana.

Micah vaciló antes de pasar, y examinó a Jordan con un bufido.

—¿Ustedes tres hacen esto muy seguido?

—A mis padres no les gusta que salga de casa sin avisarles —respondió Jordan con descaro—. Aprendí a burlar sus reglas.

—Oye, amigo —dijo Micah, con una risa que Dan no podía decidir si era defensiva o entretenida—. Búrlate todo lo que quieras. Simplemente no sabía que eras una especie de admirador de Houdini.

—No hay mucho de Houdini en esto —con solo un pequeño tirón de la manija, la puerta corrediza se abrió. Señaló el interior con una sonrisa—. ¿Abracadabra?

—Bajen la voz —advirtió Abby—. Los vecinos podrían seguir despiertos.

Dan los guio hacia el interior de la casa, y sintió un gran alivio al comprobar que sus

sospechas eran correctas: no había nadie viviendo y nadie había estado allí en mucho tiempo. Unos treinta años, a juzgar por el tapete color café y los muebles retro. Jordan cerró la puerta tras ellos. Estaban de pie en un comedor que daba a una pequeña cocina.

—Faltan todas las fotos —observó Abby, acercándose a una mesita decorativa. Tomó un marco polvoriento que tenía el fondo blanco tras el vidrio—. Y miren... —dejó el portarretrato y pasó lentamente por una arcada hacia el vestíbulo, y luego a la sala de estar—. Todo está empacado. Hay cajas de mudanza.

Dan la siguió. El polvo flotaba en el aire. Alguien había puesto sábanas blancas sobre sillas y sofás. Incluso sin las señales de abandono, él *sentía* la soledad del lugar. Se suponía que las casas debían estar habitadas, ser acogedoras. Esta se sentía...

—Fría —susurró, viendo cómo su aliento salía como una nube—. Está helando aquí dentro.

—Voy a revisar las habitaciones —dijo Jordan, pasando junto a él y desapareciendo por un pasillo oscuro. Dan observó la luz del celular que se proyectaba mientras se alejaba.

—Yo iré al piso de arriba —indicó Dan, impaciente por echar un vistazo rápido e irse. No sabía si debía confiar en sus instintos, pero le estaban diciendo que huyera.

—¿Qué es exactamente lo que estamos buscando? —oyó preguntar a Micah cuando dobló en una esquina y encontró la escalera.

—Fotos, álbumes de recortes —le respondió Abby, y su voz se fue apagando a medida que Dan se alejaba—. Ya sabes, algo espeluznante para conmemorar la ocasión.

Las voces se desvanecieron por completo y fueron reemplazadas por el sonido de su propia respiración y el suave ruido de sus pisadas sobre la escalera. Podía ver años de gente subiendo y bajando en la madera gastada.

Cuando llegó arriba, el lugar era estrecho y el techo, bajo. Había un baño justo frente a él, vacío, excepto por una tina cuyas patas con forma de garra estaban muy oxidadas. Utilizó la aplicación de la linterna de su teléfono para iluminar los azulejos blancos y azules y el lavabo de porcelana con sus manijas y grifos ornamentados. Continuó el recorrido por el pasillo. El techo se inclinaba y luego se cortaba, y otro pasillo más angosto se abría hacia la izquierda. Allí encontró un dormitorio, o lo que quedaba de él, pues era la base de una cama grande y un colchón hundido. Al igual que en la planta baja, algunos marcos todavía colgaban torcidos de la pared, aferrándose a ella desesperadamente.

No había fotos en ellos.

Dan retrocedió por el corredor y giró hacia la izquierda para revisar el último dormitorio. El suelo crujió bajo su peso. La puerta era pequeña, apenas lo suficientemente alta como para que una persona adulta pudiera pasar. Tuvo que encorvarse para entrar. La escasa luz de su teléfono rebotaba por la habitación como una luciérnaga, mostrándole dos

juegos de literas apretadas y una mesita para niños con dibujos de camiones de bomberos y pelotas de béisbol pintados a mano.









Se quedó inmóvil en el centro del desván. El techo se inclinaba hasta cierto punto, como el de un granero; los baúles, las camas y el resto de las cosas que habían quedado, hacían que la habitación resultara absolutamente claustrofóbica.

Se dirigió hacia una ventana mugrienta que estaba entre las camas y miró hacia afuera. La casa de al lado estaba tan cerca que no había mucho para ver, excepto una pared. Suspirando, se volvió y comenzó a caminar hacia la puerta.

Ese sitio era un fiasco. A menos que los demás hubieran encontrado algo, se trataba solo de una cápsula del tiempo vacía y abandonada, sin fotos ni cartas ni pistas de ningún tipo.

Dan se detuvo y maldijo, cuando su pie tropezó con un tapete de pelo largo.

Tras recuperar el equilibrio descubrió que este se había deslizado y debajo las tablas del piso estaban pintadas. Se arrodilló y pasó los dedos sobre la madera nueva y brillante; su pulso comenzó a acelerarse. El tapete había preservado bien esa sección del piso, así como la figura que estaba ahí. Una mano delicada y meticulosa había dibujado el contorno de un niño pequeño. Uno que él reconoció por las rayas de su suéter. Con las yemas de los dedos tocó algo ligeramente frío y entrecerró los ojos en la tenue luz, percibiendo un diminuto pestillo.

Empujó del gancho, y vio un pequeño agujero rectangular. Se ahogó con el polvo que emergió de la oscuridad y, cuando apuntó la luz de su teléfono, descubrió un pequeño escondite, y en su interior: una caja de metal envuelta en tela. Parecía una vieja lata de golosinas, y las rayas de su superficie se conservaban brillantes y perfectas. Abrió con cuidado la tapa y halló el diario de un niño, una bolsa de canicas, algunos naipes y envoltorios de goma de mascar.

También había varias fotografías sujetas con un cordel. A juzgar por la primera imagen—un niño disfrazado tragándose una espada—, no estaba seguro de querer ver las restantes. Pero su curiosidad triunfó y desató la cuerda con dedos temblorosos.

Quien hubiera coleccionado aquellas fotos parecía sentirse atraído por actos macabros: una mujer le lanzaba hachas y dagas a su pareja; un hombre hacía equilibrio con unas antorchas sobre su cuerpo; y casi al final estaba la combinación más espeluznante de adivina y payaso que él había visto en su vida.

Tiritando, guardó las imágenes en la caja y revisó el diario. Era lógico que hubiera sido Dan quien lo encontrara; como si lo estuviera esperando.

Sopló la superficie del libro y vio cómo las partículas de polvo se elevaban y titilaban en el aire. La portada estaba gastada, pero pudo leer claramente las enormes letras rojas que decían:

¡PROPIEDAD DE DANNY CRAWFORD! ¡¡¡PRIVADO!!!

¡PROPIEDAD
DE DANNY
CRAWFORD!

!!!PRIVADO!!!

CAPÍTULO

20

Hoy llegó la feria. Patrick dice que es un circo, pero él es tonto y aunque sea mayor que yo y diga que sabe más, está equivocado. No es un circo. Un circo tiene animales, como leones y jirafas, y este año los únicos que hay en la feria son algunos pájaros y los mapaches, que se meten en la basura.

Patrick y Bernard van a los juegos mecánicos todo el día. Mamá está demasiado ocupada con el bebé para darse cuenta de que se roban monedas del frasco de los ahorros que está debajo del fregadero para ir una y otra vez.

Saben que los vi sacando monedas y me hicieron prometer que no iba a contar nada. Lo prometí. De todos modos, me pusieron un calcetín sucio en la boca y me metieron debajo de la cama. No dije nada. No dije nada, pero quiero hacerlo.

Los juegos mecánicos son estúpidos. Lo único Bueno es el hombre del sombrero. No se burló de mi suéter, aunque tenga agujeros, y me dijo que era un niño muy inteligente, más inteligente que mis tontos hermanos. Fue Muy Amable. Tiene un reloj dentro de su abrigo y cuando lo usa puede hacer que una mujer agite los brazos como una gallina o que un niño tímido cante canciones infantiles. Dijo que me enseñaría a hacerlo y me mostraría sus secretos.

Escuché, no olvidé ni una sola palabra. Ahora espero poder conseguir que otras personas Hagan también cosas. Ahora Patrick y Bernard tendrán que callarse y escucharme. Tendrán que hacer lo que yo diga.

Hay una roca roja en la parte de atrás de su reloj. Parece una estrella fugaz cuando la balancea. Una brillante estrella abrasadora.

Espero que la feria nunca se marche.

Pero si se va, aún tendré los secretos. Los secretos nunca se irán.

Dan dio vuelta la página y su respiración jadeante agitó las hojas. El joven Daniel Crawford le había puesto fecha a sus notas. Y la siguiente fue poco después de la primera. Comenzaba: *Hoy usé la roca que se balancea y traté de hacer que Patrick cacarease como un pollo. Mañana lo haré subir al techo.*

¿Patrick? ¿Quién era Patrick?

—Oye, ¿encontraste algo?

Micah no podía haber aparecido en un peor momento. Dan hizo una mueca de dolor, y con disimulo empujó la caja hacia el escondite. Guardó rápidamente el diario dentro de su abrigo y se dio vuelta.

—Solo cosas viejas —le sonrió fríamente—. Aquí debe haber sido donde dormían los niños —se puso de pie y cerró la trampilla de una patada. No podía hacer nada para ocultar el tapete fuera de lugar ni los dibujos en el suelo, así que ni lo intentó—. ¿Qué encontraron abajo?

—Un montón de cajas empacadas. Marcos vacíos. Yo tampoco querría vivir aquí, no

los culpo por querer marcharse —echó una mirada al dormitorio y se estremeció. Sus ojos se veían vidriosos, casi vacíos. Dan supuso que era algún efecto de la luz tenue—. ¿Vivían niños aquí? ¡Qué horror!

—Escalofriante, ¿verdad? —Dan pasó junto a él dándole un empujoncito y salió al pasillo—. Podrían haberlos hecho dormir dentro de un armario, que era más o menos lo mismo.

—No vi rastros de esa chica desaparecida —comentó Micah, siguiéndolo hacia la escalera—. ¿Estás seguro de que esta es la casa correcta?

—Probablemente dejaron la ciudad después de lo ocurrido. Puedo entender por qué querrían seguir adelante con sus vidas.

—¿En serio? Yo creo que deberían haberse quedado. Pues, ¿y si ella regresaba cuando ellos ya no estaban aquí? Rayos, eso sería tan triste.

Dan no quería discutir sobre el tema. Tenía en sus manos el diario de la infancia del director, un libro que podía ayudarlos a comprender su mente. Lo que fuera que había convertido a ese hombre en un monstruo podía estar escrito en aquellas páginas y eso lo tenía inquieto ahora que las respuestas estaban tan cerca.

Debería haberlos escuchado. Traer a Micah fue un error.

Pero ¿qué podía hacer ahora? Cuando llegaron abajo, Abby y Jordan lo esperaban impacientes. Jordan lo fulminó con la mirada. Les mostraría el diario más tarde, después de revisarlo. Revelarlo en ese momento, especialmente delante de Micah, era arriesgado. Quería poder confiar en él, contar con otro aliado en el campus, pero ni siquiera estaba seguro de querer mostrarles el diario a sus *amigos*.

Era privado.

—Encontramos la dirección de otra casa —explicó Dan—. No creo que esté lejos.

—Tengo que dirigir la próxima serie de *tours* —respondió Micah. Se levantó la manga del abrigo para chequear su reloj—. Eso es en media hora. No me importa cubrirlos por unos minutos, pero los demás voluntarios se van a enojar si no estoy.

—Claro. No quisiéramos meterte en problemas —repuso Abby y, aunque estaba sonriendo, era obvio que quería que se fuera.

—Bueno —Micah golpeó suavemente a Dan en el hombro—. ¿Qué son treinta minutos más? No les importará. Esto es divertido y aterrador. Estoy entusiasmado.

—Oh. ¿Lo estás? —exclamó Jordan, con los ojos muy abiertos, mientras sacaba el mapa de Google y se lo entregaba.

—¡Sí! Es Halloween, amigo. Esto me encanta —se inclinó hacia adelante, muy cerca de ellos, tomando el mapa y riendo, e incluso les guiñó el ojo de forma conspiradora—. Y es posible que haya... ya saben, consumido algo antes del *tour*. Solo para relajarme. Nada muy fuerte, solo una mejora recreativa, ¿eh? —hizo el gesto de estar fumando un

cigarrillo, aunque Dan supuso que no había sido el simple tabaco lo que le había causado ese estado de ánimo.

Bueno, eso explicaba los ojos vidriosos.

—Entonces... ¿no vas a acusarnos por dejar el campus? —preguntó Jordan lentamente.

—Claro que no. Eso también me metería en problemas. No, esta noche los acompaño. ¿Hacia dónde?

Dan respiró más aliviado, aunque no podía relajarse del todo; no mientras tuviera el diario del director escondido en su abrigo.

—Ahí —Abby señaló el próximo destino, en medio de saltitos impacientes. Dan también sentía que el tiempo apremiaba—. ¿Conoces el camino?

—Pan comido. Síganme —dijo, tomando el mapa y guiándolos hacia la puerta corrediza por la que habían ingresado.

Pero Abby disminuyó el paso y sujetó de las mangas a Jordan y Dan, para acercarlos.

—¿No les parece que está demasiado entusiasmado?

—Está drogado —susurró Jordan—. Probablemente hasta se exaltaría de ver crecer el césped.

—Chicos, sé que no quieren que nos acompañe, pero es nuestra única salida —agregó Dan, vigilando que Micah no lo escuchara—. No puede meternos en problemas. No ahora. Tenemos esa ventaja.

—¿Y a quién piensas que le creería la universidad? ¿A un grupo de *potenciales* o al niño mimado de la oficina de ingresos? —siseó Abby.

Él se encogió de hombros y apuró el paso:

—No tenemos tiempo de dudar. Simplemente debemos arriesgarnos.

—*Tictac* —los llamó Micah con una sonrisa desde la puerta—. Van a hacer un recuento dentro de veinticinco minutos en el campus.

Por un momento, Dan deseó poder experimentar el paseo de la misma manera que su anfitrión: como algo divertido y peligroso para hacer con amigos. Pero no podía darse ese lujo. Con suerte, el diario que tenía apretado contra su pecho lo ayudaría a cerrar ese capítulo de su vida, a explicar por qué podía ver las cosas que veía y quizá, también, a dejar de verlas para siempre.

Y si tenía *mucha* suerte, tal vez conservara algunos amigos después de esto.

Si podían perdonarlo por llevar a Micah esa noche.

—Muy bien —dijo Dan—, entonces, ¿qué estamos esperando?

CAPÍTULO

21

Un viento fuerte los persiguió por la calle Blake y Dan ajustó más fuerte su abrigo. Todos se estremecieron cuando llegaron a la siguiente casa: era una construcción de ladrillo y tenía las ventanas y las puertas cubiertas con tablas.

—¿Creen que esté clausurada? —preguntó Abby, vacilando al borde del jardín—. No parece seguro entrar.

—Tenemos que hacerlo —dijo Dan. Ahora más que nunca, estaba convencido de que iban por buen camino. Las direcciones de Félix los habían llevado a la casa de Harry Cartwright, y luego adonde se había criado el director Crawford.

Sin importar cómo las había conseguido, esas coordenadas no eran coincidencia, sino una constelación que aún no estaba completa.

—¿Qué? —Micah se volvió desde donde estaba examinando una de las ventanas.

—Eh... nada... Dije que no tenemos que hacerlo.

—¿Y cómo vamos a ingresar? —exclamó Jordan, y los condujo alrededor del jardín hasta una entrada lateral que tenía un toldo a rayas. Se apiñaron junto a la puerta. Él pateó sin convicción una de las tablas que la bloqueaban—. Necesitaremos más que una ganzúa para abrir esto.

—A ver —dijo Micah, y sujetó una de las maderas clavadas al marco—. Esta está suelta. Si podemos sacarla, podríamos quitar las demás haciendo palanca.

Fue entonces que Dan se dio cuenta de lo perdidos que hubieran estado sin Micah. Ninguno de los tres tenía la fuerza suficiente para mover esa tabla ni para usarla para sacar las demás. Su única opción hubiera sido intentar ingresar por una ventana.

Les comunicó sus pensamientos a sus amigos arqueando una ceja.

—Como sea —repuso Jordan entre dientes—. No estoy *tan* impresionado.

—Yo hubiera encontrado otra manera de entrar —agregó Abby.

—¿Con esos mitones?

Ella no respondió.

Mientras tanto, a unos pasos de distancia, el chico estaba usando la tabla suelta como una enorme palanca, colocándola en el espacio entre el marco de la puerta y las demás tablas. Las maderas crujieron y luego se astillaron; una pequeña lluvia de polvo cayó al suelo como nieve.

—¡Ahí está! —gruñó Micah—. Solo una más.

La última, al soltarse, emitió un fuerte sonido, como un estallido. Todos giraron y se cubrieron al mismo tiempo.

—Maldición, eso sonó muy fuerte —Micah se alejó de la puerta y dejó caer la tabla, rascándose la nuca avergonzadamente—. Culpa mía.



—Y ahora esperamos las sirenas de la policía —acotó Jordan.

Dan pateó la tabla para acercarla a la casa y señaló la puerta con la cabeza.

—Entremos. Si seguimos merodeando aquí, sí nos verán.

—Hagámoslo rápido —dijo Jordan, echando una mirada nerviosa alrededor, y luego se deslizó hacia la puerta.

Aunque hubieran quitado las tablas, aún tenían que abrir la puerta. Jordan se arrodilló, sacó su set de ganzúas del bolsillo y se puso a trabajar. Un momento después, la perilla giró, oxidada y floja.

Su amigo se detuvo con los ojos cerrados, moviendo los labios y diciendo algo que Dan no podía oír.

—¿Qué estás haciendo?

—Rezo para que haya chicos lanzando huevos a una casa o destrozando calabazas *justo ahora*, y que toda la atención esté puesta en ellos...

—Ni siquiera hay perros ladrando, ni tampoco luces encendidas —señaló Dan—. Vamos.

Jordan se puso de pie rápidamente y abrió la puerta con un golpe de hombro. A esa altura, Dan ya estaba acostumbrado al olor a humedad de las casas abandonadas. El aire flotaba pesado y rancio por el moho y la madera en descomposición.

—¿Las luces todavía funcionan? —susurró Abby.

—La cubrieron con tablas y la dejaron para que se pudriera —respondió Jordan—. Dudo que alguien esté pagando la electricidad. Qué suerte para nosotros.

Dan probó el interruptor que tenía más cerca. No sucedió nada. ¿Por qué no se les había ocurrido llevar una linterna? Sacó su teléfono y habilitó esa aplicación. Estaban en un vestíbulo o una antesala, con estantes y compartimentos en las paredes. Había un par de zapatos blancos mugrientos aplastados dentro de uno de los huecos.

—¡Agg, por Dios! —se quejó Jordan—. Huele como si un perro mojado hubiera explotado aquí dentro.

—Shhhhh —Dan no había querido sisear tan fuerte.

Jordan lo ignoró con un suspiro.

—Y pensar que en este momento podría estar emborrachándome con *Goldschläger* y viendo *Galaxy Quest* con algún adorable chico de primer año no iniciado.

Luego pasaron a una sala de estar, todavía amueblada, con una mesa baja circular y algunos sofás cubiertos con una horrible tela psicodélica. La alfombra era peluda, estaba gastada y tenía una innumerable cantidad de manchas. Había botellas de vidrio apoyadas contra la base de los sofás y las paredes estaban decoradas con remos, letras, banderines...

—Esto debe haber sido una fraternidad —señaló Micah, lanzando una risita—. Me pregunto qué habrán hecho para que los obligaran a cerrar. Escuché que a algunas de las que están en el campus las atraparon con laboratorios de metanfetaminas, allá por los años ochenta.

—Uff —gruñó Abby, dando vuelta la página de un calendario *Playboy* que estaba colgado en la pared—. Qué elegancia.

—Sepárense —dijo Dan—. Tenemos que regresar cuanto antes al campus.

Jordan había levantado una botella vacía del suelo y la había olido. Dejó caer la botella donde la había encontrado.

—No debería haber hecho eso...

Micah se frenó en medio de la sala y se volvió para mirar a cada uno, con la boca ligeramente abierta, como si se hubiera dado cuenta de algo clave.

—Parece como si estuvieran buscando algo en especial.

—Yo solo... soy aficionado a los asesinos en serie, eso es todo. Es como un *hobby* —Dan se encogió. Probablemente no era la mejor mentira que se le podía haber ocurrido cuando el chico estaba colaborando con ellos—. Siempre quise resolver un caso pendiente, ¿sabes? Ser el héroe, tal vez resolver el misterio de las chicas desaparecidas...

—¿Y crees que una de ellas vivía aquí? ¿En una *fraternidad*? —sonaba escéptico.

—No *vivía* aquí. El artículo decía que ese era su... eh... último paradero conocido.

—Ah —se encogió de hombros, y luego se agachó para inspeccionar una de las mesitas retro—. Oye, todos tenemos nuestros *hobbies*. Solo... me gustaría que me avises si nos están por asesinar con un hacha o algo así.

—Creo que la muerte por intoxicación con amianto es más probable —murmuró Jordan.

—Hablando de eso —dijo Dan irónicamente—, revisaré el sótano.

Eso resultó más fácil de decir que de hacer. O la puerta estaba cerrada con llave desde el otro lado o el mecanismo interior estaba atascado. *Qué buena suerte*. Intentó abrirla con el hombro, golpeándola con todo su peso, una vez, y otra... En el tercer intento, la puerta cedió y desde abajo llegó un poderoso hedor a putrefacción y vejez. Quiso vomitar y correr, pero Félix los había enviado ahí por una razón. No había vuelta atrás.

Se tapó la nariz con la manga y bajó con cuidado las escaleras, iluminando y probando cada escalón antes de pasar al siguiente. El olor empeoraba a medida que avanzaba, y por primera vez esa noche se preguntó si encontraría algo más que papeles y fotografías; algo que no estaba preparado para manejar.

Al llegar al final de la escalera, alumbró con su teléfono y encontró un viejo farol de acampar sobre un cajón que estaba volcado. Movié la perilla y suspiró aliviado cuando se

encendió una luz en el tubo de vidrio; el sótano se inundó de un resplandor cálido e irregular.

Giró lentamente, con los puños apretados; las uñas se le clavaban en las palmas de las manos.

Lo primero que vio fue una silla de hierro, oxidada, con grilletes para brazos y piernas. El recuerdo lo golpeó como una fuerte ola y se paralizó.



No había un cuerpo humano, pero igual era un lugar espantoso. La luz se esparcía por la habitación, parpadeante y fugaz, hasta que finalmente se estabilizó lo suficiente como para que pudiera ver la mesa que estaba detrás de la silla y, más atrás, lo que parecía ser un viejo pizarrón con pie. No había visto uno de esos desde la escuela primaria; la mayoría de los salones de clases se habían modernizado y usaban pizarras de plástico y marcadores.

Mientras se acercaba a la mesa, le temblaban las manos. Estaba cubierta con fotografías, papeles y fichas. Era como si alguien hubiera estado allí en busca de algo, había papeles y restos de lápices desparramados en la mesa y en el suelo. Levantó una de las fotografías en blanco y negro: dos hombres sentados en un escenario formal, estrechándose la mano. Se le heló la piel cuando notó que el rostro del hombre de la derecha estaba completamente tachado. Le recordó la imagen que había desencadenado todo, la que encontró en su habitación de Brookline.

Guardó la foto en su bolsillo y comenzó a seleccionar las páginas de la mesa.

La mayoría eran notas ilegibles, como garabatos escritos con taquigrafía de médico.

Los papeles caían de sus manos a medida que los descartaba, y el crujido que emitían al golpear unos contra otros sonaba como un susurro: *Rápido, rápido*.

El pizarrón atrajo su mirada nuevamente. Solo había dos palabras escritas:

DA VUELTA

—Me gustaría, pero no he terminado todavía —murmuró cansado.

Da vuelta... Dejó que las palabras resonaran en su cabeza. Cuanto más las repetía, más seguro estaba de que se le estaba escapando algo. Una silla con grilletes, una mesa con notas y fotos que alguien había revisado frenéticamente...

—Da vuelta —dijo nuevamente, esta vez con una sonrisa irónica—. No yo —se inclinó sobre la mesa y empujó el pizarrón—. Tú.

Las bisagras gimieron, pero la pizarra se movió lentamente y tomó velocidad a medida que el peso se trasladaba hacia atrás. Tuvo que empujar una vez más, con mayor fuerza, para lograr que terminara de dar la vuelta. Y no pudo contener un grito ahogado de estupor.

Buscó a tientas su teléfono, pues esta podía ser su única oportunidad de conservar lo que estaba viendo. Rápidamente, tomó la foto más nítida que pudo, deseando que su *flash* proveyera suficiente luz como para capturar todo.

Parecía un diagrama, como el que usaría un detective para registrar las múltiples pistas de un caso. Alguien había colocado fotografías, papeles y gráficos sobre su superficie, y los había conectado con cuerdas, tal vez para indicar vínculos. Algunas eran rojas y otras, blancas.

Dan se inclinó por encima de la mesa y, entrecerrando los ojos, intentó leer y absorber los datos lo más rápido que pudo. Era imposible que la foto hubiera capturado *todos* los

detalles. Podía escuchar el sonido de pies que se arrastraban en el piso de arriba. Sus amigos debían estar impacientes y, en cualquier momento, bajarían a buscarlo. Aunque esto era algo que definitivamente sí quería compartir con ellos.

Leyó por encima los historiales de pacientes, cada uno iba acompañado de una imagen: jóvenes ubicados en la silla con grilletes. Las notas eran interminables.

El paciente no coopera...

De acuerdo con Kentucky...

El paciente es prometedor...

La construyeron de piedra...

Dan había incursionado en lectura rápida, pero esto no iba a funcionar.

Sin pensar, comenzó a arrancar todo: historiales, fotos y fichas.

Podía reconstruir las conexiones después, con la ayuda de la foto que había tomado.

Llegó la hora. Llegó la hora. Estás tan cerca...

En la parte inferior de la pizarra, divisó un grupo de hojas amarillentas, unidas con un clip. Como un folleto o una revista. Terminó de guardar lo que pudo dentro de su abrigo y lo cerró. Entonces se estiró una última vez y tomó las páginas unidas con el clip.

Pum... Pum...

Se le aceleró el pulso. *Maldición*. Pasos en la escalera. Se le había acabado el tiempo. Fuera lo que fuese ese lugar, tendría que tratar de entenderlo más tarde.

—Bueno, he visto suficientes calzones sucios para el resto de mi vida —dijo Jordan, mientras aparecía junto al farol—. ¿Y tú...? ¡Guauuuuuu! ¿Qué es este sótano?

—Una fraternidad a la que no te recomendaría unirte. Alguien estaba llevando a cabo experimentos aquí abajo. Muchos.

—Dime que tomaste fotos —susurró Jordan, visiblemente sorprendido.

—Hice algo mejor. Deberíamos ir a algún lugar privado, sin Micah. Necesito mostrarles lo que encontré.

Los pasos en la escalera esta vez no eran lentos. Abby bajó a toda velocidad, chocando de cabeza contra Jordan, quien giró en el último segundo y logró atraparla con un brazo.

—¡Tenemos... que... irnos! —jadeó. Señaló hacia arriba—. Estaba... en el primer piso, miré por la ventana. Hay personas. No sé... Están por todas partes. ¡Rodearon la casa! —sus ojos se veían enormes a la luz del farol. Jaló con fuerza de la chaqueta de Jordan, para que este saliera rápidamente.

Dan se agachó para apagar el farol y los siguió. Subieron los escalones dando grandes zancadas. Micah los esperaba arriba, pálido como un fantasma.

—Creo que puedo hallar la manera de escapar —dijo en voz baja—. Es... un plan, al menos.

Al espiar por la ventana, Dan divisó varias siluetas oscuras. Una de ellas permanecía separada del resto, en el centro de un círculo de luz amarilla.

Llevaba una máscara y una capa. Le pareció que sus enormes ojos huecos se lo iban a tragar entero. A medida que más y más figuras salían de las sombras, descubrió que todas llevaban máscaras y capas. Los *Scarlets* los habían encontrado. Si esto era una broma de Cal, no quería quedarse para averiguar el remate.

—Caroline tenía razón —susurró, y sintió que la garganta se le cerraba, dificultándole la respiración—. Son reales.

Micah se agachó y los condujo hacia la puerta lateral que daba al exterior. Se formaron en línea debajo de una de las ventanas. A través de las tablillas podridas de la puerta, Dan oyó un murmullo que iba haciéndose cada vez más alto hasta convertirse en un canto.

—¿Qué dicen? —susurró Jordan, mientras sus ojos se movían rápidamente de un lado a otro tras sus lentes.

Dan aferró con más fuerza los papeles y los empujó contra su pecho. Sentía náuseas.

—Mi nombre —dijo—. Están entonando mi nombre.

CAPÍTULO

22

—**N**o los escuches, Dan —le indicó Micah, al tiempo que le apoyaba la mano sobre el hombro, y lo sacudía. Probablemente era algo bueno, porque sentía tantas náuseas que casi no podía mantener los ojos abiertos—. Solo prepárate para correr, ¿sí? ¿Puedes correr?

—Seguro, por supuesto —respondió. Y sintió otra mano que le tocaba la muñeca, la de Abby, y eso era mucho más agradable.

—Todos nos tomaremos de las manos. Podemos salir de aquí juntos —dijo ella suavemente.

—Tiene razón. Manténganse unidos y regresen al campus, ¿ok?

Dan asintió, sujetando con firmeza todos los tesoros que había encontrado esa noche.

—Aquí voy, entonces —dijo Micah, y empujó la puerta rota.

—¿Adónde vas? —preguntó Jordan.

—Afuera. Llamaré su atención, mientras ustedes salen lo más rápido que puedan —dijo, y comenzó a acercarse lentamente a la puerta que se estaba abriendo.

—¿Ese es tu plan? ¿Qué tan drogado *estás*?

—Solo corran, ¿sí? —dijo, y salió a toda velocidad por el césped descuidado.

Dan se obligó a ponerse de pie. No confiaba en sus piernas, pero no tenía opción: Micah ya estaba acercándose a la calle, y los *Scarlets* que antes rodeaban la casa comenzaron a perseguirlo, arremolinándose a su alrededor como una horda de zombis. Los vio agruparse, ganando terreno a cada momento, con sus capas rojas volando detrás de ellos, mientras daban caza al chico.

—Esa es nuestra señal —indicó Abby.

Fue la primera en atravesar la puerta, tomando a Dan del codo y a Jordan de la muñeca. Los hizo salir de un tirón y corrió hacia la acera tan rápido como se lo permitían sus botas.

—¡Ve más despacio! —gritó Dan, esforzándose por alcanzarla.

—¡Sígueme el ritmo!

Él echó un vistazo a su izquierda, por encima de su hombro, y vio a Micah conduciendo a una docena de fantasmas rojos por la calle. No debería haber mirado. Nunca había tenido mucha coordinación y tropezó: la caída fue tan fuerte que sus dientes repiquetearon; y los papeles que sostenía contra su pecho salieron volando. Los vio alejarse y rebotar contra el suelo como peces fuera del agua.

—¡Déjalos! —gritó Abby, mientras él intentaba levantarse.

Habían hecho demasiado ruido; habían llamado demasiado la atención.

Algunos de los perseguidores de Micah se detuvieron y se volvieron, observándolo por

un momento que le pareció eterno. Entonces fueron tras él.

Veloces figuras rojas con el rostro enmascarado corrían por el césped hacia él.

—No puedo dejarlos —dijo, arrastrándose sobre sus codos y rodillas a través de la hierba mojada. Buscó a tientas en la oscuridad. Sus dedos se volvieron resbaladizos y se llenaron de lodo, mientras intentaba recuperar las hojas perdidas. Podía sentir en su pecho los pasos que se acercaban y hacían temblar la tierra.

Un par de *All Star* pasó volando y Jordan con ellas.

—¡Las tengo! ¡Ahora, arriba! —gritó.

Sus amigos lo sujetaron de los codos para poder levantarlo. Sus pies se agitaban, suspendidos en el aire. No había tiempo para recuperar el equilibrio Abby y Jordan se lo llevaron en seguida.

Dan no se atrevió a mirar nuevamente hacia atrás, sabía que aún los perseguían. Sus pulmones le quemaban, los ojos le ardían y los tenía llenos de lágrimas por el viento frío que le golpeaba la cara. Cruzaron una intersección y luego otra. Sabía que iban en la dirección correcta, pues el campanario se alzaba por encima de los árboles. A la distancia, percibió sonidos de la feria, música y risas.

—Se han ido... —Jordan disminuyó la velocidad hasta detenerse. Luego, se encorvó hacia adelante, con las manos sobre las rodillas, para recuperar el aliento. Su cabello oscuro estaba lacio y sus mejillas, sudadas y enrojecidas—. Creo que los perdimos.

—¿Adónde podemos ir? —preguntó Dan, mientras se reagrupaban debajo de un árbol, frente a la capilla. La feria continuaba hacia su izquierda y los edificios académicos del campus estaban apiñados detrás de la iglesia—. Necesitamos algún sitio privado. Seguro.

—Podemos probar con una de las salas de estudio de la biblioteca —sugirió Abby, y se recostó contra el árbol, jadeando.

—Si alguien nos busca ahí, estaremos acorralados —respondió Jordan—. Necesitamos un lugar abierto.

Dan apenas los escuchaba, pues observaba atentamente las sombras, listo para ver aparecer a los *Scarlets* en cualquier momento. ¿Qué le harían si lo atrapaban? No quería pensarlo; no si había alguna posibilidad de evitarlo.

Jordan y Abby probablemente estaban pensando lo mismo, a juzgar por la manera en que habían inclinado sus cabezas, exhaustos por el peso de lo que habían visto.

—¿Y la sala de computación que está en nuestra residencia? —preguntó ella—. Hay una justo antes de los túneles. Recuerdo haberla visto en el mapa de orientación.

—Podemos echarle un vistazo... ¿Dan? ¿Dan, estás escuchando?

—¿Eh? Claro. Sala de computación. Seguro —se volvió hacia Jordan y vio los papeles arrugados que sostenía contra su estómago—. ¿Podrías devolvérmelos?

—¿Qué? ¿Ahora? —resopló—. Claro, ten. Me dan escalofríos.

Abby ya estaba avanzando hacia el sector residencial del campus y los dos chicos se apresuraron para alcanzarla.

—Ni siquiera sabes lo que dicen, Jordan —señaló Abby.

—Claro, porque la silla con grilletes y el sótano del terror seguramente significan que esas notas están llenas de arcoíris y conejitos. Vamos... Nada bueno puede salir de ese lugar.

—Tiene razón. Encontré todo tipo de fotos y gráficos... —Dan se abrió el abrigo y su suéter estaba mojado.

—Por Dios, mírate. ¿También tienes relojes y bolsos ahí dentro?

—No, yo solo... tomé todo lo que vi. No sabía qué era importante. Miren esto —les repartió algunas fotografías, pero conservó el diario del joven director junto a él.

Abby levantó una de ellas y entrecerró los ojos. No fue hasta que pasaron debajo de un poste de luz que lanzó un grito ahogado.

—Chicos, tienen que ver esto.

—¿Qué es? —Dan se acercó y ella le mostró una imagen que él ya había visto, la del rostro tachado junto a un hombre de nariz ganchuda y traje negro de corte elegante—. Guau, miren la alfombra.

—Ese es el sello de la CIA —observó Jordan con una risa incrédula.

—¿Quién creen que está ahí con él? —preguntó Abby.

—Te doy tres oportunidades para adivinar, pero las primeras dos no cuentan —dijo Jordan.

Dan asistió. La bata blanca, el reloj de bolsillo... Había visto suficientes imágenes del director como para reconocer su postura.

—Crawford.

—Esto es una locura —Jordan se apartó riéndose y poniéndose las dos manos enguantadas en la cabeza—: ¿Para qué demonios se reuniría ese tipo con la CIA?

—No lo sé —dijo Dan y levantó el folleto que había encontrado—. Pero sea lo que sea, apuesto a que lo encontraremos aquí.

CAPÍTULO

23

La sala de computación era austera y parecía esterilizada. Rectangular y baja, estaba ubicada debajo de la residencia Erickson. Dan sintió alivio al visualizar dos puertas, una a cada extremo, lo que la hacía parecer más un refugio subterráneo que una sala de estudio. Como era la noche de Halloween estaba vacía y, aparentemente, habían apagado la calefacción. Estaba helando.

Una de las luces pálidas del techo titilaba y zumbaba de manera irregular, y era lo suficientemente irritante como para causar espasmos en los ojos de Dan.

Abby estaba en el suelo junto a la computadora de Jordan, analizando la foto que Dan había tomado con su teléfono para poder reconstruir a grandes rasgos la disposición del pizarrón.

A él aún le pesaba el diario del director que escondía debajo de su abrigo.

Quería comenzar a leerlo, pero cuando estuviera solo.

—Jordan, hazme un favor —dijo Abby, mientras se quitaba los mitones y el gorro—. Toma esta lista de nombres y fíjate si obtienes algún resultado en el sitio web de la universidad. Muchas veces los exalumnos regresan a trabajar, así que tal vez tengamos suerte y encontremos a alguien que ya estuvo aquí.

—Muy buena idea —respondió Jordan, admirado. Y comenzó a buscar—. Creo que podemos confirmar que el director y los *Scarlets* están vinculados. Cuando entonaban tu nombre... *Uf*. No quiero ni pensar en eso.

Tampoco Dan. Dirigió su atención al folleto de notas. Estaba sentado sobre el borde de una mesa, detrás de la silla de Jordan, y balanceaba nerviosamente las piernas adelante y atrás. Aunque al entrar en la sala había sentido una ráfaga de calor, el frío parecía haber encontrado la manera de volver a colarse en sus huesos.

Las primeras hojas estaban quebradizas y tenían manchas oscuras y circulares, como el contorno que dejan las tazas de café. Algunas de las notas escritas con lápiz en los márgenes habían desaparecido con el tiempo.

Apoyó las páginas sobre sus rodillas, preocupado de que el contacto con el folleto pudiera dañar más las hojas. Había una ficha sujeta con un clip al frente de la pila.

—Kentucky, 1953 —leyó en voz baja—. Estaba en su mejor momento entonces.

—¿Y estás seguro de que escribió eso? —preguntó Jordan.

—Sí —regresó a la primera página—. Ya conozco su letra.

Ayer llovió todo el día y esta mañana también. Aunque supuse que el clima aquí sería cálido en la primavera, los días son frescos y nublados, y la lluvia parece no detenerse nunca. El doctor Forester cree que eso podría alterar la concentración de los sujetos y ha expresado su alivio de que el clima templado persista. Intenté compartir mis teorías acerca de un enfoque triple (físico, sensorial, espiritual), pero Forester insiste en estudiar solo lo físico. Esta falta de visión será su ruina. Estoy seguro.

Tal vez no debería guardarle rencor por su enfoque estrictamente científico. Este no es un experimento de financiación privada. Debemos prestar atención a cada detalle y poner todos los puntos sobre las íes. Aun así, todos los caminos deberían ser investigados; buscamos descubrir los secretos fundamentales de la mente y puede que eso no sea posible si solo utilizamos sustancias químicas y sugestión.

Ayer he visto todo el día y esta mañana también
porque espero que el clima aquí será cálido en breve
mañana, he días un frío y húmedo y lo he visto
porque me detenerse un momento. El doctor Priestley cree
que es posible afectar la concentración de los gases
y lo expresó en el día de que el clima templado
previene. Intenté completar mis tareas antes de
un enfoque triple (físico, amoroso, espiritual), pero
Priestley insistió en colaborar con el físico. Esto falló
de misión así en un día. Esto es agua.

El día me detiene y quedará sereno por un tiempo
que está lentamente cambiando. Esto no es un
experimento de financiación privada. Deben
prestar atención a cada detalle y poner todas las
fuerzas sobre los de. Sin así, todas las conclusiones
deberían ser investigadas, buscando descubrir los
secretos fundamentales de la mente y física que
con un ser posible si se obtienen las motivaciones que
necesitas y sugerencias.

Dan pasó a la página siguiente. La mitad era incomprensible: gráficos con garabatos en taquigrafía que solo un médico podría descifrar. No aparecía el nombre de ningún paciente, solo números, seguramente para mantener algún tipo de anonimato. Se preguntó si habría una lista correspondiente en algún lugar que contuviera las identidades de los pacientes.

Las notas del director continuaban en la página siguiente:

Como esperaba, al administrarles las drogas, los sujetos tienen alucinaciones y balbucean, pero no hemos logrado acercarnos al efecto de borrar todo. Una prostituta (he olvidado su nombre) persiguió su propia sombra durante horas. No es el avance que ninguno de nosotros espera. Al paciente 67 se le ha dado dietilamida del ácido lisérgico durante ocho días consecutivos. Forester planea continuar con la administración constante. No me quiso decir por cuánto tiempo.

Sin embargo, todo esto sigue siendo irrelevante. Cuando le arranqué la joya al doctor Maudire de sus manos agarrotadas, lo hice convencido de que un día podría utilizarla para el bien común. Puedo no ser un patriota, pero la idea de tener control absoluto sobre la mente de una persona a largo plazo... Si debo tolerar las tontas payasadas de Forester para poder acercarme a la respuesta, lo haré: puedo representar el papel de asistente dócil.

Sigue convencido de que encontraremos la manera de crear el suero de la verdad definitivo y reprogramar la mente. Un simplón podría convertirse en un genio y un genio en un tonto. Las implicaciones para el espionaje, para la guerra, son inmensas. Pero no es allí donde radica mi interés. Controlar el ahora es algo simple, pero ¿controlar el futuro? Eso es algo por lo que vale la pena esforzarse.

Por un largo rato, Dan se quedó mirando la página que tenía sobre su regazo. Esto iba mucho más allá de lo que había esperado encontrar. Si la fecha que figuraba en la ficha era correcta, el hombre había estado sentando las bases para sus experimentos en Brookline años antes de convertirse en su director. Cualquiera fuese la investigación que había iniciado en Kentucky, la había continuado de maneras aun más espantosas en el asilo.

Abby habló repentinamente, estirando el cuello para mirar a Jordan desde el piso.

—¿Qué es dieti... la... mida ácido lisérgico? —se trabó con la palabra, entonces levantó una ficha y se la mostró—. ¿Qué es esto?

—También está en mis papeles —comentó Dan.

Jordan tomó la ficha y abrió una nueva ventana del navegador, luego escribió rápido y fuerte en el teclado.

—Mmm. Qué extraño. Es LSD.

—¿Quieres decir *ácido*? —preguntó Abby, resoplando—. Eso no puede ser correcto.

—Haz clic en el link de arriba —propuso Dan. Por encima del hombro del chico podía

ver el link de Wikipedia sobre la droga—. Léelo por encima.

—Ey... —exclamó Jordan en voz baja, mientras leía; y luego más fuerte—: Epa. Epa... —señaló frenéticamente la pantalla, y giró hacia Dan con los ojos muy abiertos—. La CIA experimentó con esto. Pensaron que podían usarlo para controlar la mente humana y lanzar bombas de la droga en Rusia. Guerra con armas químicas, cosas desquiciadas. Mi maestro de Historia solía despotricar acerca de esto. Creo que siempre pensé que era un charlatán —miró la pantalla, se sentó más derecho—. MK Ultra. Eso es. Acerca de eso protestaba en clase.

—Parece que el director no estaba muy feliz con los resultados de los experimentos —repuso Dan. Hizo algunos cálculos mentales rápidos—. 1953...

Eisenhower era presidente en ese momento.

—Eso explica la fotografía —Abby la tomó del suelo, donde la había dejado.

—Entonces, al director lo eligieron para ser parte de algunos experimentos de la CIA y se va a Kentucky; pero está insatisfecho con los métodos, entonces... ¿qué? ¿Viene aquí a experimentar con enfermos mentales?

Era más información de la que tenían antes, pero Dan sentía que aún les faltaba algo. El director había mencionado al doctor Maudire y la joya, que en su diario de la infancia era: «la brillante estrella abrasadora». ¿Podía tratarse de la misma piedra que estaba en el collar de Lucy? ¿Qué tenía que ver con Félix?

Ansiaba continuar leyendo el diario; pero fue a la página siguiente del folleto. La entrada era corta, solo unas líneas. No había pensado que la letra de alguien podía verse enfadada, pero esta se veía así.

Forester es un viejo tonto y miope. Continúa boicoteándome, e incluso llegó a reprenderme por apartarme de los parámetros del experimento. ¡A mí! ¡Reprenderme a mí! Cuando él es el miembro más inútil del equipo. Si fuera mi paciente, tal vez podría liberar su verdadero potencial y entonces no sería tan negativo y aburrido.

Las entradas se volvían cada vez más cortas.

Hoy el doctor me despidió de manera permanente. Está bien. Tuve un avance y, como sospechaba, solo fue posible a través del enfoque triple. La droga, la operación, la piedra. No es perfecto todavía, pero encontré el secreto para crear a mis propios agentes. Control. Lo tengo al fin.

Algunas páginas después y casi no había nada escrito.

Sanctum, un lugar santo: ¿qué podría ser más sagrado que poseer el poder de nuestros pensamientos verdaderos? Sanctum. Es tanto la cerradura como la llave.

Cuando Dan pasó al siguiente par de hojas, el papel se veía mucho más nuevo, sin manchas ni arrugas. Había una ficha sujeta con un clip y la fecha le llamó la atención:

1960. Siete años después. Era un intervalo bastante largo.

Se estremeció al pensar lo que el hombre podría haber estado haciendo durante aquellos años que faltaban.

Finalmente lo encontré. El sujeto perfecto. Habrá otros más perfectos, estoy seguro, pero él fue el primero. Es alcohólico, vagabundo; nadie lo extrañaría. Ciento setenta y cuatro días con las drogas en su sistema. Es una maravilla que no hayan dañado su mente de forma permanente. Fue sencillo organizar su cirugía y pude asegurarme de que la lobotomía se realizara sin incidentes.

Ahora todo lo que resta es el tercer y último paso: reprogramar su mente con hipnosis y, de ese modo, exponerlo a la joya del doctor Maudire. Nunca he creído en el poder de las chucherías. Razonamiento, lógica, conocimiento, ciencia: estas son las cosas en las que creo. ¿Pero en los objetos? Es absurdo siquiera considerar la idea... sin embargo mi hipnosis nunca es tan potente como cuando uso la piedra del estafador. Hay algo extraordinario en ella, estoy convencido. Incluso un hombre de ciencia debe modificar sus creencias cuando el mismo resultado se repite una y otra vez.

Maudire afirmaba que la había robado de la tumba de una solterona loca y el hecho de robarle a una mujer muerta le daba a la gema su increíble poder. Una fantasía cuyo propósito, estoy seguro, era capturar la imaginación de un pequeño niño solitario.

Y funcionó, aunque quizá no a su favor. Me pregunto si su poder habrá aumentado cuando estrangulé a su tonto dueño.

No importa. Lo que importa es que conseguí al sujeto perfecto, mi querido Harry Cartwright, que pronto será mi esclavo.

Entonces Maudire realmente estaba muerto. Dan nunca lo había conocido a él, solo a su aparición. ¿Cómo funcionaba eso exactamente? ¿El viejo mago había dejado alguna clase de huella? Una cosa era poder ver los recuerdos de una persona, pero otra completamente diferente era tener una conversación con ella.

Asombrado, regresó al principio de la página y les leyó la última entrada.

Sentía que el frío en la sala crecía a medida que avanzaba. Cuando terminó, dejó caer el folleto sobre sus piernas. Pensó bien sus próximas palabras, entonces buscó dentro de su abrigo y sacó el diario del joven director. No sería correcto esconderlo; lo asustaba, en realidad, haber tenido el impulso de hacerlo en primer lugar.

—¿Qué es eso? —preguntó Abby, con la boca abierta de sorpresa.

—Lo encontré esta noche. En la primera casa... No quería mencionar nada frente a Micah.

—Creo que ese chico es confiable —ironizó Jordan—. Sé que no lo traté muy bien antes, pero no tenía obligación de salir corriendo de esa forma para que pudiéramos escapar.

—¿Creen que se encuentre bien? —Abby les lanzó una mirada rápida a cada uno—. Casi siento que deberíamos haber llamado a la policía.

—No lo sé —dijo Dan—. Pero es un tipo duro. Apuesto a que escapó. Ahora mismo solo quiero concentrarme en descifrar todo esto —le entregó el diario a Abby, que lo tomó con solo dos dedos, como si fuera algo muerto y apestoso—. Creo que el director creció en esa casa. Encontré una trampilla escondida bajo una alfombra con una vieja lata y ese diario. Lo escribió cuando era niño. Es... un poco triste, en realidad.

—«Hoy Patrick subió al techo. Despierta, Patrick, le dije, ¡despierta ahora y vuela!» —leyó Abby, después de abrir el diario en una entrada al azar—. «Cuando bajó nuevamente estaba todo roto y su cabeza se había llenado de bultos».

—Creo que Patrick era uno de sus hermanos —explicó Dan—. Habla de querer controlarlos. Lo estaban hostigando. Es extraño porque pensé que Daniel era el mayor de los tres. Eso fue lo que el pastor Bittle me dijo este verano. Pero al parecer tenía un cuarto hermano.

—Esperen, a ver si entendí bien —interrumpió Jordan—. ¿Estaba enfadado con su hermano así que lo empujó desde el *techo*?

Dan negó con la cabeza.

—No lo empujó. Lo hipnotizó.

Desde el suelo, Abby lanzó un grito ahogado.

—Oh, por Dios, lo dibujó.

Levantó el diario para que lo vieran y tenía razón. Allí, debajo de la breve descripción de la caída de Patrick, había un burdo dibujo, hecho con crayón, de un chico boca arriba, con las extremidades torcidas en ángulos poco naturales.

El niño tenía un suéter a rayas y pantalones cortos.

Los ojos de Dan se abrieron muy grandes: no había estado viendo al joven Daniel en sus alucinaciones. Había una línea escrita debajo del dibujo.

Patrick permanecerá callado ahora.



CAPÍTULO

24

—Entonces el director era malvado y aterrador desde niño —dijo Jordan quitándose los lentes para limpiarlos con su suéter—. Es bueno saberlo.

—Es más profundo que eso —respondió Dan, impaciente con su amigo por restarle importancia—. Sabíamos que estaba obsesionado con preservar su legado, pero es más que eso. No podía controlar a sus hermanos, ni a Forester; tampoco a Maudire, al que estranguló...

—Pero descubrió una forma de hacerlo —repuso Abby. Apoyó el diario sobre la alfombra y lo empujó como si no pudiera soportar su presencia—. Estableció una relación cercana con Harry Cartwright durante esos experimentos y años más tarde lo volvió a localizar. ¿Creen que fue por eso que regresó a Camford?

—Mmm... —Jordan se reclinó en su silla, juntó las yemas de los dedos de las manos y entrecerró los ojos, mirando hacia el techo—. Lo eligen para participar en experimentos secretos de la CIA; cree que son una porquería... lo eran, por cierto; nunca descubrieron cómo lograr nada con el LSD, si el señor Chandahar tiene razón...

—¿Quién diablos es el señor Chandahar? —interrumpió Abby.

—Mi maestro de Historia... ¿el fanático de las conspiraciones? Como sea, el Loco Crawford, sin ánimo de ofender...

—No me ofendo —dijo Dan con un resoplido.

—... logra someter a Harry Cartwright con drogas y cirugía, luego los experimentos acaban y Harry se marcha muy contento a hacerse amigo de Caroline, y quizá de esas otras chicas también. El director Chiflado, sin ánimo de ofender...

—Sigo sin ofenderme.

—... se entera de que el bueno de Harry fue a Camford a comenzar su vida como jefe de la oficina de correos, lo sigue y ¡empiezan a desaparecer mujeres!

¿Creen que sea ahí adonde Harry llevó a las chicas? ¿Al director? Quizá todavía no estaba en Brookline. Quizá necesitaba sujetos de prueba o algo así.

Dan sintió escalofríos al recordar la visión que había tenido del director en la casa de Harry, y de cómo lo manipulaba de un modo tan evidente. Con razón era tan dócil; Crawford le había hecho una lobotomía parcial.

—Ok, al diablo con esto, tengo hambre —Jordan se alejó del escritorio de un empujón, se estiró y bostezó—. *Uf*. Es casi la una de la mañana. Voy a buscar una máquina expendedora. ¿Quieren algo?

—Ten cuidado, esos locos pueden seguir allá afuera —dijo Abby. Se puso de pie y también se estiró.

—Seré rápido —dijo Jordan, para tranquilizarlos.

—Yo quiero un agua —agregó Abby—. ¿Dan?

—Agua suena genial. Ten cuidado, amigo, en serio.

—Estaré bien —insistió Jordan, arrastrando los pies hacia la puerta—. Y no, esas no son célebres palabras finales. Mis palabras finales serían mucho más épicas. Como sea, si no regreso en diez minutos, envíen a Wentworth Miller con una *pizza*.

Dan dejó las notas y se frotó los ojos. Se sentía ligeramente cansado, es decir, su cuerpo estaba cansado, pero su mente seguía atenta y despierta. Algo lo inquietaba. A pesar de la información que habían recolectado, el rompecabezas no estaba completo. ¿Por qué Félix había querido que encontraran todo esto?

Miró a Abby, quien había ocupado la silla de Jordan. Y ella le sonrió, apoyando el mentón sobre una mano:

—Casi no hemos tenido ni cinco minutos para respirar desde que llegamos.

¿Cómo lo estás sobrellevando?

—Esto es... demasiado. Quiero decir: sabíamos que estábamos lidiando con un tipo malvado, pero esto va mucho más allá de lo que hubiera imaginado —comentó Dan. Sentía que le empezaba a doler la cabeza. Eso era lo que sucedía cuando pasaba tanto tiempo sin tomar sus medicamentos.

—Sí, parece mucho más de lo que podemos manejar. Pero ¿cómo estás tú?

—Quiero que se termine. Desearía poder relajarme y disfrutar de pasar tiempo con ustedes. Contigo —se sonrojó y bajó la mirada—. Digo... me gusta estar contigo. Me gustaría hacerlo más seguido. Realmente esperaba que pudieras llevarme a ver la instalación de Lara.

—Yo también, Dan. Me gustaría pensar que un día, cuando esto haya terminado, tú y yo, eh... bueno... —rio, negando con la cabeza—. Cielos, hablar de LSD y la CIA es más fácil, ¿quién lo hubiera imaginado? Como sea, lo que intento decirte es que no sé lo que somos en este momento, pero me gustaría averiguarlo.

Dan asintió, agradecido de que ella expresara lo que él no podía. Todo lo que sabía con certeza era que mirarla hacía que sus miedos y sus dudas fueran menos insuperables. Si eso no era el principio del amor, al menos era algo a qué aferrarse.

—A mí también me gustaría eso. Yo... siento que las últimas semanas tú y Jordan estuvieron distantes. ¿Son solo ideas mías?

Fue su turno de sonrojarse.

—No puedo hablar por Jordan, pero yo he estado asustada, ¿sabes? Es decir, pasamos un verano bastante difícil juntos y no fue todo tu culpa, pero... supongo que empecé a sentir que si quería dejarlo atrás, tenía que *dejarte atrás*. Sin mencionar que tampoco quería encariñarme y después tener que soportar que te marcharas a la Universidad de California o algo así. Creo que era una manera de protegerme, pero quizá no fue justo.

—No —respondió, negando con la cabeza—. Es completamente lógico. Y creo que

haces bien en preocuparte y protegerte. ¿Quién sabe dónde terminaremos? Es mejor esperar a que todo vuelva a la normalidad.

—¿Lo crees? Tú tienes alucinaciones, yo escucho voces... Quizá la normalidad no está entre nuestras posibilidades en este momento.

Abby rio, pero él estaba distraído, su mente se aferraba a algo que ella había dicho...

—¿Qué pasa? ¿Dan? ¿Qué sucede?

—Mis alucinaciones —murmuró, deseando que su torpe boca le siguiera el ritmo a sus pensamientos—. No empezaron hasta que llegué aquí, ¿no es así?

—*No es perfecto todavía, pero encontré el secreto para crear mis propios agentes. Control. Lo tengo al fin.*

—El director —exclamó de repente, luego tomó el folleto y pasó frenéticamente las páginas—. Escribió que lo había descubierto... o que estaba cerca. Que podía crear agentes, hipnotizarlos; que la droga era *una parte* del proceso. ¿Y si esa es la razón por la que estoy alucinando? Escucha... —comenzó a leer el diario—. «Encontré el secreto para crear mis propios agentes». Esos agentes... podrían estar intentando drogarnos... o ya estar haciéndolo.

—¿Quiénes? —preguntó ella. Él estaba seguro de que esto era significativo, pero Abby no se veía para nada convencida—. ¿Drogándonos? ¿No crees que eso sería demasiado descabellado?

—No sería para nada difícil. Nuestra comida es preparada por otras personas.

Todas las bebidas están fuera de sus envases originales. Puede ser descabellado, pero *es posible*.

—Tal vez, simplemente... estás deseando que sea así. Quiero decir, ¿no te sentirías mejor sabiendo que las alucinaciones no provienen de ti, sino de algo externo?

Tenía razón, pero Dan no se detuvo a considerarlo. Su mente trabajaba a toda velocidad, y descubría cada vez más partes de lo que le parecía ser un escenario verosímil.

—Todo este tiempo creímos que la influencia del director se limitaba a Brookline, pero ¿y si estamos equivocados? ¿Y si toda la universidad estaba involucrada en sus experimentos? ¿Toda la *comunidad*? Tiene sentido, Abby.

Él no podría haber ocultado lo que sucedía, a menos que contara con ayuda.

Alguien tuvo que allanarle el camino mientras realizaba sus macabros experimentos.

—Dan, tranquilízate...

—Quería control. Ese fue siempre el objetivo. Desde siempre yo quería controlar a las personas, liberar su verdadero potencial de la forma en que yo lo interpretaba.

—¡Dan! —ella casi estaba gritando, saltó de la silla y se dirigió hacia él, lo tomó del brazo y lo sacudió—. ¡Dan! ¡Basta!

—¿Qué? —dijo, casi sin aliento.

Se miraron en silencio, tensos. Hasta que Abby le sacudió el brazo, con más suavidad esta vez:

—Estás hablando en primera persona. ¿Te escuchas? Yo hice esto... Yo quería aquello...

Eso era irrelevante. Lo estaba haciendo perder el hilo de su pensamiento y debía seguirlo. Tenía que escribirlo todo antes de olvidarlo.

—Ese no es el punto —dijo entre dientes, esquivando su mirada.

—Sí, lo es. Seré honesta: no me importa para nada lo que el «director Crawford» hizo hace cuarenta años. Lo que importa somos *nosotros*, Dan. Mi tía Lucy y las personas que siguen con vida. Regresé a este sitio horrible para que todos pudiéramos recuperarnos y seguir adelante con nuestras cosas. Pero tú no estás mejorando. Te estás convirtiendo en otra persona —temblando, dio un paso hacia atrás, como si le temiera.

—Soy yo —dijo él, exasperado—. Daniel. Daniel Crawford. Soy... ¡yo!

—*Dan* Crawford —repuso ella, casi susurrando, con la voz ronca.

—¿Qué?

—Nunca te llamas a ti mismo Daniel.

Él sintió que todo se derrumbaba. Se había obsesionado tanto con descubrir las vidas que el director había arruinado, que había perdido de vista la manera en que *él mismo* estaba afectando las vidas de las dos personas que más le importaban en el mundo. Si seguía actuando de esa manera, ya no compartirían una amistad, sino un trauma; uno que los mantendría unidos, como un candado oxidado que se cierra para siempre.

—Maldición —exclamó, y dejó caer su cabeza sobre sus manos—. Tienes razón. Tengo que mantenerme separado.

—De ahora en adelante hay que tomar algunas precauciones —indicó ella—. Jordan va a traer agua embotellada. Tal vez solo deberíamos comer y beber productos de las máquinas expendedoras. No estaremos por mucho más tiempo aquí, así que no debería resultarnos complicado.

—Es una buena idea. Podemos aprovisionarnos esta noche.

—Dan... Incluso si hay «algo en el agua» o lo que sea, quiero que sepas que, a pesar de las pesadillas y las voces, Jordan y yo jamás hemos experimentado nada parecido a lo que te está sucediendo —se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja, y suspiró—. No estoy intentando refutar tu teoría...

—Lo sé. Y... tienes razón acerca de eso. No es una explicación perfecta.

Jordan apareció en la puerta con los brazos cargados de botellas de agua, refrescos dietéticos, tres envases de papas fritas y una enorme caja de caramelos.

—¿Qué? —exclamó, ante la intensidad de la mirada de Abby y Dan—. Soy un chico en edad de crecimiento. Tomen —les arrojó una botella a cada uno—. Caramba. La tensión se puede cortar con un cuchillo aquí dentro. ¿Qué sucede?

—Dan piensa que alguien puede estar tratando de drogarnos —explicó ella, alisándose el suéter. Él le agradeció en silencio por encubrir su arrebato—. Así que, de ahora en adelante, solo consumiremos productos envasados.

—Guau —Jordan se dejó deslizar nuevamente en su silla y comenzó a abrir uno de los envases—. Eso es... mucho para asimilar. Pero más vale prevenir que curar, supongo.

—Creo que quizá todo esto va más allá del manicomio —agregó Dan—. Incluso más allá de la universidad.

Jordan levantó el envase por encima de su rostro y lo agitó hasta que una pequeña avalancha de papas fritas cayó dentro de su boca abierta. Tomó de su bebida y continuó con la lectura de Wikipedia sobre MK Ultra.

El teléfono de Dan vibró en el piso, deslizándose por la alfombra. Lo recogió y entrecerró los ojos hacia la pantalla.

Tenía un mensaje de texto de Micah.

Saben que están en Erickson. Salgan de ahí ahora.

El teléfono vibró en su mano. Llegó otro mensaje, esta vez de un número bloqueado.

Podemos verlos.

Antes de que pudiera avisarles a sus amigos, Jordan dejó escapar un quejido:

—¡Ey! ¿Qué pasa? Esta cosa simplemente se apagó... —golpeó el monitor con la palma de la mano. Dan se paralizó, mientras veía cómo los monitores de la sala se iban apagando, uno por uno.

—Tenemos que irnos —susurró—. Ahora.

—¿Adónde? —gritó Abby, mientras se arrodillaba para recoger las fotos y las fichas.

—Lleven lo que puedan —dijo, y guardó su teléfono—. Tengo una idea.

CAPÍTULO

25

—Será mejor que esto funcione —susurró Jordan, moviéndose nerviosamente frente al seto de arbustos, junto a Dan—. Este maldito helecho está queriendo propasarse conmigo...

—Shhhh —Abby estaba escondida en algún lugar a su izquierda, invisible detrás de las ramas descuidadas de un grupo de enebros.

La temperatura había bajado de manera considerable y ahora, apretado contra las hojas mojadas de los arbustos que le rozaban la cara, Dan tenía que esmerarse para que sus dientes no castañetearan. Presionó el diario y las notas contra su pecho. Temblar, y hasta *respirar*, podía ser suficiente para revelar el escondite.

Los minutos se alargaron. Quizás estaba equivocado. Tal vez el mensaje de advertencia era solo eso, una advertencia, y nadie iba a llegar. Decidió que esperarían otros cinco minutos. Si nadie aparecía, pensarían en otro plan.

Estaba a punto de abandonar su puesto, cuando oyó varias pisadas sobre el césped mojado: una figura encapuchada, luego otras dos, seguidas por un par más. En total, había seis personas con máscaras de calavera y capas rojas.

Desistió de la idea de moverse cuando uno de los tipos giró hacia donde estaba él. No tenía manera de saber si podían verlo, oculto tras los arbustos.

Finalmente, los *Scarlets* entraron a la residencia. Dan no se atrevió a exhalar hasta que la puerta se cerró.

—Realmente son ellos —susurró Abby—. Me pregunto cuántos hay.

—Si consideras a los exalumnos, podría haber cientos. Quizá miles.

—Suenas como mi profesor de Historia —dijo Jordan—. Y me asusta que esto empiece a parecerme lógico.

—Volverán pronto —les recordó Dan—. Hagamos silencio.

Casi diez segundos después, la puerta se abrió violentamente. Dan se agazapó aún más, y vio que salían tres de los seis enmascarados. La persona que iba al frente era alta, probablemente un hombre, y se detuvo justo debajo de una lámpara, mirando hacia todos lados. Jordan le dio unos golpecitos en el hombro y luego señaló algo. Dan siguió la indicación... el tipo llevaba un par de zapatos náuticos.

—¡Oh, vamos! —la voz de Cal resonó por el césped y los senderos—. Ya habrán terminado de revisar las otras salidas. Idiotas. ¿Cómo dejaron que esos tontos escaparan? ¡Tú! —avanzó dando pasos largos y empujó a uno de los suyos—. Tú les advertiste, ¿no es así?



—¡Déjame en paz! Yo no hice nada.

A Dan se le fue el alma a los pies: era la voz apagada de Micah.

—Ya lo veremos —Cal lo empujó nuevamente—. Si estás mintiendo, ya sabes lo que te hará ella... y esta vez la magia de tu extraño abuelo no será suficiente para salvarte.

—¿Crees que no lo sé? —le devolvió el empujón, golpeándole el pecho con los puños.

Cal lo ignoró, y se mantuvo firme.

—Estuvo preparando esto durante años, idiota. Si lo echas a perder ahora, ella arruinará tu vida. Dudo que la universidad te permita quedar, si se enteran de la *verdadera* razón por la que terminaste en el reformatorio.

—No sabes nada acerca de eso —replicó Micah, enfrentándolo.

—Hurto, ¿verdad? ¿Eso es lo que le dices a todos? Qué ridículo. *Tú* eres ridículo.

—Será mejor que te calles —le advirtió Micah, empujándolo un poco más fuerte—. Ahora mismo.

—Con razón te esfuerzas tanto por ser el mejor amigo de todos —resopló y le dio la espalda; luego avanzó algunos pasos hacia el arbusto donde estaba Jordan—. ¿Crees que todos te seguirían adulando si supieran que te emborrachaste y chocaste contra un árbol? ¿Cómo se llamaba la pobre chica?

¿Julie? ¿Jessie?

Micah intentó darle un puñetazo, pero Cal logró echarse a un lado.

—Cuidado —le advirtió, chasqueando la lengua—. Ya tienes suficientes problemas.

El chico retrocedió, gruñendo con las manos levantadas. De a poco iba perdiendo las ganas de pelear:

—No hice nada, Cal. Déjame en paz.

—Ya veremos; y dile a la imbécil de tu novia que acate las reglas, o tendrá que *despertar*, ¿entiendes?

—Deja a Lara fuera de esto —murmuró Micah.

Los tres que faltaban regresaron y todos marcharon por uno de los senderos, primero caminando y luego corriendo. Dan alzó la mano para indicarles a sus amigos que esperaran. Si dejaban la protección de los arbustos demasiado pronto, los verían y no quería averiguar lo que podrían hacerles si los descubrían.

Los *Scarlets* casi estaban fuera de vista, cuando Dan salió gateando de su escondite. Abby saltó atropelladamente desde atrás del enebro que estaba al otro lado del sendero y se sacudió algunas hojas del abrigo.

—Detesto decir esto, pero tenemos que seguirlos —señaló Dan.

—¡Pero nos superan en cantidad! —Jordan le lanzó miradas rápidas a ambos.



—Mantengamos distancia para que no nos vean. Jordan, ¡hay que apurarse! —dijo ella y comenzó a correr—. Ya casi se han ido.

Avanzaron a toda velocidad por el sendero que salía de la residencia, en la misma dirección que habían tomado los encapuchados.

Dan apenas podía divisar un destello rojo que desaparecía a la vuelta de una esquina más adelante y a la izquierda. No quería hacer ruido, pero se arriesgó a hablar:

—Apuesto a que sé a dónde están las últimas coordenadas de Félix —dijo jadeando—. Los *Scarlets* nos conducen hacia allí.



Los tres se aferraban a las sombras y árboles que encontraban en el camino. Siguieron a las figuras encapuchadas hacia el norte del campus y luego hacia el oeste. Dan nunca había estado tan lejos de la universidad y cuando echó un vistazo por encima de su hombro, ya no vio el campanario de la capilla. Las modestas casas agrupadas alrededor del campus cedieron paso a otras más grandes y costosas, en un vecindario con jardines muy bien cuidados.

Ahora que los arbustos estaban recortados en forma de cubos, tenían menos lugares dónde ocultarse. Casa tras casa, Dan calculaba el momento oportuno para correr de un escondite a otro, y miraba para asegurarse de que no pasara ningún vehículo ni que sus amigos quedaran atrás.

Una parte de él no quería creer lo que Cal había dicho sobre Micah, pero ¿por qué razón un chico como él se uniría a un culto? Incluso no podía entender el motivo: unirse a los *Scarlets* para que le borren un error del pasado. ¿Acaso Micah no había dicho que tenía una beca en la universidad?

Por fin, Cal y su séquito doblaron en la entrada de una mansión de tres plantas. La construcción se veía como si la hubieran esculpido en un inmenso trozo de piedra gris. A diferencia de otras casas del vecindario, que llevaban una tenue luz en el porche, esta estaba demasiado iluminada. Tenía en cada ventana una vela roja encendida.

A la distancia, Dan pudo distinguir la forma de las velas: calaveras. Había visto una similar en la habitación de Micah, y otra en la fiesta.

—¿Es un salón de reuniones o algo así? —se preguntó Abby en voz alta, cerca de Dan. Estaban agazapados detrás de un grupo de arbustos redondos.

Algunas bayas, ya maduras, se habían caído y teñían el césped de rojo.

—No veo autos —observó Dan—. Y estamos bastante lejos del campus...

—Ya que seguramente no saldremos vivos de esto, quiero dejar constancia de que no me equivoqué acerca de los zapatos náuticos —susurró Jordan.

—Bueno. Ok. Tenías razón —asintió Dan—. Estamos muy orgullosos de ti.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Abby con urgencia—. No podemos simplemente ir caminando hasta la puerta de entrada.

—No tenemos uno. Solo necesitamos acercarnos lo suficiente para echar un vistazo dentro. Así, tal vez, podamos saber quién más forma parte de esto.

—¿Y si no se quitaron las máscaras? —repuso ella, mordiéndose el labio inferior.

—Entonces pensaremos en otra cosa —respondió Jordan—. Al menos ya tendremos una idea de a cuántos lunáticos nos enfrentamos.

—Intentemos acercarnos por la parte de atrás —murmuró Dan, y avanzó lentamente—. Podemos bordear la entrada de autos, manteniéndonos alejados de las ventanas.

—No estoy segura... —Abby comenzó a manipular sus mitones, mientras se balanceaba sobre sus talones—. Son más que nosotros. Quizá deberíamos esperar hasta mañana. La mayoría se habrá marchado y entonces buscaríamos alguna puerta que Jordan pueda abrir.

No tenían tiempo para discutir; no ahora que estaban tan cerca.

—Debo hacerlo —resolvió Dan finalmente—. Félix me dijo que siguiera las pistas y eso es lo que voy a hacer.

—Pero hay otras maneras de...

—No, Abby, esta es nuestra oportunidad. Puedes quedarte atrás si quieres, pero yo iré a dar un vistazo. Quiero saber quiénes nos persiguen.

Dan se sentía congelado y muy asustado; y estaba perdiendo la paciencia.

¿Por qué no entendía? A él tampoco le agradaba nada de todo eso, pero no era cuestión de que le gustara o no. El director y su legado jamás los dejarían en paz; tenían que detener el perverso sistema que habían puesto en marcha.

—Pero, si esperamos...

—Solo quiero que termine, Abby. Necesito saber cómo arreglar esto de una vez por todas —insistió. Podían acompañarlo o no, pero no iba a vacilar ni un segundo más. Salió corriendo a toda velocidad, pasó la entrada de autos y luego giró para correr paralelo al pavimento. La casa se veía amenazadora, más alta de lo que había creído. Era fría y monótona: un rectángulo de piedra con ventanas separadas de manera uniforme y un techo sobrio.

Cuando llegó a la puerta principal vio un garaje vacío a su derecha, con capacidad para tres autos. Había un espacio entre la casa y el garaje y corrió hacia ahí. Cuando dobló en la esquina de la casa se recostó contra la pared y esperó para recuperar el aliento.

En ese instante Abby y Jordan aparecieron a su lado, apiñándose. Sintió que lo invadía una oleada de culpa. Los nervios y el miedo lo hacían tener mal carácter; y sus amigos no se merecían eso. Había sido idea suya regresar al campus y los *Scarlets* lo buscaban a él.

Aun así, sus amigos estaban ahí.

—Lo siento —susurró, mientras se reorganizaban junto a la casa—. Yo solo...

—Lo entiendo. No podemos huir de esto —respondió ella.

—Ok, pero sea lo que sea que vayamos a hacer, ¿podemos apresurarnos? Se me están durmiendo los dedos de los pies y este lugar me da escalofríos.

Jordan tenía razón. Ya habían perdido demasiado tiempo. Dan los condujo hacia la ventana que estaba un par de metros más adelante. Era tan baja que, si no se inclinaban, cualquiera que estuviera en el interior de la casa podría verlos. Se arrastraron lentamente por debajo del borde inferior. Con cuidado Dan levantó la cabeza y espío.

La suerte estaba de su lado y, conteniendo la respiración, les hizo señas a sus amigos para que también miraran.

Vieron un salón largo y alto, con el piso de madera que relucía. En el centro colgaba un imponente candelabro con velas rojas; la cera caliente se deslizaba por los bordes, generando espesos ríos que parecían de sangre. Había casi una docena de figuras encapuchadas, que formaban un semicírculo alrededor de una silla con un respaldo alto.

Dan se aferró con más fuerza al alféizar de la ventana. Reconoció la silla. Era igual a la que estaba en el sótano de la fraternidad.

—¿Qué están diciendo? —le susurró Abby en su oído.

Ella tenía razón, estaban murmurando algo que se volvía cada vez más fuerte. Finalmente, Dan pudo distinguir las palabras.

—La construyeron de piedra... La construyeron de piedra...

¿Por qué le resultaba familiar esa frase?

En la mitad derecha del semicírculo divisó los zapatos náuticos de Cal.

Cuando el canto se volvió tan fuerte como para sacudir el vidrio de la ventana, todos hicieron silencio. Vio una sombra que pasaba por una puerta abierta, a la derecha del salón, y luego ingresó otra figura con capa roja, seguida de otras tres.

—¿Esa no es...? —murmuró Jordan.

Ni siquiera se había tomado la molestia de ponerse una máscara o capucha.

—Sí —Dan la reconoció de inmediato: el cabello corto y oscuro, la sonrisa con el espacio entre los dientes—. La profesora Reyes. Y he visto al tipo alto en el campus. Creo que es otro profesor. La mujer rubia estaba en la feria. Kelly algo... por Dios, estaba haciendo campaña para ser senadora estatal.

—No puedo creerlo... —Abby desvió la mirada.

—Yo sí —dijo Dan, con una sonrisa triste.

La mujer caminó de manera solemne hasta la silla y se ubicó detrás.

Alrededor de su cuello, un fragmento de piedra roja parpadeó a la luz de las velas.

—Ahí está. Es la gema del director, sobre la cual escribía.

—¿Cómo la consiguió? —preguntó Abby.

—No lo sé. Quizás era su protegida.

—O su víctima —sugirió Jordan.

La profesora Reyes apoyó las manos sobre el respaldo de la silla, y se tomó un tiempo para observar a quienes estaban allí reunidos. Ahora corrían peligro de que los descubrieran, ya que la ventana estaba de frente a la profesora. Dan esperaba que las luces brillantes del interior lo impidieran pero, por si acaso, bajó un poquito la cabeza. Aun a través del vidrio, escuchó perfectamente la voz de la mujer:

—¿Dónde está? —preguntó, levantando la mirada.

—Lo... Lo perdimos, y a los otros dos —respondió Cal nervioso, arrastrando sus pies de un lado al otro.

—No *él*, el otro. El traidor.

Si Dan ya se sentía culpable por haber convencido a sus amigos de regresar a la universidad, fue mucho peor cuando vio que tres encapuchados arrastraban a Micah hasta el salón.

De repente una mano cubierta con un mitón se cerró sobre la suya. Dan intercambió una mirada con Abby, y sintió un nudo en el estómago.

Su anfitrión parecía drogado y golpeado; tenía moretones recientes en la mandíbula y en la mejilla derecha. Seguramente se resistiría, ¿o no? No era pequeño y Dan había visto los trofeos de artes marciales en su habitación. Sin embargo, el chico se desplomó sobre quienes lo cargaban. Uno de los cristales de sus lentes estaba hecho añicos, y el otro ya no estaba.

—Tenemos que hacer algo —susurró, y Abby le apretó más fuerte la mano.

—¿Como qué? —preguntó Jordan.

—No lo sé... Pero él nos ayudó a escapar. Tenemos que ayudarlo.

—Sí, y si nos atrapan todo habrá sido en vano.

—Jordan tiene razón —susurró ella, y Dan se sintió peor aún.

Los *Scarlets* forzaron a Micah a ubicarse en la silla que estaba delante de la profesora y de un golpe cerraron los grilletes sobre sus muñecas. También había grilletes de hierro para sus tobillos. Dan observó, con la garganta cerrada de pánico e impotencia, cómo uno de los encapuchados sacaba un cinturón de los pliegues de su capa y lo ajustaba alrededor de la cabeza de Micah para asegurarla a la silla.

—¿Mis herramientas? —preguntó la mujer secamente; tal como pediría que le pasaran

la sal durante un almuerzo.

Una figura hizo una reverencia y salió de prisa del salón. Regresó unos segundos después, cargando una bandeja plateada brillante que tenía solo tres objetos: un trozo de gasa, un pequeño martillo y una estaca.

—Oh, no. No, no, no —exclamó Jordan, con la voz entrecortada.

Micah comenzó a sacudirse, como si de repente tomara consciencia de sus ataduras y luchara contra ellas.

—No te muevas —vociferó la profesora. Sus ojos oscuros brillaron, como escarabajos negros—. No te gustaría que fallara. No hay tiempo para esto, pero ni siquiera tu ascendencia te protege de soluciones más *permanentes*.

Los mitones de Abby se humedecieron con sudor sobre los nudillos de Dan.

—Que esto les sirva a todos ustedes de recordatorio sobre lo que sucede cuando desobedecen. Cuando *se entrometen*. Podrías haberlo espantado, cuando estoy *así de cerca* de obtener la respuesta... —se movió hacia un lado de la silla, tomó la estaca y el martillo y se inclinó hacia adelante. Levantó con cuidado el párpado derecho de Micah y ubicó ahí la estaca—. Sujétenlo. Es hora de que despierte...

Dos figuras lo sostuvieron.

Los ojos de Micah se movieron frenéticamente, hasta que se fijaron en los de Dan, del otro lado de la ventana. Dan inspiró profundo y se mordió los labios para no gritar. La mujer levantó el martillo, tomando impulso para golpear. Abby se agachó y cubrió sus ojos. Él se negó a desviar la mirada.

Y en el último segundo, cuando oyó el golpe del martillo contra la estaca, estuvo seguro de ver a Micah moviendo los labios para formar una palabra: «corran».

CAPÍTULO

26

El sonido lo atravesó; un golpe sordo, hueco, como un trozo de carne que es arrojado sobre un piso de baldosas. Dan deseó no haber mirado. Y deseó más aún haber hecho algo para detenerlo.

—No deberían estar aquí —dijo una voz de mujer.

Dan apartó la mirada de la lobotomía de Micah y al girar, vio a un *Scarlet* justo detrás de él. Nadie respondió, y un miedo helado le quitó el habla y el aire.

La figura se quitó la máscara y reveló un rostro desalineado pero bonito. A él le tomó un segundo reconocerla.

—¡Lara! —gritó Abby—. ¡Espera! ¿Eres uno de estos monstruos?

—Lo era. Ya no. No es que pueda marcharme, pero... nunca creí que le harían eso a uno de nosotros. A *Micah* —le tembló el labio y sus ojos brillaron por las lágrimas. Entonces los cerró fuerte, y cuando los abrió ya no se veía asustada, sino decidida—. No pueden estar aquí. Si los encuentran... mejor no pensar en eso. Síganme, esta parte de la casa está vacía. Nadie va a vernos.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Dan. Ya no tenía ganas de entrar, había visto suficiente.

—La profesora Reyes vive aquí. La heredó del director Crawford. Lo llama *padre*, pero no creo que realmente estuvieran emparentados. Se la dejó en su testamento —la chica los condujo por la parte trasera de la casa, y se agachaba cada vez que se aproximaban a una ventana—. Ahora váyanse, ¿me entienden?

No pueden verlos.

—¿Adónde? —susurró Jordan—. Tú estás aquí, Cal es un psicópata y Micah...

No tenemos *adónde* ir.

—Encuentren algún escondite. El centro de estudiantes nunca está cerrado con llave... Elijan un pasillo y eviten a todos los que puedan. Dejen sus teléfonos encendidos. Si ellos averiguan dónde están, les enviaré un mensaje de texto.

—Lara... —Abby corrió a su lado y le tomó la muñeca—. ¿Por qué estás haciendo esto? Si se enteran, tú también saldrás lastimada.

—No puedo preocuparme por eso ahora. Esto no es lo que yo... esto no es quien quiero ser... —dijo manteniendo el ritmo. Corrieron por la oscuridad hasta que llegaron a la angosta hilera de árboles que separaba la mansión de la propiedad contigua—. Creí que esto tenía un propósito académico, ¿que era una manera de obtener contactos! Me dijeron que podían colocar mi arte en la galería de Nueva York que yo quisiera. O que podían hacerme entrar a la universidad de medicina si alguna vez *cambiaba de opinión*. Ja —se detuvo y miró a su alrededor para asegurarse de que no los hubieran seguido—. Cuídense. Me pondré en contacto cuando pueda. Encuentren la forma de dejar el campus. Tomen un autobús, un avión... Solo váyanse.

—Espera —dijo Dan severamente—. Tengo más preguntas...

—No ahora. Estarán buscándome —suspiró y volvió a ponerse la capucha—. Llámeme mañana y responderé todas sus dudas.

—Dan, déjala ir. No quiero que se meta en problemas —le rogó Abby, sujetándolo del brazo y llevándolo hacia los árboles—. Ten cuidado, Lara.

—Ustedes también —dijo, y corrió por el jardín.

Se abrieron paso a través de las calles y el campus, y mientras avanzaban se iban deteniendo en las sombras de los edificios y los árboles para no ser vistos.

Era bastante fácil, dado que era muy tarde.

Finalmente, llegaron al salón comedor Wilfurd y se deslizaron por los pasillos poco iluminados hasta que encontraron el corredor adecuado, en el fondo, donde los camiones de reparto dejaban la comida y las gaseosas. Se desplomaron, exhaustos, contra la pared y guardaron silencio por un rato.

Una lámpara halógena titilaba débilmente sobre sus cabezas, zumbando a intervalos. Mientras que las máquinas expendedoras que estaban al final del pasillo emitían un sonido similar, pero más constante.

—Quiero repasar todo nuevamente —murmuró Dan, sacando los diarios y las notas de su abrigo.

—¿Podemos simplemente permanecer en silencio por diez minutos? —protestó Jordan—. Necesito... no sé. ¿Procesar? Acabamos de ver... Y todas esas personas allí dentro. ¿Qué demonios sucede en este lugar?

—Tenías razón, Dan —dijo Abby, quitándose los mitones y dejando caer sus brazos pesados sobre las piernas—. Esto va mucho más allá de lo que pensábamos.

—¿Por qué alguien se uniría a un grupo así? —preguntó Jordan. Luego, inclinó la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre la pared, y cerró los ojos.

—Ya escuchaste a Lara: contactos, prestigio —respondió Dan—. Micah dijo que su tío asistió a esta universidad, apuesto a que también era uno de ellos. Y, aunque a esta altura no sería un destino peor, Micah quizá seguiría en el reformatorio si no se hubieran encargado de sus antecedentes —se frotó los ojos. No quería quedarse dormido. No aún—. El padre de Cal era el decano.

Probablemente sea un asunto familiar.

—El hermano de Lara es un exalumno —acotó Abby—. Debía ser miembro.

—Sospecho que era una sociedad secreta como cualquier otra hasta que Daniel Crawford metió sus garras. Apuesto que sus miembros ni siquiera saben todas las cosas que hicieron y que, en realidad, solo beneficiaron al director. Y sea cual fuera su objetivo, parece que la profesora Reyes siguió sus pasos. Me gustaría saber lo que ella quiso decir

con estar «así de cerca de obtener la respuesta». ¿La respuesta a qué?

—Lo que yo quiero saber es si esta sociedad tiene algún miembro en la fuerza policial de Camford —murmuró Jordan.

Dan ni siquiera podía pensar en eso todavía.

—¿Tuviste suerte al comparar los nombres que estaban en el pizarrón con las listas de los exalumnos, antes de que las computadoras se apagaran?

—Nop —respondió Jordan.

—Aún conservo esto —señaló Abby, mostrándole unos papeles plegados—. ¿Recuerdas? Cal lo tenía en su mochila.

Una chispa de esperanza se encendió en el pecho de Dan, la primera en bastante tiempo, y fue suficiente para animarlo.

—Echemos un vistazo.

—Que se diviertan —murmuró Jordan—. Dormiré una siesta.

—Podemos turnarnos —dijo ella, mientras alisaba las fotocopias de los archivos sobre el piso, entre sus piernas y las de Dan—. Pondré la alarma...

—¿Qué sucede? —preguntó Dan, al ver preocupación en el rostro de Abby mientras revisaba su teléfono.

—La batería de mi celular está muy baja. ¿La del tuyo?

Sacó su teléfono del bolsillo de su abrigo e hizo una mueca de dolor.

—También, maldición. Mi cargador está en la habitación de Micah y no hay manera de que pueda regresar ahí. Aunque... Jordan podría forzar la cerradura.

Eso lo despertó abruptamente de su siesta.

—No. De ningún modo. Tienes que estar bromeando. No volveré a esa residencia. Si lo hago estaré a un suspiro de ser la inspiración para el próximo episodio de *Law and Order*.

—¿Entonces cómo vamos a recibir la llamada de Lara? ¿Tienes batería en el tuyo?

—Cincuenta por ciento —dijo, tras echarle un vistazo—. Lo apagaré hasta la mañana. Puedo conservarla.

—Entonces, le enviaré tu número a Lara. Así podrá contactarnos.

—Ok. Despiértente cuando sea mi turno de vigilar —balbuceó Jordan, ya casi dormido.

Dan se inclinó sobre los papeles estirados, y rozó con sus dedos los diferentes títulos de las noticias y editoriales. La mayoría eran artículos superfluos, sobre equipos deportivos, bailes y obras de teatro. De pronto, se le empañó la vista y no pudo seguir

leyendo. La tristeza lo embargó y no pudo evitar que le temblara el pulso. Abby posó su mano sobre la de él, y eso lo reconfortó.

Entre sueños, Jordan balbuceaba series de números y palabras entrecortadas.

—Lo siento tanto, Dan. Sé que te agradaba.

—Probablemente sea un vegetal ahora... vacío. Eso *si* sobrevivió. Era un buen chico... Creo. Pese a todo, trató de ayudarnos.

—Quizás estaba intentando ser mejor, ¿sabes? Redimirse. Tal vez había recapacitado y se dio cuenta de que los *Scarlets* no estaban en lo correcto —sugirió ella y le frotó suavemente la mano—. ¿Y si nos hubiéramos quedado con él? Ya nos hubieran atrapado y entonces, ¿qué? Estaríamos como él. Sé que es difícil, pero tienes que pensarlo de forma lógica.

—Ja. Qué gracioso.

—¿Qué?

—Una artista aconsejándome que use la lógica. Tienes razón... sé que la tienes. Pero no es eso, sino que no hicimos nada para detenerlo —suspiró, fijando sus ojos en el periódico—. Siento que ha sido así desde que llegamos a Brookline este verano: las cosas nos *suceden*, y no podemos hacer nada al respecto.

—Podemos y lo haremos. Esto no terminó aún.

Dan asintió, con un nudo de angustia en la garganta. Odiaba esa sensación, como si fuera a vomitar o a llorar, o las dos cosas. Cambió la página del periódico, había un artículo sobre una hermandad femenina que estaba organizando un evento de beneficencia para cubrir los gastos médicos de un profesor. Iba a pasar la página, cuando Abby lo detuvo con la mano:

—Esa chica —dijo, señalando la foto en donde aparecían las jóvenes de la hermandad alineadas y sonriendo—. ¿A quién te recuerda?

Él entrecerró los ojos. La chica tenía las piernas y los brazos cruzados, y no se veía muy feliz de que le tomaran una fotografía. Estaba ubicada en el extremo izquierdo de la fila.

—La profesora Reyes —respondió. Estaba más delgada y tenía otro corte de cabello, pero eran sus rasgos—. Pertenecía a una hermandad, ¿y qué?

Abby se mordió el labio inferior, y observaba la imagen, pensativa.

—¿Qué? —insistió—. ¿Qué sucede?

—Solo una corazonada, supongo. Es decir... sabemos que el director estaba controlando a Harry Cartwright, y que este estaba involucrado en las desapariciones de mujeres. ¿Recuerdas la carta que encontramos en su casa?

¿La de Caroline? Era miembro de los *Scarlets*, lo odiaba, quería marcharse...

—*Caroline* —los ojos de Dan se abrieron grandes—. ¿Crees que *Caroline Martin* es la profesora? —leyó las diminutas letras en el pie de la fotografía.

Claro como el agua, el primer nombre de la izquierda: *C. Martin*.

—*Reyes* debe ser su apellido de casada —sugirió *Abby*—. O lo eligió después de que *Crawford* le lavara el cerebro. Quizás *él* lo eligió. Tiene sentido, ¿no crees? Si ella descubrió lo que el director estaba haciendo en los *Scarlets* y decidió publicarlo, él hubiera hecho todo lo posible para evitarlo.

—Entonces para silenciar a *Caroline* la transformó en uno de sus experimentos, y ahora ella hace lo mismo con sus propios seguidores —agregó *Dan*, asintiendo—. Y las otras mujeres, las otras desapariciones... Puede haber sucedido lo mismo, ellas iban a desenmascararlo.

—Como *Micah*... —mencionó *Abby* con tristeza—. Y *Lara* también, si se enteran de que nos está ayudando.

—Es un ciclo. La profesora *Reyes* solo está haciendo lo que el director la programó para hacer.

—Qué deprimente —exclamó ella, tocando el nombre impreso de la profesora—. ¿De verdad crees que él la hipnotizó? ¿Puede durar tanto tiempo algo así? Me pregunto cómo se la podría liberar de eso. Su hipnosis fue realizada hace unos treinta años.

—Lo que significa que los *Scarlets* son como esclavos, y ni siquiera lo saben —ahora que veía la dimensión del trabajo del director, más y más piezas comenzaban a acomodarse de manera siniestra—. Quizás a *Cal* le lavaron el cerebro. Y a tu tía *Lucy*; es decir, parecía otra persona la última vez. Y a *Félix*...

—¿*Félix*? —repitió *Abby*, y se enderezó—. Pero fue él quien te dio las coordenadas para descubrir todo esto...



—Lo que demuestra que se está resistiendo. Este verano, me pareció que había momentos en los que era él mismo y otros, en los que actuaba como el Escultor. Así que quizás el lavado de cerebro no fue tan efectivo. Quizá la profesora no posee el talento del director. Tiene su piedra, y seguramente su cóctel de drogas, pero sus notas todavía estaban en la fraternidad. Tal vez, ella nunca las encontró...

La pequeña chispa de esperanza brilló de nuevo.

—Entonces, puede revertirse —dijo Abby entusiasmada.

Dan recordó su encuentro con Maudire, o con su fantasma, o la visión del director Crawford... o lo que demonios fuera.

No puedes volver a hacer lo que ya está hecho, pero sí puedes deshacerlo. No es fácil, pero puedes.

Si el lavado de cerebro de Daniel Crawford podía deshacerse entonces, tal vez, el mecanismo de seguridad que había mencionado Maudire estaba escondido en esas publicaciones. Asintió y cerró el diario, con total determinación.

—Espero que pueda revertirse. Porque en cuanto ayudemos a los demás, estaremos haciendo lo necesario para revertirlo en mí.

—Espera, ¿crees que...?

—Sí —la interrumpió—. Y estoy listo para que mi mente vuelva a ser solo mía.



CAPÍTULO

27

El viejo hipnotizador tenía dientes que parecían dagas enclavadas en su barba enmarañada. Desde lejos, se veía limpio, pero de cerca se notaba la mugre acumulada en los surcos profundos de su rostro.

Viejo significaba débil. Viejo significaba que hasta un niño pequeño podía vencerlo.

La tienda olía a bayas silvestres que habían sido remojadas en el perfume de una mujer sofisticada. Sabía que ese olor iba a permanecer en su ropa durante días y Madre le gritaría por eso. ¿Dónde has estado? ¿Por qué hueles así?

¡Molestarás al bebé! Inventaría una mentira cuando regresara caminando a casa con Patrick y Bernard.

Pero ahora necesitaba la piedra que colgaba de la cadena. Si quería que Patrick subiera al techo alguna vez, la necesitaría. Dentro de la carpa había cosas extrañas: un pájaro con plumas rojas y un solo ojo, que saltaba de un lado al otro, chillando: «¡Turco! ¡Turco!»; y pesados candelabros con cera púrpura burbujeante.

Él era el preferido del viejo y eso significaba que estaría con la guardia baja.

—¿Sabes en dónde obtuve esta gema excepcional? —el hipnotizador reía todo el tiempo. Reía después de cada frase y, a veces, después de cada palabra—. El viejo Maudire la sacó de una tumba, niño, ¿qué piensas de eso? ¡Ja, ja!

—¡Turco! ¡Turco!

Daniel miró al pájaro con furia. Se preguntó si el ave lo delataría, ya que podía hablar. No importaba, necesitaba la gema si quería que Patrick se callara alguna vez.

—Pertenece a una vieja viuda, una mujer tan fría que solo quería que sus hijos hicieran lo que decía. Niño, los volvía locos. ¡Ja, ja! Arrogante. Engreída.

Algunos dicen que yo soy engreído, pero están equivocados. Tomé la piedra de la tumba de la viuda, de su hacienda, la hacienda Arnaud: una casa blanca, bonita, con árboles y un pequeño río. Uno de sus hijos se ahogó en ese río. Su hija se abrió el cráneo en el árbol. ¡Ja, ja! Cuando la desenterré, le susurré dulcemente: Despierta, chérie, ¡despierta! Enterraron a esa viuda maldita en secreto, niño, ¡y nadie tuvo agallas para quitarle las joyas, excepto yo! ¿Ves?

Yo, el viejo Maudire.

—¡Turco!

—¿Puedo verla otra vez? —preguntó Daniel, sin poner atención en la historia. No le interesaba. Tal vez la piedra era mágica o tal vez no. En cualquier caso sabía que hipnotizaba a las personas de un modo especial.

Había funcionado con él, ¿no? Y los trucos nunca funcionaban con él.

—Un vez más, niño, una vez más, ¡y después debes irte a casa!

El hipnotizador sacó el resplandeciente trozo de ágata roja del bolsillo de su chaleco y

lo suspendió frente a los ojos de Daniel. Se veía como la sangre de la tierra, como algo cruel y primitivo que había brotado de las profundidades del mundo.

Se sentía tibia en su mano, aunque su apariencia hacía pensar que tendría que estar fría.

—¡Turco! ¡Turco!

Daniel se quedó mirando la piedra un largo rato y esperó a que el hipnotizador se diera vuelta para servirse una taza de té de la pequeña cocina humeante que estaba en el rincón. Entonces, guardó la piedra en su bolsillo, levantó uno de los pesados candelabros con las dos manos y lo blandió lo más fuerte que pudo. La cera púrpura le quemó la palma de la mano, pero apenas sintió dolor. Había más sangre de lo que esperaba, y salía tan rápido, tan espesa de la cabeza destrozada...

El candelabro era demasiado pesado para sus pequeñas manos. Lo dejó caer, luego se trepó a la espalda de Maudire y colocó las manos alrededor de su cuello. Era bueno que el hipnotizador fuera tan viejo y débil; su cuello era solo un tubo tibio y pulsante debajo de sus dedos, su diámetro no era mayor que el de una de las botellas de leche de Madre.

La cera púrpura en su muñeca se enfrió y se agrietó, desprendiéndose, y Maudire dejó de moverse.

—¡Turco!

Odiaba a ese pájaro. Tomó otro candelabro y lo volcó, cubriendo de cera caliente al pájaro. Este tenía las alas recortadas y no podía volar, pero chillaba mientras la cera lo quemaba. Entonces, también lo golpeó, porque lo odiaba y no quería escuchar más su estúpida palabra.

¿Qué significaba Turco después de todo?

Daniel se limpió las manos en la alfombra deshilachada y salió de la tienda.

Sonrió mientras caminaba por la feria; ahora tenía la piedra y mañana Patrick se callaría para siempre.

CAPÍTULO

28

Dan no parecía poder despertar con elegancia desde hacía varios días. Se sentó de golpe, sintiendo que una mano le sujetaba el brazo. Por un segundo, estuvo seguro de que eran los *Scarlets* que venían a buscarlo, o ese viejo barbudo de su sueño. Pero se trataba de Abby, que lo sacudía suavemente, mientras en la otra mano sostenía el teléfono, que vibraba con la alarma.

—¿Qué hora es? —le preguntó, aturdido.

—Las ocho de la mañana —masculló ella—. Yo, eh... también me quedé dormida. Y parece que nadie nos encontró. Así que... ¿hurra?

Jordan no estaba, pero apareció enseguida, con varios paquetes de comida en sus brazos. El estómago de Dan rugió de hambre.

—Hora de comer —anunció con una sonrisa, a pesar de sus ojeras. Le arrojó a Dan una botella de jugo de naranja y unas galletas de canela—. Te ves horrible.

¿Pesadillas?

—Como siempre... —respondió; abrió la botella y bebió a grandes sorbos.

—Mis sueños también fueron feos —dijo Abby en voz baja. Se inclinó hacia adelante, separándose de la pared y comenzó a recoger su cabello en una cola de caballo—. Lucy y Lara me perseguían, pero no tenían rostros... aunque reían todo el tiempo. Fue horrible.

—¿Qué hacemos ahora? —Jordan se apoyó contra la pared de enfrente y encendió su teléfono. Lo observó taciturnamente, mientras masticaba su desayuno—. ¿Esperamos a que Lara nos llame? ¿Y si no lo hace?

—Lo hará. Tiene que hacerlo.

Dan no estaba tan seguro. *Esperaba* que Abby tuviera razón, pero después de ver lo que le había sucedido a Micah, se negaba a subestimar a la profesora Reyes, lo que era capaz de hacer para controlar a sus seguidores y para encontrarlo. Suspiró y tragó con dificultad un trozo de galleta. No era buena idea tomar sus medicamentos con el estómago vacío. Se alegraba de llevarlos siempre con él, y de no tener que regresar a la habitación de Micah, pero ¿cómo iba a recuperar sus cosas? ¿Y si nunca volvían a ver al chico?

—Tal vez Lara pueda decirnos en quién podemos confiar. Es una *Scarlet*, así que debe saber quién *no lo es*. Todavía existe la posibilidad de que la policía no esté involucrada.

—Me gustaría saber por qué no se marcharon cuando empezaron a suceder cosas extrañas —dijo Jordan, jugando distraídamente con su teléfono—. Uno creería que después de presenciar la primera lobotomía alguien hubiera dicho algo.

—Claro, ¿del mismo modo en que nosotros nos fuimos apenas las cosas se pusieron difíciles este verano? —repuso Abby con ironía.

—Exacto.

Ella revisó las notas de Dan, mientras Jordan se sentaba y le daba un vistazo al

periódico del archivo.

—Es extraño verla así —comentó, al observar la imagen de la profesora—. Parece... normal. ¿Creen que ya estaba involucrada con el director?

—Yo creo que sí —respondió Dan. Sentía la boca pastosa. No había podido lavarse la cara ni los dientes desde la mañana anterior—. Los tiempos concuerdan.

—Así que ya estaba... —hizo una pausa, sacudiendo los dedos frente a sus ojos—. Encandilada o lo que sea.

—¿Qué es esto? —preguntó Abby, que ya casi había terminado de leer el folleto—: «*Sanctum*, un lugar santo: ¿qué podría ser más sagrado que poseer el poder de nuestros pensamientos verdaderos? *Sanctum*. Es tanto la cerradura como la llave» —leyó, y bajó los papeles, pensativa—. ¿Creen que la casa que encontramos fuera su *sanctum*? Tendría sentido.

—Probablemente, o podría ser Brookline —señaló Dan—. Rayos, también podría ser su estúpida piedra.

Pensó en su sueño y en el joven Daniel Crawford golpeando al hipnotizador, como si nada; ordenándole a su hermano mayor que saltara a su muerte por ser un bravucón. Era evidente que para una persona así lo único sagrado serían sus propios pensamientos.

—Es una manera tan extraña de expresarlo —continuó ella—. Y parece tan obsesionado con la lógica, la ciencia y el conocimiento que todas estas tonterías sobre la santidad y lo sagrado parecen fuera de lugar.

—A esta altura no descartaría nada —dijo Jordan y luego hizo una pausa: su teléfono comenzó a vibrar sobre la alfombra—. ¿Atiendo?

—Déjame a mí —intervino Abby y levantó el celular. Se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja tres veces, a pesar de que se había quedado en su lugar en el primer intento. Dan sintió un nudo en el estómago. Casi esperaba que la profesora Reyes estuviera del otro lado de la línea—. ¿Hola? ¿Lara? Oh, gracias Dios que estás bien. Claro. ¿Está todo...? Sí, sí, iremos a verte ahí. Ah, ¿yo sola? Eh... no lo sé —Dan negó insistentemente con la cabeza, pero ella lo ignoró—. Digo, sí, claro. Iré sola. No hay problema. Estaré allí lo antes que pueda —dijo y colgó. Los nudillos se le habían puesto azulados de tanto apretar el teléfono—. Parece asustada.

—¿No lo estarías tú también? —comentó Jordan, entre dientes.

—Quiere que vaya... Ustedes tendrán que quedarse atrás. Quizá pueda hacerla cambiar de opinión.

—Deberías haberle preguntado si estaba sola —repuso Dan. *Especialmente si parecía asustada*—. ¿Adónde van a encontrarse?

—En su taller, en el edificio de Arte —respondió, mientras recogía su abrigo, sus mitones y se ponía de pie—. Es donde está su instalación. Está lejos y no creo que haya

nadie ahí tan temprano un domingo...

—¿Sabes que es una trampa, verdad? —preguntó Jordan, ayudándola a acomodarse la capucha de su abrigo.

—Por supuesto —asintió con una risa cansada—. ¿Pero cuáles son nuestras opciones?

—No te dejaremos entrar ahí sola —le aseguró Dan, mientras se abrigaba y levantaba sus notas—. Esconderé esto. Si es una trampa, lo último que quiero es que la profesora Reyes consiga nuestras notas. Toma —acomodó los archivos y diarios en una pila ordenada y se los entregó a Abby—. Mételos en el baño de mujeres, en un conducto de ventilación o algo parecido.

Ella desapareció un momento por el pasillo y regresó con el abrigo cerrado y el gorro ajustado sobre las orejas:

—Sea una trampa o no, tengo una idea.

CAPÍTULO

29

Mientras estaban frente al edificio de Arte, tiritando bajo la blanquecina luz del sol, Dan se preguntó si alguna vez volvería a sentir calor. No había imaginado estar extrañando el pasillo estrecho donde habían pasado la noche, pero cualquier cosa era mejor que sentir sus dientes castañeteando dentro de su cabeza y los pies entumecidos.

El edificio era bajo y ancho, y dos columnas torcidas protegían la entrada. El perfil robusto y esas columnas le recordaban la postura de un bulldog con las piernas arqueadas.

—Cuando dijiste «idea», pensé que te referías a un *plan*; no a irrumpir, blandiendo armas notablemente ausentes —protestó Jordan, golpeando el piso con los pies y soplándose los dedos.

Abby lo hizo callar. Él y Dan estaban uno a cada lado de la puerta, invisibles para quien estuviera dentro del edificio.

—Es un plan; te darías cuenta si solo guardaras silencio por un minuto —ella sacó el celular de Jordan y se quitó el mitón para marcar. Antes de pulsar el número les explicó—: Llamaré a Lara y le diré que la puerta está cerrada con llave, que no puedo entrar. Eso la obligará a salir. Cuando abra la puerta podemos agarrarla y marcharnos. De esa manera, si hay alguien esperando dentro para emboscarnos no tendrá ventaja.

—Eso... no es un mal plan —insistió Jordan, encogiéndose de hombros.

—Shhh, está llamando. Prepárense, no tendremos mucho tiempo para escapar.

Silencio. Dan se frotó los brazos con fuerza para desentumecerlos. Se sentía como si estuvieran esperando al verdugo; aun si Lara podía ayudarlos, primero tenía que cooperar y evadir a los *Scarlets*. Por un momento, cerró los ojos y se imaginó de vuelta en casa, confortable, con una taza humeante de chocolate caliente entre sus manos y con una manta sobre su regazo.

—Saltó el buzón de mensaje —exclamó Abby. Marcó nuevamente—. No contesta... maldición. Un intento más.

—Espera —Jordan se acercó cuanto pudo a la puerta—. ¿Oyen eso?

Abby apoyó su oreja contra la puerta. Dan no oía más que el canto de algunos pájaros en el edificio de al lado.

—¿Es la melodía de *Monster Mash*?

—Es su ringtone —dijo Abby, levantando el celular—. Deberíamos entrar.

—Llama otra vez, asegurémonos —sugirió Dan.

Se esforzó por escuchar y, casi inmediatamente después de que Abby volvió a marcar, oyó un débil tintineo que de a poco se transformó en una melodía. El hecho de que ella no atendiera le preocupaba. No tenía sentido. Si había una emboscada esperándolos, entonces Lara debería haber silenciado su celular o interrumpido las llamadas o, qué diablos, contestado.

—Hay que entrar. Ya debería haber contestado —Abby le devolvió el teléfono a Jordan.

—Opino lo mismo. Algo no está bien —Dan estiró la mano y sujetó la perilla de la puerta, bloqueándoles la entrada—. Si realmente es una emboscada, corran y sepárense. Se les hará más difícil atraparnos. Si logran escapar, enciendan sus teléfonos y encontraremos algún lugar donde reunirnos.

—Entendido —dijo Jordan.

—No hagan ruido —agregó ella. Quitó del medio la mano de Dan y comenzó a abrir la puerta—. Es posible que podamos echar un vistazo rápido y salir corriendo.

Enseguida Dan se dio cuenta de que un «vistazo rápido» no iba a ser posible.

Había algo liso y blanco en el piso del vestíbulo. Se detuvo, pero Abby ya se había acercado corriendo y estaba inclinándose para recogerlo.

—¿Qué es eso? —susurró Jordan.

—Una mano —respondió en voz baja—. Una mano de maniquí —frunció el ceño, y la levantó para que ellos la vieran—. Es parte de su proyecto.

Dan avanzó con cuidado hacia un pasillo que atravesaba el vestíbulo. A la izquierda el corredor estaba vacío, solo había varias puertas que llevaban a lo que supuso que serían talleres de práctica. A la derecha...

—Hay otra pieza —susurró Abby, corriendo hacia allí para buscarla. Era un pie—. Chicos... esto no me gusta nada. Lara nunca desarmaría su propio trabajo. Este proyecto significa mucho para ella.

—¿Dónde está su taller? —preguntó Dan, aunque en realidad ya sabía la respuesta: podía ver otra pieza abandonada detrás de Abby. Las partes del cuerpo desechadas indicaban un camino a lo largo del pasillo.

Abby se volvió y los condujo hacia el taller, deteniéndose para inspeccionar cada migaja: un muslo, un antebrazo... una cabeza.

Cuando llegaron al torso, Dan notó que la puerta que estaba al lado permanecía semiabierta. Abby iba a abrirla enseguida, pero él detuvo su mano temblorosa a tiempo.

—Sea lo que sea que encontremos ahí —murmuró, mirando a cada uno—, no griten.

Abby apoyó la palma de su mano sobre la puerta y empujó. Las bisagras rechinaron con un aullido de tristeza y la puerta se abrió lentamente. Más partes de maniquí. Aparejos rotos se suspendían del techo y cuerdas y cables se balanceaban como si los hubieran arrancado segundos antes. Algunos clavos y tornillos colgaban de los extremos de los cables. *Los maniquíes probablemente estuvieron colgados*, pensó, deseando poder haber conocido la instalación como era en realidad.

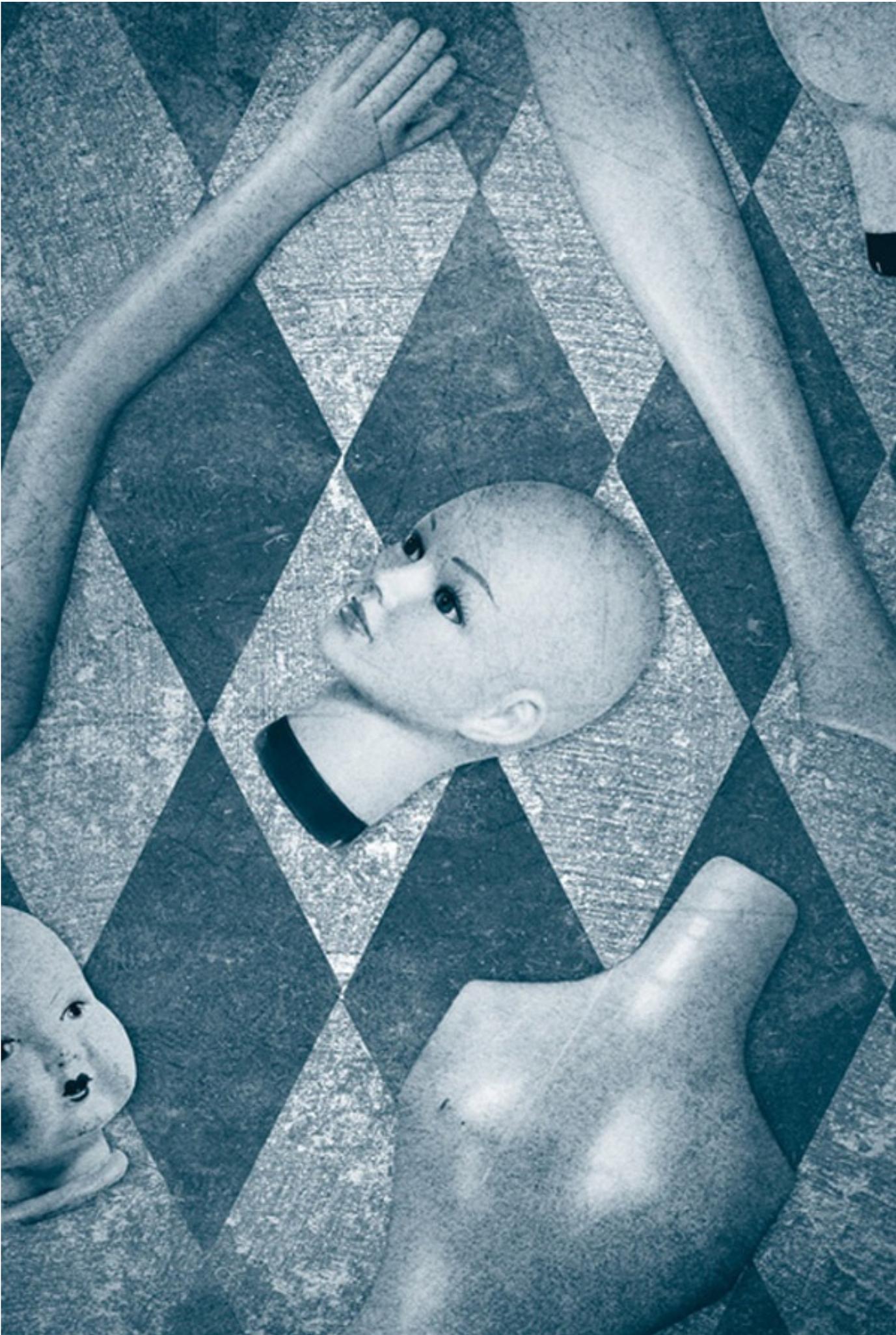
A su lado, Abby soltó un grito ahogado y corrió a toda velocidad, esquivando

macabros fragmentos de plástico, hacia el cuerpo de carne y hueso que estaba tendido en el centro del taller.

Dan casi rompe su propia regla, cuando la necesidad de gritar subió rápida y dolorosamente por su garganta.

Lara estaba tumbada en el suelo, con la cabeza inclinada hacia un lado, y parecía sonreír. Sus manos estaban dobladas debajo de su cuerpo. La sangre todavía se acumulaba a su alrededor y Abby tuvo que retroceder para evitar que tocara sus zapatos.

—Oh, Dios mío —exclamó, tapándose la boca con su mano temblorosa.



Dan y Jordan se aproximaron. *¿Cal o la profesora?*, se preguntó Dan, pero no dijo nada. Colocó un brazo alrededor de Abby, mientras ella se limpiaba las lágrimas.

—Sé que es horrible, pero debemos dejarla —le susurró.

—No podemos... No así... —repuso ella.

Él comenzó a alejarla del cuerpo. Las partes de maniquí que ella sostenía en sus brazos se escurrieron y cayeron ruidosamente al suelo.

—No pueden vernos aquí —insistió Dan. Jordan se agachó para limpiar con el borde de su chaqueta las piezas que Abby había tocado—. Si no nos vamos ahora, nos encontrarán. Eso es lo que la profesora Reyes querría, que nos detuvieran. Encontrarme.

Ella se retorció hasta soltarse, y giró para enfrentarlo:

—¿Puedes dejar de mencionar toda esa maldita historia del director por una vez? ¡Esa es una persona! ¡Una real! No podemos dejarla aquí. Tenemos que llamar a emergencias, tenemos que hacer *algo*.

—Abs, está muerta —dijo Jordan suavemente—. No hay nada que podamos hacer —se volvió hacia Dan e hizo un gesto inútil hacia la puerta—. Tal vez podamos llamar al número de emergencias y colgar. Al menos entonces sabríamos que alguien vendrá.

—Hay que salir de aquí —respondió Dan, y se dirigió hacia la puerta. No pensaba quedarse ahí a esperar que lo atrapen y lo culpen por un asesinato que no cometió. Si ella estuviera viva podrían demorarse, pero no lo estaba—. Si esto es una trampa, la policía ya podría estar en camino, ¿no lo entiendes? —miró hacia el techo en busca de cámaras.

—No la dejaré —repuso Abby, decidida.

—Quédate. Yo no permaneceré aquí ni un minuto más.

Jordan vaciló y luego siguió a Dan a la puerta. Unos segundos después, escucharon a Abby corriendo en el pasillo para alcanzarlos.

—Dan...

—Sígueme —exclamó con brusquedad—. Sé lo que podemos hacer.

—Dan, espera... —lo tomó del brazo, pero él no se detuvo hasta que llegaron al final del pasillo, donde había una puerta lateral que decía «SALIDA». Junto a ella había una pequeña caja roja.

—Espera —suplicó Abby.

—No puedo, y tú tampoco —señaló la alarma contra incendios—. Cuando estés lista, acciónala. Mira, sé que estás alterada. Yo también, pero también estoy *asustado*, ¿ok? ¿Lo has olvidado? Se suponía que debías venir sola. Todo esto era una trampa.

—¡Con más razón se merece que te compadezcas de ella! ¡Y no... lo que sea que estés haciendo! ¡Alguien la *asesinó*!

—No podemos quedarnos aquí y esperar a la policía. No es una de nuestras opciones en este momento, así que acciona la alarma contra incendios o no lo hagas. Yo me marcho.

CAPÍTULO

30

El frío lo golpeó en la cara como una bofetada. Corrió con las manos en los bolsillos y pisando con más fuerza de la necesaria. Al menos de esa manera entraba en calor. No mucho, pero cualquier cosa era mejor que dejar que la imagen del rostro sin vida de Lara volviera a su mente.

Esto no era obra de la profesora Reyes, sino del director. Pero no podía enfadarse con él, así que tendría que conformarse con ella. Había atacado a Micah y ahora, a Lara. No era difícil darse cuenta de que ellos serían los próximos. Maldijo y cerró los ojos con fuerza, reprimiendo el pánico que amenazaba con despojarlo de todo su valor.

Detrás de él sonó la estridente alarma contra incendios, y de inmediato Abby y Jordan estaban a su lado.

Dejar a la chica ahí era lo correcto, de lo contrario los atraparían la policía o los *Scarlets*, y ninguna de las opciones les permitiría salir a salvo de Camford.

Abby pasó a su lado y se detuvo unos metros más adelante; entonces giró y regresó para enfrentarlo.

—No me gusta lo que acabamos de hacer. Y no me importa si es peligroso, iré a la policía.

—¿Qué? Sabes que no es una buena idea.

—Tenemos información —levantó la voz.

Jordan apareció a su lado, tomándola del brazo y alejándola del edificio.

—No podemos tener esta conversación aquí —les advirtió.

Los guio por un sendero, hacia un estacionamiento. Ahora había varios edificios académicos entre ellos y la escena del crimen.

—Dan, no estás de acuerdo conmigo y lo entiendo, pero ¡sabemos quién la mató! Y sé que crees que toda la ciudad está involucrada en esta conspiración, pero eso es... ¡es ridículo! —tomó un respiro, entrelazando las manos y retorciéndolas—. No tenemos ninguna evidencia de que esto vaya más allá de la universidad.

—¿Y qué hay de Harry Cartwright? ¿Y la senadora? ¿Y de que toda la ciudad haya organizado esa feria demente? —respondió con furia—. Él pertenecía a la oficina de correos. El director no pareció tener ningún problema para hacer que robara cartas. Esa senadora ni siquiera se inmutó cuando... lastimaron a Micah.

—Pero cuando estuvimos revisando las casas, incluso Micah estaba preocupado de que lo atrapara la policía, ¡y es un *Scarlet*!

Dan comenzó a dar golpecitos en el suelo con la punta del pie, inquieto, escuchando el sonido distante de un camión de bomberos que se hacía cada vez más fuerte.

—Probablemente estaba fingiendo delante de nosotros...

—Si estabas seguro de que podíamos confiar en él... —intervino Jordan, algo nervioso

—. Me da la sensación de que solo tenemos la mitad de la información y, por mucho que piense que puedes tener razón, no me parece correcto desaparecer cuando podríamos, al menos, acudir a la policía.

—¡Porque hicieron tan buen trabajo durante el verano! —dijo, y se obligó a bajar la voz. Los *Scarlets* podrían estar vigilándolos. Quienquiera que la hubiera matado podía estar observándolos discutir y disfrutando cada minuto.

—Incompetencia no es lo mismo que corrupción. No sé qué otra cosa podemos hacer. Lara era nuestra salida —dijo Abby. Luego, sacó su teléfono y Dan pudo ver que la aplicación del mapa iluminaba su pantalla—. Iré sola, no hay problema. Ustedes pueden quedarse aquí e intentar encontrar una cura milagrosa.

Dan tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no quitarle el teléfono de un golpe. Ya estaba buscando indicaciones de cómo llegar a la estación de policía.

—Yo voy contigo, Abs. No quiero dejarte sola —dijo Jordan, colocándole su mano sobre el hombro.

—Sé que esto puede funcionar —declaró Dan, casi suplicando—. Estamos tan cerca de descubrirlo. Lo que Félix quería que viéramos, que encontremos. ¡Y mi visión! ¡Maudire dijo que había una manera de deshacer todo! *Él* lo sabría, ¿o no? Estamos cerca.

—Quizá lo estemos —respondió Abby y comenzó a seguir el pequeño camino trazado en su teléfono—. Y seguiremos estándolo después de hacer lo correcto.

Los dos podemos tener razón, Dan, pero prefiero basar mis decisiones en la realidad, más que en una *visión*.

—Por favor, no se vayan —dijo en voz baja, pero ya se estaban alejando por el sendero que llevaba a la ciudad.

Abby se volvió para mirarlo, sonriendo con tristeza. Aun cuando lo intentó, él no pudo convencer a sus pies de seguirlos.

CAPÍTULO

31

Dan sentía un dolor constante y pulsante en la nuca. Era preocupación, lo sabía, preocupación que se estaba convirtiendo en dolor físico.

—No soy orgulloso. Confiaré en mis instintos esta vez —dijo en voz alta.

Incluso si lo era, tenía que creer que esta era la elección correcta. Observó a sus amigos desaparecer colina abajo y se quedó allí, de pie, esperando y esperando. Regresarían. Iban a recapacitar. En cualquier momento volverían corriendo. Aunque también podía seguirlos, a cierta distancia, para asegurarse de que nadie los emboscara.

Por extraño que pareciera, se sentía más seguro al aire libre. Al menos allí podría correr y escapar. El frío comenzó a quemarle la piel de la cara, así que caminó, sin rumbo al principio, pero luego una idea fue gestándose en su mente. Siguió la dirección que habían tomado sus amigos, por el sendero que cruza el campus, y después se precipitó por la colina, hacia la ciudad que se extendía más abajo. Luego se dirigió hacia la izquierda, hasta toparse con el pequeño cementerio que habían visto el día que llegaron al campus.

La botella de licor abandonada que había servido de almohada al chico de la fraternidad seguía allí, con una capa de hielo sobre el vidrio.

Sorteó la cerca que cerraba el cementerio y escuchó cómo la hierba congelada crujía debajo de sus pies. Aun cuando se quedaba quieto el corazón le latía con fuerza. No podía dejar de pensar en Abby y Jordan. Estaba dejando que los atraparan. Los estaba defraudando.

Sin embargo, reafirmaba lo que les había dicho: tenía que haber una manera de revertir la hipnosis. Si no, habían regresado a la universidad y arriesgado sus vidas por nada.

Sonrió, irónicamente, al ver la lápida que estaba junto a sus pies. Como esperaba, las rosas que adornaban la tumba de Roger L. Erickson formaban la calavera de los *Scarlets*. La residencia Erickson. Observó las fechas. El hombre había muerto dieciocho meses antes. ¿Qué había dicho Micah? ¿Que el padre de Cal era el decano? ¿Cuántas veces se habrían salido con la suya los *Scarlets*, porque el decano había ayudado a apartar las miradas? *Adorado padre, hijo, mentor...*

—Cabrón —dijo una voz. Dan no necesitaba darse vuelta para saber quién estaba detrás—. Realmente lo era. A nadie le caía bien, y mucho menos a mí.

Un familiar par de zapatos náuticos avanzaron furtivamente hacia Dan. Cal no llevaba su capa roja esta vez, solo un suéter grueso, pantalones de pana y sus costosos guantes de cuero. Suspiró, y luego chasqueó la lengua.

El pulso de Dan se aceleró aún más, mientras sopesaba sus opciones. No era un atleta y el chico se veía suficientemente fuerte y esbelto como para alcanzarlo.

—Estoy recibiendo una llamada —dijo Cal, sacando un teléfono de su bolsillo—. Hola, ¿oficiales? Sí, en breve van a presentarse en la estación dos pequeños imbéciles. Sean buenos y tráiganlos a la colina. Ustedes también.

Adiós.

—Tú eres el cabrón.

—Probablemente —dijo, con indiferencia.

—Vuelve a llamar a la policía y diles que dejen en paz a mis amigos.

—¿O qué? —rio, quitándose el cabello rojizo de los ojos—. Van a terminar tan dóciles como sea posible o muertos, como tu amigo Micah.

Dan se estremeció. ¿Muerto?

—¿Cuánto de esto eres tú, Cal, y cuánto eres tú «siendo dócil»?

Eso pareció hacerlo reflexionar. Se pasó ambas manos por el cabello y suspiró. Su mirada se volvió fría y distante.

—Es lo menos aburrido que me has dicho, ¿sabes? Casi desearía tener una respuesta para darte. Hace mucho que empecé. Papá estaba muy metido.

Cuando has bebido *Kool-Aid*^[6] tanto tiempo como yo, es difícil saber dónde comienzan tus pensamientos y dónde, los de otra persona.

Con la mano en el bolsillo, Dan podía alcanzar fácilmente su celular. Intentó pulsar el número de marcado rápido de Abby, esperando tener suficiente batería para realizar la llamada. Y luego, ¿qué? Sería demasiado tarde... Quizá si ella recibiera la llamada y los escuchara hablando, sabría que debía dar la vuelta y huir.

Percibió que la grava se movía en el sendero que estaba a sus espaldas.

Supuso que se trataba de más *Scarlets*, pero era peor.

—Has hecho tan buen trabajo, Cal, al igual que nuestro Félix... —dijo la profesora Reyes.

Se volvió para mirarla y se quedó helado al ver su sonrisa calma. Intentó salir corriendo hacia la cerca del cementerio, pero Cal fue más rápido.

Una vez que el chico lo tuvo agarrado con fuerza, dejó de luchar y se quedó mirando a la profesora con frialdad. Había estado preparándose para este momento, pero ahora, frente a ella, se sentía perdido. La mujer llevaba suéter y pantalones negros, y en su cuello colgaba el brillante trozo de ágata.

—Todos han hecho un muy buen trabajo, ¿no lo crees, Daniel?

—Dan —la corrigió con aspereza—. Félix... ¿usted lo obligó a hacerlo?

—Por supuesto —dijo ella riendo, y Dan sintió como si uñas afiladas le arañaran la espalda—. Ese chico no respira a menos que se le dé permiso.

—¿Por qué hace esto? —susurró. Tenía las manos heladas y los brazos de Cal lo apretaban tanto que le quitaban el aliento—. ¿Por qué no se detiene y nos deja en paz?

—Tú, más que nadie, deberías saber que no puedo hacer eso —rio nuevamente, echando la cabeza hacia atrás—. Ven conmigo; tendremos una pequeña conversación. Félix ya cumplió con su parte y Cal también —dio un paso amenazador hacia él, y la piedra alrededor de su cuello brilló—. Sí, mis marionetas hicieron bien sus roles —tocó la piedra suavemente—, y ya terminaron. Pero tu parte, Daniel Crawford, recién empieza.

Dan intentó lanzar todo su peso contra Cal; se sacudió y trató de golpearlo con la cabeza, pero este se anticipó a cada movimiento. La mujer sacó una larga jeringa del bolsillo de sus pantalones, y sonrió. Él percibió su fuerte perfume y vio un destello ávido en su mirada. Sintió el pinchazo de la aguja en su brazo, antes de siquiera poder gritar.

CAPÍTULO

32

Pensó que saldría mejor. El método había sido perfeccionado... ¿Cómo podía haber cometido un error ahora, cuando se sentía tan seguro de sus técnicas? Pero lo hecho, hecho estaba. No había motivos para obsesionarse con el fracaso.

A su lado, la joven seguía débil, recuperándose. Tenía una manta liviana alrededor de los hombros. No quería secretos con respecto a sus técnicas. Este era el precio que ellos, mejor dicho, que él debía pagar por la perfección. Por el control.

—Míralas, Caroline —dijo él. Ella tenía los ojos fijos en sus pies, no en las cajas alargadas de madera que estaban sobre la hierba. Detrás de ellos, la casa parroquial estaba en silencio; sus piedras, más oscuras y frías bajo las pesadas nubes. La neblina se arremolinaba alrededor de los cimientos, avanzando lentamente por el jardín hacia ellos.

Enterrarían a las mujeres en el jardín trasero. El cementerio era demasiado arriesgado, su influencia no estaba tan consolidada en la universidad ni con las autoridades de la ciudad.

—Míralas —repitió, más severo esta vez.

Caroline levantó la cabeza. La parte de arriba estaba rasurada al ras y en ese sector se veía una sombra negra donde el cabello estaba comenzando a crecer nuevamente, como un área de tierra recién sembrada. Cabello ralo y oscuro se le aferraba a la nuca. Los puntos todavía estaban rosados y en carne viva. Su cirugía había salido a la perfección.

Las otras...

Era una pena. Debería haber realizado las operaciones primero, en lugar de perder tiempo con su régimen de drogas.

Ok, pensó, aprendí la lección. El que no arriesga, no gana.

—Tendremos que practicar más —suspiró—. La técnica de la estaca es mucho más sutil, pero requiere una destreza mayor que la que yo desarrollé.

Ella levantó la mirada hacia él, todavía reticente a mirar las cajas que iban a ser enterradas.

—Había tanta sangre —susurró. Con las manos apretadas se aferraba a la manta. Comenzaron a temblarle—. Tanta sangre.

Tenía razón, por supuesto. Las heridas en la cabeza siempre producían un maldito desorden.

—Bueno, bueno, Caroline, no seas vulgar. Si quieres que hablemos sobre el procedimiento podemos hacerlo, pero científicamente y sin todo este teatro.

Apoyó la mano sobre el hombro de la joven en un gesto paternal.

—Te enseñaré. ¡Practicaremos juntos! ¿No crees que será divertido? Estoy seguro de que serás una estudiante digna.

CAPÍTULO

33

Cuando Dan despertó, la cabeza le daba vueltas. Le tomó un momento recordar el cementerio, a la profesora, la jeringa...

Quiso sentarse, pero la cabeza le dolía tanto que estuvo a punto de vomitar.

Tenía la lengua hinchada y áspera, y la garganta seca. Lentamente, abrió los ojos. Incluso drogado y aturdido, reconoció los estantes polvorientos y el olor de los cimientos podridos. Ficheros, un enorme escritorio de madera... estaba en la oficina de Daniel Crawford.

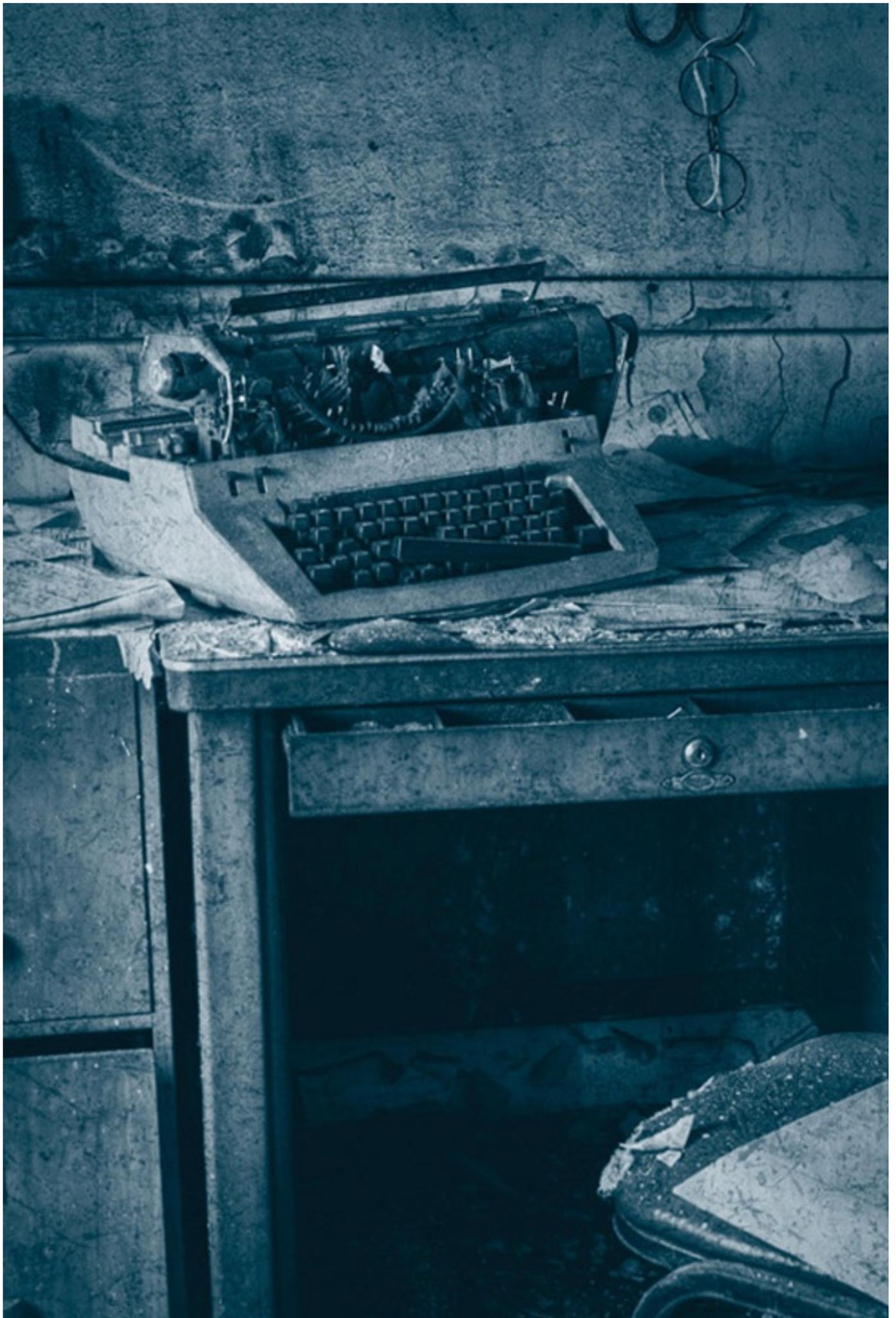
Brookline.

Esperaba estar atado, pero nada lo mantenía sujeto esta vez. Alguien lo había puesto en la vieja silla del director. Cuando se puso de pie, le dolieron los músculos, como si hubiera recibido una golpiza. Había velas encendidas sobre todas las superficies, la cera roja burbujeaba sobre los platos, deslizándose por los ficheros y enfriándose allí. Brookline había permanecido cerrado a los estudiantes, pero la profesora Reyes aún lo utilizaba para dar su seminario de último año de Psicología.

—Bien, estás despierto otra vez —dijo ella, ingresando a la oficina y dejando abierta la puerta. Ya no tenía su sobria vestimenta, ahora llevaba la túnica de los *Scarlets*.

—¿Otra vez? —preguntó Dan con la voz ronca, tocándose la garganta dolorida.

—Ajá. Te despertamos solo el tiempo suficiente para asegurarnos de que la hipnosis había surtido efecto —le sonrió, mostrando el espacio entre sus dientes de adelante—. Y ¡buenas noticias! Funcionó.



La adrenalina le recorrió el cuerpo en un ataque de pánico. Se tocó la nariz, la frente.

—No me...

—Oh, no. No aún —dijo ella y señaló con la cabeza una bandeja con instrumental médico que estaba sobre el escritorio frente a él. Dan reconoció la estaca de la noche anterior—. Eso viene después.

—¿Por qué después? —preguntó, intentando ganar tiempo. Podría distraerla y quitarle la estaca. La mujer no era corpulenta; podría con ella—. ¿Por qué esperar?

—Porque el proceso es... impredecible, y tienes información que necesito, antes de que tu cerebro pueda llegar a convertirse en gelatina —sonrió con superioridad y señaló la silla de la que él acababa de levantarse—. Toma asiento, Daniel, para que podamos hablar como adultos civilizados.

—No lo creo —repuso él, y reunió hasta la última gota de fuerza que le quedaba para tomar la estaca y lanzarse sobre la profesora.

Casi había cerrado su mano sobre la herramienta, cuando ella dijo:

—No tocarás eso, Daniel.

Fue como si se hubiera clavado la estaca en su propia cabeza, el dolor le atravesó el cráneo y le recorrió la espalda, hasta cumplir la orden. No podía moverse ni hacer que su cuerpo obedeciera a sus propios pensamientos.

—Ahora, ¿te gustaría sentarte? —insistió con calma. Luego, se dejó caer sobre una silla al otro lado del escritorio.

—¿Qué me hizo?

—Lo que les hago a todos los que no pueden ser civilizados y sumisos.

Siéntate —levantó la mano y se quitó la capucha de la túnica y luego, tranquilamente, su propio cabello. Dan se dio cuenta entonces de que usaba peluca, pues su pelo nunca había crecido alrededor de las cicatrices de la lobotomía.

Sin saber qué otra cosa hacer, se sentó y observó la bandeja con los instrumentos.

—No podrás lastimarme, ¿sabes? —dijo ella jovialmente—. Estás bajo mi control.

Su cabeza trabajaba a toda velocidad. Tenía que haber una forma de escapar, de recuperar el control de su mente.

—No tiene que hacer esto. Puede dejarme ir —ella apenas parecía estar escuchándolo. Se apresuró a continuar—: No puedes culparte, Caroline. Él se apoderó de todo: de una fraternidad, de los *Scarlets*, luego de ti y de la universidad. Nunca tuviste la oportunidad de huir. Te secuestró y te convirtió en una de sus marionetas. Eres una víctima, no una villana.

Caroline vaciló con el labio inferior tembloroso. Luego rio tan fuerte, que un poco de

saliva le cayó sobre la túnica.

—Buen intento. Un discurso *muy* emotivo. Pero me temo que estás equivocado, Daniel. No soy una víctima. No pude elegir mucho en mi vida, pero esto sí lo elijo: soy la villana —giró ligeramente en su asiento y habló hacia la puerta abierta de la oficina—: Pueden traerlos ahora.

La escena era lamentablemente familiar. Trajeron a Abby y a Jordan amarrados a camillas. Cal fue quien los empujó al interior de la oficina, uno por vez. Cuando todos estuvieron dentro, Cal se paró a un costado, observando con arrogante desprecio a Dan.

—Tus amigos son mucho mejores cuando están atados, ¿no? Tanto más *dóciles*.

Abby y Jordan estaban despiertos y luchaban contra sus ataduras. Dan vio, abatido, cómo Cal plegaba las patas y ruedas de las camillas y las colocaba en forma vertical contra la pared. Sus amigos gritaron, estaban tan ajustados como momias.

—¿Por qué no solo los hipnotiza a ellos también? —preguntó Dan entre dientes.

—¿Qué te hace pensar que no lo hice? —la profesora Reyes se puso de pie y caminó hacia Jordan, observándolo de arriba abajo con evidente desinterés—. En realidad, no fui yo, sino nuestro amigo el Escultor. ¿O Félix? ¿O el Escultor? —rio a carcajadas, y él se levantó de la silla de golpe, solo para sentir nuevamente ese dolor terrible que le quemaba el cerebro—. Las pesadillas, las voces... no tenías idea, ¿verdad? Te tuvo allí abajo, en esa sala de operaciones para él solo. Preparado apenas con mis conocimientos, era lógico que se divirtiera un poco. No es muy habilidoso, no podía controlarte. Pero yo sí.

—Déjalos fuera de esto —repuso Dan, agarrándose del borde del escritorio. El calor de las velas en la habitación era sofocante. Débil y agobiado, se dejó caer sobre la silla—. Dijo que quería información, de acuerdo. Se la daré.

La profesora Reyes le hizo una seña con la cabeza a Cal, quien se dirigió obedientemente hacia el escritorio y tomó la estaca y el martillo. Luego se acercó a Jordan.

A Dan se le erizó la piel de miedo:

—¿Quiere las notas? —preguntó, intentando capturar su atención—. No sé dónde están.

—Pero las leíste —dijo ella, mostrándole los dientes.

—Sí, las leí.

—Tenía tantas esperanzas de que lo hubieras hecho. Apuesto a que te creíste muy listo, mientras descubrías las coordenadas y levantabas las migajas que te fui dejando. Las notas estaban allí para ti; siendo de su misma sangre, las entenderías mejor que yo. Siempre faltaba una pieza. Tú lo ves, ¿no? En sueños, en la vida real... Ves al director. Puedes ver lo que otros no. Es por eso que tenías que ser *tú*. No podía desenterrar a Maudire e interrogarlo yo misma, ¿o sí? —su boca se retorció con malicia.

Caroline le dio un tirón al collar que estaba alrededor de su cuello y este se soltó. Luego se inclinó sobre el escritorio y lo sostuvo frente a Dan, dejando que se balanceara lentamente a un lado y al otro.

Él no pudo evitar mirarlo y sentir el extraño deseo de nunca más apartar sus ojos de allí.

—Félix te condujo hasta aquí —continuó ella—. Yo lo hice. La feria, las fotos... si despertaba los recuerdos correctos, sabía que me darías la respuesta. Maudire fue quien te dijo acerca de la palabra clave. Tan simple. Tan increíblemente simple. ¿Por qué no había pensado yo en eso? La encontraste, ¿no? Conoces la palabra que deshace toda su programación, su trabajo... —levantó una mano del escritorio y la volvió a apoyar de un golpe.

—No sé de qué me habla... —Dan se encogió en su asiento, temblando.

Maudire le había sugerido que existía un mecanismo de seguridad, pero nunca le había dicho cuál era.

—Hazlo —ordenó ella con un gruñido, y Dan vio que Cal levantaba la estaca y la colocaba encima del ojo derecho de Jordan.

—¡Oye! —gritó su amigo, aterrorizado—. No... aguarda. ¡Dan les dirá la palabra! ¡Por supuesto que lo hará! ¿No es así, Dan? Lo harás, ¿no? —su voz se había vuelto aguda y tenía la frente cubierta de sudor.

Él negó con la cabeza lentamente. ¿Por qué no la sabía?

Piensa... Piensa...

—¡Basta! Se la diré —dijo, pero era solo para ganar tiempo. No podía concentrarse. No sabía qué era lo que ella quería escuchar. Intentó visualizar el folleto y las notas, pero cuanto más trataba, más se le confundían las palabras.

—¡Dime cuál es! —gritó Caroline, mientras la piedra roja se balanceaba cada vez más rápido. Era como una estrella roja, abrasadora, que le partía el cráneo. Y las palabras de la mujer se oyeron como si vinieran de su propia cabeza—. Dime la palabra clave, Daniel Crawford. Dímelas y tendré control de mí misma una vez más. Seré liberada. El resto de ustedes puede pudrirse, pero *yo* seré libre. *Dímelas.*

Por el rabillo del ojo, Dan vio a Cal levantar el martillo. Iba a golpear la estaca.

—¡La sé! ¡No lo lastimen, la sé!

Abby también estaba gritando, sacudiéndose contra sus ataduras.

Pero ¿por qué no la sabía? ¿Por qué no podía ayudarlos?

—¿*La sabes?* —la profesora sonrió detrás de la piedra en movimiento—. Tal vez este no es el tipo de estímulo correcto. Quizás eres más parecido a *él* de lo que pensé —desvió la mirada hacia el escritorio, hacia la bandeja de instrumentos—. Levanta el bisturí,

Daniel, y apóyalo contra tu cuello.

Era como si su mente y su cuerpo fueran dos entes completamente separados. No podía controlar su brazo ni su mano, que se estiró y se cerró sobre el cuchillo.

—Buen chico.

Dan vio que la hoja se acercaba cada vez más, hasta que su extremo frío le tocó el cuello. Abrió la boca en un grito silencioso de terror.

—No te importan tus amigos, amenazarlos no sirve de nada. Solo te preocupas por ti mismo... Igual que él —su voz se fue apagando, hasta convertirse en un murmullo constante y sin emoción—. Ahora dime la palabra que me liberará o tendrás que empezar a cortar.

Dan miró a Abby y luego a Jordan. Ellos lo observaban, sin pestañear. Abby susurraba algo que no alcanzaba a oír, y tenía lágrimas corriendo por sus mejillas. Imaginó nuevamente el folleto, pero era inútil. No había nada allí.

—No la escribó —balbuceó, trabándose con las palabras—. No lo hizo... Sé que no. Lo recordaría. No la escribó, ¡lo juro! Oh, Dios, no me haga hacer esto...

—Despierta, Daniel, y *corta* —dijo la mujer. Era solo una palabra, dos sílabas, que escuchó y tuvo que obedecer. El condicionamiento de la profesora era demasiado fuerte y no podía hacer nada contra él.

Al principio, apenas lo sintió. El bisturí iba abriendo la piel de su garganta a medida que lo arrastraba. Entonces, un calor le mojó los dedos y la habitación comenzó a inclinarse. No podía culpar a Micah ni a Lara, ni siquiera a Cal: hubiera hecho cualquier cosa que Caroline le ordenara bajo esa combinación de drogas e hipnosis. Intentó resistirse, pero su mente estaba en blanco y sus extremidades le pertenecían a otra persona.

—Un poco de miedo para refrescarte la memoria —susurró la profesora—. Y si no puedes recordar... Qué pena.

La sangre salía más rápido y no sabía cómo detenerla. Y de repente, algo perforó el lienzo blanco de su mente. Era una mancha de color, de inspiración, y en el instante en que la oyó pudo pensar nuevamente. Era libre.

—¡*Sanctum!* —gritaba Abby, y luego la repitió más fuerte y con más convicción—. ¡*Sanctum!* ¡La palabra clave es *sanctum!*

Caroline se tambaleó, parpadeando rápidamente antes de fijar sus ojos en Dan. De su expresión vacía provino una mirada de desprecio y sus labios se retorcieron a medida que avanzaba hacia él.

—¡Es esa! ¡Y tan simple, además! Casi me siento una tonta. Eso era todo lo que quería de ti. Ya no te necesito. ¡Ahora puedo acabar con el último rastro de la descendencia de ese monstruo!

Cal dejó caer la estaca al suelo, al tiempo que la profesora se lanzaba por encima del

escritorio, y agarraba a Dan por el cuello, apretándolo.

Pequeñas manchas aparecieron frente a sus ojos. Entonces, con lo que le quedaba de aire y fuerza, dio vuelta el bisturí en su mano, lo levantó y lo clavó en la espalda de la mujer.

Ella lo arañó, antes de caer estrepitosamente sobre el escritorio. La piedra roja rebotó sobre los papeles que estaban allí apoyados y Dan la atrapó en el aire. Luego, saltó por encima de la mesa, y comenzó a romper las ataduras de Abby, ignorando el temblor de sus manos y la sangre que lo cubría. Cal ya había empezado a desatar a Jordan, y Dan vio que el chico sacudía la cabeza, como si hubiera recibido un golpe y estuviera desorientado.

—¡Te mataré! —gritaba Caroline, mientras se retorció sobre el escritorio, intentando quitarse el bisturí de la espalda. Las velas cayeron al piso y rodaron, algunas se apagaron y otras propagaron sus llamas a los papeles y libros dispersos por el suelo—. ¡Los mataré a todos!

Las llamas se extendieron a su túnica y la encendieron. Parecía como si ella no supiera si ocuparse del bisturí o del fuego que comenzaban a envolverla.

Dan abrió la última hebilla, la que sujetaba la cabeza de Abby contra la camilla, y ella cayó en sus brazos.

—Tenemos que salir de aquí —gritó Jordan, jalando del abrigo de Dan—. ¡Ahora!

Lo siguieron de cerca hasta una puerta, pero estaba bloqueada. Cal iba detrás, y su rostro se veía pálido y demacrado. La chispa que había en sus ojos había desaparecido. Dan no quería pelear con él, y no iba a detenerse ahora, no cuando las llamas estaban consumiendo la oficina y convirtiendo el lugar en un infierno.

—Por allí —dijo Cal, indicándoles otra puerta—. ¡Váyanse!

Los otros salieron en fila, pero Dan se resbaló y se detuvo justo antes de atravesar la salida.

—Ven con nosotros, Cal —dijo sin aliento.

Tras el chico, el fuego rugía, los viejos libros polvorientos y los papeles se encendían velozmente. No faltaba mucho para que las llamas los alcanzaran.

—No. Ella no puede escapar —explicó con una sonrisa triste—. Tiene que hundirse con este lugar. Ve con tus amigos, salgan de aquí. Déjenme hacer una maldita cosa decente —se dio vuelta, y por encima de su hombro murmuró—: Y dale las gracias a tu novia por mí.

—¡Dan! ¡Vamos! —Abby lo arrastró por el cuello de su abrigo, obligándolo a seguirla por el pasillo.

Recordaba el camino tan bien, como si hubiera estado en las profundidades de Brookline solo ayer. El olor a quemado y el humo impregnaban el aire y podía sentir el calor del fuego acercándose. Cuando casi habían llegado al vestíbulo, miró hacia atrás: las

llamas salían de la oficina del director hacia el pasillo.

La puerta externa estaba cerrada con llave y Jordan la golpeó con el hombro varias veces, hasta que el metal y la madera cedieron. La puerta se abrió, y se lanzaron al aire fresco.

—Por atrás —indicó Jordan. Dan podía oír el débil chisporroteo del fuego propagándose en el interior del viejo manicomio—. No queremos que nos vean saliendo de aquí.

Doblaron una esquina y bordearon el edificio hasta la puerta trasera. Dan divisó una alarma contra incendios y la accionó. De inmediato esta comenzó a sonar, ensordeciendo el lugar.

Afuera anochece, la luz púrpura y naranja del crepúsculo se posaba por encima de los árboles. Cuando estuvieron lejos del edificio, Dan se detuvo para recuperar el aliento, y se volvió para mirar.

Se oyó un estruendo ensordecedor y la estructura se hundió. Los cimientos se estaban desintegrando. Brookline iba a caer.

CAPÍTULO

34

Las llamas se propagaron más rápido de lo que Dan esperaba, y para cuando él y sus amigos se acercaron al frente del edificio, una multitud ya estaba congregada allí.

—La policía nos quitó los celulares —masculló Jordan en tono sombrío—. Espero que alguien llame a emergencias y logren rescatar a Cal.

Dan y Abby lo miraron en silencio, estupefactos.

—¿Qué? —preguntó Jordan—. Seguramente era un chico agradable antes del lavado de cerebro. Quién sabe, quizá los zapatos náuticos ni siquiera fueron su idea.

—Espero que puedan sacarlo —dijo Abby y le dio una palmada suave en el hombro.

Un camión de bomberos avanzó chirriando sobre el césped, y eso hizo que la muchedumbre se desparramara por todos lados. Dan intentó acomodarse la ropa y el pelo, preocupado de que notaran que acababan de escapar de la destrucción de Brookline. Lo último que quería era tener que explicar lo que había sucedido.

—¡Dan! ¡Tu cuello! —Abby se ubicó frente a él y sacó un puñado de toallitas húmedas de su bolsillo. Abrió una con los dientes y la apretó firmemente contra el corte que tenía en la garganta. Le dolía más en ese momento que antes—. Afortunadamente creo que no es demasiado profundo.

—Sí —dijo Dan con una risa lúgubre—. Qué alivio.

Los bomberos bajaron en tropel del camión, se organizaron rápidamente y hallaron la boca de incendios más cercana en el sendero del patio. Dan reconoció a varios *potenciales* entre la gente que deambulaba por el césped.

Sintió que la mano de Abby se entrelazaba suavemente con la suya, y se volvió hacia ella. Estaba exhausto, pero sonreía. Ella lo ayudó a reemplazar la toallita de su cuello por una nueva, y la apretó fuerte para detener el sangrado.

—¿Cómo la descubriste? —le preguntó en voz baja—. La palabra clave. Ambos leímos sus notas, pero lo que hiciste allí fue increíble.

—Se me quedó grabada —dijo, encogiéndose de hombros—. No encajaba con el resto de sus tonterías, así que pensé que debía ser importante. Para ser honesta fue solo una suposición. Hubiera comenzado a gritar palabras al azar, si esa no funcionaba.

—Me alegro de que hayamos escondido esos estúpidos papeles —murmuró Dan.

—¿Deberíamos ir a buscarlos? —preguntó Abby.

—Más tarde. Cal quería que te diera las gracias —agregó. Miró a los bomberos, que se gritaban unos a otros, y el fuego, que ya era visible en la planta baja—. Quizá pueda agradecerte en persona.

—Eso espero. No debería haberse quedado ahí dentro —Abby le apretó la mano una última vez—. Voy a ver cómo está Jordan. ¿Estarás bien?

—Sí, solo estoy... ansioso por salir de aquí y regresar a casa.

Mientras la veía alejarse, se preguntó qué les diría a Paul y Sandy sobre la herida de su cuello. *Tal vez sea hora de decirles la verdad acerca de todo.*

Un par de bomberos salieron por la puerta delantera de Brookline con una camilla. Dan pudo ver que se trataba de Cal y que estaba con vida. Unos metros más adelante, perfilados contra el fuego, estaban sus amigos, y notó cómo a Jordan se le aflojaron los hombros de alivio. Cuando fue a reunirse con ellos, no pudo evitar arrastrar los pies: el cansancio finalmente lo sobrepasaba.

—Entonces, ¿ahora qué? —preguntó Dan en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular. Se metió la mano en el bolsillo y la cerró alrededor de la superficie lisa de la piedra—. ¿Debemos ir gritándoles «*sanctum*» a las personas para que tenga algún efecto?

—No lo sé —respondió Abby, encogiéndose de hombros—. Pero me alegro de que podamos regresar a casa.

Dan tomó la mano de Abby y endureció la mandíbula, al observar cómo se quemaba Brookline. Pequeñas partículas de fuego salían por las ventanas y danzaban en la brisa. No lo dijo, pero esperaba que no salieran más camillas del edificio y que el monstruo en el que Caroline Reyes se había convertido, o la habían convertido, desapareciera para siempre, enterrado en el lugar más apropiado que pudiera imaginar.

CAPÍTULO

35

Dos horas más tarde, Dan y Jordan esperaban que pasaran a buscarlos para llevarlos fuera de la ciudad. Una suave llovizna comenzaba a caer y Abby estaba de pie frente a ellos, con la capucha de su abrigo sobre la cabeza y las manos en los bolsillos.

—Me quedaré solo un día más, para ver a mi tía y asegurarme de que esté bien. No tienen que preocuparse, les enviaré mensajes de texto cada cinco minutos.

—Triste consuelo, Abs. Detesto la idea de que te quedes aquí un minuto más —dijo Jordan con amargura.

Dan asintió, pero su mente estaba en otro lugar. No podía dejar de sostener la piedra que estaba en su bolsillo. Frotaba el pulgar sobre la superficie lisa y suave, con la mirada fija en un punto de la carretera, por encima del hombro de Abby.

La lluvia se acumulaba en los baches y él sentía cada gota que golpeaba su cabeza, mientras su pulgar iba a un lado y otro de la piedra, siguiendo el mismo ritmo.

—¿Dan? —ella estaba sonriéndole y luego se puso en puntas de pie y lo besó en la mejilla—. ¿Está todo bien? Pareces distraído.

—Solo... pensaba. Quiero decir: de algún modo «resolvimos el misterio», pero ¿eso va a ayudarnos? ¿Y si volvemos a casa y nos damos cuenta de que no había ningún tipo de hipnosis ni lavado de cerebro ni nada, y simplemente estábamos traumatizados por el verano?

—Entonces simplemente tendremos que seguir adelante. Como todos los demás — hizo un gesto señalando detrás de ella, donde los otros *potenciales* seguían asegurándoles a sus padres que el edificio que se había incendiado estaba vacío.

—Además, no fuimos hipnotizados. Fueron las drogas, ¿recuerdas? —acotó Jordan, dándole un codazo.

—Muy gracioso.

—Bueno, ya tienes todas esas notas, así que puedes averiguar si hay algo sobre tu familia —agregó Jordan—. Pero mientras tanto, ánimo, ¿sí? Nos vamos a casa.

—Tienes razón —le lanzó una mirada a Abby y sonrió—. Dejar esto atrás... ese es el camino correcto —dijo. Pronto estaría con Paul y Sandy, a salvo y ocupado con la escuela y las solicitudes de ingreso a las universidades, todas las cosas por las que se suponía que debía preocuparse.

—Ese es tu autobús, Jordan —Abby señaló más adelante, en la calle. Y entre la lluvia y niebla constantes surgió un par de luces resplandecientes color naranja—. Estaré en contacto. Cuídense, ¿está bien? —ella le dio otro beso rápido en la mejilla a Dan y abrazó a Jordan, entonces cruzó la calle antes de que el autobús se detuviera.

Dan la vio desaparecer por el sendero que subía, el mismo que habían recorrido dos días antes. El autobús se detuvo justo frente a ellos, bloqueándole la visión; y su taxi frenó detrás.

—Buen viaje, Dan. Fue agradable pasar tiempo contigo, aunque seas un tremendo dolor de muelas —dijo, y lo abrazó fuerte.

Dan rio por lo bajo, cuando su amigo le hizo un saludo militar y se subió al autobús.

Cuando fue su turno de abordar, colocó su pesada mochila en la cajuela del taxi y se subió. El conductor apenas lo miró.

Dan sacó la piedra roja de su bolsillo y la contempló. El taxi se quedó esperando que el tránsito disminuyera para avanzar.

Era extraño saber que Brookline probablemente ya habría desaparecido por completo a esa altura, y que solo quedarían restos humeantes esperando para ser demolidos.

La mayor parte de su sórdida historia ahora la tenía él, dentro de su mochila y apretada en su mano.

Miró por la ventana. De repente, el corazón se le contrajo en el pecho y sus dedos se entumecieron tanto que ya no sentía el peso de la piedra.

Allí, al otro lado de la calle, de pie sobre el sendero donde segundos antes había estado Abby, había un rostro familiar. No era el fantasma de Patrick, pero con total seguridad era un fantasma. Un chico alto y fornido, con lentes y barba de candado, lo saludaba con la mano a medida que el taxi avanzaba.

Tenía los ojos morados y una densa sangre coagulada brotaba de su nariz.

Micah.

—*Sanctum* —susurró, empañando el vidrio—. *Sanctum*.

No importaba cuántas veces lo dijera; Micah, pálido como un espectro, estaba ahí, observándolo.

Dan entrecerró los ojos y apoyó la nariz contra el vidrio frío, sin poder creer lo que veía. El chico lo saludaba y lo saludaba, ahora con las dos manos.

Cuando un automóvil se cruzó entre ellos, Dan se encogió y parpadeó. Al abrir los ojos, Micah había desaparecido, como si nunca hubiera estado allí.

AGRADECIMIENTOS

Indefectiblemente, mi familia y mis amigos siempre contribuyen en la producción de cualquier novela; su paciencia, apoyo y amor me ayudan a superar todo. También quiero reconocer el especial aporte de Andrew Harwell y agradecerle sus consejos y sus conocimientos. Como siempre, nunca hubiera tenido la oportunidad de escribir este proyecto sin Kate MacKean, mi agente superestrella. Por último, un gran agradecimiento a Olivia DeLeon, Kim VaudeWater y el fantástico equipo de HarperCollins.

LAS IMÁGENES DE ESTE LIBRO SON ILUSTRACIONES FOTOGRÁFICAS CREADAS ESPECIALMENTE POR FACEOUT STUDIO Y PRESENTAN FOTOGRAFÍAS DE CIRCOS REALES.

PÁGINA	TÍTULO	DE LA COLECCIÓN DE
Imagen 1	Fondo texturado	Naoki Okamoto/Getty Images
Epígrafe	Niña escalofriante en la oscuridad	TomaB/Shutterstock.com
Prólogo	Vista lateral de niña desenfocada	TomaB/Shutterstock.com
4 Capítulo 3, Capítulo 4	Papel rasgado	STILLFX/Shutterstock.com
4 Capítulo 3, Capítulo 4	Acróbata / contorsionista	© Walter Lockwood/Corbis
4 Capítulo 3, Capítulo 4	Mago	Imagno/Getty Images
4 Capítulo 3, Capítulo 4	Cuervo	Marina Jay/Shutterstock.com
4 Capítulo 3, Capítulo 4	Rueda de la Fortuna	Neil Lang/Shutterstock.com
4 Capítulo 3, Capítulo 4	Carpa de circo / tienda	Lars Christensen/Getty Images
4, Capítulo 7 Capítulo 3, Capítulo 4	Imagen de Brookline	Library of Congress, Prints & Photographs Division, HABS CA-2721-J-2
Capítulo 4	Dos niños	frescomovie/Shutterstock.com
Capítulo 5	Rueda de la Fortuna	zhuhe2343603/Shutterstock.com
Capítulo 6	Tumba («Sagrado») Rosas marchitas	Evoken/Shutterstock.com Dr Ajay Kumar Singh/Shutterstock.com kornnphoto/Shutterstock.com suvijakra/Shutterstock.com
Capítulo 10	Hombre a caballo con enano	Everett Collection/Shutterstock.com
Capítulo 10	Gente de circo	Everett Collection/Shutterstock.com
Capítulo 10	Acróbatas sobre la cuerda floja	Everett Collection/Shutterstock.com
Capítulo 11	Mujer barbuda	chippix/Shutterstock.com
Capítulo 11	Dos hombres en leotardos	Brand X Pictures/Getty Images

Capítulo 11	Artista con paraguas en el aire	Everett Collection/Shutterstock.com
Capítulo 11	Carrusel	Sean Nel/Getty Images
Capítulo 12	Vieja mansión victoriana	Woody Upstate/Getty Images
Capítulo 12	Sacos de correo	mcpix/Getty Images
Capítulo 12	Fantasma en el rincón	EricVega/Getty Images
Capítulo 12	Retrato antiguo	EricVega/Getty Images
Capítulo 13	Elefantes y payasos de circo	Everett Collection/Shutterstock.com
Capítulo 14	Hombre sosteniendo carretilla en equilibrio	chippix/Shutterstock.com
Capítulo 14	Collar (cadena)	Sundraw Photography/Shutterstock.com
	Piedra geoda	Dave White/Getty Images
Capítulo 14	Cera derretida	Leigh Prather/Shutterstock.com
	Mascara de calavera encapuchada	Jupiterimages/Getty Images
Capítulo 15	Tarjeta y sobres	LiliGraphie/Shutterstock.com
Capítulo 15, Capítulo 19	Papel antiguo	val lawless/Shutterstock.com
Capítulo 15	Library (bookshelves)	Tom Grundy/Shutterstock.com
	Niño envuelto en niebla	Faceout
Capítulo 15	Antiguas carpetas sobre estante	Fiorentini Massimo/Shutterstock.com
Capítulo 16	Letrero de madera	Picsfive/Shutterstock.com
	Circo	CreativeNature.nl/Shutterstock.com
Capítulo 17	Hombre sin ojos	Brenda Bailey/Shutterstock.com
Capítulo 19	Vieja casa de dos plantas	Iunatic67/Shutterstock.com
	Nubes oscuras	Serg64—/Shutterstock.com
Capítulo 19	Dibujo de niño con camiseta rayada	Cara Petrus
	Habitación gastada con marco	Anan Kaewkhammul/Shutterstock.com
Capítulo 19	Niño tragando espada	chippix/Shutterstock.com
Capítulo 19	Mujer y hombre con cuchillos y hachas	Everett Collection/Shutterstock
Capítulo 19	Hombre sosteniendo espadas ardientes en equilibrio	chippix/Shutterstock.com
Capítulo 19	Payaso y mujer	chippix/Shutterstock.com

Capítulo 19	Inscripción en el cuaderno de Danny Libro viejo abierto	Faceout spaxiax/Getty Images
Capítulo 21	Ventana y puerta cubiertas con tablas	Andrey Zyk/Getty Images
Capítulo 21	Vieja silla de dentista Viejo pizarrón	Daniel Schmitt/Shutterstock.com nuwatphoto/Getty Images
Capítulo 23	Sobres antiguos	DrObjektiff/Shutterstock.com
Capítulo 23	Tres niños en fila	chippix/Shutterstock.com
Capítulo 25	Casa y verja antiguas	marcoventuriniautieri/Getty Images rodho/Shutterstock.com Gurgen Bakhshetsyan/Shutterstock.com
Capítulo 25	Vieja silla de dentista	Peter Dedeurwaerder/Shutterstock.com
Capítulo 26	Mujeres de pie en portal	Alfred Eisenstaedt/Getty Images
Capítulo 26	Escultura en madera de un hombre	RicoK/Shutterstock.com
Capítulo 29	Partes del cuerpo de muñeca Cabeza de antigua muñeca de cerámica Cabeza de maniquí femenino	Pinkyone/Shutterstock.com redefine images/Shutterstock.com Dina Tulchevska/Getty Images
Capítulo 33	Oficina abandonada / escritorio Lentes Gancho	carl ballou/Shutterstock.com Peter Zijlstra/Shutterstock.com igor gratzer/Shutterstock.com

Prólogo, Capítulos y Agradecimientos

(Papel) Textura; Eky Studio/Shutterstock.com

Fondo de rombos; Carol Abram/Shutterstock.com



MADELEINE ROUX (Minnesota, EE.UU, 1985). Recibió su licenciatura en Escritura Creativa y Actuación en Beloit College en 2008. En la primavera de 2009, Madeleine completó un plazo de Honores en Beloit College, escribiendo y presentando una novela histórica de ficción de larga duración. Poco después, comenzó el blog de ficción experimental *Allison Hewitt Is Trapped* que se extendió rápidamente por toda la blogosfera, trayendo una experiencia ficción de serie única para los lectores. Nacida en Minnesota, ahora vive y trabaja en Wisconsin, donde disfruta de la cerveza local y la preparación para el apocalipsis zombi eventual e inevitable.

Notas

[¹] N. de la T.: Dice *WASP*, que es un acrónimo que significa *White Anglosaxon Protestant* (protestante anglosajón blanco) y se usa para designar a personas más bien conservadoras, puritanas y aburridas. <<

[2] N. de la T.: M. Night Shyamalan es un director de cine y guionista indio conocido por películas con giros inesperados, suspenso y terror. Aquí Jordan usa este nombre, agregando algunas sílabas para hacerlo sonar gracioso, y para referirse a que el hecho de que Dan haya visto al niño es escalofriante. <<

[3] N. de la T.: «Khaleesi» es el nombre de un personaje de la saga *Game of Thrones*, es el título que se le da a la esposa del *Khal*, el líder de los *khalasar*, un grupo de guerreros nómadas. <<

[4] N. de la T.: *Skull and Cross bones* (Calavera y Huesos) es una sociedad secreta iniciática y filantrópica con sede en la Universidad de Yale, EE.UU. Es bastante famosa por películas que se hicieron al respecto. <<

[5] N. de la T.: *Seven Society* es una sociedad secreta de la Universidad de Virginia. <<

[6] N. de la T.: «Beber *Kool-Aid*» hace referencia a la masacre de Jonestown (1978), en la que los 913 miembros de una secta tomaron el jugo *Kool-Aid*, mezclado con cianuro y tranquilizantes. La frase sugiere que uno puede adoptar las creencias de un grupo o un líder sin comprender completamente sus acciones o consecuencias. <<